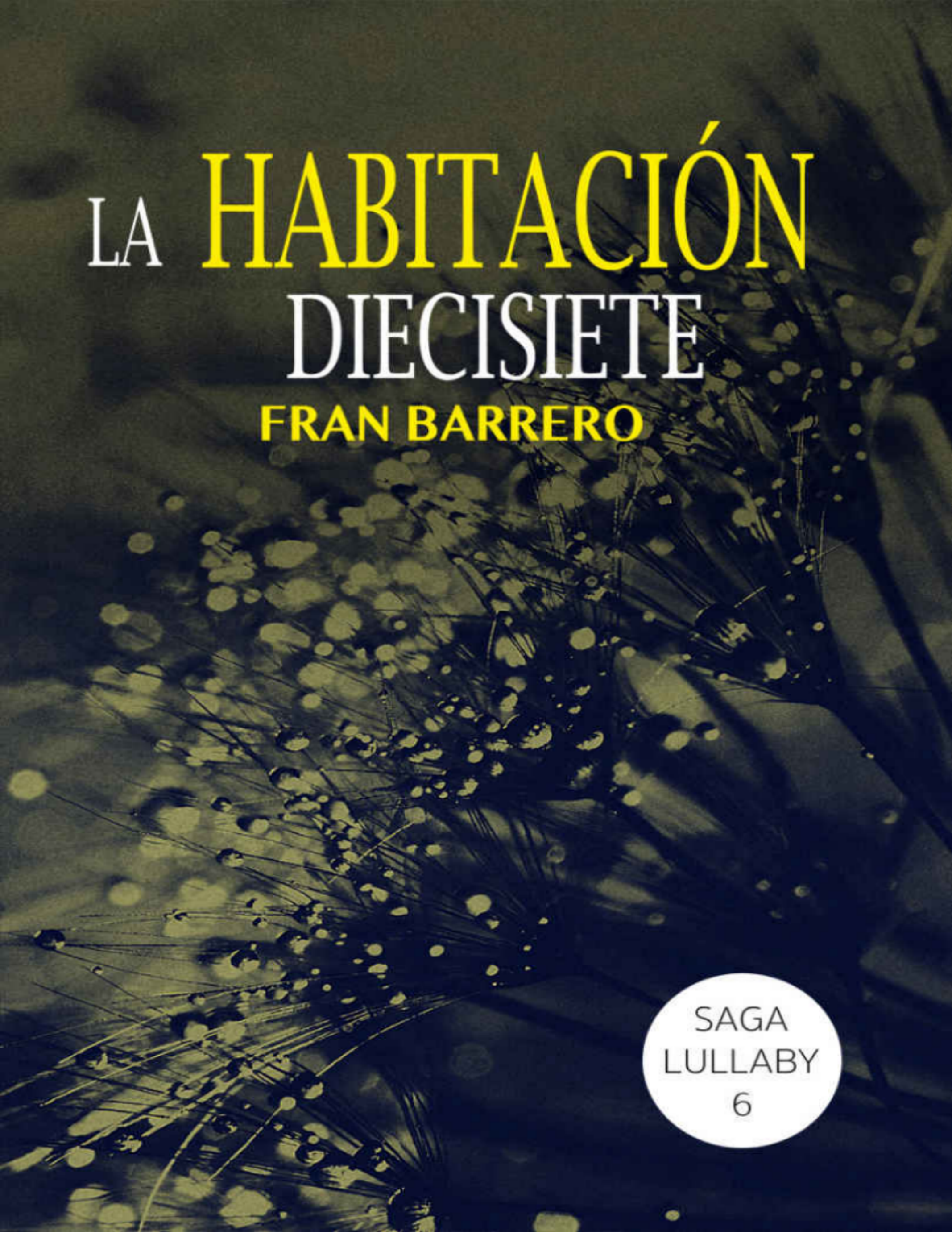

LA HABITACIÓN DIECISIETE

FRAN BARRERO

SAGA
LULLABY
6

LULLABY

La habitación diecisiete

-

FRAN BARRERO

Primera edición: Septiembre de 2023
© Fran Barrero
www.franbarrero.es

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero
Corrección: Eva Tendero y Ramón Portalés.

Depósito Legal: M-21.991-2016
ISBN:

Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2008 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la Saga de *Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

Alfil Blanco, Alfil Azul y Alfil Rojo
Anatomía de un suicidio
Bloody Mary y Bloody Mary 2
Wanda y el robo del cristal
El otro lado del retrato
El corazón del último ángel
Herencia de Cenizas
Lluvia de Otoño
Saga *Amurao*, novela negra de 12 entregas
Saga *Lullaby* (novela negra)
Saga *Inversia* (distopía)

www.franbarrero.es
facebook: turincondelecturablog
instagram: franbarrero_escritor

Índice de contenido

Prólogo
Mérito
Investigación
Suiza
El caso
Cementerio
Concuenta años atrás
Otro fantasma del pasado
Padre Damián
Jacinto
Prudencia
Algo de luz
Juan José
Psicólogo
Cincuenta años antes
Retrato robot
Hache
Averiguaciones
Cincuenta años antes
Un error y una siesta
Insistir
Secretos
Fernando Costa
Un plan
Noche de locura
Una advertencia
El hotel
Cincuenta años antes
Interrogatorios
Imprevistos
Una noche interminable
Huesos duros de roer
Convesión
Tratamiento
El recuerdo
Operación
El perfume
Epílogo
Otros libros del autor

La venganza y la tragedia a menudo suceden al mismo tiempo.
El perdón redime el pasado.
Jeanette Winterson

Quienes se entregan a la venganza y se toman la justicia por su mano, rara vez saben dónde está el límite.
Richelle Mead

Para mis fieles lectores,
los que me acompañan aún desde el comienzo.

Les bastó un simple vistazo para comprender que el pueblo no era como ellos lo habían imaginado tras documentarse a fondo durante dos años, tampoco el entorno; el paisaje, esa mañana de otoño en el norte de la comunidad de Madrid, se mostraba como una postal de viajes; aunque ellos no habían ido allí para pasar un fin de semana idílico, una escapada romántica ni nada de eso en lo que uno busca rincones de ensueño. Incluso los lugareños con los que se cruzaban por los caminos y calles en dirección al hotel les recibían con saludos y sonrisas amigables.

—¿Estás seguro de que este es el lugar?

—El GPS no falla nunca.

—Pues esto parece el escenario de una comedia pastelosa de esas de sobremesa los domingos en la televisión.

—Tengamos fe y esperemos hasta llegar al hotel.

Bárbara Torres miró a su marido fingiendo una sonrisa. Conoció a Javier Blanco en una convención ocho años atrás en Barcelona, se sorprendieron al ver que eran los más jóvenes con diferencia y congeniaron en el acto; ya hablaban a solas en el primer descanso y se contaban los motivos que les habían llevado allí, además de detallar las otras convenciones a las que habían asistido sobre el tema en otros lugares.

El ocultismo era su pasión, además de los crímenes sucedidos en circunstancias que no se habían podido aclarar. Les fascinaba todo lo relacionado con espíritus y sucesos paranormales y, desde que se comprometieron, hacía siete años, no habían dejado de asistir a más convenciones. Y llevaban cinco años también usando sus vacaciones para programar viajes a lugares en los que sentir en vivo la emoción de estar donde se habían sucedido los crímenes más misteriosos, los que no tenían una respuesta que no fuera relacionada con el ocultismo, la magia, fantasmas, vampiros…

Aún eran las once y cuarto de la mañana y tenían tiempo de sobra para recorrer el pueblo a conciencia antes de dirigirse al hotel, claro que no veían a su alrededor nada de lo que habían esperado. Durante los años anteriores habían visitado pueblos del norte de Cataluña, Navarra y País Vasco, donde todo se mostraba más sombrío, desértico, lúgubre y con construcciones y habitantes muy diferentes a aquellos, sumidos en una vegetación densa y oscura que lo invadía todo sin que pareciese haber pedido permiso.

—Hemos esperado cinco años para venir a La Acebeda y esto me decepciona.

—Relájate, Barbi, no juzgues sin haber vivido la experiencia antes; dejémonos llevar por lo que ocurra antes de opinar.

—Vamos al cementerio.

—Siempre quieres visitar los cementerios antes de hospedarnos.

—Es que son lugares con una carga importante de energía. Quizás podamos medir algo allí antes de ir al hotel.

—¿Medir? ¿No prefieres hacerlo esta noche, como siempre?

—Bueno, volveremos por la noche, pero lo decía para hacer el reconocimiento del camposanto y luego saber en qué lugares colocar los medidores.

—Como quieras.

Un muro de piedra encalada rodeaba el lugar de no más de trescientos metros cuadrados. Esos cementerios tan pequeños y antiguos eran los que más les gustaba, con tumbas que ya habían cumplido el siglo y tenían sus lápidas gastadas por las lluvias y el resto de factores que erosionaban con el paso del tiempo la piedra y sus inscripciones. Cruces torcidas de metal oxidado. Unas pocas y diminutas margaritas silvestres por entre las calles y lápidas. Flores artificiales que ya habían perdido el color metidas en jarrones de cerámica muy resquebrajados. Y el silencio que reinaba en esos lugares, un silencio respetuoso y abrumador, aunque a ellos dos no les afectaba esto último porque estaban acostumbrados a visitarlos a menudo, incluso a grabar psicofonías durante la noche.

—¡Mira! Este tipo se llamaba Eulogio Fonseca, un nuevo nombre para tu colección.

—Ya tengo el nombre de Eulogio. Pero no tenía el de María Casimira, esta mujer murió hace más de ochenta años.

—Qué crueldad llamar así a una hija.

—Lo sería hoy, pero en aquellos años quizás era un nombre habitual.

—Socorro, Angustias, Eustaquia… Este cementerio es una mina, parece sacado de otro planeta.

—Solo de otra época. Por cierto, Barbi, debiste ponerte ropa más adecuada, te estás llenando de barro.

—Ya te he dicho que no pienso vestirme como tú, lo sabes desde que me conociste. Esa ropa de antisistema no me gusta.

—Antes la denominabas como ropa de perro-flauta.

—Es que voy respetándolo, pero quiero que vayas respetando también que yo tenga mi propio estilo.

—Pareces una ejecutiva de un banco.

—No te pases, voy en vaqueros y con camisa, y a los zapatos de tacón no pienso renunciar cuando voy a tu lado, no quiero sentirme como un *minion* y parecer tu hija pequeña.

—Un metro cincuenta y siete no es tan poco.

—A tu lado, sí. ¡Mira esa lápida! Está borrada por completo, tendrá más de dos siglos.

—Esa persona nacería cuando no se había inventado aún el ferrocarril.

—¿No te parece fascinante?

—Mucho.

—No seas cínico.

—Es que siempre dices lo mismo. ¿Ya sabes dónde podemos poner la grabadora?

—Sí, allí en aquella esquina de la derecha. Esa persona murió poco antes de que sucediese el primer crimen, es la última que aparece enterrada. Aurora Fuentes.

—¿No te extraña que no haya habido más inhumaciones desde entonces?

—Quizás los vecinos del pueblo consideren la zona maldita y hayan decidido enterrar a sus familiares en otros cementerios, en los de los lugares de nacimiento de sus padres o abuelos. No sería la primera vez que nos enfrentamos a esas supersticiones.

—Es una posibilidad. Son las doce y cinco, vamos al hotel.

El edificio tenía en común con las otras construcciones del pueblo la piedra gris de sus fachadas, pero se veía mucho más grande y con voladizos que sobresalían más de un metro, mostrando su estructura de vigas de madera. A Javier y Bárbara les recordó los caserones que habían visto en el norte del país, sobre todo en Euskadi y Navarra. Una reluciente puerta de cristal automática daba un mordisco de modernidad innecesario al establecimiento.

Un señor que aparentaba tener unos ochenta años se afanaba en podar los setos a la derecha. Este los vio, dejó la desbrozadora en el suelo y sacó un pañuelo para secarse el sudor de la cara a la vez que les dedicaba una sonrisa afable y un «buenos días, bienvenidos». Ellos respondieron el saludo con educación.

El vestíbulo estaba presidido por una gran chimenea apagada y varios sofás y mesitas de colores cálidos; más allá estaba la recepción, desierta.

Llegaron con una enorme maleta y pulsaron el timbre clásico varias veces a la vez que llamaban, alzando más la voz a medida que pasaban los minutos. «¿Hola?». «¿Hay alguien ahí?».

Oyeron una respuesta lejana, aunque inteligible, y esperaron pacientes. Un chico imberbe, desgarbado y con el pelo rubio recogido en una coleta apareció vestido con pantalón negro y camisa blanca, ambos muy arrugados.

—Les esperábamos.

—¿Sí? —preguntó sorprendido Javier.

—Son los únicos huéspedes que tendremos este fin de semana.

—Vaya, me alegro, eso hará la estancia más tranquila.

—Tenemos la habitación ya preparada, tienen que darme sus DNI para hacer la ficha de entrada.

—Antes de eso. —Javier lanzó una mirada furtiva a su mujer—. Queremos la habitación diecisiete.

El chico, que a los ojos de la pareja debería estar estudiando el bachillerato, se encogió al oír esas palabras, parecía haber reducido su estatura diez centímetros de repente.

—Esa habitación no está disponible.

—¿Por qué dice eso? Ya nos ha comentado que el hotel está vacío.

—Es que está en obras.

No había sonado nada convincente y así lo había percibido la pareja.

—Hemos venido desde Barcelona expresamente para hospedarnos en esa habitación. No queremos otra.

—Pues me temo que no será posible.

—Entonces, nos tendremos que ir a otro lugar. Conocemos los derechos de los hospedajes. Si esa habitación no está ocupada y, aun así, no nos la conceden, tendrán que devolvernos el pago que hicimos con la reserva.

—Está bien, les haré el abono en su tarjeta de crédito.

«Mierda, no ha funcionado, habrá que optar por algo más convincente».

—Espere, no tenga tanta prisa. Ya me ha dicho que… ¿puedo tutearte?

—Bueno, sí… supongo que sí.

—Bien, chico. Estamos dispuestos a pagar mil euros por la habitación que queremos. Has dicho que el hotel está vacío este fin de semana, así que os vendrá bien el dinero.

—Pero…

El chico estaba muy nervioso, claro que eso avivaba las llamas de curiosidad en los estómagos de Javier y Bárbara. ¿Por qué tenía tanto miedo? Estaba claro que esa habitación era fiel a lo sucedido en ella en el pasado. Estaban dispuestos a subir hasta dos mil euros.

—Pero ¿qué? Solo es una habitación. Que nos la acondicionen medianamente y estaremos todos a gusto. Mil euros.

El adolescente se lo pensó unos eternos segundos.

—Está bien, pero denme quince minutos para tenerla preparada.

—Claro, ¿podemos tomar un refresco mientras esperamos?

—Aquí a la derecha, en el bar. Griten para que llegue mi hermana Elena y les atienda.

—Gracias, luego venimos a coger la llave de la habitación y que nos devuelvas los DNI.

El bar-restaurante estaba desierto, como esperaban, parecía sacado de un escenario abandonado durante años de una película, pues tenía capacidad para más de cincuenta comensales y permanecía oscuro. Fueron a la barra y gritaron el nombre de Elena hasta que esta apareció. No habría cumplido los treinta años, aunque su semblante era el de una persona mucho más mayor, tenía el cabello corto y pelirrojo. Apenas sonrió por cortesía. Pidieron una Coca-Cola y una cerveza y se sentaron en la mesa más cercana. Elena les trajo la comanda un minuto después cojeando levemente. Ellos no sabían si se trataba de una lesión temporal o de algo permanente, tampoco iban a preguntárselo para no parecer indiscretos.

—El lugar mejora las expectativas —murmuró Bárbara.

—Ya lo creo.

—Ese comportamiento del conserje o recepcionista, lo que sea… ahora la chica tenebrosa y coja…

—Merece la pena invertir mil euros.

—Por supuesto. Me muero de ganas de ver la habitación y dejarme llevar por lo que me transmita.

Javier la veía entusiasmada, como siempre que viajaban a un lugar famoso por sus sucesos paranormales; ese entusiasmo era mucho mayor del que él había sentido en su vida, como si la chica fuese una versión optimista, casi superlativa, de sí mismo. Se alegraba de haberla conocido, de haberse enamorado y, ahora, de que fuera su esposa y la compañera en la vida que siempre había querido recorrer.

Terminaron las bebidas, pagaron, observaron el reloj de sus teléfonos móviles y fueron a la recepción de nuevo.

Nadie los acompañó para ayudarles con la maleta ni para indicarles los servicios de que disponía la habitación, como ya habían previsto que sucedería. Abrieron la puerta entre los dos, como si se tratase de un ritual docenas de veces realizado, dentro olía a limpio, a una estancia como la de su propia casa tras pasar el polvo, desinfectar el baño y pasar la fregona a conciencia; la habitación era como la de cualquier hotel que hubieran visitado antes. Una decepción, pues esperaban algo más, algo mucho más intenso, un hedor tétrico, lo que se percibe tras varias muertes, aunque ellos no habían presenciado nunca una.

—¿Decepcionada?

—Un poco —respondió Bárbara a la vez que abría la maleta para colocar la ropa de ambos en el armario.

—¿Vas a seguir con el ritual de siempre?

—Solo si te apetece a ti también.

Tras colocar la ropa y dejar los instrumentos en el pasillo de la entrada, se desvistieron el uno al otro, se dieron una ducha, en la que comenzaron los juegos íntimos, y pasaron a la cama para hacer el amor como solo lograban hacerlo en esos lugares cargados de la magia que esperaban.

Javier encendió un cigarro, el ventanal de la habitación estaba abierto de par en par y él tenía el cenicero de cristal sobre su pecho. Tras dos caladas, ella le quitó el cigarro y se sumó a la ceremonia. No hablaron hasta terminar.

—Aún hay mucha luz, sé que no te gusta comenzar con la investigación en la habitación hasta que se ponga el sol.

—Aquí se va la luz media hora más tarde que en casa, así que tendremos que empezar a pesar del sol.

—Lo sé, no nos concentraremos de la misma forma, pero es lo que hay.

—Tenemos dos noches para hacerlo.

—Ya, pero también que luego tendremos que volver al cementerio.

—Pues vamos a ello.

Bárbara salió de la cama desnuda y no se puso ni las bragas para comenzar con la tarea, lo que nunca antes había visto Javier. Él la observaba maravillado de su cuerpo delgado, pero bien proporcionado, tenía pechos grandes y firmes de adolescente, igual que su trasero redondo y duro. En las vacaciones anteriores se había puesto una camiseta y unas braguitas, hacía algo de frío en el norte a pesar de que terminaba el verano.

—¿Pero qué coño?

Javier se incorporó como movido por un resorte ante esas palabras de su mujer.

—¿Qué pasa?

—El equipo no está donde lo dejamos.

—¿De qué hablas? ¿Nos lo han robado?

—No, pero está apilado al lado de la puerta y no es donde lo habíamos puesto.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Él sabía que Bárbara era más metódica que nadie que hubiese conocido en su vida. Llegó a su lado, desnudo también, y observó las maletas que contenían las grabadoras, trípodes, ordenadores portátiles, micrófonos y demás artilugios donde ella se aseguraba de no haberlas puesto.

—Quizás…

—No me vengas con tus quizás, ya me los conozco. No me he olvidado de que había puesto todo esto justo ahí, a más de un metro de distancia, recuerdo que usé el quicio de la puerta del baño para apoyar el trípode grande.

—Está bien, te creo.

—No te veo convencido. ¿Crees que me he olvidado o lo estoy imaginando?

—En absoluto.

—Esto lo ha hecho alguien mientras nos duchábamos o follábamos.

—¿Alguien?

—¿Cómo?

—Has dicho alguien, como pensando en una persona. Hemos venido a por un fantasma.

—Quizás los fantasmas puedan mover cosas.

—Está bien, Barbi, pero hasta tener pruebas de ello, vamos a comenzar con las grabaciones dentro de la habitación.

Ella obedeció mientras él fue al baño para darse otra ducha rápida, aunque la chica no quedó convencida del todo, no le gustaba que la tomasen por paranoica.

—¡Barbi!

—¿Qué?

—Ven.

Ella obedeció y se quedó muda ante la escena: el lavabo, donde siempre colocaban sus neceseres con artículos personales de aseo, estaba lleno.

—¿Has colocado en orden los cepillos de dientes, el dentífrico y mi champú especial?

—No, no lo hicimos al llegar ni tampoco tras la ducha, ya lo sabes.

La escena no dejaba lugar a dudas, todo había sido colocado de forma ordenada y no habían sido ellos.

Se miraron en silencio, con miedo y expectación a partes iguales.

—Nunca nos había pasado esto.

—¿Tienes miedo?

—Un poco.

—Yo también.

—Vamos a hacer grabaciones. No vamos a salir corriendo tras todo lo que hemos avanzado. Después de todo, esto es lo que llevamos esperando toda la vida, ya deberíamos estar preparados para saber que alguna vez ocurriría algo, ese algo que esperamos. Y lo tenemos delante. No ha sido mala idea venir, después de todo. El aspecto del lugar y de los vecinos no hace un fiel reflejo de lo que se siente aquí.

Su pareja asintió tratando de mostrar confianza.

Pusieron las dos grabadoras en la habitación y se marcharon para no interferir; tendrían que dar un paseo de más de tres horas por el pueblo antes de volver y comprobar el material grabado.

No quedaba nadie por las calles, a pesar de la luz que el sol poniente les obsequiaba mientras caminaban en silencio, con respeto porque ninguno de los dos tenía aún una explicación ante lo que había pasado en la habitación.

Apenas cruzaron unas palabras durante el paseo. Hasta que, ya de noche, regresaron al hotel.

—¿Te diste cuenta de que el hotel también estaba desierto de empleados cuando nos fuimos?

—Sí, pero estaba demasiado nervioso como para decir nada, tampoco lo consideré algo importante. El local no tiene más huéspedes este fin de semana y supongo que los trabajadores estarán descansando.

—Este sitio se muestra más tétrico a medida que avanza la noche.

Javier la abrazó, también aprovechó para acariciarle la clavícula derecha, en la que ella tenía una frase tatuada: «El creyente es feliz. El que duda es sabio» de Edgar Allan Poe. Siempre había adorado esa cita y fue uno de los motivos para enamorarse de ella al instante.

—Lo tétrico es lo nuestro, no lo olvides. Para eso hemos venido aquí.

—Lo sé.

Las calles ya no mostraban el aspecto de antes, ahora los setos y enredaderas se veían negros y casi no destacaban las flores de los maceteros de las ventanas en las casas. Apenas había coches, tampoco más luz que las de las escasas farolas lejanas y de un tono anaranjado y tenue. El sonido de sus pasos sonaba cada vez más fuerte y como único testigo de que allí seguía habiendo seres vivos. Ni siquiera el maullido de un gato lejano o el aullido de un perro, que no podrían asegurar si fue real o no, los interrumpió mientras regresaban al hotel.

Las nueve y media, buena hora para cenar. Fueron directos al restaurante del hotel y llamaron de nuevo a la chica.

La carta no era muy extensa ni apetecible para haber pagado mil euros por el fin de semana, pero acorde a los menos de doscientos que cobraba el lugar cuando no se solicitaba la habitación diecisiete. Tomaron ambos el plato de patatas fritas con huevo y filetes de pollo, además de compartir una botella de vino blanco, y se marcharon a la habitación tras despedirse de la chica sombría de cabello corto y rojo.

Con paciencia, se sentaron en la cama y revisaron las grabaciones en busca de psicofonías, pero no oyeron ninguna. Lo que sí percibieron en las cintas fue la llegada de alguien que entró en la habitación y estuvo allí durante unos minutos. Sabían que se trataba de una persona física, por los pasos al caminar y manipular objetos claramente. Y fueron de inmediato a la recepción, allí se encontraron con un nuevo empleado.

Igual de alto que el chico, más corpulento y de más de cincuenta años, quizás el padre del anterior recepcionista.

—Buenas noches.

—Para usted también —dijo Bárbara—. ¿Alguien ha entrado en nuestra habitación durante nuestro paseo?

—¿Cómo dice?

El tipo era como una estatua, no movía un músculo del cuerpo ni de la cara, ni se había sorprendido siquiera del comentario.

—Nuestras cosas no están donde las habíamos dejado, parece que alguien ha entrado en la habitación y ha estado hurgando.

—¿Les falta algo?

Bárbara no supo qué responder, ni siquiera había comprobado eso. Javier permanecía justo tras ella, como siempre que se presentaba una situación en la que demostrar carácter, su personalidad no era violenta y no se sentía capaz de manejar el momento, por eso dejaba que su mujer tomase el control.

—No hemos revisado nuestro equipaje.

—¿Entonces?

Ella no podía decirle lo de las grabaciones, era algo que siempre llevaban en secreto, pero la rabia circulaba por su torrente sanguíneo y quería respuestas.

—¿Dónde está el chico que nos recibió esta tarde? Querría hablar con él.

—Mi hijo ya estará acostado, aunque puedo llamarle. ¿Tienen alguna queja que presentar?

—Aún… aún no, pero… Vamos a revisar lo que hemos traído y… Bueno, bajamos en un rato sin vemos que falta algo.

—Me parece bien. Y si desean marcharse, se les abonará el importe de lo que han pagado sin ningún problema; incluso llamaré a la policía si desean denunciar el robo de enseres personales.

—Claro… aunque no será necesario por el momento.

Ella se sintió desubicada, sin tener argumentos y sin querer renunciar a la misión que llevaba años queriendo emprender. Se limitó a tomar de la mano a su marido y regresar a la habitación.

Una vez dentro:

—Alguien ha entrado, ya lo has oído en las grabaciones, alguien que seguro tiene una copia de la llave de la habitación.

—Lo sé.

—¿Qué ha hecho? ¿Se ha llevado algo?

—No se ha llevado las grabadoras y tampoco parece que falte nada más.

—No me gusta este sitio.

—Es lo habitual cuando vamos a lugares así.

—Sabes a qué me refiero, están ocurriendo cosas que nunca antes habían pasado.

—¿Qué quieres hacer ahora? ¿Vamos al cementerio con las cámaras o nos quedamos y tratamos de dormir?

—Ni por asomo. Hemos pagado mucho, hemos tardado años en venir y quiero seguir adelante.

—Yo también. Recoge el equipo y salgamos.

Llegaron al cementerio a las once menos diez, seguía sin mostrar un candado que tuviesen que forzar con una ganzúa, como en alguna vez anterior. Solo el cerrojo enorme y oxidado. No había nada de luz en el interior y usaron las linternas led para orientarse.

Caminaron en silencio, ahora se oían más que antes sus pasos por el suelo de arena y grava, tampoco veían los nombres de las lápidas si no las apuntaban directamente con las linternas. Llegaron al lugar que había elegido Bárbara y colocaron el equipo de grabación de sonido, lo activaron y salieron para no contaminar con sus sonidos el experimento.

Un suspiro, un susurro, incluso la respiración en esa noche que empezaba a hacer frío, casi un pensamiento podría interferir en las sensibles grabadoras que tenían que dejar alejadas de sí mismos a más de cien metros de distancia para hacer su función. Se refugiaron en el interior del coche.

—¿Recuerdas la primera vez? También nos metimos en el coche.

—Y acabamos haciendo el amor, aunque tú llegaste al orgasmo dejándome a medias.

—Gracias por recordarme el detalle. Va a ser cierto eso que dicen que el matrimonio acaba con la magia del amor.

—Tonto, te has portado como un campeón esta tarde.

—Me alegra saberlo.

—No hables tan fuerte, podría arruinar las grabaciones.

—Lo siento. ¿Qué crees que ha pasado en la habitación?

—Supongo que ha entrado un empleado a ver si podía robar algo de valor.

—No se ha llevado las grabadoras ni los ordenadores.

—Seguro que buscaba dinero, relojes, joyas y otras cosas fáciles de colocar. Los ordenadores y las cámaras tienen números de serie con los que la policía podría seguir la pista.

—Espero que fuese solo eso.

—¿A qué te refieres?

—¿No viste la actitud del chico al darnos la habitación? Tenía miedo.

—¿El miedo hace que nos quiera robar?

—No, supongo…

—Tranquilízate, no ha pasado nada, acabemos con esto y recabemos toda la información que podamos de las grabaciones del cementerio.

—Albergaba la esperanza de que en la habitación hubiese mucho más, pues era donde había muerto trágicamente una pareja de hombres cincuenta años antes.

—Lo sé, comprendo que te ha enfurecido más ese dato que el haber escuchado que alguien entraba en ella. No se apreciaban voces.

—Quizás el intruso espantó a los fantasmas.

—Siempre piensas en ellos, pero nunca hemos obtenido pruebas de que existan.

—Pero este es el lugar más idóneo para eso, llevamos pensándolo desde que nos conocimos. ¿Has dejado de creer que existen?

—En absoluto, pero…

—Y hemos tardado mucho en venir, centrándonos en otros lugares más cercanos y económicos. Sé que este es nuestro unicornio, pero también soy consciente de que puede que nos hayamos equivocado y salgamos de aquí sin nada que nos demuestre que las habladurías sean ciertas.

—¿Estás perdiendo la fe?

—En absoluto, solo me muestro escéptica por los resultados de los años anteriores. Pero algo me dice que aquí pasa algo diferente, lo presiento, es algo que no puedo explicar, pero que me dice que llevo toda la vida esperando para descubrir, como si cada célula de mi cuerpo me gritase que estoy en el sitio adecuado para dar sentido a mi existencia.

—Siempre has sido más mística que yo y que nadie que conozcamos.

—Espero que eso no sea otra burla.

—En absoluto, confío en tu criterio.

—¿Acaso no sientes la magia que desprende el lugar?

—Claro que sí —mintió él. Y la abrazó. Así permanecieron durante más de dos horas, en silencio, dentro del coche, a la espera de recoger las cámaras y regresar al hotel.

Sorpresa al entrar en la habitación.

La cama estaba hecha, no como la habían dejado antes de partir.

—¿Hiciste la cama?

—No, ya me conoces —respondió él.

—Dudo que el servicio de habitaciones haya cambiado las sábanas y haya hecho la cama tras nuestra partida.

—Voy a hablar con el recepcionista de nuevo.

—Olvídalo, no te dirá nada, como antes.

—¿Crees que esto es otro fenómeno paranormal dentro de la habitación?

—No lo sé. Quizás los empleados del hotel se divierten haciendo esto para potenciar el turismo de frikis como nosotros y tener más beneficios. Revisemos las grabaciones del cementerio y luego pongamos a grabar las cámaras de vídeo en la habitación mientras dormimos. Quizás mañana tengamos a algún pervertido que nos observa.

—¿Vas a poder dormir con esa idea en la mente? Yo no seré capaz.

—Lo sé. Permanece alerta si te apetece durante toda la noche.

El cansancio hizo que ella se durmiese antes de las tres de la madrugada, ya habían revisado las grabaciones del cementerio sin éxito; él lo hizo una hora después.

La luz entraba por la ventana porque no se habían acordado de taparla con la cortina de plástico que hacía las funciones de persiana, maldita manía de los hoteles. Bárbara oía los ronquidos de Javier cuando salió despacio de debajo de las sábanas para ir al baño a vaciar la vejiga. No cerró la puerta, como era costumbre en ella en su casa y, una vez sentada en la taza del inodoro, apoyó su cabeza en las manos, como siempre, como cuando deseaba recordar todo lo que había hecho el día anterior tras salir de la nebulosa que implicaba el sueño que la había acompañado durante la noche: un regreso a su infancia, a sus padres reprochándole notas mediocres, a compañeros de clase llamándola bicho raro por preferir leer a jugar con ellos en el recreo. Un sueño que se repetía demasiado en los últimos años. No lo consideraba ni pesadilla, sino algo normal, ellos eran los bichos raros a sus ojos.

Sintió que la puerta del baño se abría un poco más, no levantó la mirada.

—Javi, termino en un minuto.

No obtuvo respuesta.

El enorme cuchillo se clavó en su espalda atravesando su tórax y el corazón dejó de latirle de inmediato.

No sabía qué hora era, pero al abrir un poco los ojos, notó que la luz inundaba toda la habitación. Extendió la mano hacia atrás, donde solía estar ella dormida o desvelada, según el día de la semana. No recordaba aún que se encontraba en un hotel al que habían ido a investigar su mayor pasión.

Javier gimió como un gato en celo, como siempre hacía cuando se despertaba con una erección que requería cariño por parte de su pareja, ella solía aceptar la invitación y pasaban un rato divertido, al menos para él, ya que Bárbara no era de polvos mañaneros. Pero no había nadie al otro lado de la cama, solo las sábanas frías.

—¿Barbi?

No obtuvo respuesta.

Se levantó despacio y comprendió por fin que se encontraba en el hotel; a Bárbara siempre le hacía gracia lo que él tardaba en despertar del todo en camas extrañas. La puerta del cuarto de baño estaba abierta, aunque no se oía la ducha, el lavabo o la cisterna.

¿Habría salido Barbi a dar un paseo?

No solía hacerlo, pero él pensó que las personas adquieren costumbres nuevas con el paso de los años. La noche anterior se acostaron muy tarde y con el malestar de no haber grabado lo que esperaban, además de descubrir que alguien había entrado en su habitación. Quizás Bárbara estuviese pidiendo explicaciones en la recepción al chico que les había recibido, o había ido a dar un paseo para despejarse, tal vez estuviese organizando el desayuno en el restaurante.

Javier pensó en la chica de cabello rojo y la leve cojera, era guapa. La erección permanecía en su entrepierna, no fue capaz de pensar en su mujer o en otra chica, salvo en esa desconocida, mientras se masturbaba debajo de las sábanas. No tendría cargo de conciencia por ello, las infidelidades pensadas no eran tales, solo fantasías. A Javier no le importaría que su mujer hiciese lo mismo en sus momentos a solas.

Tras saciarse, entró en el cuarto de baño porque se iba a orinar si no aliviaba la vejiga lo antes posible, y vio a su mujer en la taza del váter; la descubrió allí sentada, su cuerpo estaba más blanco que nunca, casi a punto de caer al suelo por la parte de su izquierda, con la marca clara de un corte en la espalda y, bajo ella, en el suelo de plaquetas blancas, una mancha de sangre ocupaba casi todo el baño.

No era capaz de gritar, tampoco de moverse para socorrerla, solo permanecía inmóvil, paralizado por el miedo.

¿Se trataba de un sueño?

Habían tentado a la suerte muchas veces buscando escenarios de crímenes extraños. ¿Estaba soñando que ahora vivía uno protagonizado por su esposa? No, era demasiado real; la luz, los olores, las sensaciones. Miró su reloj de pulsera, pudo leer la hora a la perfección, las nueve menos cuarto. En los sueños no se pueden leer los relojes.

Todo se activó de repente en su cuerpo, hasta sentía el relieve de las baldosas bajo sus pies descalzos, su respiración, ahora más acelerada que nunca antes en su vida, el tacto frío de la espalda de Bárbara tras tocarla. Dios mío, ¿qué había pasado allí?

A pesar de los nervios, estaba paralizado, no sabía qué hacer físicamente: socorrerla por si estaba con vida, cosa que dudaba; tampoco mentalmente: llamar a una ambulancia o a la policía. Solo pensaba en salir de allí, regresar al dormitorio y abrir la ventana para fumarse un cigarro. El caso es que permaneció allí, inmóvil por completo, hasta que sintió la punzada entrando por la espalda. Seca y decidida, cruzando su corazón; incluso vio la punta del cuchillo aparecer justo antes de que todo se sumiese en la oscuridad.

Mérito

Despertó de improviso, incluso se encontró a sí misma levantada de la cama sin saber cómo había sucedido, aún no entraba luz por la ventana del dormitorio que compartía con su compañero de trabajo y de vida. ¿Cómo había sido capaz de levantarse sin despertarlo? No pensó mucho más en ello y se fue al cuarto de baño.

El reflejo sobre el lavabo le mostraba a una mujer de mediana edad que había sufrido el paso de la vida, aunque ella estaba a solo tres semanas de cumplir el cuarto de siglo. Quizás su mente le mostraba lo que quería ver en lugar de lo que sucedía en realidad, como cuando había estudiado en la facultad de Psicología a las enfermas de anorexia viéndose como personas obesas ante el espejo en lugar de apreciar su situación real.

La oficial de homicidios Esther Gallardo padecía narcisismo, ella misma había sido capaz de autodiagnosticárselo, no se trataba de una cualidad de su personalidad o carácter, como pensaba la mayoría de la gente, sino de una enfermedad en toda regla que le afectaba en su trato con las personas de su entorno y que mermaba sus capacidades, además de ir encerrándola en un mundo interior que la aislaba y la hacía distanciarse de la realidad, esa tan valiosa para cualquier persona, más aún si se trataba de una investigadora de homicidios.

Apartó la mirada del reflejo al cabo de unos segundos y se dio una ducha, la necesitaba para soportar el aluvión de gente que tendría a su alrededor al cabo de pocas horas. El momento más importante de su vida…, ella hubiera preferido que sucediese en la más estricta intimidad.

«¿Acaso lo que más importa no es algo que debas disfrutar con solo la familia a tu lado?».

Eso le gustaría a ella.

Se envolvió el cabello con una toalla, tras haberse colocado otra alrededor del cuerpo, y salió hacia la cocina. Prepararía el desayuno, aunque Hugo le había dicho que él se encargaría esa mañana tan importante para ella.

Su pareja, tanto profesional como personal, era un exinspector del departamento de homicidios en el que ambos investigaban casos complejos, un programa del ministerio del Interior en el que llevaban casi año y medio sumidos. Hugo Moretti había quedado ciego tras un caso en el que recibió un disparo en la cabeza, ahora era su mentor, su consejero. La había ayudado en los casos anteriores y así debían seguir las cosas, así lo sentía ella, como algo estable y que funcionaba a la perfección. Lo que funciona bien no debe alterarse.

Encendió una cafetera que parecía más bien la instrumentación de una nave espacial con diseño *steampunk*; la había comprado Moretti unos días antes y Esther, tras probar el café, se había olvidado por completo de sus infusiones de té verde para los desayunos. También colocó rebanadas de pan en la tostadora y luego lo llevó todo hasta la mesa del comedor, pues deseaba que la mañana fuese especial para Hugo, no solo para ella.

Iban a distinguirla en el Cuerpo, cosa que no era capaz de asimilar por mucho que llevase días recibiendo mensajes de felicitaciones al teléfono.

Moretti apareció con los ojos entrecerrados ante ella.

—Qué bien huele.

—El desayuno está listo.

—Prometí hacerlo yo.

—Eso no importa.

—¿Te ha costado dormir?

—Un poco.

—¿Un sueño con tu madre o lo que vas a vivir hoy?

—No me considero merecedora del mérito.

—Pero lo has logrado tú sola. La prueba de ello es que sigo estando vivo, además de tu familia y Cristina.

—Solo hacía mi trabajo. Solo hice lo que tenía que hacer.

—Eso es lo que he respondido yo cuando he recibido esa distinción.

—¿Te han dado una medalla al mérito alguna vez?

—Dos veces.

—¿En serio?

—Claro.

—No me lo habías contado.

—Solo es una ceremonia, algo de un par de horas y vuelves al trabajo sin más repercusión sobre ti, así espero que te lo tomes.

—Todo el mundo estará mirándome, analizándome y juzgando mi valía.

—Deja de pensar en eso.

—No puedo hacerlo, no puedo pensar en que mi puesto me fue otorgado sin merecerlo.

—Has demostrado que lo mereces en más ocasiones que nadie, Esther, deja de mortificarte por eso de una vez por todas.

—El caso anterior…

—Es el más difícil y peligroso de tu carrera, y también lo sería para el resto de policías del país si se hubieran visto en él. Lo solucionaste tú sola, y eso me lleva a la incomprensión. ¿De dónde sale esa inseguridad en ti?

—No creo que vaya a pensar nunca que merezco este puesto.

—Ya estás encerrada de nuevo en tu mente… Tenemos que trabajar sobre ello. ¿Contrataste a un buen psicólogo para tratarte?

—Sí, al mejor y con tu dinero, pero eso no me ayuda por ahora.

—Dejemos que el tiempo pase, el tiempo lo cura todo. ¿Tienes preparado el uniforme de gala?

—Me queda algo estrecho.

—Eso es que has ganado músculo, me alegro.

Ella no veía la progresión con ese mismo optimismo, quizás fuese que había puesto peso, pero solo grasa por las comidas que compartía con él tras conocerlo. La grasa en su cuerpo no era igual de bien recibida que el músculo, obviamente.

¿Era eso lo que pensaba realmente? ¿Estaba descuidando su dieta? Tuvo que hacer un esfuerzo para pensar que no era así, que tenía razón su pareja. Recordó la última sesión de gimnasio y las restantes de seis meses atrás, ahora pegaba con el doble de fuerza al saco. Sí, quizás fuese músculo, después de todo.

«¿Tengo que pensar cada cosa que me dice mi pareja varias veces? ¿Tanto me cuesta comprender que me dice la verdad? Qué digo, ¿tanto me cuesta ver la realidad? El martes tengo cita de nuevo con el psicólogo y necesito avanzar para empezar a vivir de nuevo, a apartar de mi mente estos pensamientos negativos y las acciones de otros que interpreto como ataques a mi persona».

Tras desayunar y recoger la mesa, se terminó de vestir y ayudó en la tarea al ciego, que iría a la ceremonia con ella. Ni siquiera se había centrado en recrearse ante el espejo, lo que hubiera hecho cualquier otra persona en su situación tras colocarse el uniforme de gala.

—Estás guapísimo.

—Gracias. Aunque no soy el protagonista, lo eres tú. Seguro que estás preciosa.

—No lo sabes, no me has visto nunca.

—No tengo que verte, ya lo imagino.

—No quiero oír eso ahora.

—¿Piensas en Nacho?

—Tampoco quiero hablar de Nacho.

—Sigues cerrada, eso no te beneficia. Nacho lloraría en la ceremonia de entrega si aún siguiese a nuestro lado, lo habría hecho más que en una boda importante.

Silencio por respuesta.

—¿Va a venir tu familia? Supongo que sí, me apetece verla; bueno, ya sabes que es una forma de hablar, y pasar un rato con ellos; luego iremos a comer juntos.

—¿Crees que ellos aceptarán algún día que yo haya elegido este oficio, Hugo?

—Creo que ya lo han aceptado y que se sienten orgullosos de ti. Gran parte de ellos, incluso yo mismo, te debemos la vida.

—Eso fue gracias a Cristina y a que Marcos… Ya sabes, ellos lo hicieron todo.

—Tenemos mucho trabajo que hacer con esa autoestima tuya. —Se había acercado hasta dar con ella y abrazarla—. Cristina y los demás de Huelva han venido para estar a tu lado hoy también. Espero que no te importe que haya reservado un restaurante entero para que estemos juntos y lo más a gusto posible.

—Ya lo había imaginado. Parecerá que estamos de boda.

—No vas mal encaminada, serías la protagonista en ambos casos. Quizás me piense dejar de ser un crápula e hinque la rodilla un día de estos.

—Ya lo habrías hecho, no lo niegues, si tuvieras la más mínima oportunidad de que te respondiese un sí.

—¡Ja, ja, ja! Y luego me preguntas por qué me he enamorado de ti.

Una vez más, África haría de chófer para ellos. La chica ya esperaba abajo, apagó el cigarrillo pisándolo en cuanto los vio aparecer por la puerta del edificio.

—¡Jo! Estás guapísima.

—No intentes distraerme, te he visto fumar. ¿No ibas a dejarlo?

—Un día de estos. Es que hoy es una ocasión especial y estoy nerviosa.

—Un día de estos… siempre dices lo mismo. Anda, vamos al ayuntamiento.

Llegaron en quince minutos, el aparcamiento interior del edificio ya estaba casi lleno.

Tras el discurso breve del alcalde, llegó el del ministro del Interior, luego cuatro más de los comisarios que tenían efectivos a punto de recibir las distinciones honoríficas y las medallas al mérito. En la zona en la que se sentaron Hugo y Esther, estaban también la familia de ella, África y los amigos que habían venido desde Huelva, ninguno de ellos había querido perdérselo.

Entregaron primero las distinciones, dos de ellas para la inspectora jefe Cristina Collado y la oficial de apoyo Nuria Carvallo por su tesón en un caso que había costado la vida a tres policías profesores de academia, a pesar de que no pertenecían a la brigada que llevaba el caso. Luego llegaron las medallas al mérito y Esther sentía que le temblaban las piernas al caminar hacia el improvisado escenario a recibirla, no sabía hacia dónde mirar ni si estaba sonriendo o con un semblante asustado. Tras colocársela el comisario Simón Ramos en el pecho, ella le dio las gracias torpemente y se marchó de nuevo a su silla, ni siquiera oyó los aplausos de todos y los vítores de su familia y amigos.

Tras la entrega oficial, se tomaron un aperitivo organizado por el ayuntamiento, donde por fin pudieron relajarse y conversar.

—Qué orgullosa de ti estamos, hermanita —le dijo Miriam, que había volado desde Londres para acompañarla.

Gloria, la hermana mayor, sentía las lágrimas brotar cada vez que la miraba con ese traje tan bonito y la medalla reluciente en el pecho. Pedro, su padre, la había abrazado con fuerza y le había susurrado al oído que su madre ahora mismo estaría llorando de felicidad por ella y que seguro se arrepentía de no haber visto su fuerza y capacidad para trabajar como policía. A Esther se le saltó una lágrima. Ni siquiera hablaba, era incapaz de hacerlo por el momento emotivo, por la falta de su madre y por la cantidad de gente a su alrededor pendiente de ella, observándola con esa sonrisa extraña en sus rostros que recordaba de cuando hizo la primera comunión o algunas fiestas de cumpleaños.

Se apartó un poco para hablar con la inspectora onubense y pareció relajarse y sentir que podía emitir unas palabras.

—Habéis venido todos.

—Bueno, quería recibir la distinción, también Nuria; pero en mi caso es especial porque las colecciono y pongo en un mural de mi casa. Ya tengo doce, me faltan dos para alcanzar a Pablo.

—¿Estás hablando en serio? Ya he flipado esta mañana al saber que Hugo tiene dos medallas al mérito. ¿Has recibido alguna? Supongo que sí.

—Cuatro, igual que Pablo, Marcos Navarro tiene tres.

—¡Madre mía!

—No digas eso, tú nos superarás a todos, ya lo verás. Y me alegro de verte tan relajada, pensé que se te rompería la espalda al estar tan tensa durante la ceremonia.

—Yo también, una suerte que no haya sucedido, bastante tengo con las costillas rotas, aún tengo que llevar el corsé unos días más, pero me lo he quitado hoy y me han puesto un vendaje para estas horas.

Y la nariz la tienes como nueva, además de la sonrisa radiante. Me alegro de eso.

—El odontólogo que contrató Hugo… Yo me hubiera alegrado si a Nuria y a ti os hubieran dado una medalla también, os la merecisteis.

—Bueno, no llegamos a ese nivel, solo ayudamos un poco, el caso lo resolviste tú solita y estando malherida, no hay comparación.

—Me cuesta ser consciente de lo que hago.

—Me ha comentado Hugo que estás en terapia, te vendrá bien para quitar ese velo que te has puesto sobre la cabeza para no ver el mundo.

—Eso dice él también. Ojalá ocurra aunque…

—¿Qué piensas?

—No solo no veo lo que tengo delante, lo que sucede a mi alrededor, tampoco soy consciente de mi valía; ahora mismo te diría que solo soy una niña asustada que quiere encerrarse en su dormitorio para estar tranquila, en paz, relajada y alejada del ruido y de la gente.

—Pronto, si la terapia funciona, querrás viajar y descubrir el mundo, te sentirás feliz de conocer a gente y de proponerte metas nuevas sin cesar. Toma otra copa de vino y brindemos por ese deseo.

—Me voy a emborrachar.

—¡Anda ya! Nuria lleva siete y está como nueva.

—No me extraña, la he visto beber y esa tolerancia al alcohol no es normal. —Tras unas risas cómplices, Esther le confesó algo a su amiga —. ¿Sabes que durante el caso anterior estuve barajando seriamente la posibilidad de pedir el traslado a Huelva? Incluso lo hablé con Hugo en un par de ocasiones.

—Sería fabuloso tenerte allí. Moveríamos cielo y tierra con el ministerio y con tu comisario para lograrlo.

—Lo sé, pero me vería alejada de mi familia.

—Los necesitas. Te comprendo, yo estoy muy ligada a la mía, también a la de Pablo y a la de mi anterior pareja, el padre de Evita.

—Veo que me comprendes.

—Rechacé trabajar en el FBI.

—¿En serio? —Esther tenía la boca abierta de asombro.

—Sí, fue hace pocos años, antes de conocer a Pablo. Hubiera sido bonito desde el punto de vista de la realización profesional, pero me habría costado mucho adaptarme a un país tan diferente y alejada de mis seres queridos. ¿Serías capaz de trabajar si no tienes a Hugo a tu lado?

—Bueno, él me dijo que se iría conmigo donde fuese necesario.

—Eso es precioso, pero te hablo de trabajar, él no es policía en activo y tendría que permanecer en casa mientras tú salvas al mundo de los delincuentes.

—Parece que me leas la mente. Ese motivo para no pedir el traslado a tu ciudad es el más importante ahora.

—Me alegra saberlo, que estás progresando y piensas en él más que en ti misma, eso es amor. Dices que eres narcisista, pero un narcisista no contempla los deseos de su pareja, solo los propios.

—A veces tengo brotes… se me ocurre desaparecer y comenzar de nuevo en solitario, así que no te creas que estoy tan curada. Queda mucho trabajo por hacer en esta mente extraña mía.

—Tiempo, date tiempo, mi niña. —Cristina le dio un abrazo y dos besos en la frente y luego ambas se unieron al grupo de policías y familiares que estaban a su lado.

Investigación

El sargento de la Guardia Civil Gabriel Sánchez estaba a punto de salir a patrullar cuando recibió la llamada en el despacho. Desde el hotel de La Acebeda, una pequeña localidad de su jurisdicción, llamaban para informar de la aparición de dos cadáveres con señales de violencia. ¿Desde cuándo no había cursado denuncias de asesinato en su trabajo? Desde nunca, era la primera vez y su estómago se revolvió como si le hubiese sentado mal el desayuno. Llamó a Óscar, su compañero de patrullas, para darle la noticia, le dijo que estaría allí en menos de cinco minutos.

¿Cinco minutos? La espera se le haría eterna sin nada mejor que hacer, ya que dos agentes informáticos se encargaban de cursar las multas y los partes de altercados en los pueblos que formaban su «territorio», mientras seis agentes más patrullaban fundamentalmente para poner multas de tráfico.

Llamó a su mujer.

—Juana, tengo un caso de asesinato en La Acebeda, no creo que pueda ir a almorzar.

—¿Asesinato? ¿Qué ha pasado?

—Sabes que no puedo contarte nada del trabajo.

—Te prometo que esta vez no se lo cuento a mis vecinas, no pasará como con lo del robo de la casa de Matilde.

—No insistas, no puedo. Además, aún no sé nada, quizás te cuente a la tarde o a la noche, cuando llegue a casa, lo que pueda sin darte datos que desde arriba me indiquen que son confidenciales.

—Me vas a tener todo el día en un sinvivir.

—Tengo que dejarte para prepararme, ni siquiera recuerdo en qué cajón del escritorio guardo la pistola, joder.

—Llévate un bocadillo y una botella de agua. Y abrígate, que puede hacer frío en La Acebeda. Y ten cuidado con la carretera, que hay muchos locos y borrachos los fines de semana.

—Pareces mi madre, por Dios.

—¿No me estás escuchando?

—Que sí, que tengo que colgar, muchos besos.

«¿Para qué demonios la he llamado? Ya debería saber que se comportaría así…».

Óscar apareció por la puerta de su despacho sin llamar.

—¿Nos vamos?

—Sí, espera que busque mi arma.

—Siempre la dejas en el cajón de abajo.

Llegaron a las doce y cuarto, cuarenta minutos después de la llamada desde el hotel. No había prisa pues no se trataba de una urgencia, no había nadie a quien salvar ni se encontraron con tráfico por la carretera, así que ni siquiera pusieron las luces y la sirena del coche patrulla.

Durante el camino, el sargento conversó con el agente sobre qué podrían encontrarse allí, eso fue durante los primeros minutos, luego hablaron de lo que tenían pensado hacer ese fin de semana. El sargento iba a llevar a su mujer a cenar y luego a ver si tenía suerte y ella estaba receptiva para una noche de sexo, quizás la única de ese mes. El agente le dijo que había quedado con los amigos para salir de fiesta por la capital.

Una vez dentro del hotel, tres personas se dirigieron hacia ellos con caras de circunstancia, las conocían, todo el mundo se conocía en esa zona, más aún al regente del negocio y a sus dos hijos.

—Habéis tardado mucho —dijo con preocupación el dueño del hotel. Sus hijos aparecían a su espalda, el chico con gesto taciturno y la chica sin levantar la mirada del suelo.

—Dijiste que había dos cuerpos, no que se estuviera produciendo un altercado o asesinato que requiriese urgencia. ¿Dónde ha ocurrido?

—En la habitación diecisiete. Los cuerpos siguen allí, nadie los ha tocado.

—¿La diecisiete? No alquiláis nunca la habitación maldita.

El gerente lanzó una mirada asesina a su hijo, este hundió más la cabeza entre los hombros.

Llegaron a la escena del crimen y entraron los dos guardiaciviles tras decir a sus acompañantes que esperasen en el pasillo; claro que ya imaginaban que estos habían campado a sus anchas por allí una hora antes contaminándolo todo.

Dentro vieron la cama desecha, ropa en los armarios y equipos electrónicos que no reconocían. Una cámara de vídeo estaba conectada al televisor de la habitación. Se asomaron al cuarto de baño y observaron sangre por todas partes, además de los dos cuerpos. El agente no pudo evitar vomitar en el suelo.

—¡Joder, lo estás jodiendo todo! ¿No podías haber salido al pasillo?

El sargento observó los cuerpos, ambos lívidos y sobre charcos de sangre oscura y densa. La mujer, le calculaba unos treinta y pocos años, sentada en el inodoro, tenía una marca inconfundible en mitad de la espalda, la de un cuchillo enorme que le había atravesado el cuerpo a la altura del corazón desde la espalda. El hombre estaba tumbado bocarriba y tenía el rostro salpicado de sangre, además de una mueca de terror imposible de describir. El sargento intuyó que había muerto de igual modo y que solo le había dado tiempo a escupir sangre uno o dos segundos antes de que se le parase del todo el corazón.

—Salgamos de aquí.

El agente se limpiaba la boca.

—¿Cómo dices?

—No podemos hacer nada, hay que llamar a la UCO y que se encarguen ellos. Esto nos viene grande.

El sargento tomó su teléfono móvil, sintiendo el temblor en todo su cuerpo, e hizo una llamada. Allí necesitaban a Forense y la Científica, no a dos guardiaciviles que se limitaban a poner multas de tráfico y sanciones por altercados menores.

Bajaron para interrogar, o entrevistar, a los testigos. Así que se sentaron en las butacas del vestíbulo.

—Jacinto, sabes que tengo que haceros unas preguntas a ti y a los demás empleados que hubieran tenido trato con las víctimas o que estuvieran trabajando esta madrugada, eso incluye a tus dos hijos.

—Elena no ha salido de la cocina, solo les preparó la cena de anoche, luego se fue con el chaval a cenar. Juanjo no se mueve de la recepción, él les hizo la ficha a los huéspedes al llegar la tarde anterior.

—¿Los conocías?

—Claro que no, creo que vienen de Barcelona, eso he visto por sus DNI.

—Me darás esos documentos o sus fotocopias y la grabación de la cámara del vestíbulo.

—Claro.

—¿Hablaste con ellos?

—Por la noche, llegaron de dar un paseo y pidieron la llave.

—¿Te dijeron dónde habían estado u otra cosa relevante?

—Nada, solo pidieron la llave —mintió omitiendo el malestar de los huéspedes con lo de que habían entrado en su habitación.

—¿Sabes si se pudieron encontrar con algunos vecinos?

—No me dijeron nada, pero es posible.

—¿Te han dicho tus hijos o Eusebio algo sobre ellos? ¿Alguna conversación que mantuvieran?

—Solo Juanjo, me habló de la obsesión de la pareja por tener esa habitación.

—No es lógico, sabiendo que allí han muerto todos los inquilinos durante más de cincuenta años.

—No, y menos que pagasen más por ella. Fue mi chico el que accedió cuando ellos le ofrecieron más dinero, yo lo habría descartado, y no será porque no nos hace falta ese dinero.

El chico se mostraba hundido, parecía haber perdido la mitad de su envergadura, se recostaba en la butaca sin fijar la mirada en ningún punto en concreto, como queriendo salir de allí lo antes posible.

—Juan José, Juanjo, necesito que me digas lo que sepas, lo que hayas oído de esos dos inquilinos. Tú les hiciste la recepción y les diste la habitación.

—Parecían… Ellos querían esa habitación y no sé el por qué. Me dieron escalofríos cuando me la pidieron, les dije que no, pero el dinero que ofrecían era importante en estas fechas en las que tenemos pocos clientes. Debí consultar a mi padre, pero él no estaba presente y ahora me arrepiento de no haberlo hecho. —Temblaba de miedo y estaba a punto de llorar.

—¿Te ha pegado tu padre por haber hecho eso?

El chico desvió su mirada hacia la ventana que daba al exterior en el vestíbulo.

—Juanjo, no se lo contaré a nadie, ni siquiera a tu padre, puedes hablar claro, estás ante un amigo que no te va a traicionar.

—Padre se enfadó… se enfadó mucho. No quería que eso pasara, pero se enfadó y me pegó cuando supo que les había dado esa habitación. Lo hice para ayudarle, para ayudar a la familia. Luego me pegó mucho más al saber lo que había pasado esta mañana.

—¿Quieres… quieres denunciarle?

—¡No! ¿Qué pasaría con el hotel? Padre es el dueño y todos vivimos de lo que da para mantenernos y tener la casa y el negocio. No quiero que padre vaya a la cárcel.

—Está bien, te lo decía por si habías cambiado de opinión tras lo de tu hermana.

—Ella no se queja, está feliz, tiene trabajo y se ve con un novio que se ha echado hace unos meses —mintió—. Ya te lo dirá ella.

—Claro, hablaremos con ella en unos minutos. Pero sigue cojeando tras la paliza.

—Eso ya no lo recuerda nadie —finalizó Juan José apartando la mirada de dolor hacia la ventana de nuevo.

La chica, de unos veinticinco años, aparentaba diez más por su semblante, eso sin contar con la cojera que aún la avergonzaba cuando se acercaba a desconocidos o personas con las que no tenía confianza.

—¿Elena? ¿Estás bien?

—Sí.

—Me consta que has servido la cena a los inquilinos de la habitación diecisiete.

—Fue un plato combinado, nada del otro mundo, aquí no hacemos comidas mejores salvo cuando llega la temporada alta.

—Lo sé. ¿Cocinaste tú?

—Claro, no hay dinero para contratar a nadie más.

—¿Hablaste con ellos?

—No.

—¿No te dijeron lo que andaban buscando?

—No dijeron nada. —La chica se mostraba distante y seca—. Solo pidieron la comida, la terminaron y se fueron a la habitación. Como durante el mediodía.

—¿El mediodía?

—Pidieron unos refrescos mientras esperaban la llave de la habitación.

—Eso no lo sabía… ¿Oíste algo de sus conversaciones?

—No, en ambas ocasiones me metí dentro para limpiar y recogerlo todo.

—¿Tu padre… te ha dicho algo?

—No, solo me ha preguntado, pero no tengo nada que decirle, tampoco a vosotros.

—No somos los malos, Elena.

—Claro…

—Nosotros no pudimos hacer nada cuando pasó aquello, necesitábamos tu testimonio y tu denuncia, pero no quisiste hacerlo.

—Tengo tareas pendientes. ¿Ya habéis terminado?

—Sí.

—¿Vais a venir más veces? ¿Vais a necesitar comer aquí?

—A lo mejor, pero nos contentaremos con unos bocadillos que nos improvises, no tienes que comprar nada especial para nosotros. Gracias por tu aportación, has sido muy amable, como siempre.

—De nada.

—Nos ha dicho tu hermano que estás viéndote con un chico.

—¿Eh? Ah, sí.

—Me alegro, es una buena noticia.

Elena no respondió y se marchó tal como había llegado.

«Esa chica está mal, lo estará hasta que salga de la tiranía de ese cabrón. Pero no puedo hacer nada por ella si no pone algo de su parte, si no lo denuncia».

El sargento partió hacia el cuartel a las siete y media de la tarde, cuando se despidió de los agentes de la UCO, Unidad Central Operativa, y ya estaba la habitación siendo inspeccionada por los de la Forense y los de la Científica.

Había realizado su trabajo, ahora tendría que mandar las transcripciones de las entrevistas a los que se encargarían de resolver el caso. Le hubiera gustado estar ahí, ser una parte más importante de la cadena, pero debía aceptar la realidad, él solo era un mero intermediario sin poder. Nunca le perdonaría a su mujer que no lo apoyase, sino todo lo contrario, cuando él quiso ascender en el Cuerpo a la división operativa de investigación, aunque no se lo diría a ella; la decisión final fue suya y acataría las consecuencias de no verse nunca investigando y resolviendo delitos de mayor calado. Y, por desgracia, le tocaba el interrogatorio al que Juana lo sometería en unos minutos durante la cena.

Suiza

Esther, la noche anterior, había guardado la medalla al mérito con su estuche de terciopelo negro en un cajón de la cómoda del dormitorio, antes la había estado acariciando y mirando a solas y durante largos minutos tras la cena, como si fuese un botón que pulsar para atravesar esa mente suya y llegar al otro lado, en el que se viese tal como la veían los demás, pues se suponía que ese galardón era merecido y mostraba su valía, la que ella aún no era capaz de ver.

Hugo Moretti no sintió nada especial en ella al recibirla bajo las mantas, Esther se mostró risueña, hicieron el amor durante dos horas y luego la recién ascendida a subinspectora se quedó dormida entre sus caricias, aunque él no sabía si había sucumbido al sueño antes que ella, no recordaba con claridad el momento en que fue acogido entre los brazos de Morfeo.

Esa mañana era también especial, dos seguidas, aunque en este caso el protagonista era él. Tenían que partir en avión hacia Suiza para una primera toma de contacto con los doctores que analizarían su caso y buscarían luego la posibilidad de remitir su ceguera.

La espera había sido tan ansiada como la primera consulta que tuvo Esther con su psicólogo. Quizás mucho más, pero ninguno de los dos lo dijo durante esos días. Moretti estaba ilusionado con la idea de volver al Cuerpo de un modo mucho más activo, pero, sobre todo, con poder ver a su pareja, así se lo había dicho cada día y ella no había podido contener la emoción al saber que eso era lo que él más ansiaba.

Esther se levantó de la cama sabiendo que él no estaba a su lado, que apenas habría podido dormir durante la noche. Se moría de ganas por orinar, pero fue antes a la cocina y allí encontró al exinspector. Se respiraba dentro el aroma del café y las tostadas.

—¿No has dormido?

—Solo un poco, suficiente.

—¿Estás nervioso?

—Te garantizo que menos de lo que estabas tú ayer. Me alegré de ver que te divertías con tu familia y con los compañeros de Huelva tras la entrega de la medalla.

—Fue menos trágico de lo que esperaba.

—Lo sé, lo he vivido. ¿Has guardado la medalla a buen recaudo?

—¿Cómo sabes?

—Es lo que se hace con la primera. Las que llegan después nos importan menos. ¿Qué piensas ahora?

—Que me hago pis.

—Pues ya sabes, ve al baño, te esperaré.

Ella regresó al cabo de pocos minutos y se sentó ante la mesa, tomando una de las tostadas para untarle mantequilla, le dio un sorbo al café antes de morderla.

Esther se había puesto el uniforme, sin darse cuenta de que ya no tendría que llevarlo nunca más por su ascenso a subinspectora; además, ese día no iban a trabajar.

Ahora rascaba con nerviosismo la culata de su pistola ante una situación nueva. ¿Qué pasaría si Hugo recuperaba la vista? ¿Y si ella no le gustaba y la abandonaba para seguir con su vida anterior? Antes él solo quería relaciones esporádicas. Ella no tenía el prototipo de cuerpo que tanto gustaba a los chicos, ni la mente, no era una chica voluptuosa y sumisa.

Le daba igual lo que había oído durante toda su vida, que ella era preciosa, la chica más bonita que los chicos con los que había estado le aseguraban, eso no significaba nada. Ahora era una mujer con la nariz partida, con los dientes reconstruidos, con un cuerpo demasiado delgado. Quizás Hugo se decepcionase al verla. La inseguridad había llegado a su mente de la forma más abrumadora, aunque lo cierto es que llevaba ya varios años ahí dentro… y no sabía cómo contenerla o expulsarla.

—¿Qué te pasa? Te veo distante —dijo él.

—No me pasa nada, solo estoy cansada.

—¿Cansada? Has dormido mucho.

—No he dormido tanto, he tenido pesadillas —mintió.

—¿Tu madre?

—Sí —mintió de nuevo.

—Ella te observa desde el cielo, se siente orgullosa de ti.

—¿Te sientes orgulloso tú?

—Me molesta que lo preguntes.

—¿Cómo me ves? Ya sabes lo que quiero decir. ¿Qué esperas de mí tras poder recuperar la vista?

—Espero ver a una chica inteligente, culta, decidida, tozuda, resolutiva, sensible, amable, independiente, libre, divertida y que desee seguir a mi lado. Solo eso, que no es poco.

Ella se quedó en silencio.

—¿Acaso crees que verte tras recuperar la vista me hará pensar en otra cosa? ¿Qué pasa con tu seguridad en ti misma?

—No tengo esa seguridad.

—Por Dios, yo me he mostrado desnudo en los momentos de intimidad que hemos tenido, a pesar de lo difícil que resulta hacer eso para alguien que se ha quedado ciego, ¿no te ayuda eso?

—No, no me ayuda saber que tú sí eres seguro.

—Me has enamorado estando ciego, debería ser el mayor halago que has recibido en tu vida.

—No lo siento como tal, lo lamento. Tengo demasiadas inseguridades, son como arañas recorriendo el interior de mi cerebro y de mi estómago.

—¿No quieres acompañarme a Suiza?

—Sí quiero ir, pero me asusta. Estoy tan tensa y sumida en pensamientos absurdos que acabo de darme cuenta de que me he puesto el uniforme.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿quieres quedarte en casa? Puedo ir solo.

—Sé que solo se trata de una toma de contacto, que no te van a operar aún, pero no te dejaría solo en una situación como esta bajo ningún concepto.

—Como desees. Cámbiate cuando termines de desayunar, yo lo limpio y recojo todo. Con suerte, regresaremos esta noche y mañana veremos qué casos nos asigna el comisario.

El edificio de la Klinik Bellavista, situado en la localidad de Speicher, estaba fabricado en hormigón sin pintar y cristal, resultaba extraño al verlo aparecer desde la distancia cuando se acercaba uno en taxi, se dudaba entre si estaba perfectamente integrado en la colina natural o era una aberración contra la naturaleza, cuestión de gustos. En su interior, Esther consideró que se parecía al edificio donde se ubicaba la división de Criminalística de Madrid. Grandes espacios con ventanales al exterior, al lago Constanza, líneas rectas, mucha luz y paredes pintadas de blanco impoluto.

El doctor Gerald Stiegler los recibió tras esperar cinco minutos en la sala contigua a su consulta. Era un anciano con sonrisa afable, algo entrado en kilos y calvo. Se levantó de su sillón y les dio la mano a la vez que saludaba en alemán, en ese mismo instante, como si todo estuviese calculado, entró un desconocido por la puerta, a las espaldas de Hugo y Esther, y se presentó como traductor de la clínica.

La conversación duró solo quince minutos, en los que el doctor le explicó que necesitaba hacerle una serie de pruebas para calcular las posibilidades de éxito en la operación; trabajaría junto a un neurocirujano para hacerle recobrar la vista en el máximo grado que pudieran, según lo dañada que estuviese esa zona del cerebro. No le dio falsas esperanzas, le dijo que el cerebro no suele regenerarse como lo hace un músculo o un hueso, también otros órganos como el corazón, los pulmones o el sistema digestivo, pero que tratarían de ayudarle como habían hecho con los pacientes anteriores, solo doce, y cinco de ellos habían recobrado parcialmente la visión tras la cirugía.

El optimismo era visible en el semblante de Moretti.

Esther permaneció durante tres horas esperando a que le realizasen las pruebas, una eternidad para ella, cargada de incertidumbre, dudas que no era capaz de quitarse de la mente. Aprovechó para llamar a su hermana mayor Gloria.

—Hola, ¿cómo os va?

—Estoy a la espera de que salga Hugo de las pruebas.

—¿Cómo está él?

—Ilusionado, ¿de qué otro modo?

—Lo supongo. ¿Y tú?

—Tengo mis dudas.

—¿Ya te ha llegado el miedo?

—Me conoces mejor que yo.

—¿Acaso no quieres que recupere la vista?

—Sí, claro, pero no sé qué será de nosotros tras eso, será una persona diferente.

—Lo comprendo… Te voy a hacer una pregunta, ¿no serás una persona diferente tú misma cuando te cures del narcisismo?

—Supongo que sí.

—¿Lo supones?

—No, es evidente que será así.

—¿Y quién te ha pedido con más ahínco que vayas a ese psicólogo, incluso pagándolo él?

—Entiendo.

—¿Lo entiendes de verdad o solo lo dices porque es lo que debes decir? Hugo te apoya más que nadie para que progreses, aun a riesgo de que no quieras seguir con él tras tu cura. ¿Por qué lo hace?

—Porque le importo más que él mismo.

—De eso va el amor. Te quiere y desea que te cures, aunque eso significase perderte después.

—Y yo soy tan egoísta que solo pienso en mí y que no me abandone si se cura, anteponiéndolo a que él sea feliz. Soy una mala persona, soy tóxica, como todos los narcisistas.

—Me encantaría que os curaseis los dos, aunque luego no acabéis juntos. Eso lo decidirá el tiempo. También te aseguro que Hugo te seguirá amando si recupera la visión, ese hombre se desvive por ti y eso no cambiará cuando te vea, eres más bonita de lo que nunca has podido ver o imaginar.

—Siempre me dices lo que necesito oír.

—No, siempre te digo lo que pienso. Me asusta que tú no llegues a las mismas conclusiones, como si no fueras consciente del mundo, de lo que te rodea.

Tras finalizar la conversación y despedirse, Esther trató de distraerse observando el lago al otro lado del ventanal que ocupaba toda una pared enorme de la sala de espera. Las máquinas expendedoras de bebidas y comida eran gratuitas; entre ese detalle y el aspecto del lugar, a la chica no se le pasó por alto que los honorarios allí serían de cinco cifras o incluso más, y eso sin contar las operaciones quirúrgicas posteriores a las consultas previas.

Hugo apareció a las cinco y cuarto de la tarde, hora española. Tuvieron otra reunión con el doctor, en la que solo les dijeron que analizarían lo obtenido en las radiografías y TAC efectuados y les mandarían un informe detallado, incluyendo el porcentaje de fiabilidad de la operación, para que se lo pensasen.

De regreso al aeropuerto no cruzaron ninguna palabra, lo que hacía temer a Hugo que Esther tenía dudas o su mente estaba haciendo de las suyas, no quiso decirle nada y dejó que el tiempo pasase, aunque acabó por preguntarle mientras volvían en el avión.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué permaneces en silencio todo el tiempo?

—No sé, tengo miedo. Es una cirugía cerebral, hay riesgo de que no salgas con vida de ella.

—Yo también lo tendría por ti. ¿Solo es eso?

—¿A qué te refieres?

—¿Tienes miedo de que recupere la vista?

—No, me alegraría por ti.

—Has dicho por mí, no por los dos.

—Es una forma de hablar, claro que me alegraría yo también.

—¿Quieres hablar sobre eso? Te siento extraña, distante; hacía mucho que no te mostrabas así conmigo.

—No hay nada que hablar, en serio. Ojalá recuperes la vista, te lo digo con sinceridad. —Le dio un beso en los labios y se acomodó entre sus brazos durante el resto del vuelo.

Hugo Moretti no quedó convencido del todo, ya conocía y había aprendido a interpretar los tonos de voz de su compañera, pero no quiso insistir.

Llegaron a Madrid a las ocho y se fueron a casa.

El caso

Se despertaron en silencio, así fueron también a la cocina tras pasar por el cuarto de baño, seguía la tensión entre ellos; más bien, la que soportaba Esther y era más que sentida por el ciego, que no quería ahondar en algo que ella tendría que soltar cuando lo considerase oportuno.

Prepararon el desayuno entre los dos y se decidieron a comerlo en la cocina antes de marcharse a la comisaría.

—Ya nunca tomas té verde en casa —dijo él para romper el hielo.

—Lo tomo en la comisaría, allí el café es horroroso comparado con este.

—Me alegro de haber comprado esa cafetera… Te siento lejana. ¿Estás bien?

—Sí, claro, solo es la presión tras recibir la medalla al mérito y el ascenso.

—¿Sigues pensando que no los mereces?

—Quizás.

—Mi propia psicología me dice que esa respuesta no es lo que habías querido decir, aunque yo no haya estudiado como tú la carrera.

—No hay nada más, te lo aseguro.

—Esther…

—¿Qué?

—¿No hay confianza entre nosotros? ¿Se ha ido? ¿Prefieres hablarlo con tu hermana?

—Ahora resulta que me conoces mejor que yo misma.

—Has dicho muchas veces que no te conoces, que no sabes lo que quieres en la vida.

—También vas a tener más memoria que yo.

—A la defensiva, la Esther de antes. Si el psicólogo no te sirve, puedes dejar de verlo.

Ella se mordió la lengua, literalmente.

—Lo siento, estoy irascible.

—Lo estás desde ayer, ¿qué te pasa? ¿Puedes contármelo?

Esther apuró el café antes de responder.

—Tengo miedo, no puedo evitar el miedo en mi vida.

—¿Miedo a qué?

—A todo lo que pueda cambiar y yo no lo controle, a todo lo que pueda hacerme daño en el futuro. Miedo a que seas otra persona cuando recuperes la vista.

—¿Otra persona? ¿Por qué tendría que cambiar?

—No lo sé, antes… Todos dicen en la comisaría que antes eras un crápula que se divertía con las chicas, sin compromiso.

—Todos dicen también en la comisaría que eres una oportunista que se acuesta con los inspectores para progresar. La gente habla, le gusta inventar historias.

—No lo había pensado. ¿No eras un crápula mujeriego?

—Quizás sí.

Ella lo miró con asombro, aunque él no podía saberlo.

—¿Lo eras?

—Hablas del pasado, de hace muchos años, cuando yo era un agente y luego oficial joven. Olvidas el presente. Ya no soy un jovencito y, además, estoy enamorado de ti, ¿acaso eso no te importa?

—¿Seguirás estándolo si puedes ver a otras chicas y sentir deseo por ellas?

—Trataré de resumírtelo de un modo claro. ¿Tú no ves a los chicos que hay en la comisaría y con los que te cruzas por la calle en tu día a día? Los hay guapos, mucho más que yo, estoy seguro de ello; pero sigues conmigo, has decidido estar a mi lado. Yo he decidido estar también contigo, confío en ti y me siento feliz. ¿Qué pasará si mañana me dejas por otro? Pues que sufriré mucho, pero aceptaré que tú eres más feliz con otra persona.

—Yo no logro encontrar en mi interior ese razonamiento. Soy egoísta y me asusta que me dejes, como ya hizo mi anterior novio, el único que he tenido y con el que he deseado crear un proyecto de vida en común y pensando en el futuro juntos.

—¿Tan horrible eres como para que te deje tras verte?

—No bromees, por favor.

—No lo hago, es que no te comprendo, solo eso. Vamos a ir a la comisaría y tengamos un día como los habituales cuando trabajamos, lo necesito.

—Pero es que me siento como una mierda al no alegrarme y participar de tu optimismo por poder recuperar la visión.

—Eso cambiará, seguro. Vamos, vístete mientras yo recojo todo esto y pongo el lavavajillas.

África Sánchez, a los mandos del Audi RS5 gris, los saludó con su sonrisa y palabras dulces, como siempre, para llevarlos a la comisaría central.

—¿Qué tal en Suiza? —preguntó la agente que hacía de chófer y apoyo para ambos, la que se había ganado su confianza tras el último caso. Se notaba entusiasmo y preocupación a partes iguales en su mirada y palabras.

—Solo eran pruebas, África —respondió Moretti.

—Bueno, pero eso es positivo, a ver si todo sale bien y pronto puedes recuperar la vista, aunque sea un poco.

—Gracias. Me encantaría ver esa sonrisa que Esther me ha dicho que tienes y que solo puedo adivinar por ahora.

Esther desvió la mirada hacia el otro lado de la ventanilla sin decir nada, solo centrarse en ver pasar las calles que la conducían a su lugar de trabajo. Moretti y África permanecieron en silencio también.

La comisaría se veía como siempre, como desde que llegó Esther a ella; agentes y oficiales dedicados a sus casos; la recepcionista Elena Castell haciéndose la ciega y sorda ante ellos; el despacho frío y oscuro a la espera de subir las persianas venecianas que daban luz y vida desde la calle. Ella encendió el ordenador tras dejar el abrigo y el bolso en el perchero, además de subir dichas persianas.

—¿Te traigo un té verde de la cocina? —preguntó Moretti para romper el silencio.

—¿Cómo?

—¿Estás bien? Te noto más rara que de costumbre. Te he preguntado si quieres un té verde, como siempre. Voy a la cocina.

—Sí, gracias —apuntó ella sin mirarle, tampoco él sabría que no lo había mirado a la cara.

Moretti llegó diez minutos después y acompañado del comisario.

Se notaba que habían hablado de lo de Suiza, porque Simón Ramos se veía eufórico y eso solo podía significar que su mejor inspector podría regresar a la brigada. También portaba el comisario tres carpetas marrones entre los brazos.

—¿Tres casos, Simón? —preguntó ella.

—Así es, aunque muy diferentes. Tengo dos asesinatos de esos fáciles que me quitáis de en medio en un día o dos, además de un tercero algo más complejo.

—Empieza por ese tercero —dijo Moretti.

—Es un caso que estaba pendiente de enviaros desde ayer, uno de esos difíciles para vuestro programa. Se trata de un lugar donde se han sucedido más crímenes en el pasado, durante décadas y siempre iguales, incluidos los de ayer. Se trata de un matrimonio apuñalado y no hay pruebas ni testigos.

—Sigue hablando, parece interesante.

—Por un lado, se trata de crímenes sin resolver desde hace cincuenta años, de un hotel en el que mueren asesinados en extrañas circunstancias quienes ocupan una determinada habitación, la número diecisiete. Por otro lado, se ha convertido en algo a investigar por fanáticos del ocultismo.

—¿Ocultismo? —preguntaron a la vez Hugo y Esther.

—Las dos nuevas víctimas eran aficionadas a estos menesteres. Según parece, pagaron una gran suma de dinero para ocupar esa habitación, a pesar de que el hotel la tenía cerrada para evitar nuevas desgracias. Esa pareja tenía allí material de escuchas de psicofonías y otros artilugios por el estilo, no sé si me comprendéis.

—¿Cómo han fallecido?

—Como en los crímenes anteriores, acuchillados, ambos en el cuarto de baño y en pleno corazón.

—¿Los fantasmas usan cuchillos?

—Hache… no me jodas.

—No lo hago. Dices que es un caso irresoluto y que lleva cinco décadas abierto… ¿Cómo murieron las anteriores víctimas?

—Ya te he dicho que de igual modo, acuchilladas en el corazón.

—Joder.

—Dicen que se trata de un fantasma y de una habitación maldita.

—La gente es propensa a esos comentarios y pensamientos, sobre todo en aquella época y en lugares remotos llenos de supersticiones.

—Os toca a vosotros la doble tarea de descubrir lo sucedido y la de lidiar con la jurisdicción.

—¿La jurisdicción? Joder, claro, es un asunto de la Guardia Civil.

—Eso es. Buena suerte con el caso.

—No es un caso, es una patata caliente.

—Para eso estáis aquí. ¿Acaso preferís los otros dos casos comunes?

—Casi estoy por decir que sí.

—Nos hacemos cargo del caso difícil —dijo Esther, que había permanecido en silencio durante la conversación. Moretti sonrió ante su decisión, aunque a ella no le pareció algo positivo.

Partieron junto a África hacia la localidad de La Acebeda al cabo de veinte minutos, el tiempo de revisar los pocos datos del caso en el informe y de solicitar al registro de la Guardia Civil que les preparasen los informes de los crímenes del pasado lo antes posible y se los escanearan para enviárselos. La recién nombrada subinspectora iba haciendo un resumen durante el trayecto.

—Javier Blanco, treinta y tres años, filólogo hispano. Su esposa, Bárbara Torres, de treinta y uno, profesora de primaria, ambos encontrados muertos por arma blanca en el cuarto de baño de la habitación diecisiete del hotel. Los de la UCO de la Guardia Civil no tienen huellas ni pruebas de otro tipo en la escena, solo los cuerpos hallados en lo que parece una ejecución. En realidad sí hay huellas y fibras, pero son de pisadas de los guardiaciviles que llegaron a la escena en primer lugar, incluso hay vómito en el suelo de uno de ellos.

—Tenemos que ponernos en contacto con amigos, familiares y compañeros de trabajo para interrogarlos tras tomar declaración a los empleados del hotel y los demás huéspedes.

—Las dos víctimas son de Barcelona, tendremos que ir hacia allí para indagar y entrevistarnos con ellos. Al parecer, los de la UCO han descubierto que pertenecían a grupos y foros en los que se habla de ocultismo y crímenes extraños, de esos realizados por fantasmas; eso ya lo dijo el comisario. Fueron expresamente a esa habitación para investigar. Han descubierto también que hicieron grabaciones en el cementerio del lugar; también grabaron en la habitación audio y vídeo, pero la batería de la cámara se agotó a las cinco y media de la madrugada y la pareja seguía con vida y durmiendo en ese momento.

—Será complicado solucionar el caso —dijo Moretti—, no por el tema del ocultismo y los fantasmas, sino porque la UCO es como un sabueso cuando se le quita el hueso de la boca que supone un caso en el que ya ha empezado a investigar.

—¿Vamos a ver fantasmas? —preguntó África mientras conducía.

—Los fantasmas no existen, tampoco esgrimen cuchillos —le respondió Esther.

Llegaron a hotel antes de las dos de la tarde, se mostraba idílico, como todo el entorno, incluido el pueblo que habían atravesado para llegar a él. Dos detalles desentonaban en la fachada: la puerta de cristal automática y los dos coches de la Guardia Civil aparcados justo ante ella.

Entraron en el vestíbulo para comprobar que allí había más gente de la esperada en la temporada baja de turismo. Un señor de mediana edad se acercó a ellos para preguntarles por su visita.

—Policía Nacional, hemos venido por el caso del doble homicidio —dijo Moretti a sabiendas de que Esther y África ya estaban mostrando sus placas e identificaciones.

—No sabía que vendría también la policía. Estamos ayudando a la Guardia Civil, ahora están aquí, como ayer.

—¿Quién es usted?

—Jacinto Benavides, soy el dueño y gerente del hotel.

—Encantado, señor Benavides, tenemos que hablar con usted y con el resto de empleados, pero antes deje que saludemos a nuestros compañeros de la civil —dijo Moretti con toda la amabilidad posible, incluso alzando la voz para que los aludidos lo oyesen en el vestíbulo.

El sargento local, Gabriel Sánchez, además de dos inspectores de la UCO, Unidad Central Operativa de la Benemérita, se sentaron frente a los policías al cabo de unos minutos. Se respiraba la tensión en el ambiente, como había vivido Moretti muchas veces antes, cuando la jurisdicción había sido cambiada desde el ministerio.

—Antes de nada, quiero decir que esto es algo que nos ha llegado desde arriba, no venimos a pisar los pies de nadie.

—Como siempre —dijo el teniente de la UCO.

—Todos estamos en el mismo bando, ¿no es así?

—¿Eres ciego? ¿Dejamos este caso en manos de un ciego?

—A mi derecha tienes a la subinspectora condecorada Esther Gallardo, es la responsable del caso, así me lo han hecho saber y seguro que a vosotros también. Podemos colaborar o *hacernos la cama*, como prefiráis.

La tensión había subido hasta poder cortarse como mantequilla con un cuchillo en el aire.

—Se trata de un caso abierto desde hace más de cincuenta años y obviamente no resuelto. Somos de un programa especial del ministerio para solucionar este tipo de entuertos. El ministerio nos lo ha asignado, pero podéis mandarles una queja si queréis. O darnos apoyo y la información que tengáis para ayudar, la decisión es vuestra. Os garantizo que apareceréis en los informes como colaboradores esenciales si cooperáis.

—Eso último nos da igual, pero habíamos empezado con el caso y tú y tu compañera sabréis que no es de buena educación quitarle el caramelo a un niño cuando ya lo ha empezado a saborear.

—Lo sabemos, créeme, de eso hablaba con ella durante el trayecto hasta aquí. Aceptamos vuestra colaboración durante el caso, si queréis darla. ¿Tenéis algo?

—Joder… No hay nada, no hay pruebas ni huellas, salvo de los empleados del hotel, tampoco hay testigos. Es una locura, un fantasma.

—Los fantasmas no existen, solo los criminales inteligentes y metódicos.

—¿Dices que no hemos sido más inteligentes que el criminal?

—No he dicho eso ni hemos venido a disputar este pulso, solo a hacer el trabajo que se nos ha encomendado. No tergiverses mis palabras, te lo ruego.

—No he malinterpretado nada. Veo a dos chicas de veinte años y a un ciego. ¿Eso manda el ministerio y nos aparta a los que tenemos la jurisdicción?

—Ya te lo he dicho antes, puedes presentar una queja cuando lo desees. Ahora te pregunto de nuevo, ¿nos apoyarás? Sinceramente te pido que lo hagas, que nos hagas partícipes de tus entrevistas, hallazgos y sensaciones. Las valoraremos como es debido para comenzar con la investigación.

—Están locos, todos ustedes lo están. —El teniente de la UCO se frotaba el cabello al hablar—. No tienen ni idea de lo que se cuece aquí.

—Pues haznos partícipes. ¿Qué se cuece aquí?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Para eso hemos venido.

—No encontraréis nada, os marcharéis con las manos vacías. Mi padre era el responsable de la Guardia Civil en aquellos años y llegaba a casa a cenar con el rostro desencajado, no quiero pensar en lo que había visto o investigado. Este hotel se aleja como no imagináis de lo que es un escenario de un crimen convencional, de esos que se investigan a menudo. Este lugar está maldito, sobre todo esa habitación diecisiete.

—¿Y qué te parece si nosotros mismos investigamos un poco para tomar nuestras propias conjeturas?

—Haced lo que queráis, pero no sacaréis nada.

—¿Ya está contaminada la escena? —preguntó Esther. Moretti hizo un ademán de desagrado, demasiado tarde.

—¿Contaminar? Hemos obrado como siempre, con el sumo cuidado que tenemos, como se nos ha adiestrado, igual que a vosotros. ¿Acaso estáis dudando de nuestra profesionalidad?

—No hagas caso a mi compañera, solo ha hecho una pregunta. Seguro que habéis hecho vuestro trabajo de la forma más eficiente, no lo dudo.

—Pues mantén alejadas las mandíbulas de tus colaboradoras. Tendréis los informes en el acto con toda la información detallada; espero que cumplas tu palabra y nos hagas partícipes de lo que vayas obteniendo también.

Subieron a la habitación en silencio por las escaleras, estaba en el segundo piso y al fondo del pasillo. Esther se mordía las ganas de disculparse por su indiscreción, pero no lograba ver el momento de hacerlo.

La puerta estaba abierta y accedieron al interior, aunque solo quedaba el equipaje de las víctimas en la estancia principal y la sangre sobre el suelo del cuarto de baño; ni rastro de los cadáveres, que ya estarían en el Instituto Anatómico Forense de la capital. La cama seguía deshecha y África preguntó en un simple susurro:

—Guau, casi han destrozado la cama, menudo polvo habrán echado…

Esther contuvo la risa.

Moretti se mantuvo pendiente de los olores y sensaciones que le diese el lugar.

—Chicas, el lugar no es como de costumbre, se ha contaminado y ya no hay cuerpos, así que tenemos que mantener los sentidos al límite, no dejar nada sin mirar, oler y sentir en general. Aquí han sido asesinadas dos personas y no será fácil saber qué ha ocurrido. Almacenad cada detalle, quizás sea importante en el futuro para resolver el crimen.

—Hay ordenadores, discos duros, grabadoras y otros artilugios informáticos por aquí —dijo Esther.

—Es increíble que los de la UCO aún no se los hayan llevado para analizar, los recogeremos para que nuestros muchachos indaguen en ellos.

—El baño está lleno de pisadas —dijo África desde allí—. Hay sangre por todo el suelo y salpicaduras en las paredes, lavabo, bañera e inodoro, todo está de un rojo oscuro casi negro, pegajoso parece… También llegan algunas gotas al techo.

—No entres, no contamines más aún el lugar —le espetó Moretti—. Salgamos tras analizarlo todo y busquemos a los empleados.

—Las entrevistas con ellos nos las darán los de la Civil —dijo Esther.

—No me fío por ahora de ellos, hagamos nuestro trabajo.

Una hora más tarde y en el vestíbulo de nuevo, el gerente y propietario del lugar les aseguró que no había tratado con la pareja de inquilinos, salvo para darles la llave la habitación la noche del crimen, a su regreso de un paseo. El tipo era taciturno, reservado, se mostraba cansado de la situación; más que eso, como agotado por una vida pasada que le pesaba sobre los hombros, eso pensó Esther al tratarlo.

Su hijo, Juan José, llegó temeroso ante los policías, se sentó cuando le pidieron que lo hiciese y respondía con monosílabos sin despegar la mirada del suelo.

—¿Por qué crees que querían esa habitación?

—No lo sé.

—¿Sabes lo que ocurrió en esa habitación en el pasado?

—Sí.

—Sabes que existía la norma de no alquilar esa habitación, pero se la diste, ¿fue solo por el dinero que te ofrecieron?

—Sí.

—¿Te sientes culpable de lo ocurrido?

—¡No! Quizás. Han muerto… Tal vez un poco responsable.

—¿A qué viene esa reacción? Tú solo buscabas un beneficio para la familia.

—Sí.

—¿Te daba igual lo que les ocurriese a los inquilinos?

—No.

—No nos estás sirviendo de mucha ayuda.

El chico suspiró hondo antes de responder, como si hubiera meditado mucho sobre el asunto esas horas.

—No pensaba que… Son solo habladurías de viejos.

—¿A qué te refieres? ¿Qué habladurías?

—Lo de los crímenes de un fantasma, son cosas de ancianos del lugar, cosas que dicen en el bar cuando están bebidos y recuerdan historias. Pensé que se trataba de algo absurdo creado para atraer a más turistas, solo eso.

—¿Cuándo se sucedieron los crímenes pasados?

—El anterior fue cuando yo tendría unos diez años. Recuerdo que ha estado esa habitación sin ocupar desde que tengo uso de razón, nunca hemos tenido tantos clientes como para habilitarla. Siempre he pensado que era una tontería, una superstición o una forma de atraer a más clientes. Tras el primer crimen, hace cincuenta años, se sucedieron más, cuatro muertes en dos momentos parecidos a este; y ahora llegaron esos dos turistas y se interesaron por la habitación, les dije que no estaba disponible, pero ofrecieron cinco veces lo que cuesta otra habitación y pensé…

—¿Los acompañaste a la habitación?

—¿Cómo dice?

—En los hoteles, lo normal es que un botones o el recepcionista los acompañe, ya sabes, para enseñarles la habitación y los servicios que tiene, además de ayudar a llevar el equipaje.

—No, no lo hice.

—¿Por qué?

—Supongo que porque me imponía mucho respeto, nunca he entrado; siempre he oído cosas horribles de esa habitación y nunca he querido verla.

—Pero has dicho antes que eran habladurías de viejos.

—Ya, pero eso no quita que me dé algo de miedo.

—¿Qué cosas horribles has oído?

—Ya lo saben, de crímenes. Los inquilinos aparecían acuchillados.

—Como ha ocurrido ahora.

—Por eso he comprendido que mis mayores y los vecinos del pueblo no se equivocaban, está maldita, la habitación alberga un fantasma.

—No creemos en fantasmas, nuestra labor es buscar a alguien de carne y hueso que lo haya hecho.

—No pensarán en mi padre, ¿verdad?

—¿Por qué íbamos a pensar en él?

—No sé, lo he dicho de forma instintiva. Padre no ha podido ser.

—¿Ves a tu padre como un asesino o como un monstruo? —inquirió Esther por primera vez desde que había llegado.

—Él… él cuida de todos nosotros y lleva el negocio desde hace décadas.

«No me ha respondido» pensó la subinspectora.

—¿Dónde estabas esa noche en las horas en las que ocurría el crimen?

—En casa con mi hermana. Salimos del hotel a las once menos cuarto, tras hacer nuestras tareas, nos fuimos a cenar y luego dormir para relevar a padre por la mañana.

—Está bien —dijo Moretti—, hemos terminado por ahora contigo, dile a tu hermana que venga—. El chico asintió y se marchó hacia las estancias internas del hotel.

La chica apareció unos minutos después con su leve cojera y mirando el suelo en todo momento. Parecía una oveja conducida hacia el matadero, así lo sintió Esther al verla.

—¿Cómo te llamas?

—Elena.

—Bien, Elena, ¿qué puedes decirnos de la pareja que ocupaba la habitación diecisiete?

—¿Yo? Solo me pidieron algo de cena, les hice lo que pude y parecieron contentos.

—¿No oíste sus conversaciones en la zona del restaurante?

—No, estaba haciéndoles la comida en la cocina; no hablaron cuando les pregunté qué deseaban y tampoco cuando se la serví más tarde.

—¿Solo les serviste la cena?

—También unos refrescos antes de que les dieran la llave de la habitación, serían las doce y media o la una de la tarde. Pero tampoco hablaron nada en mi presencia.

—¿Hasta qué hora estuviste aquí?

—Me marché tras limpiar y recoger la cocina, sería antes de las diez y media de la noche.

—¿A dónde fuiste?

—A casa, a la de mis padres, llegué y me preparé algo de cena antes de irme a la cama, también para mi hermano.

—¿Por qué no cenasteis en el hotel?

—No solemos hacerlo, por el tema del inventario de la comida, para no descuadrarlo y que mi padre se enfadase. Él siempre dice que hay que tomar las comidas en casa, que los víveres del hotel son para los huéspedes. En esta época tenemos pocos clientes y no quería agotar la despensa, que está casi vacía.

—¿A qué hora regresaste al hotel?

—A las seis y media de la mañana, por si los clientes querían tener el desayuno preparado.

—Pero no llegaron.

—No, luego me dijo mi padre que estaban muertos y que había llamado a la Guardia Civil.

—¿Qué sentiste entonces?

—¿Cómo dice?

—¿Qué sentiste al saber que habían muerto?

—Pues asombro, miedo…

—¿Miedo? Perdona que cambie de tema, mis compañeras me han susurrado que cojeas levemente, ¿a qué se debe?

—No le comprendo.

—¿Es algo temporal, por un esguince o torcedura, o es algo definitivo por algo sucedido en el pasado?

—Cojeo desde los once años, fue por un accidente cuando venía por la calle hacia el hotel.

—¿Esther? —preguntó Moretti.

—Miente.

—¿Elena?

—¡Digo la verdad!

—Está bien, márchese.

La chica parecía dispuesta a protestar enérgicamente, pero se lo pensó unos segundos y luego se levantó de la silla con dificultad para desaparecer del lugar y cederle el turno al empleado de mayor edad, el jardinero y hombre para todo que tenían contratado. El tipo apareció afable, aunque lleno de tierra y estiércol, para permanecer de pie y no ensuciar más aún, se mostraba como un perro bien adiestrado que no quisiera molestar con su presencia ante los amos o las visitas de la casa.

—¿Cómo se llama?

—Eusebio Martínez.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Desde que era poco más que un adolescente, llegué hace unos cincuenta años y aquí sigo.

—¿Se siente a gusto?

—¿A qué se refiere?

—A sus tareas, al sueldo, al trato con su jefe… ya sabe.

—Siempre me han tratado como a alguien de la familia, el sueldo es suficiente para vivir en el pueblo y me gusta encargarme de los jardines, además de la limpieza u otras tareas que me mandan; este es un trabajo fácil, que conozco y que hago con gusto.

Eusebio tenía setenta y dos años, aunque aparentaba más de noventa por la tez arrugada, la calva y la leve joroba. Esther lo miraba como si se tratase de un personaje de una película de terror, una versión envejecida de Igor en *Frankenstein*.

—¿Se cruzó con los inquilinos de la habitación diecisiete?

—No la mencione, esa habitación está maldita.

—No me ha respondido.

—Me saludaron amablemente cuando llegaron en coche al mediodía, pero no los he visto más.

—Ha dicho que lleva casi toda la vida trabajando aquí, así que fue testigo de los crímenes ocurridos en el pasado.

—Así es. —El hombre se persignó con un semblante de pesar.

—¿Vio u oyó algo durante aquellos sucesos?

—Nada, solo las habladurías que crecían sobre el fantasma que aquí reside. Nunca he querido entrar dentro de esa habitación, me impone mucho respeto.

—Supongo que la investigación de la Guardia Civil generó muchos comentarios; al final, en estos casos, todo se acaba sabiendo.

—Los guardiaciviles acababan con más miedo que nosotros y se marchaban tras pocos días husmeando.

—Comprendo. ¿Había más empleados en el hotel en aquellos tiempos? ¿Quién era el propietario?

—El padre de Jacinto.

A Moretti le extrañó que lo llamase de esa forma tan cercana, aunque seguro que había visto nacer a Jacinto y lo había tratado como niño y adolescente hacía muchos años.

—¿Y otros empleados?

—Ya no están, la mayoría han muerto, eran incluso mayores que yo.

—¿Hay más empleados en el hotel aparte de Jacinto, sus dos hijos y usted en este momento?

—Solo en verano, en la temporada alta. Dos chicas que vienen del pueblo.

—¿Jóvenes?

—Sí, tienen menos de cuarenta años.

—¿A qué hora se marchó esa noche pasada, en la que sucedieron los últimos crímenes, de aquí?

—Serían las diez o diez y media, ya hacía mucho que no había luz para cuidar los jardines y había limpiado el vestíbulo.

—¿Tiene familia esperándole en casa?

—No, señor, no tengo familia, salvo un hermano, pero vivo solo. —El amargor se desprendió de esas palabras con la misma intensidad que la tristeza.

—¿Fue directamente a casa o se pasó por algún otro lugar?

—Directo a casa, como cada día.

—Está bien, eso es todo por ahora. Puede continuar con sus labores.

El anciano lo agradeció y se marchó en silencio.

Una vez a solas:

—Podemos descartar al jardinero porque dejaría la escena del crimen llena de huellas de tierra —apuntó Esther.

—Habría tenido tiempo de ducharse y cambiarse de ropa; además, es el único que tiene la edad para ser el asesino durante cincuenta años, además de Jacinto —la corrigió Moretti.

—No lo había pensado.

—¿Qué opinas de Jacinto y de sus hijos?

—Ellos parecen tenerle miedo. La chica cojea y puede que sea por un episodio violento, claro que eso no apunta directamente al padre y es una simple hipótesis sin ninguna prueba.

—Lo sé. Tenemos mucho trabajo por delante, hay que indagar en el pueblo para conocer sus versiones sobre los hechos actuales y los del pasado, además de buscar a ancianos que hayan vivido durante todos los crímenes, y eso sin contar que tenemos que entrevistar más veces a los empleados, la presión suele dar resultado en estos casos.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Regresamos a Madrid?

—No, vayamos a ver ese cementerio que visitaron las víctimas antes de su muerte.

Cementerio

No imaginaban que el camposanto sería tan pequeño y con un estado de deterioro tan pronunciado. ¿No había lápidas y tumbas recientes? Pensaron al llegar y observarlo en un rápido vistazo.

—¿Desde cuándo no se entierra a alguien aquí? —se preguntó Esther en voz alta.

—Observad el lugar —les dijo Moretti—, buscad marcas dejadas por la pareja del hotel, si es que hicieron grabaciones y usaron un trípode, y también al inquilino del lugar más reciente, quizás sea significativo.

África y Esther obedecieron mientras el exinspector esperaba fuera del cementerio, pues no podría aportar nada, como en todas las inspecciones oculares de los lugares que visitaban.

Gallardo eligió la zona de la derecha y fue almacenado nombres y fechas de las placas de mármol a la vez que analizaba el suelo en busca de huellas. Los nombres de los fallecidos le resultaban tan cómicos como anticuados, cómo había cambiado la sociedad en tan poco tiempo… Llevaba veinte minutos en la tarea cuando se topó de bruces con una figura oscura.

—¿Perdón?

—No, discúlpeme a mí —dijo un anciano vestido de negro, Esther vio el alzacuellos.

—¿Es usted cura?

—El párroco del pueblo, aunque llevo varias iglesias más por la zona.

—¿Lleva mucho tiempo aquí como párroco?

—Más de cuarenta años.

—¿Por qué no hay entierros más recientes? Me refiero a posteriores a la década de los setenta.

—No sé… ¿Por qué lo pregunta?

—Soy ofi… subinspectora de la Policía Nacional, estamos investigando un caso de homicidios sucedido hace dos días.

—La pareja de turistas, ya me han dicho. Todo el pueblo habla de eso.

—¿Qué ha oído sobre el asunto?

—No mucho, que se trata del fantasma del hotel, el de la habitación diecisiete.

—¿Cree usted en esas cosas?

—Como cura soy creyente, aunque eso de los fantasmas es pasarse mucho.

—¿Cómo interpretó entonces todas esas habladurías? ¿Cómo lo hace ahora desde la perspectiva que le da el tiempo para haberlo meditado?

—Interesante e inteligente pregunta para venir de una persona tan joven —dijo con algo más de ímpetu, como un actor… con cierto grado de interpretación en sus palabras—. Lo cierto es que en aquellos tiempos pensé mucho en lo que pudo suceder, buscando razones más terrenales y alejadas de una mano oscura que obraba por orden del maligno. Pensé que había sido una persona la responsable.

—Pero usted sabría que se trataba de inquilinos sin relación entre ellos y tampoco con los empleados del hotel, no tenía sentido.

—A veces, que las cosas no tengan sentido a simple vista, no implica que no haya algo detrás, algo que se nos escapa y que justifica las peores acciones.

Esther apreciaba algo extraño, como simpleza en las palabras y los gestos del cura.

—Vaya, parece usted un policía con esas conjeturas.

—La teología me dicta eso.

—Pues voy a ponerme a estudiarla a partir de ahora, se lo aseguro.

—Nunca es tarde para añadir más conocimientos a una mente ávida de ellos.

Esther le sonrió, le gustaba aquel anciano cura que caminaba tan despacio a su lado entre las tumbas, como si no tuviese prisa jamás por realizar ninguna de las tareas que se había impuesto cada mañana. Al contrario que ella, que corría sin ser consciente de que debía caminar para ver lo que había alrededor.

—Me llamo Esther, ¿cómo se llama usted?

—Aquí me conocen como padre Damián.

—Encantada de conocerle.

—El placer es mío. Qué pena que gente de tu edad no llegue al pueblo para repoblar lo que parece destinado a extinguirse.

¿Vivir en ese pueblo y tener hijos? Nada más alejado de los planes de futuro de la chica. Esther siguió con la entrevista.

—Por cierto, no respondió a mi pregunta del principio. ¿Por qué no hay entierros desde hace más de cincuenta años?

—La gente es supersticiosa, no quieren enterrar a sus familiares donde puede haber un asesino fantasma. No quieren ver a sus seres queridos aparecer en mitad de la noche a modo de espectros; no se imagina cómo vuela la imaginación de las personas cuando el miedo entra en sus mentes.

Esther seguía viendo algo extraño en él, pero no sabría describir qué era.

—¿No les ha hablado sobre ello en la iglesia? ¿No ha tratado de calmarlos y hacerles entrar en razón?

—Claro que sí, pero hay pensamientos que se muestran demasiado fuertes como para desaparecer por las palabras de un anciano en el templo.

—Ya entiendo… Debió de ser frustrante para usted.

—No lo imagina, pero es una de las tareas a las que uno debe de enfrentarse en este oficio. Ahora debo dejarla, tengo cosas que hacer.

—Claro, que pase un buen día.

—Gracias, igualmente.

Esther tardó unos diez minutos más en analizar el suelo y las placas de mármol antes de toparse de frente con África. La chica iba apuntando sin parar en una libreta mientras no quitaba ojo de las lápidas y nichos.

—¡Esther! No te he visto.

—No pasa nada. ¿Ya lo tienes todo?

—Creo que sí.

—Pues volvamos al coche con Moretti.

Antes de encender el motor del vehículo, comentaron lo sucedido.

—He visto marcas de un trípode ante una tumba —dijo África.

—¿Cuál era el nombre?

—Aurora Fuentes, pero no es lo que más me ha llamado la atención, sino que era la persona fallecida hace menos tiempo de la parte del cementerio que he inspeccionado.

—Quizás eso tenga relevancia.

—No lo creo —añadió África—, esa persona murió dos meses antes del primer crimen.

—Por lo que dicen los empleados del hotel, es seguro que las nuevas víctimas conocieran la historia de la habitación y buscasen al supuesto fantasma, así que colocarían la cámara para grabar fenómenos extraños delante de la tumba de quien hubiese muerto por esas fechas. ¿Por qué demonios no hay personas enterradas después?

—Hugo, eso me lo ha comentado el cura.

—¿Qué cura?

—El que estaba dentro del cementerio con nosotras. Un anciano de unos setenta u ochenta años con el que he hablado hace unos minutos. Me ha contado más sobre las supersticiones de los lugareños, además de asegurarme que los vecinos no han querido enterrar a sus seres queridos donde podría haber un fantasma asesino cerca porque pensaban que eso podría convertir en fantasmas a los difuntos.

—Yo no he visto a nadie ahí dentro, solo a ti —aseguró África.

—He estado hablando con él durante minutos.

—Pues no me habré fijado.

—Yo tampoco he sentido que nadie entrase o saliera por la puerta en la que os he esperado —dijo Moretti—. Con el suelo de tierra y gravilla, lo habría oído pasar con claridad.

—No me lo he inventado, joder. Ese anciano ha estado ahí y me ha hablado por varios minutos, me ha contado sus impresiones y las de los vecinos durante estos años.

Esther los miraba mientras estos permanecían en silencio. África observaba a la chica como si le estuviese contando una película.

—No —añadió a punto de enfadarse—, ese anciano no era ningún fantasma, puedo asegurar que es tan real como nosotros mismos.

—No lo hemos visto ni oído ninguno de nosotros.

La subinspectora se calló, trataba de revisar en su memoria prodigiosa para analizar lo vivido solo unos minutos atrás, no era posible que sucediera en un sueño o que tuviese una alucinación. Ese anciano cura había estado a su lado y conversando con ella, lo sentía como si sucediese en ese momento; hasta recordaba que olía a colonia de esas para bebés, Johnson & Johnson, y que el aliento le olía como si hubiese comido tostadas con ajo. ¿Por qué sus compañeros no creían en ella? ¿Desde cuándo habían dejado de confiar en su criterio?

—¿Regresamos a Madrid? —preguntó África.

—No, esto no ha hecho más que comenzar y nos quedamos en el pueblo, en el mismo hotel. Simón pagará las estancias. África, pon rumbo al pueblo, vamos a hablar con algunos vecinos antes de reservar las habitaciones.

Tras llegar a la plaza de la localidad, preguntaron en el único bar que encontraron, allí les dieron varios nombres y direcciones de ancianos que superasen los ochenta años. Se tomaron unos refrescos y partieron en su búsqueda, aunque antes de eso, la suboficial hizo una pregunta al camarero del bar que tomó a sus compañeros por sorpresa, o casi, porque Moretti esperaba que su terca amiga ratificase su experiencia con el cura. Casi habría querido hacer la pregunta él.

—¿Conoce al padre Damián?

—¿Cómo dice?

—El párroco, el anciano encargado de la iglesia del pueblo.

—El párroco se llama Julián y tiene menos de cuarenta años. El padre Damián falleció hace cinco años.

—¿Cómo dice?

Esther estaba en *shock*. Miraba al camarero a sabiendas de que sus gestos y palabras indicaban que estaba diciendo la verdad. La Psicología no engañaba a quienes la conocían. ¿El padre Damián estaba muerto? Ella lo había visto y había hablado con él solo una hora antes.

—El padre Damián ha sido el párroco del pueblo durante décadas, pero falleció de bronquitis hace cinco años, no paraba de fumar.

—Gracias por su ayuda —se limitó a decir ella antes de acompañar al coche a Hugo y a África.

—Esther, ¿estás bien?

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Hace una hora he hablado con alguien que no habéis visto ni oído y que parece llevar muerto un lustro. Estoy todo lo bien que cabe esperar.

—Relájate, llevamos demasiados días, o semanas, de tensión, vamos a darnos una ducha en el hotel y cenar algo. Mañana tenemos las entrevistas con los ancianos del lugar y debemos permanecer con las energías al cien por cien.

—Hugo, ¿estás diciendo que veo y hablo con fantasmas y que necesito dormir para dejar de tener alucinaciones?

—No he querido decir eso, si es lo que has interpretado, solo que estamos cansados tras lo de la ceremonia y luego el viaje relámpago a Suiza. Quizás mañana todos pensemos con la mente más lúcida.

—Lo mismo que he dicho yo.

—No te lo tomes como un ataque, por favor. Si me dices que has visto al párroco y que has hablado con él, me lo creo, te lo aseguro.

—Yo también.

—África, no te metas en la conversación, no ahora.

—Lo siento.

—Hugo, sé lo que he visto, oído, olido… No estoy loca ni estoy cansada. Ese anciano ha hablado conmigo.

—Me lo creo, mañana mismo vamos a buscarlo, sea el padre Damián u otra persona que supondría una pieza del puzle importante para el caso. Ya sabemos las identidades de los ancianos del lugar, además de sus direcciones, los visitaremos a todos, además de entrevistarlos, e indagaremos en ese padre Damián a conciencia. Esa es nuestra tarea principal. Recordad también que tenemos que recibir los datos de los casos anteriores sucedidos en el hotel desde la comisaría y cotejar las entrevistas de los empleados con las que han realizado desde la UCO. Tenemos mucho trabajo por delante y el tiempo apremia. Tampoco quiero descuidar a los empleados para hacerles futuros interrogatorios más a fondo, hay muchas lagunas y el caso no se solucionará solo.

—Claro, en eso pensaba —dijo Esther con un tono en el que trataba de ser convincente, como queriendo ocultar su malestar porque sentía que no creían en ella.

—Yo quisiera decir algo.

—Adelante, África.

—Quiero daros las gracias por hacerme partícipe de esta forma en el caso, estoy aprendiendo mucho de vosotros.

—Eres parte del equipo, ya deberías saberlo —le dijo Moretti.

—Cada vez me siento más arropada por vosotros, gracias.

—Deja de agradecerlo, pareces un perrito recién rescatado de la calle.

Moretti y África no dijeron nada ante el comentario con tono casi despectivo, muy distante, de Esther.

El equipo llegó al hotel, dijeron en la recepción que querían una habitación doble y otra individual y se marcharon al bar-restaurante a comer algo. El chico, Juan José, les ofreció las habitaciones sin coste, pero ellos rechazaron el detalle alegando que no podían aceptar ese tipo de trato estando de servicio. Elena los atendió con amabilidad, les dijo que no tenía mucho que ofrecerles y ellos, tras oír la escueta carta, se decantaron todos por comer lomos a la plancha con patatas y huevos fritos, además de cerveza.

Cenaron en silencio y haciendo luego sus conjeturas sobre la información obtenida, a sabiendas Moretti y África que Esther seguía sumida en sus pensamientos sobre lo ocurrido en el cementerio.

No les extrañaría que quisiera visitarlo al día siguiente como primer objetivo de todos.

Cincuenta años antes

Se veía más hermosa que nunca, y eso que el traje de novia era heredado de su madre y le quedaba algo grande, incluso se había puesto amarillento; y aún así la veía como a la princesa de cuento más bonita que hubiese imaginado nunca.

Se había enamorado de Auxi en cuanto se la cruzó por la calle por primera vez, tenían ambos quince años y la sonrisa tímida que se dedicaron fue definitiva.

Estuvo preguntando por ella a todos sus amigos del pueblo, hasta que, días después, supo que era la sobrina de Rodolfo, un ganadero que regentaba una granja de vacas y ovejas a las afueras. Nunca había hablado con ese hombre o con su mujer, tampoco tenían trato sus familias, salvo que él había ido a la escuela con su hijo Daniel.

No llevaba ni cinco minutos hablando con su antiguo compañero cuando este ya supo sus intenciones.

—¿Te gusta mi prima Auxi?

—Un poco —respondió con algo de vergüenza.

—Ella vive en Horcajo de la Sierra, no sé si tiene novio allí.

—¿Puedes enterarte? ¿Sabes cuándo volverá a venir?

—Pues mis padres dicen que vendrá otra vez este fin de semana. Es raro, porque suele venir solo dos o tres veces al año y no es normal que repita tan pronto.

—No le digas que he preguntado por ella, por favor.

—¿No? Pensé que querrías que le hablase de ti.

—¡Qué vergüenza!

—¿Entonces?

—Dile que… no sé… dile que vaya al baile la noche del viernes.

—¿A la taberna? No irá sin carabina, y ella no tiene amigas aquí.

—¿No puedes llevarla tú?

—No sé si mis padres aceptarán que salga de noche sin amigas o hermanas mayores; mis tíos se enfadarían.

—Por favor, inténtalo, ¿vale?

—Está bien, ya te diré lo que sea ese día. También puedo decirle de dar un paseo conmigo el sábado por la mañana y que te cruces con nosotros para que pueda presentaros.

—El sábado por la mañana trabajo, no salgo hasta las ocho de la tarde.

Daniel le prometió que insistiría con sus padres y con su prima tanto el viernes como el sábado por la noche. Él estaba eufórico, le dio las gracias tres veces y regresó a casa corriendo. La idea de volver a verla lo monopolizaba todo en su vida, no tenía apetito, sed, frío ni calor. Solo pensaba en vestirse con el traje de las bodas que le habían comprado sus padres con esfuerzo a él, y también a su hermano menor, para estar lo más guapo posible.

La observó de nuevo con el traje de novia y solo pudo suspirar, el banquete había terminado una hora antes, algo discreto y acorde a la economía de sus familias, aunque con carne de sobra para luego llevarse los invitados las sobras, un bonito detalle del tío de Auxi.

Siempre le debería ese favor a Daniel, el primo de su ahora esposa y que le había ayudado a cumplir su mayor sueño unos siete años atrás.

Otro fantasma del pasado

¿Esos pasos a su espalda? Los ha oído a la perfección, no como antes, que solo eran un murmullo o eco de su propio caminar.

Se giró de repente, pero la calle seguía desierta a esa hora de la madrugada.

Debió pedirle a una amiga que la acompañase, pero ellas seguían divirtiéndose en la discoteca y no quería arruinarles la fiesta. Llevaban meses planificando aquella salida tras los exámenes finales. Se lo habían pasado en grande yendo a cenar y contando anécdotas docenas de veces repetidas entre risas, luego tomando chupitos y, más tarde, bailando en la discoteca, libres por fin de los horribles exámenes y sabiendo que habían terminado la carrera.

Ella estaba demasiado cansada por tantas semanas durmiendo pocas horas y acumulando semejante tensión, así que decidió irse, a pesar de lo que disfrutaba bailando. No tenía dinero suficiente para un taxi, el metro había cerrado tres horas antes y los autobuses nocturnos no tenían la combinación para llevarla a casa. Incluso pensó en despertar a su padre para que fuese a por ella, pero el pobre hombre trabajaba el día siguiente y eso sería demasiado egoísta. Ella ya no era una niña, tenía veintidós años, en dos meses serían veintitrés, y debía valerse por sí misma.

Otra vez el eco, esta vez más cercano. Percibía que alguien la seguía y notó que todo su cuerpo se tensaba, ya no sentía los efectos del alcohol consumido. Giró a la derecha en la calle, aunque no era esa su ruta, luego a la izquierda, aceleraba el paso todo lo que podía; el barrio por el que caminaba, casi corriendo, estaba oscuro y desierto, no veía a nadie, ni siquiera a barrenderos o basureros haciendo su labor. Los pasos extraños se sentían con claridad aunque ella se giraba cada pocos minutos y no veía a nadie a su espalda.

«¿Estaré teniendo una alucinación por el miedo? ¿Y si solo es el eco de mis zapatos, aunque yo lo escuche algo descompasado? Debí quedarme con Claudia y Gabriela en la discoteca y regresar todas juntas al barrio».

Comenzó a correr con todas sus fuerzas, pero no aguantó ni un minuto, los zapatos de tacón alto le hacían daño y estaba demasiado cansada. Ahora solo escuchaba el latido de su corazón a toda velocidad en su cuello.

Trató de relajarse controlando la respiración, pero no se sentía en absoluto relajada; nunca antes había sufrido ese miedo, el miedo a ser asaltada en mitad de la noche. Hablaba la televisión constantemente de ataques a chicas, de violadores y manadas de imbéciles que hacían lo que querían con sus víctimas. Pánico corriendo por sus venas esa noche que debía ser todo idílico, un final horrible que no quería imaginar, pero que se mostraba cada vez más real en su mente hipocondríaca.

Quizás solo sentía angustia por la soledad del momento unida a toda la información de la televisión.

Tal vez solo eso.

Corrió unos metros más hasta agotarse y tener que parar. Volvía a plantearse si el peligro era real o solo en su mente.

Hasta que sintió las manos fuertes que la agarraron de la cara para que no gritase y de la cintura para alzarla sobre el suelo y llevarla tras un contenedor de basuras, en la más absoluta oscuridad.

El frío y la humedad del suelo en la espalda de repente.

Sus piernas y brazos tratando de resistirse con todas sus fuerzas.

Los intentos por gritar.

La mano en su boca mientras otra levantaba su falda y arrancaba de un tirón sus bragas.

La presión del cuerpo sobre ella, el doble de pesado que el suyo.

El dolor cuando fue penetrada.

El rostro de furia de su agresor a centímetros de su cara. Su aliento. Su respiración.

Los infinitos minutos que tardó en saciarse. Una eternidad desde su punto de vista.

La patada en su estómago cuando él ya estaba de pie y había decidido irse, pero no sin antes dedicarle un último golpe; como se aparta a una servilleta de papel que ha cumplido su función y luego es arrojada al suelo con desdén, como si fuese la cosa menos importante del mundo, un objeto usado para saciar su deseo y ahora, inservible.

Ya no se sentía el frío ni la humedad.

Ya no se sentía nada, salvo vacío y dolor.

Vacío en su interior y dolor en su alma.

El llanto brotó más fuerte que durante la violación.

No sabría calcular el tiempo que estuvo allí llorando, sintiéndose una basura, algo que no cabía en el contenedor de al lado y habían arrojado a su lado para que el basurero se encargase luego de echar al camión. Un objeto o mueble roto e inservible, algo que había cumplido una función en el pasado y ahora ya no servía para nada y afeaba la vista en la casa.

Se levantó como pudo, le costaba mover piernas y brazos, le dolía todo, tanto el cuerpo como el interior. Una vez de pie, se recompuso la falda en un acto reflejo y comenzó a caminar despacio a la vez que seguía limpiando sus lágrimas, estas no paraban de brotar. Tenía aún en la mente la cara del violador y lo que había sentido en su cuerpo, también su aliento, su rostro haciendo muecas, sus risas al terminar…

Estaba rota, la habían destruido por completo en cuestión de minutos. Una vida de más de dos décadas para construirse y ahora todo se había derrumbado en un instante. Un instante que había decidido una persona desconocida que se encontró de casualidad por la calle.

Quería gritar, gritar hasta desgarrarse la garganta, pero se limitó a caminar a la vez que se esforzaba en contener el llanto. Debía ponerse a salvo, llegar a su casa.

¿Qué le diría a sus padres? Se volverían locos, los destrozaría, la protegerían de un modo antinatural a partir de entonces. Se acabaría su vida tal y como la conocía. No, no haría eso, sería fuerte y lucharía contra ese tipo de abuso. Ocultaría la experiencia para siempre y mostraría su sonrisa habitual para ellos, para el resto de amigos, conocidos y familiares. Tenía que pasar página con entereza, aunque eso la fuese matando por dentro el resto de su vida.

No recordaba cómo había llegado por fin a su casa, a lugar seguro. Ni se desmaquilló siquiera en el cuarto de baño, solo se arropó con las mantas de su cama hasta cubrirse incluso la cabeza, había cerrado la puerta de su dormitorio con el pestillo por primera vez en su vida.

Y lloró, lloró como no lo hacía desde que era una niña pequeña, mordiendo la almohada para que no se escuchase su llanto más allá de la puerta; lloró hasta quedarse vacía y sentir la garganta a punto de explotar. Se abrazaba el vientre recordando el dolor que iba remitiendo poco a poco, aunque deseaba que nunca se fuese.

¿Se le pasaría ese dolor tan agudo y que le impedía pensar en otra cosa que no fuera esa experiencia? ¿La olvidaría algún día? ¿Se iría el dolor? ¿Se quedaría embarazada? Eso último le provocaba más llanto aún, pero intermitente, como un semáforo en ámbar…

No pudo dormir en toda la noche.

Esa mañana se levantó y fingió felicidad ante sus padres, cosa que le costó más esfuerzo que nada antes experimentado. Eso haría a partir de entonces, fingir una felicidad que no sentía en su interior ante todas las personas de su entorno, quizás durante el resto de su vida.

Dio dos golpecitos en la puerta de la habitación, luego otros dos más fuertes. Nada. Dio otros con todas sus fuerzas, se hizo daño en los nudillos.

Y la puerta se abrió, era Esther.

—¿Qué pasa, África? ¿Estás bien?

Y rompió a llorar de nuevo, como se había prometido que no volvería a hacer.

—¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—No… No sé.

—¿La pesadilla?

—Más viva que nunca.

—Voy contigo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Moretti desde el fondo de la habitación, su voz sonaba como si no estuviese despierto del todo.

—Nada, todo está bien, voy a dormir con África a su habitación.

—¿Cómo?

—Te lo cuento mañana… Bueno, no sé si puedo… —Se dirigió a la agente y esta asintió entre lágrimas.

Se acostaron abrazadas en la cama pequeña de la habitación de África y Esther comenzó a acariciarle los rizos del cabello.

—Me encanta cuando haces eso.

—Lo sé. Te prometo que encontraremos a ese tipo, ya te lo he dicho antes y no me olvido; ese cabrón pagará por lo que te ha hecho, lo más seguro es que no hayas sido la única.

—Eso me asusta mucho más aún.

—Daremos con él. Ya lo has hecho una vez y pronto tendrá que pagar su deuda.

—No te vayas, no me dejes sola si me duermo.

—No lo haré, te doy mi palabra.

Padre Damián

Moretti se despertó sin sentir a su lado la respiración de Esther, tampoco su calor. Buscó su cuerpo a sabiendas de que no la encontraría y solo palpó sábanas arrugadas y frías. Fue al caminar a tientas al cuarto de baño cuando recordó lo que él creía que había sido un sueño.

Se vistió para dirigirse a la habitación de al lado y llamar a la puerta. No supo en ese instante por qué había golpeado con tanta suavidad y respeto, tampoco obtuvo la respuesta que deseaba desde el otro lado.

Llamó con más fuerza e insistencia y por fin apareció Esther.

—Ya estamos listas.

—¿Qué tal la noche?

—Las hemos tenido mejores, pero hemos logrado dormir algo.

—Necesitáis estar descansadas.

—Lo sé, así no veré al fantasma.

—No hagas eso, no vayas por ese camino. Te dije que te creo en lo del cura del cementerio.

—No lo sentí así ayer.

—Vamos a desayunar y luego visitamos el cementerio de nuevo.

Esther no puso objeción y partieron en cuanto África salió del cuarto de baño con el cabello ya seco.

Elena los esperaba tras la barra del restaurante y les preparó tostadas y café, además de un té verde para Esther. Se los sirvió un minuto después.

—No te vayas aún —le dijo Moretti a la empleada.

—Desean algo más.

—Puedes tutearnos. ¿Qué tal has pasado la noche?

—¿Cómo? —La chica se mostraba visiblemente sorprendida por la pregunta.

—¿Has dormido bien? ¿Todo bien en casa?

—Sí, todo bien y he dormido como siempre —dijo titubeando y sin mirarles a la cara.

—Me alegro.

África y Esther observaban mientras desayunaban despacio y atentas a la chica.

—¿Puedo marcharme ya?

—No estás en una prisión ni detenida, puedes hacer lo que desees, aunque me gustaría que me comentases algo.

—¿Sí?

—¿Conociste al padre Damián?

—¿El cura del pueblo?

—Si has nacido y vivido aquí siempre, sería el cura que te bautizó y luego ofició tu primera comunión. ¿No es así? ¿Quizás también la confirmación?

—No hice la confirmación, casi nadie la hace.

—¿Lo recuerdas?

—Claro.

—¿Cómo era?

—Simpático, no podría decir más.

—Descríbelo físicamente, yo no lo he visto, ni siquiera podría hacerlo ahora, ya sabes. —Y se señaló los ojos con una mueca divertida.

La chica no sonrió; de hecho, no lo había hecho nunca ante ellos.

—Era de mi estatura, como metro sesenta y cinco, no estaba gordo, pero se le notaba la barriga bajo la sotana, calvo y con un gesto amable al mirarte, ojos marrones… no recuerdo mucho más. Bueno, tenía la voz algo ronca, pero no demasiado, no tanto como la de mi padre.

—Bien, eso es todo, gracias por tu atención.

Esther, tras marcharse la camarera, supo que debía hablar.

—Es una descripción muy parecida del cura que vi en el cementerio ayer. Quizás su voz no era tan ronca y midiese unos centímetros más.

—Quizás los fantasmas hablan en un tono más agudo y parecen más altos porque levitan —apuntó África. A sus dos acompañantes se les notó en el rostro una mueca extraña, como si la agente hubiese dicho una idiotez solo por apoyar la experiencia de su amiga. No le hicieron caso y siguieron con la conversación.

—Deberíamos exprimir a la chica para que nos hable de su padre; es un sexto sentido el que me dice que hay algo que no cuadra con él.

—Lo tengo pensado, pero quiero hacerlo de noche, tras su jornada de trabajo y cuando esté completamente agotada, entonces será más participativa.

Partieron hacia el cementerio cuando el sol apenas acariciaba despacio los campos de cultivo y de ganado que se apostaban alrededor del pueblo.

Esther entró acompañada de África en el lugar, ahora sin la intención de buscar lápidas o marcas en el suelo de trípodes usados para sostener cámaras de las dos víctimas. Era una hora aproximada a la que habían ido la mañana anterior.

El sitio estaba desierto y fueron paseando despacio por los pasillos a la espera de algo que ninguna de ellas sabría definir.

—¿Pudiste dormir anoche?

—Sí, gracias por venir y acompañarme.

—Puedes llamarme siempre que lo necesites.

—Gracias.

—¿Sabes cómo dar con el tipo?

—Sí, conozco sus datos, sé dónde vive, dónde trabaja y sus rutinas, aunque estas últimas seguro que las ha cambiado después de nuestro encuentro; quizás cambie de vivienda.

—Eso es fácil de rastrear, y no creo que pueda cambiar de empleo con tanta facilidad.

—Lo había pensado.

—Está bien, eso lo trataremos cuando regresemos a Madrid y terminemos este caso, ¿te parece bien?

—Claro, pero no sé qué vamos a poder hacer. Ya lo he tenido delante y no he sido capaz de matarlo.

—Y me has dicho que no tienes ninguna prueba contra él, además de testigos.

—Sí, no puedo acusarlo de nada.

—Ya se me ocurrirá algo, descuida.

—¿Vas a hacerle daño?

—¿No quieres que sufra?

—Supongo que sí, pero… no sé si eso o su muerte eliminarían el dolor que siento y las pesadillas que sufro.

—Te entiendo. Ya pensaremos en algo cuando llegue el momento.

—No hay ningún cura.

—Ya lo veo. —Esther miró a la chica y se preguntó si esta creía realmente en ella o solo la acompañaba por amistad y por ser su compañera—. ¿Tú crees que me lo imaginé?

—No, claro que no. Ayer estabas bien, no te vi como si… ya sabes.

—¿Ya sé? ¿A qué te refieres?

—Que no estabas en la cama, recién levantada o a punto de dormirte, a mitad de camino entre el sueño y la realidad. Entramos las dos aquí bien lúcidas. Sé que viste a ese cura, aunque no sé si era quien decía ser.

—Eso pienso yo, claro que no comprendo para qué una persona se haría pasar por un sacerdote muerto hace cinco años.

—Para hacerte creer que era un fantasma.

—¿Cómo has dicho?

—Para hacerte creer que…

—Lo he oído.

Llegaron al otro extremo del lugar, allí se toparon con una especie de cuarto cerrado de unos cuatro metros cuadrados, la puerta tenía un cristal muy sucio, pero se adivinaba que en el interior se guardaban las herramientas para los entierros. Las dos chicas aguzaron la vista.

—¿Ves eso?

—¿El qué?

—Allí enfrente, al otro lado del cuarto, parece una puerta, solo puede dar al exterior.

Esther empujó con fuerza y abrió por fin la puerta, hacia el interior del cuarto y no como había pensado al principio que lo haría, como sería lógico, tirando de ella. El interior estaba lleno, como suponían, de palas, picos, cuerdas, dos poleas de metal ya oxidadas y varias lápidas muy antiguas en las que no se podía leer las inscripciones, olía a moho. Entraron y fueron directas a lo que comprobaron que era otra puerta que daba al exterior del camposanto.

—Está claro que el supuesto padre Damián con el que conversé entró y salió por aquí para que Hugo no pudiera verlo, ya que no sabrá que es ciego. Es alguien del pueblo o que conoce este acceso.

—Esther, este lugar me da escalofríos, ¿podemos irnos?

—Claro, vamos con Hugo.

Salieron a toda prisa del cementerio y entraron en el coche para notificar el hallazgo de esa segunda entrada a Moretti e ir al pueblo, allí comenzarían las entrevistas con los ancianos del lugar, al primero lo encontraron en la misma puerta de su casa. Las calles del pueblo eran un caos, nada de cuadrícula ordenada, además de subidas y bajadas muy pronunciadas y con casas idénticas, encaladas de blanco, de dos plantas y con ventanas muy pequeñas en los gruesos muros, lo único que las diferenciaba era el color del zócalo de cada una. Precisamente el anciano que buscaban estaba limpiando el mismo en ese momento. Se giró al verlos aparcar y bajar del coche para acercarse a él, pero no dejó de limpiar ni cambió su semblante hasta que oyó el saludo.

—Buenos días, ¿es usted Indalecio Martínez?

El anciano se quedó mirándolos sin saber qué responder. Tras unos segundos, respondió con la cabeza y con un semblante de desconfianza ante los extraños. Esther se identificó y mostró la placa, luego él les pidió entrar en la vivienda y les ofreció algo de comida, que ellos rechazaron.

—¿Seguro? Tengo mucha chacina tras la última matanza, se acabará pudriendo porque no hay quien se la coma.

Estaban ahora en su salón, lugar que parecía sacado de otro siglo, como si actualizar la decoración del lugar fuese el último detalle en el que pensase Indalecio en esos últimos años de vida; o como si cada objeto de su casa tuviese vida propia o le originase los recuerdos de épocas pasadas y más felices que lo acompañaban a diario. Se sentaron en un sofá de escay verde con tapetes de ganchillo sobre el respaldo y ante una mesita de madera oscura con otro paño tejido sobre ella. Frente a ellos había un televisor de tubo que contaba con varios aparatos modernos conectados alrededor.

El anciano pareció adivinar sus pensamientos.

—Mis hijos me pusieron lo de la TDT y otros chismes que no manejo muy bien, me dijeron que así podría seguir viendo la tele, pero no es lo mismo desde que murió mi Mariola, así que solo escucho la radio en el transistor.

—¿Dónde está enterrada su difunta esposa, si no es indiscreción? —preguntó Moretti, como siempre tomando el mando de las entrevistas.

—En el pueblo en el que nació, en el sur.

—¿No quiso enterrarla aquí para ir a visitarla más a menudo?

—Aquí no se puede enterrar a nadie, no se sabe si descansarán en paz o aparecerán luego.

—¿Aparecerán?

—Ya sabe…

—¿Lo dice por el fantasma?

—Ya deben de haber oído hablar de él.

—¿Cree usted en esas cosas?

—Uno cree en muchas cosas, más cuanto más viejo se hace.

—Entiendo… ¿Ha oído algo sobre lo ocurrido en el hotel hace unos días?

—Lo de siempre, esa habitación… No comprendo cómo los forasteros son tan inconscientes para querer pasar la noche en ella. Les ha pasado lo que tenía que pasarles, aunque no me alegro de eso, claro.

—¿Conoce al dueño del hotel?

—Sí, y también a su padre, que lo levantó piedra a piedra hace tantos años como tengo yo.

—¿Trata o ha tratado en el pasado con ellos?

—Nunca he necesitado usar el hotel, tampoco mi familia, pero en el pueblo todos nos conocemos.

—¿Qué le parece ese hombre?

—¿Jacinto? Es un buen hombre, cuida de su familia y del negocio que les da de comer. Es muy suyo.

—¿Qué significa eso?

—Los de la ciudad, y más si sois jóvenes, no comprendéis nada, es como si fueseis muchachos a medio hacer. —Sonrió mientras se frotaba el escaso cabello canoso—. Jacinto es duro, pero eso es importante para seguir con las tradiciones, con la vida tal como la conocemos los que vivimos en lugares como este. Jacinto es como era su padre, un hombre fuerte y hecho a sí mismo, uno que lucha cada día por su familia y su negocio. ¿Seguro que no quieren un poco de chorizo o caña de lomo? Está todo exquisito y se va a echar a perder.

Esther miró su reloj, eran las once de la mañana, muy temprano para tomar un aperitivo, pero, aun así, le dijo que sería bien recibido el ágape. El anciano se marchó a prepararlo ante el asombro de Moretti y de África. Esther observaba en ese momento la luz de la mañana entrando cálida por una ventana que seguro daba a un patio interior, o corral, como se los llamaba en los pueblos.

—Se lo he dicho para que se sienta más a gusto —dijo la subinspectora—, para que se suelte más con las respuestas a las preguntas que le hagamos. También para probar eso que dice que está tan rico. Vale, no he desayunado mucho y tengo hambre, no me miréis así. —Y sus dos acompañantes no pudieron evitar la sonrisa.

El anciano regresó con un plato generoso de rodajas de embutido y lo puso ante la mesa frente al sofá, solo el olor ya hizo que los tres policías metiesen mano en el acto.

—¿Está rico? Claro que sí, los de la capital no saben lo que es comer, allí todo son porquerías envueltas en plástico en los supermercados, chorizo químico de ese al que meten cosas raras para que aguante años sin ponerse mohoso. La chacina de verdad es la que hay que comer antes de nueve meses desde que la has colgado a secar y curar en el sótano, como esa.

—Está deliciosa —dijo Moretti. Sus dos compañeras asintieron con la cabeza porque tenían las bocas llenas.

Por suerte, Indalecio les había traído también tres vasos de agua para bajar el ágape.

—Antes participaba de las matanzas, pero ahora estoy algo torpe de movimientos y solo me llegan los regalos de vecinos. Me dan de todo, aunque, obviamente, no llegan ya jamones o paletillas, tampoco grandes porciones de caña de lomo, costillas o salchichas blancas, esas son las más deliciosas, pero también las que se quedan las familias que son dueños de los animales.

—Claro —dijo el ciego sin comprender del todo.

—¿Qué quieren saber? Hablaban de lo de ese hotel.

—¿Conoce la historia?

—Se ha hablado mucho de ella, desde que yo era un zagal de treinta años, cosas raras han pasado en ese sitio.

Esther ya pensaba que sentía achaques por la edad, sobre todo tras jornadas de entrenamiento duro en el gimnasio, además de verse alguna que otra arruga alrededor de los ojos, y eso que no había cumplido los veinticinco. Qué curiosa era la forma de ver la edad y el tiempo cuando uno avanzaba en la vida. «Un zagal de treinta años», había dicho el anciano, como si los treinta fuesen los seis o siete años para ella.

—¿Qué es lo que recuerda?

—Que no hay que acercarse a ese lugar, que ese número de habitación, el diecisiete, está maldito, también que el pueblo no es seguro para enterrar a quienes uno quiere.

—¿Eso piensa?

—Ni por asomo hubiera enterrado a mi Mariola allí. No quiero saber que ella no descansa como debe hacerlo, feliz, que viaja por el pueblo atormentando a los demás porque ella está maldita.

—¿Recuerda usted a la última persona que se enterró?

—Ya lo creo que sí, era una moza que murió por un cáncer, nunca antes había muerto alguien por eso aquí. Yo era un crío que cortejaba a mi Mariola por aquel entonces.

—Conocía a la chica que murió.

—Todos en el pueblo nos conocemos, ¿qué se ha creído?

—Discúlpeme por decir eso, los de la capital no conocemos a todos los vecinos.

—Ni siquiera del edificio, eso me dice mi hija, aunque lleve un año sin venir a verme, parece que esté esperando, junto a mi hijo Jaime, para que muera y heredar lo poco que me queda para venderlo y seguro que se compran un horrible coche de esos grandes y llenos de cosas digitales por dentro; o se van de vacaciones al otro lado del mundo, como si se les hubiese perdido algo allí.

—Me gustaría hacerle una pregunta personal, respóndala solo si lo considera oportuno. Ha dicho antes que Jacinto es un tipo duro y a la antigua usanza, ¿significa que ha podido dar algún azote a sus hijos cuando consideraba que ellos se portaban mal?

—Bueno, no es de recibo entrar en lo que pasa dentro de las casas ajenas, aunque no creo que un azote siente mal a nadie, a mí me dieron muchos mis padres, aunque eran otros tiempos.

—Siendo un pueblo pequeño, se habrá cruzado con los hijos de Jacinto por la calle desde que estos eran muy pequeños, ¿los ha visto alguna vez con marcas severas? Me refiero a golpes que les hayan dejado señales.

—Quizás se metieron en peleas con otros chicos.

—¿Eso es un sí? ¿Ha sucedido a menudo?

—¿Han venido ustedes a buscar asesinos o a entrometerse en las vidas de los vecinos del pueblo?

El anciano ya no tenía el semblante amable y de buen anfitrión de antes.

—Tiene usted razón, le pido disculpas por ser tan indiscreto. Una última pregunta antes de marcharnos, ¿conocía bien al antiguo párroco?

—¿A Damián? Claro, estuvo décadas como cura en la iglesia.

—Si realizó todos los bautizos, comuniones y bodas en esos años, es más que probable que apareciese en las fotografías que se hacían en esas ceremonias. ¿Tiene usted alguna?

—No recuerdo… tendría que revisar los álbumes que tengo aquí en el salón y algunas fotos más antiguas en el desván, me llevaría unas horas.

—Le daremos un número de teléfono al que llamar y le rogamos que se dé toda la prisa que pueda.

—Claro… Pero no comprendo para qué quieren ver al padre Damián.

—Cosas de la investigación, aunque no sospechamos de él, obviamente.

El plato de embutido estaba vacío y ellos partieron hacia la casa del siguiente anciano tras agradecerle su colaboración y hospitalidad.

Nicolás García estaba enfermo de alzheimer y en un estado muy avanzado, así se lo dijo la enfermera cuidadora que los recibió y también lo comprobaron por sí mismos. A Moretti, tras saludar este al anciano, lo confundió con un hermano y se puso a llorar pidiéndole perdón por haberle defraudado en el pasado.

Se marcharon para ver a Margarita Gómez, que no aparentaba en absoluto los ochenta y dos años que atestiguaba su DNI. Fueron invitados a pasar, aunque al patio posterior y no al salón.

Enredaderas de buganvillas por las paredes, rosales rojos y blancos a la derecha, claveles rosas a la izquierda, el suelo de gravilla blanca con baldosas de arcilla gris formando un camino para recorrerlo y dar la vuelta al pozo blanco y con hierro de forja negra que presidía el lugar. Para observar y disfrutar de la estancia, había un conjunto de mesa y sillas de forja blanca que ponía el colofón a lo que sería el orgullo de la mujer, la ocupación a la que dedicaba sus últimos años de vida.

—Tiene usted el jardín más bonito que he visto en mi vida, ya lo quisiera para mí —dijo África.

—Gracias —murmuró por toda respuesta, aunque con una sonrisa que parecía tener preparada para cada vez que alguien visitaba su casa por primera vez. Una mezcla entre falsa modestia y gratitud sincera.

—Les prepararé algo de café.

—No es necesario, se lo aseguro —dijo Moretti.

—No es de buen anfitrión no obsequiar a las visitas.

—Se lo agradecemos, pero insisto en que estamos bien, solo queremos hacerle unas preguntas y seguir con el trabajo.

—Bueno, tampoco quiero obligarles. ¿Qué quieren saber? ¿Es sobre lo de los turistas del hotel?

—Las noticias corren rápido por el lugar.

—No se imagina cuanto… y más cuando se trata de crímenes, hacía muchísimo tiempo que nadie moría de esa forma en el pueblo, y siempre ha pasado en esa habitación del hotel de Jacinto.

—¿Conoce a Jacinto?

—Conocía a sus padres, fallecieron hace mucho, también al chico desde que nació, así que conozco bien a toda su familia.

Moretti repitió las preguntas que le había hecho a Indalecio sobre el maltrato, pero obtuvo la misma respuesta discreta y seca.

—¿Vio a los turistas, a los fallecidos, cuando llegaron al pueblo?

—No, ni siquiera sabía que habían llegado turistas.

—¿Cree usted en esa maldición sobre la habitación y el fantasma?

—Una ya no sabe qué creer, a mí me vale con estar en casa haciendo mis cosas, aunque los domingos voy a tomar café con mis amigas.

—¿Al bar de la plaza?

—No, los bares son cosa de hombres. Quedamos pocas de mi edad o parecida, así que nos vemos cada semana en una de nuestras casas y comentamos lo que ha sucedido en el pueblo, aunque casi nunca pasa nada, el pueblo lleva años quedándose vacío poco a poco.

—¿Cómo se enteró de lo del hotel?

—Por mi vecina Montse, a ella se lo dijo Paco, el tendero de la esquina, cuando fue a comprar unas cosas.

—Comprendo. Una última pregunta, supongo que usted conocía al padre Damián, ¿tendría alguna foto de él?

—Pues… esperen. —Y desapareció con la misma energía con la que la habían visto moverse desde que entraron en la casa. Esther pensó que querría para sí esas fuerzas cuando llegase a esa edad, o incluso ahora.

Mientras la mujer hurgaba vete a saber dónde, la subinspectora preguntó a Moretti.

—Te estás tomando muy en serio lo del cura fantasma.

—Yo nunca descarto una posibilidad, aprende eso, aunque esta sea muy descabellada. De hecho, pienso que el cura que viste no es ese padre Damián, sino alguien que trata de hacernos olvidar nuestro cometido.

—África piensa igual. Por cierto, ¿es tan importante que el dueño del hotel maltrate a sus hijos para solucionar el caso?

—Te lo repito, todo es relevante. Si es capaz de dar palizas a sus hijos, ¿por qué no iba a ser capaz de matar a quienes ocupan una habitación que, a saber por qué, sería importante para él? Sé que ese tipo tendría solo trece o catorce años cuando se cometió el primer crimen en el hotel, pero ¿y si ha seguido los pasos de otro asesino anterior?

—Su propio padre.

—Es una posibilidad.

—Tendremos que indagar en los registros de hace cincuenta años.

—Tú eres la más indicada, memorizarás todo.

—Eso no quita que sea una tarea faraónica.

—Por eso es perfecta para ti.

—¡Vaya, muchas gracias!

—Venga, no te pongas así, sabes que es importante y que nadie lo hará mejor que tú.

La anciana apareció con un grueso álbum de fotos encuadernado en piel marrón.

—Creo que aquí hay una foto suya de la boda de una de mis hijas.

Si las hijas de esa mujer tenían unos sesenta años, las fotos serían demasiado antiguas y el aspecto del párroco también se mostraría muy diferente al que tendría cuando murió, pero aun así decidieron echarles un vistazo.

—¡Aquí está! —dijo Margarita con entusiasmo tras pasar cuatro páginas del álbum—. Es este. —Señalaba con el dedo, aunque era evidente que el hombre del hábito negro era el cura que había oficiado el enlace.

Moretti no supo por qué le había ofrecido el álbum a él, ya que era el único que no podía observar la fotografía, así que le preguntó a Esther si podía reconocer al anciano que había visto en el cementerio.

—Uf, aquí veo a un hombre de cuarenta años más o menos, no al anciano que esperaba. El caso es que… no, no se parece en nada.

—¿Estás segura?

—Completamente. La morfología de su cara no se parece en nada al cura que vi yo ayer.

—Pues misterio solucionado. Margarita, gracias por su colaboración, le daremos un número de teléfono al que llamar si recuerda algo más o si recibe más información relevante por parte de los vecinos que pueda servirnos de ayuda.

Jacinto

Eusebio sudaba sin parar, aunque el día no era especialmente caluroso, más bien todo lo contrario, por eso se había colocado una chaqueta esa mañana y no fue hasta antes de las doce del mediodía que se la había quitado para seguir con sus tareas. Ahora estaba sentado en el suelo tomando algo de agua de su botella, que ya estaba casi vacía, pronto la llenaría de nuevo con la manguera. Desde donde se encontraba se podía observar una preciosa panorámica del edificio del hotel, que permanecía con el mismo aspecto que la primera vez que lo vio, siendo un adolescente. Los jardines estaban impecablemente podados y limpios, además de las enredaderas que trepaban por la derecha de la fachada del edificio para cubrirlo todo salvo, gracias a su podado constante, las ventanas de las habitaciones; pronto estarían en flor y sería el orgullo de su esfuerzo.

Aquel lugar era todo su mundo, allí cuidaba de los jardines y ayudaba en la limpieza como si no hubiese otra cosa más en su vida para hacer. Luego regresaba a casa por las noches para cenar y dormir, los domingos limpiaba su hogar y recogía la compra que le hacía su vecina, a veces él mismo, en el colmado; todo eso era algo secundario. Para él solo existía el hotel, como si fuese su casa y los empleados, su familia.

Hablando de esa familia, había visto esa mañana al llegar a Jacinto golpeando con fuerza a su hijo, Juan José, le había dado un puñetazo en el estómago que había hecho caer al chico al suelo entre gestos de dolor. No era la primera vez, obviamente, eso lo llevaba viendo desde que el chico era un niño pequeño, aunque trataba peor a su hija. A Elena la había, incluso, golpeado con un palo hasta dejarla inconsciente en el suelo.

Nunca se había metido en esos temas familiares. Jacinto lo trataba bien a él y eso bastaba, los temas de cada familia debían tratarse en la intimidad de cada hogar. Eso era el hotel para Eusebio, un hogar, aunque se estremecía con recuerdos de palizas más fuertes de lo que la razón admitiría, como cuando Jacinto dejó coja a Elena tras propinarle docenas de patadas en las piernas y el estómago porque a ella se le cayó una bandeja antes de servir el almuerzo a unos clientes un verano que ya casi no recordaba. El propio Jacinto tuvo que servir la comida porque la chica estaba inconsciente. Ni se dignó a llamar a un médico. Elena, tras recuperarse un poco, se ajustó el uniforme y siguió trabajando, aunque la cojera de su pierna derecha nunca la abandonó, seguro que tenía una fractura que no soldó bien por no tratarla un médico y ponerle una escayola.

Sentía ese dolor como si se lo hicieran a sus hijos, aunque no había tenido ninguno, pero no quería que lo despidieran, menos aún con cada año que pasaba y podrían sustituirlo por alguien más joven y ágil.

El caso es que Jacinto, su jefe, lo trataba especialmente bien, como a un hermano mayor, y eso hacía que él mirase hacia otro lado ante lo que ahora llamaban maltrato en la televisión.

Se levantó y siguió con sus tareas en el jardín, así le dieron las cuatro de la tarde. Había almorzado un bocadillo que le había hecho Elena esa mañana, se lo agradeció con un abrazo.

Ya estaba todo hecho allí e iría a ayudar con la limpieza del hotel en el interior, aunque solo tenían de huéspedes a los tres policías y estos pasaban todo el tiempo fuera, en el pueblo.

Juan José estaba limpiando el polvo en el vestíbulo y Eusebio se ofreció a barrer y pasar la fregona luego, detalle que el chico agradeció; aún caminaba algo encorvado por el dolor del abdomen.

El anciano fue a por el cubo de la fregona al cuarto de utensilios de limpieza cuando se cruzó con Elena.

—Hola.

—Hola, ¿te gustó el bocadillo?

—Estaba muy rico, como siempre, muchas gracias.

—¿No te cansas nunca de este trabajo? Ya tienes edad de sobra para jubilarte y descansar en casa.

—Esta es mi casa, así la siento.

—Vaya…

—¿No la sientes igual? ¿Te gustaría ir a otro sitio?

Eusebio percibió que a la chica se le hizo un nudo en el estómago al oír eso, aunque lo esperaba.

—No sé a dónde ir, no conozco otro lugar, salvo el hotel y el pueblo, solo esto.

—¿Nunca has querido conocer algo nuevo?

—Sí, aunque solo cuando me acuesto cada noche, antes de quedarme dormida.

—¿Por qué no te vas?

—No tengo dinero ahorrado, el sueldo del hotel se va en los gastos de la casa, comida, ropa, luz, agua, impuestos…

—Llevas años aquí, unos quince.

—Ya ves, nos quedaremos Juanjo y yo como gerentes el día de mañana.

—¿Es lo que quieres?

—Una no puede elegir lo que desea, solo aceptar lo que el destino le ha deparado.

—Te siento triste, cada año más, y eso que solo eres una niña. ¿No hay un novio en el pueblo?

—Apenas quedan chicos en el pueblo, solo vienen de fuera en las fiestas y no se fijan en una coja que está camino de cumplir los treinta.

—Pues yo te veo preciosa, si no te molesta que te lo diga un viejo, tienes el cabello del mismo color que el mío cuando tenía tu edad. Seguro que en otro pueblo más grande o en la capital hay muchos chicos que se enamoran de ti.

—Eres un cielo, y claro que no me molesta. —La chica se acercó y le dio un beso en la frente, a Eusebio le sentó como si le quitasen veinte años de encima.

—¿Cómo está tu hermano? Lo he visto algo aquejado del estómago.

La chica apartó la mirada a la vez que brotaba un gesto de dolor en su semblante, tardó varios segundos en responder.

—Debe de tener algún dolor en su hernia, como siempre.

—Claro, voy a ayudarlo.

—Gracias, yo regreso a la cocina, por si llegan los huéspedes.

Eusebio la vio partir con su cojera de siempre, pobrecita, y pensó en qué sería de la vida de esa chica en el futuro. Le deseaba que encontrase el amor y luego la felicidad más allá de los muros que conformaban el hotel, aunque el anciano lo sintiese como su hogar, pero era consciente de que no todo el mundo pensaría como él ni había sufrido las mismas experiencias. Esa chica, también su hermano, quizás fuesen dichosos buscando un lugar mejor y su realización personal en otro pueblo o ciudad, en otros trabajos, alejados de Jacinto.

Jacinto… ¿Por qué nunca había hablado con él? Tal vez por miedo a un arrebato violento o a que sucediese algo peor, que lo despidiese y tuviera que vivir los últimos años de su vida alejado de donde no quería apartarse. Claro que Jacinto no podría hacerlo si él exigía su parte legal…

Eusebio pensó en la habitación diecisiete, la que había convertido el hotel y todo el pueblo en algo maldito. Todos allí sentían un escalofrío al pensar en ella, incluso el propio Jacinto, que no quería mencionarla nunca y bajo ningún concepto. También recordaba que el padre del gerente actuaba igual. Quizás porque ellos sabían lo que había ocurrido allí, conocían al fantasma, a quien había matado a los huéspedes.

Prudencia

Esther, Moretti y África llegaron al hotel cuando el sol ya se ponía sobre el horizonte y lo llenaba todo de esa luz anaranjada que ocultaba los secretos más oscuros del lugar. Fantasmas imposibles de creer, relaciones entre vecinos que no eran de la incumbencia de los visitantes extraños, un hotel donde se habían cometido varios asesinatos y una familia, la de Jacinto, que provocaba muchas incógnitas.

Habían entrevistado a los dos ancianos del lugar que les quedaba en el listado, aunque con igual resultado que con los anteriores, así que no habían avanzado durante el día salvo para saber que el fantasma del padre Damián era un simple lugareño que jugaba a algo sin sentido o que quería asustarlos para que se marchasen tras cerrar el caso como las veces anteriores; esto último era lo que pensaba Moretti y eso le hacía tener la seguridad de que aparecerían más incógnitas aún. ¿Se trataba del asesino? ¿Tenía edad para haber matado durante cincuenta años? Seguro que sí, aunque comenzase siendo un adolescente. ¿Era un vecino, pero nadie lo conocía en el pueblo? Cosa imposible como había comprobado al hablar con los lugareños. ¿Era el impostor un fantasma con la capacidad de hacerse pasar por el difunto párroco? Eso último sonaba demasiado flojo, inverosímil por completo, ni siquiera tenía su aspecto, como corroboró Esther al ver la foto de aquella boda.

Tendrían que indagar en los archivos de la zona, tarea para Esther. También debían enviar un informe de avances al comisario, tarea para Moretti. A su vez, quedaba entrevistar a fondo a los hijos del gerente, a los que iban a tener en breve ante ellos cuando fuesen al restaurante. Y restaba una labor más, aunque solo para cumplir con el informe del doble crimen, la de entrevistarse con amigos, familiares y compañeros del trabajo de las dos últimas víctimas, aunque eso podría hacerlo un compañero de una comisaría en Barcelona y enviar las transcripciones por correo electrónico.

Esta vez se ducharon antes de bajar al restaurante, querían tomarse un descanso tras el trabajo e ir a cenar cuando el hambre ya fuese abrumadora.

Antes que eso, a las cuatro de la tarde, África se había marchado con el coche a Madrid para coger varias mudas de ropa para los tres y regresar a tiempo de buscarlos en la dirección del último anciano, la agente había elegido bajo su criterio la ropa de sus compañeros en la casa en que vivían Moretti y Esther, esperaba que fuese de su agrado.

Se sentaron ante la mesa de las veces anteriores y recibieron con cordialidad a Elena, esta mostraba el semblante taciturno de siempre. Eligieron entre lo que había en la despensa, esa noche salmón con limón, patatas asadas y un consomé como entrante.

Esther dio un sorbo a su cerveza, que no estaba tan fría como le hubiese gustado, y preguntó:

—¿No tenemos avances? —No fue más que una pregunta para sí, mostrando frustración.

—Es la segunda jornada de investigación en un caso que lleva cincuenta años sin resolverse. Es demasiado pronto para querer tener respuestas.

—Lo sé, pero ahora hay nuevos métodos de investigación, con Forense y Científica, además, nosotros no nos dejaremos llevar por supersticiones como ha ocurrido en el pasado.

—Eso es incuestionable, pero tenemos que indagar más en los empleados del hotel, también encontrar al vecino que se hace pasar por el fantasma del padre Damián. Quizás todo se complique si desdoblamos el tiempo. No me miréis así, me refiero a investigar lo que ha pasado ahora, pero también qué ocurrió en los años setenta y que justificase las primeras muertes. Detrás de cada crimen hay un motivo, tenemos que descubrir cuál fue o sigue siendo: ¿una venganza? ¿Un intento de obtener beneficio económico? ¿Una locura por parte de alguien que se cree un justiciero? ¿Qué tiene de especial esa habitación? ¿Qué ha ocurrido en ella para que se justifiquen estos crímenes?

—El móvil parece lo más difícil siempre en estos casos difíciles.

—Así es. Tampoco sabemos si es que se trata del mismo homicida o del mismo móvil.

—¿A qué te refieres?

—En algunos casos del pasado me he encontrado con «la mordida oportunista» como llamo yo a los casos en los que el móvil es diferente en un caso que parece una continuación de un serial. Me refiero a cuando un asesino quiere matar y usa el *modus operandi* de otro para que parezca su crimen una continuación de otros pasados, una forma de despistar a los investigadores. Imagina que alguien tiene un motivo para matar a otro, pero en lugar de hacerlo de forma directa, original, decide aprovechar que hay… te lo explico mejor adaptando mi hipótesis al caso actual: la pareja viene a este pueblo a pasar la noche en la habitación diecisiete de ese hotel, donde han ocurrido crímenes en el pasado sin resolver. Alguien que quiere matarlos, o a solo uno de ellos, decide venir y recrear el *modus operandi* anterior. Se marcha tras el crimen y nadie sospecha de él.

—Lo comprendo —dijo Esther, África también asintió.

—Pero todavía no contemplo del todo que eso haya sucedido. Se trataba de un filólogo hispano y una profesora, no tenían dinero que legar y dudo que tuviesen enemigos que desearan su muerte, por eso quiero dejarlo en un segundo plano, no centrarme en eso.

—La mordida oportunista…

—No te rías Esther.

—No lo hago, me parece un buen nombre.

—Cenemos y luego hacemos tertulia. Recordad que queda hablar con los hijos de Jacinto, a él lo dejo para el final.

Obedecieron a Moretti y a sus estómagos, acabaron con la cena en menos de media hora y llamaron a Elena para pedirle tres cafés descafeinados y que se sentase a su lado.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó Hugo en cuanto la tuvo a la derecha y todos esperaban a que el brebaje negro estuviese a la temperatura ideal para beberlo.

—Como siempre.

—Dices eso cada vez que se te pregunta. ¿Qué significa «como siempre»?, si no te resulta inoportuno responder.

La chica se mostraba como un reo ante el patíbulo. Tenía cruzadas las piernas y se frotaba una mano con la otra con nerviosismo, también dirigía la mirada de una taza de café a otra en la mesa como si esperase que alguna de ellas pudiera responder en su nombre.

—Aquí todos los días son iguales —musitó por fin.

—Supongo que te refieres a lo que sucede en el hotel y en el pueblo, a lo cotidiano, al trabajo que haces y a tu vida vista desde fuera y en perspectiva. Yo te pregunto por algo más profundo, por tus metas, sus deseos, tu visión de cada día. Algo más metafísico. No sé si me comprendes.

—Claro que sí —dijo con visible malestar, era la primera vez que mostraba emociones—. No terminé el bachillerato, pero leo mucho.

—Discúlpame, no quería decir que no entendieras el significado de la palabra.

—Sé lo que quiere decir. Me siento como siempre, solo eso; aquí no hay grandes cambios, ni medianos, la vida sigue y una se adapta a ella, si es que no nace con esa capacidad. Las sensaciones o sentimientos no suelen variar de un día para otro, quizás lo hagan con el paso de los años, pero es difícil percibirlas.

—Ya veo que comprendes de sobra lo de la metafísica y la trascendencia. Dejemos eso a un lado, ¿cambia mucho el mundo para ti y para el resto de empleados del hotel cuando hay muchos turistas en verano?

Elena suspiró hondo antes de responder, como queriéndose liberar de tensión acumulada.

—Hay más trabajo en la cocina y en la limpieza, sí.

—¿Solo cambia eso? Dicen que es tras el invierno duro, cuando llega la primavera, que los trabajadores de las empresas se piensan más en abandonar el oficio que desempeñan para buscar algo mejor. ¿No quieres algo mejor que servir comida y limpiar?

—¿Por qué me pregunta eso? Estoy bien aquí.

—Puedes tutearnos, olvida esas formas, no somos clientes al uso.

—No me conocéis, no comprendo por qué me hacéis esas preguntas tan extrañas; pensaba que solo me preguntaríais por lo que he visto u oído cuando los huéspedes fueron… asesinados.

—Quizás sea por curiosidad, los policías somos curiosos. Tal vez porque mis compañeras me han dicho que no portas precisamente el semblante de la felicidad y eso es extraño en una chica joven.

—Tengo veinticinco años, no soy una niña, y no creo que estar sonriendo todo el tiempo sea algo obligatorio.

—No te voy a discutir eso, perdona si te ha molestado la indiscreción. Otra más te lanzo, ¿te gusta este empleo?

—No está mal, comparado con lo que hay en el pueblo.

—¿Un buen sueldo?

—Suficiente para vivir.

—¿Eso es todo lo que quieres? ¿Eso es lo que soñabas con tener hace años?

—Es lo que hay.

—¿Es tu padre un buen jefe?

—¿Por qué me preguntas por mi padre? —Ahora sí que se había puesto nerviosa.

—Elena, ¿tu padre es un buen jefe?

—Lleva el hotel desde que yo tengo uso de razón, aquí sigue en pie, así que no lo habrá hecho mal del todo.

—Pero no has respondido a mi pregunta. Un buen jefe es aquel que cuida, por encima de todo, incluso del negocio, a sus trabajadores; dicen que un buen empresario sabe que debe centrarse en sus trabajadores, para que, siendo estos felices, sean más eficientes de cara a los clientes. ¿Os cuida tu padre a tu hermano y a ti? ¿Sois felices?

—No puedo… tengo muchas tareas que hacer y no quiero irme tarde a casa. No puedo responder preguntas como esa.

—¿Por qué?

La chica ya se levantaba entre temblores de piernas y manos cuando Moretti dijo:

—¿Quieres responder a lo que te he preguntado aquí o en la comisaría de Madrid? Allí os llevaremos a ti, a tu hermano y a tu padre. No respondas aún, solo piénsatelo, lo que me digas en esta conversación será confidencial y tu padre no lo sabrá nunca, pero lo que digas allí será grabado y aparecerá en el informe oficial.

El ciego obvió decirle que lo prometido estaba en función de la relevancia que tuviesen sus respuestas en el caso de asesinatos que seguían. Era la tarea de un buen investigador encontrar las migas de pan al coste necesario.

—Padre nos da empleo y un sueldo, y seguimos en la casa, como siempre. ¿Qué más se puede pedir?

—Siento ser tan duro con la comparativa, pero lo que has dicho es como lo que diría una prostituta de su proxeneta: «me cuida, me protege, me da empleo y dinero». ¿Cómo te trata tu padre?

—¿A qué viene eso?

—Estoy perdiendo la paciencia, Elena. Los vecinos del pueblo han hablado sobre el trato que os da a tu hermano y a ti, también hemos visto que tu hermano hoy parece más encorvado que ayer. ¿Os maltrata?

—No creo que eso sea…

—¡Elena! —La chica se sobresaltó por el grito—. Deja ya esa fachada de falsa fortaleza y sucumbe. ¿Os maltrata?

—Nos da algunos golpes de vez en cuando, pero solo porque hemos hecho algo malo.

—¿Os lo merecíais cuando os ha golpeado?

—Supongo que sí.

—Normalizar algo malo no lo convierte en bueno. Usar la palabra tradición para justificar algo que está mal no convierte una aberración en algo positivo. Los políticos roban, algunos conductores se saltan semáforos, pero que hayamos normalizado eso no hace que sea bueno. Si tu padre os maltrata, está cometiendo un delito.

—Yo no quiero que… —Y rompió a llorar.

Moretti dirigió la mirada a Esther y a África sin poder verlas, estas permanecieron en silencio, lo que ratificó que ellas pensaban igual que él.

—Elena.

Solo llanto.

—Elena, aquí no está tu padre. No puede oírte, puedes decirnos lo que ha pasado estos años y te guardaremos el secreto.

Se limpió las lágrimas y luego la nariz haciendo un sonido ronco que llenó la sala del restaurante.

—Padre… Él es una persona antigua, como los ancianos del lugar, aunque no tan bueno como la mayoría. No le gusta que hagamos algo mal o que nos comportemos como él no espera.

—Y os castiga por ello, eso deduzco de tus palabras.

—No lo hace a menudo, me refiero a que no es a diario, no es un maltratador de esos que salen en la tele. Solo son castigos por cosas puntuales, por las veces que lo defraudamos.

—¿Le ha pegado a tu hermano hoy?

—Creo que sí, aunque no lo he visto.

—¿Esa cojera te la ha producido una paliza?

El llanto de la chica se intensificó hasta poner el vello de punta a los tres investigadores. La dejaron llorar en silencio y con respeto hasta que ella se vació de dolor y trató de recomponerse.

—¿Por qué nunca lo has denunciado?

—El hotel…

—¿Es por el negocio? ¿Para que no hubiese escándalos?

—No vendría nadie, sería la ruina para la familia. Además de que en el pueblo ese tipo de cosas hacen que todos te den la espalda; denunciar a un padre…

—Estamos en el año 2023, las cosas no funcionan como en el pasado.

—El pasado siempre está presente en los sitios como este, es un pueblo pequeño lleno de viejos. Aquí no avanza el tiempo como en las grandes ciudades.

—¿Por qué no te has ido?

—No tengo medios para hacerlo.

—Pero, tu sueldo…

—Es bajo y se destina la mayor parte a conservar el hotel y la casa.

—Es una forma de control y de maltrato más a las que os somete vuestro padre para que no os vayáis y sigáis soportando la misma pesadilla; sin ahorros, os tiene a su merced.

—Supongo…

—Es triste lo que me dices, no deja de ser una situación de esclavitud, a la que hay que sumar los castigos físicos. ¿Y le has ofrecido marcharos del pueblo a tu hermano? Quizás entre los dos…

—¿Juan José? —Se alteró al decirlo—. ¡No! Él nunca abandonaría a padre, aunque lo matase a palos; él es demasiado frágil para irse, incluso para pensar en hacerlo. Es como un cachorro caminando torpemente tras los pasos de padre.

—¿Os ayudáis entre vosotros cuando vuestro padre os castiga?

—Solo cuando él no nos ve, lo consideraría una debilidad o una traición, como si no aprobásemos lo que ha hecho.

—Pero no lo aprobáis.

Ella agachó aún más la cabeza, como si quisiera hacerla desaparecer bajo su cuello.

—Elena —insistió Moretti—. Ayúdanos a ayudarte, para eso hemos venido, además de descubrir lo que pasa en la habitación diecisiete.

—Solo es un fantasma.

—¿Eso es lo que te han dicho o es lo que sabes? Trabajas en el hotel, debes de haber visto algo que te lleve a pensar que se trata de un fantasma o de alguien de carne y hueso.

—Nunca he visto nada, y eso que no es la primera vez que hay muertos desde que trabajo aquí. Las veces anteriores yo era una adolescente y solo supe de las cosas que decían los mayores cuando pensaban que no los escuchaba.

—La noche en la que murieron los dos turistas, ¿dónde estaba vuestro padre?

—Cenamos con él en casa y luego nos fuimos a dormir.

—¿A qué hora fue eso?

—No sé… sobre las once, más o menos —dijo sin mucha convicción.

—¿Fue vuestro padre con vosotros a casa?

—Nunca lo hace, él llega algo más tarde.

—Entonces, ¿estás segura de que cenó con vosotros?

—No del todo, los días son todos iguales y… a veces padre no cena con nosotros, lo hace en el hotel o en el bar del pueblo o… no sé dónde, quizás en casa cuando ya estamos dormidos Juan José y yo.

—Está bien, te doy las gracias por tus palabras. Antes de que te marches a hacer tus funciones, quiero decirte que te apoyaremos si denuncias a tu padre, aunque sea en el futuro. Haremos lo posible por apartarlo de ti y de tu hermano. Lo alejaremos de vosotros para que nunca más os vuelva a hacer daño.

Ella asintió como de costumbre, sin decir palabra y con una mirada vacía y dirigida al suelo; luego se marchó para desaparecer en la cocina del restaurante.

Una vez a solas:

—Hugo, no me fío del padre.

—Yo tampoco —apoyó África las palabras de Esther.

—Vamos a toda prisa a la recepción, quiero hablar con su hermano antes de que se marche.

El chico no estaba en el vestíbulo limpiando, tampoco al otro lado del mostrador, tuvieron que golpear varias veces el timbre que ya casi no tenían en los hoteles actuales y dar algunas voces hasta que apareció una sombra ante ellos, Jacinto. Moretti pensó que era pronto para entrevistarlo, pero no se perdía nada por hacer la prueba.

—¿No está su hijo hoy en la recepción?

—Le duele la hernia del intestino que padece, se ha ido a casa hace media hora. ¿Quieren las llaves de sus habitaciones? —Todo lo decía con tono sosegado y con un semblante serio, aunque no enfadado, como pudieron comprobar los investigadores.

—Gracias por las llaves, pero, ya que estamos aquí, ¿le importaría responder a unas preguntas? Ya sabe que investigamos los asesinatos ocurridos en la habitación diecisiete y que tenemos que hablar en varias ocasiones con los empleados, incluido usted, el gerente.

—Pregunten lo que deseen.

—Tuteémonos, será más cercano y fácil. —Una de las principales reglas de Moretti: el trato cercano hace bajar la guardia de los testigos o sospechosos principales, les da seguridad y eso les conduce a cometer errores en las respuestas que dan a las preguntas de los investigadores.

—¿Dónde estabas hace dos noches a partir de las diez?

Directo a la yugular, ¿para qué esperar cuando sorprender es tu intención?

—¿Cómo dices? ¿Hace dos noches? Como todos los días, terminé de cumplimentar los papeles del hotel y me fui a casa con mis hijos.

—Eso mismo han dicho ellos —mintió Moretti—. ¿Hay cámaras de vigilancia en el hotel?

—Ya te habrá dicho la guardia civil que solo hay una en la entrada del vestíbulo.

—Muy conveniente, teniendo en cuenta que hay dos salidas más para empleados por la parte de atrás.

—¿A qué te refieres con lo de muy conveniente?

—A que el asesino pudo entrar sin ser grabado, además de salir después para desaparecer.

—Esas entradas del servicio solo las conocemos nosotros, la familia.

—Y supongo que cualquiera que visita el hotel y da un paseo alrededor, además del resto del mundo que entra en Internet y comprueba las fotografías que tenéis colgadas allí.

—Bueno…

—¿Por qué no pusiste más cámaras? Son baratas y un mismo monitor sirve para verlas todas, además de necesitar solo un disco duro grabador para registrar lo que graban todas. Incluso las empresas de vigilancia subcontratadas te hubiesen colocado una o dos docenas de ellas por todo el hotel, incluyendo pasillos y el restaurante, a cambio de una tarifa asumible al mes.

—No he mirado… nunca he pensado en poner más seguridad.

—¿Lo dices porque nunca ha pasado nada destacable en tu hotel, como asesinatos?

—¡Oye, no me digas cómo gestionar mi negocio!

—Nada más alejado de mi intención, créeme —apuntó Moretti con un tono contenido de sorna—. ¿No te parece muy conveniente que solo haya esa cámara?

—¿Conveniente de nuevo?

—¿Conocías a los dos turistas?

—¿Conocerlos? No los había visto antes en mi vida.

—¿Qué tiene de especial esa habitación?

—No sé a qué te refieres.

—No está disponible para reservarla desde hace décadas. Tu hijo se la concedió a las víctimas porque estos pagaron tres o cuatro veces su valor. ¿Acaso crees en fantasmas? Yo lo dudo, ¿por qué no quieres que nadie la use?

—Ya está bien de preguntas, no pienso consentir que se me acuse de asesinato o de lo que sea, pero no me gusta el tono que usas. Abonad los gastos del establecimiento y marchaos de aquí.

—Puedes echarnos como clientes, pero no nos impedirás la entrada como policías, seguiremos hablando contigo y con los demás empleados cuando deseemos. No ha sido inteligente esa actitud.

—Menos aún la tuya, ciego.

Cuando el tipo se marchó, Moretti agradeció por primera vez en su vida el no poder ver, así se evitaba las miradas de sorpresa y decepción de las chicas a su espalda. Había presionado a Jacinto de una forma errónea. Tenía pensado hablar con él aprovechando el agotamiento de una larga jornada de trabajo, sin contar con que su propio cansancio también lo tuviese mermado del tacto necesario para la labor.

El hijo de Jacinto no se había ido a casa media hora antes, como había asegurado su padre, pues apareció, delgado, algo encorvado y con una voz casi inaudible; llevaba un folio en la mano derecha y les dijo que tenían que abonar el importe de las habitaciones y de las consumiciones en el restaurante.

Moretti sacó su tarjeta de crédito y la puso sobre el mostrador en silencio. Casi sentía las respiraciones de Esther y África en su nuca, tendría una conversación a solas con ellas mientras decidían en qué pueblo cercano se hospedarían a partir de ese momento y tras recoger sus ropas y enseres de aseo personal de las habitaciones. El chico tardo solo cuatro minutos en cobrar y sacar por la impresora el recibo del pago, lo colocó todo sobre el mostrador y se marchó sin decir nada.

Esther cogió el folio y los tres se fueron a las habitaciones para hacer las maletas.

—Ya me encargo de buscar algo por la zona para estar cerca.

—Gracias, Esther. Siento haber metido la pata.

—Yo habría sido más dura. Además, no todo está perdido, no creo que haya sido mala estrategia.

—¿Por qué lo dices?

—Si Jacinto Benavides es el asesino o un cómplice, estará preocupado al saber que nosotros no hemos venido a cerrar el caso como en las ocasiones anteriores, asumiendo que se trata de un fantasma, sino que vamos a por todas y queremos a alguien de carne y hueso. Si se pone nervioso, cometerá un error.

—Buen razonamiento. Estoy cansado.

—Subamos a por nuestras cosas.

Estaban en la habitación, ella se encargaba de los dos equipajes. Moretti, a pesar de las palabras optimistas de Esther, seguía pensando que el primer acercamiento con Jacinto debió ser más suave, para tantearlo en lugar de comenzar a lanzar golpes.

—… pero yo tengo el cargo de asesor y mentor, de evitarte cometer fallos. No te doy ejemplo si los cometo yo.

—Es imposible no cometerlos, estamos bajo mucha presión. El caso tiene cincuenta años, se sospecha de un fantasma y el regente del hotel donde han ocurrido las muertes es un claro maltratador. Has hecho lo que debías.

—No sé si agradecerte tus palabras o enfadarme por si has dicho lo que crees que quiero oír. Lo cierto es que, si volviese una hora atrás en el tiempo, afrontaría la entrevista con Jacinto con más suavidad.

—Quizás yo haría lo mismo en tu situación.

—No hemos sacado nada en claro esta noche.

—Tenemos a la chica, a Elena, sacaremos de ella mucho más en las próximas entrevistas y la convenceremos para que denuncie a su padre.

—Pero eso es poco.

—No es todo, no me has dejado terminar. También tenemos al hijo, a Juan José.

—¿De qué hablas?

—Ya te he dicho que yo «quizás» habría actuado igual… Cuando Juan José te dejó el folio con el resguardo de pago por el hotel, también añadió una nota. —Moretti se quedó   al oír eso—. La nota dice que vayamos a hablar con él a la puerta del cementerio a las doce de la noche.

—Eso suena fenomenal, ahora solo toca tener prudencia.

Algo de luz

A dos kilómetros de allí, pasando al otro lado de la autopista A1, encontraron un hostal en Horcajo de la Sierra, donde les dieron dos habitaciones con derecho a desayuno a pesar de la hora tan tardía. Apenas tenían tiempo para preparar una estrategia, solo sabían que tenían que ver al chico y que el trato con el mismo sería decisivo para sacar algo positivo de él o arruinar esa línea de investigación.

Partían en el coche cuando Moretti sorprendió a sus compañeras con el siguiente comentario.

—África, entrevístalo tú.

Esther se quedó muda.

África tuvo que parar el coche a un lado de la carretera para preguntar si lo había dicho en serio, además de respirar hondo varias veces para asimilar que tuviera que hacer algo así en un caso de homicidios y con dos compañeros mucho más cualificados y con experiencia.

—Claro que lo he dicho en serio. Te has formado en la academia para ello y también nos has visto entrevistar a testigos y sospechosos. Sé que puedes hacerlo.

—Hugo…

—Esther, ¿no la crees capaz?

—Nos jugamos el caso en esta entrevista, quizás ese chico quiera decirnos quién es el asesino, que haya sido testigo del crimen.

—Pues África logrará sacárselo de dentro.

—No me siento capaz… quiero decir, no me siento capaz de hacerlo mejor que vosotros. Pienso como Esther. Deberíais hacerlo en mi lugar, sigo pensando que esto es una broma.

—Tonterías, lo harás bien. Además, no tienes que preguntar nada, ese chico ha dejado esa nota porque quiere hablar, solo hay que darle confianza para que suelte lo que lleva dentro y tú sabrás hacerlo.

—No sé cómo hacerlo.

—¿Quieres un consejo? Sedúcelo.

El silencio se hizo dentro del coche. Y llegó una tensión tan densa que incluso se podía respirar.

—¿Seducirlo? —preguntó Esther a sabiendas de que África no era capaz de inquirirlo.

—Ese chico es joven y taciturno, lleva encerrado toda la vida en un pueblo pequeño, casi no habrá hablado con chicas en su vida; seguro que una chica guapa de edad parecida le hace bajar todas las defensas. Solo tienes que sonreírle, mirarle de forma cómplice y con eso le darás la seguridad que necesita para soltarse.

—Hugo, me parece que desvarías, que estás dando otro mal paso, como el que tuviste con Jacinto.

—Nada más alejado de la realidad, Esther. Con Jacinto me equivoqué porque no me preparé la entrevista, todo surgió de repente y me dejé llevar por la improvisación, el cansancio y por la rabia de lo que hace a sus hijos. Ahora estoy enmendando la situación. Confiad en mí. África.

—Dime.

—¿Serás capaz de hacerlo?

—No lo sé.

—Yo confío en ti. Solo tienes que jugar con él, miradas, tono de voz, sonrisas… Eso al principio, luego deja que el chico suelte todo lo que lleva dentro y que quiere contarnos.

Esther intervino de nuevo:

—¿Y si la nota que nos ha dado es para citarnos en un sitio apartado y tendernos una emboscada?

—¿Matarnos ese chico? Creo que los tres intuimos que no sería capaz de matar a una mosca. Además, vais armadas, sois policías, en la comisaría saben que estamos aquí; ningún asesino en su sano juicio cometería el error de matarnos o simplemente atacarnos. No hay lógica en ese pensamiento. ¿Va a aparecer alguien entre la oscuridad del cementerio con un cuchillo o una escopeta para acabar con nosotros? No lo creo.

—Yo tampoco —dijo África.

—¿Lo harás?

—Sí. Pero decidme lo que tengo que preguntarle cuando lo tenga delante.

—Tú solo afronta el encuentro como si fuese una primera reunión con un novio, ten esa actitud, muéstrate nerviosa e ilusionada a la vez, cruza frases triviales con él. Cuando se haya roto el hielo y el chico haya bajado la guardia, dile que necesitamos saber algo más sobre lo ocurrido, deja que el silencio invada la conversación durante unos largos segundos y él soltará todo lo que quiere decir.

—Trataré de hacerlo lo mejor posible.

África encendió de nuevo el motor del coche y aceleró, aunque no se sentía del todo segura de sus posibilidades. ¿Seducirlo? Ni le gustaba el chico ni había seducido nunca a nadie antes, ojalá hubiera tenido a Jon Bon Jovi para practicar; con el amor de su vida sí que se hubiera lanzado gustosa. ¿Y si resultaba ser todo una estratagema en un caso de asesinatos? Eso la ponía más nerviosa aún, al menos tenía la seguridad de contar con su arma y con Esther también armada a su espalda si algo extraño e inesperado sucediera.

Llegaron al cementerio a las doce menos veinte, la hora que había estimado Hugo.

—¿Para qué tan temprano? —preguntó África con un temblor de labios que indicaba que todavía no había reunido el valor para su primera misión, como así la veía ella.

—Hugo ha querido venir antes para inspeccionar al lugar en busca de una posible emboscada, aunque se muestre muy seguro de que eso no podría pasar nunca, como ha dicho antes.

—Gracias, Esther —dijo con ironía Moretti.

—De nada, amor —le respondió ella con el mismo tono.

Con esa última parte de la conversación, África pudo soltar algo de tensión tras sonreír y bajarse del coche junto a Esther. Esta le puso un brazo sobre el hombro mientras caminaban hacia la fachada del cementerio.

—Estás nerviosa, no pasa nada por estarlo ni por reconocerlo. Yo casi me oriné encima la primera vez que estuve ante un posible asesino, solo hace un año, seis meses y dos días de eso y todavía me entran temblores al recordarlo.

—Al menos, salió bien.

—Me hacía la cobertura la mejor policía que conozco, ella se encargó de todo.

—Eso me da fuerzas, ahora me hará la cobertura también la mejor policía que yo conozco.

—Joder, Afri, no digas eso que me haces bajar la guardia.

—Es la verdad, en el anterior caso…

—Este es otro nuevo, vamos a tener ahora más ojos y oídos que nunca y dejar de pensar que todo va a salir bien por obra divina. ¿Eres religiosa?

—No.

—Yo tampoco. Así que no vamos a rezar, sino a echar un vistazo al lugar.

—Pues no hemos traído linternas y esto está más oscuro que el culo de un oso.

—¡Ja, ja, ja! Nunca había oído eso.

—Yo tampoco, ni siquiera sé por qué lo he dicho. Sigo nerviosa.

—Tú haz caso a Hugo.

—¿Confías en su plan?

—Sinceramente, no. Pero le he visto tomar muchas decisiones que me han parecido muy locas, y aun así nos han llevado a resolver casos. Tendremos que hacer un esfuerzo las dos.

El cementerio seguía abierto, ¿para qué colocar un candado donde no había nada que robar? Dentro solo se veían siluetas tenues que casi ni la luz de la luna era capaz de dibujar: lápidas, cruces, flores secas… El frío y la humedad atacaban la zona. No se oía ni el murmullo de una brisa cercana. La luz de las linternas de sus teléfonos móviles no servía de nada más allá de dos metros, poco más podían hacer, salvo salir y esperar en la fachada a que llegase Juan José, o quien fuera a aparecer si aquello era una encerrona.

—Comprueba tu arma.

—Lo hice en el hostal.

—Hazlo de nuevo, eso ayuda a templar los nervios.

—No quiero matar a nadie, tampoco que me disparen o me maten.

—Joder, yo tampoco, Afri. Tú obedece y trata de controlar la respiración.

—Me gusta que me llames Afri.

—Deja las carantoñas para cuando te acaricio el pelo, ahora estamos trabajando.

—También me gusta ese punto de voz fría y de zorra malvada que usas para concentrarte y darme ánimos.

—¿Zorra malvada? Vaya, gracias.

—Calla, viene un coche.

Fueron a avisar a Moretti y este se bajó del coche para acompañarlas, aunque no se movieron ni un metro más allá del vehículo. El otro coche aparcó justo enfrente y apagó las luces. Una farola en la distancia iluminó la figura desgarbada de Juan José cuando el chico salió despacio y se encaminó con visible temor. Dentro de su coche no parecía haber nadie más.

—Adelante, África, puedes hacerlo —le susurró Hugo a la espalda.

La chica comenzó a caminar con Esther a su lado. La subinspectora le puso la mano en la espalda para empujarla suavemente a la vez de darle ánimos y apoyo, no estaría sola. Eso hizo que tuviese más confianza en ella misma.

«Piensa en Jon Bon Jovi, piensa en Jon Bon Jovi…».

El chico tenía el aspecto más alejado al cantante que ella pudiera imaginar, pero intuía que el trabajo de un policía era mucho más variado del que había supuesto cuando estudiaba en la academia, así que respiró hondo varias veces al tener al chico delante, a menos de dos metros de ella.

Acné, rasgos faciales ovinos, labios inexistentes, cuerpo escuálido y algo encorvado, piernas con las rodillas torcidas hacia dentro y ropa desfasada desde hacía más de dos décadas. No, no sería fácil tener a Jon Bon Jovi en la mente al mirarlo.

—Bu… buenas noches —dijo el chico con timidez.

Esther le dio un pequeño empujón a África en la espalda. Nada. Luego uno más fuerte, casi la hizo caer de boca al suelo.

—Hola, buenas noches —devolvió el saludo ella por fin.

—No sé si esto ha sido buena idea.

Otro golpe en la espalda por parte de Esther.

—Me alegro de que hayas dejado esa nota, quería hablar contigo desde que te vi por primera vez.

El chico se sorprendió y trató de erguirse un poco más en su postura.

—¿En serio?

—Claro. Además, este sitio me parece muy apropiado para hablar. Siempre me han gustado los cementerios, soy muy fan de Edgar Allan Poe.

—Yo también.

—¡Qué guay! Yo he leído todas sus historias varias veces, también tengo libros sobre cementerios famosos, tumbas y demás. Incluso uno con los cien lugares más terroríficos del mundo.

—¡Yo también lo tengo!

Y África dejó esos segundos que le había aconsejado Moretti, el chico ya se mostraba con mucha más confianza, igual que ella.

—Pero… estamos con la investigación. ¿Sabes algo de lo que ha pasado con los turistas de la habitación diecisiete?

—La verdad es que no sé nada sobre eso, salvo que los han matado.

—¿Entonces?

—Bueno, habéis hablado con mi hermana sobre padre y…

—¿Qué pasa con tu padre?

—Esa noche en que ocurrió eso… llegó por la mañana a casa.

—Él nos contó que había ido con vosotros y luego cenasteis todos juntos.

—Es mentira. Llegó a las nueve de la mañana, lo recuerdo porque yo estaba despierto y levantado.

—Gracias por el dato, ¿sabes algún detalle más de lo ocurrido hace dos días o en los crímenes pasados? ¿Tal vez algo que te haya contado tu hermana, el jardinero o alguien del pueblo?

—En casa nunca se ha hablado de ello, solo se teme a esa habitación, está maldita. Y no hablo con las gentes del pueblo, apenas tengo amigos.

—Comprendo.

—No… no me tengas por un paleto de esos que temen a fantasmas, yo no creo en esas cosas.

—No lo había pensado, ¿qué crees que pudo suceder?

—Seguro que algún loco del pueblo o de los alrededores, vete a saber.

—¿Cómo puede saber ese vecino del pueblo o de otros lejanos que hay alguien en esa habitación?

—Pues no lo había pensado antes.

—¿El sistema informático del hotel está conectado a Internet? —interrumpió Esther.

—Sí, lo está, aunque el *router* va cuando le da la gana.

—Quizás necesitemos la IP de la conexión para tratar de averiguar si alguien ajeno al hotel se conecta de forma remota.

—No sé que es eso de la IP, todo lo que han dicho me suena a chino, pero se la daré cuando me digan cómo hacerlo.

—Puedes tutearnos —añadió África—, ella es mi compañera y amiga Esther. A mí puedes llamarme Afri, es como me llaman mis amigos.

El chico volvió a ponerse nervioso y tartamudear un poco al responder.

—Afri, me… me gusta.

—¿Qué tal te sientes trabajando en el hotel? Tu hermana ha dicho que le gustaría salir y ver mundo, probar en otras ciudades —mintió.

—¿Elena? Ella tiene mucho miedo a salir de aquí.

No había funcionado la estratagema.

—Bueno, quizás no lo haya dicho, pero es lo que siento al hablar con ella, como si quisiera volar libre pero no se atreve a decirlo.

—Sí, supongo que todos queremos lo mismo en el pueblo, por eso casi todos los de nuestra edad se han marchado.

—¿Por qué no lo has hecho tú?

—No sé, no tengo suficiente dinero y no sé qué podría hacer en otro sitio, no he estudiado nada.

—¿Tu hermana y tú no habéis estudiado en la Universidad?

—Ni terminamos el instituto —dijo con visible vergüenza.

—Nunca es tarde, eres joven.

—Me hablas como una madre, no me gusta, mi madre murió hace muchos años y detesto a las mujeres del pueblo cuando me dicen eso mismo.

Un paso atrás.

—No era mi intención. Mi familia vive en Salamanca y yo lo hago sola en Madrid, no es fácil, pero trato de sobrevivir, de hacerme un hueco y avanzar. Te lo decía por si tú tenías el mismo deseo.

—Ojalá me saliese un trabajo bien pagado en otro lugar, pero no tengo ni tiempo para buscarlo. Estaré aquí, ligado al pueblo y al hotel, toda la vida.

—Entiendo que el hotel no es tu paraíso soñado, tampoco el pueblo, como le sucede también a tu hermana, pero todo es cuestión de tiempo y de ganas.

—Eso será, que no contemplo el tiempo y que no tengo ganas…

África no sabía por dónde seguir para no perder lo que había ganado con el chico, así que fue a por todas, como había visto a Moretti hacer en la recepción del hotel; por suerte, su entrevistado era mucho más débil que su padre. Quizás eso fuese una ventaja para ella.

—¿Tu padre… vuestro padre no os ayuda a buscar esas metas que tenéis?

Juan José la miró con ojos de sorpresa. ¿Había obrado bien África o se había equivocado y aquella reunión no serviría para nada?

—¿Mi padre? —murmuró tras unos segundos—. Él solo quiere que el tiempo se detenga, que el hotel, el pueblo y el mundo permanezcan completamente iguales para siempre. Ese cabrón no entiende nada más que el trabajo duro y sacar beneficio del hotel para seguir día a día, como si el mañana o el futuro no existiesen.

—Me dijo tu hermana que estabas aquejado hoy de la hernia, ¿estás bien? —Esther sintió orgullo al comprobar que la chica tomaba esa línea.

—Sí, un poco mejor ya.

—Tu padre parece un tipo seco y duro, no me extrañaría que pensase que criar a dos hijos fuera algo difícil y se propasara con los golpes.

Un paso demasiado precipitado a los oídos de Esther.

—Mi padre tiene sus cosas, no lo voy a negar, pero lo hace por el bien del negocio y de la familia —dijo el chico con falsa entereza.

—No he querido decir… ¿Tienes algún día libre? ¿Sales los domingos a tomar algo con amigos? Bueno, has dicho que no tienes amigos en el pueblo, pero me gustaría… Me da vergüenza decirte esto, pero me gustaría ir a tomar algo contigo cuando no tengas que estar en el hotel.

El chico tenía de repente los ojos abiertos de par en par, titubeó:

—Los lunes.

—Es cierto, hoy es domingo y has trabajado. Pues mañana es lunes, nos vemos y tomamos algo donde me digas, si quieres.

—¡Claro!

—Esto… Necesito pedirte un favor, es algo complicado y no quiero abusar de tu confianza.

—Pídeme lo que quieras.

—Quizás sea algo que no quieras hacer.

El chico la miró con asombro, pero ya estaba lanzado, se sentía seguro como nunca antes, quería mostrarse como un caballero medieval ante la princesa que necesitaba un favor.

—Si está en mi mano…

—¿Puedes enterarte de lo que hizo tu padre ese día en el hotel? ¿Puedes hablar con tu hermana y con el jardinero? Quizás puedas acceder a las grabaciones de la cámara de vigilancia de la entrada y apuntarme cuándo pasó tu padre por allí y hacia dónde iba.

Juan José se puso nervioso otra vez, incluso se encorvó de nuevo a medida que fue oyendo la petición de África.

—Las grabaciones las tiene la Guardia Civil, o una copia, no lo sé con seguridad.

—¿Lo mirarás para mí, para nosotros? Es importante.

—No sé si… Lo intentaré. Te lo prometo.

—Mañana nos vemos, ¿a las cuatro de la tarde en la plaza del pueblo?

—A las cuatro y media, tengo tareas en casa.

—De acuerdo. —África se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, el chico volvió a erguirse a la vez que se le iluminaba el rostro.

—Lo has hecho fenomenal, ha sido increíble cómo has manejado la situación. —Estaban en el dormitorio doble del hostal los tres reunidos y planificando lo que harían el día siguiente.

—Bueno, me he dejado llevar, no lo habría logrado sin tenerte al lado para darme confianza.

—Deja eso de una vez —le dijo Esther—. Lo has logrado tú sola, yo apenas he intervenido.

—¿Qué vas a hacer mañana con el chico? —puso orden Moretti antes de que la conversación se fuese por otros derroteros—. ¿Cómo vas a enfocar la cita con el chico? Tendrás que frenarlo si espera una relación contigo, pero no hacerlo de un modo que él interprete como que lo estás manipulando, sino yendo despacio.

—No sé qué hacer, pensaba que él indagaría durante el día en la cámara de vigilancia del vestíbulo, además de preguntar a su hermana y al jardinero, para darme luego la información. No había pensado en que podría lanzarse a… ya sabes.

—Bueno doy por sentado que manejarás bien la situación. Pero dinos cómo vas a sonsacarle todo eso al mismo tiempo que te mantienes al margen de lo que podría ser una cita romántica desde su punto de vista, que quiera algo más de ti.

—Hemos quedado en la plaza del pueblo y seguramente vayamos al bar-cafetería, allí no creo que intente nada ante los vecinos del lugar, parece demasiado tímido.

—Quizás él no quiera que vean a una policía a su lado y que todo el pueblo le comente a su padre vuestro encuentro, es posible que piense en llevarte en el coche a un lugar alejado y donde no podamos acercarnos Esther y yo con el coche para protegerte sin que seamos descubiertos por él. Recuerda que sigue siendo un sospechoso, aunque nos haya querido ayudar; quizás simule su atracción por ti para llevarte donde pueda someterte a una situación incómoda o peligrosa.

—No vayas por ahí, Hugo —lo cortó Esther—. Ella tiene algo en su interior… algo del pasado al que no ayudará que le digas eso.

—¿Cómo?

—No pasa nada —dijo África en lo que no era más que un susurro.

—¿De qué habláis?

—No es nada —apuntó Esther—, simplemente, solo hay que darle confianza y que ella resuelva la misión como estoy segura de que lo logrará.

—Siento que me ocultáis algo. Estamos en esta habitación de un hostal en mitad de la nada, siguiendo un caso importante, y me encuentro con frenos en mi capacidad de tomar decisiones o de asignar tareas. No lo comprendo.

África respiró hondo, parecía un suspiro en el que se le fuese el alma por completo, y dijo:

—Me violaron hace casi tres años, aún no lo he superado.

Moretti no supo qué decir, tampoco podía observar o analizar el semblante de la chica, así que permaneció en silencio ante ese dato demoledor y a la espera de más detalles.

Juan José

El chico se había acostado a la una de la madrugada, tenía pocas horas para dormir y sabía que necesitaba hacerlo para no estar cansado o con semblante de derrota la jornada siguiente, que tenía que limpiar la casa junto a su hermana, además de hacer la comida, arreglar el marco de una puerta rota y hacer la compra. Su padre lo notaría y las consecuencias serían las de siempre.

Antes de llegar al dormitorio ya había librado una batalla mental y física importante, entrar en la casa sin ser visto ni oído era una odisea. Se había arriesgado mucho por hablar con los investigadores, pero la conversación con la chica pelirroja había subsanado todos sus pesares en el acto. Qué ojos tan grandes y profundos tenía esa agente, iguales que los de su madre, cuyos rasgos conservaba en su memoria desde que ella falleció. El cabello largo y rizado. Esa sonrisa sincera. Ninguna chica le había sonreído así ni le había hablado durante tanto tiempo y de forma tan cariñosa. Y quería volver a verlo. A él. Nunca una chica había quedado con él para tener una cita. ¿Era lo de mañana una cita? Se preguntaba. Los dos a solas y hablando de sus cosas, de Edgar Allan Poe, de cementerios y crímenes. Sí, era una cita y sería idílica.

El reciente recuerdo de la sonrisa y la mirada de África le dio ánimos para caminar a hurtadillas por la casa hasta el dormitorio y acostarse, aunque no tenía sueño. Era la primera vez que no lo tenía, salvo en las ocasiones en que su padre lo golpeaba más fuerte de la cuenta y el dolor no le permitía adoptar su postura, la de tumbarse hacia la izquierda.

Aún despierto, estuvo pensando en una especie de dulce sueño con abrazarla, besarla y acariciarle el cabello hasta quedarse dormido, aunque eso sería más allá de las cuatro de la madrugada.

El despertador lo sacó del sueño. Se sentía molido, tanto mental como físicamente. Entonces recordó que había quedado con la chica y se levantó de la cama de un salto. Arregló el cuarto y eligió la ropa que se pondría para la cita, con ilusión, antes de ir a la cocina, allí ya estaban su hermana y su padre desayunando.

—Vaya, se te han pegado las sábanas —dijo Jacinto sin apartar la firme mirada de su hijo.

—Lo siento, padre.

Su hermana estaba terminando de servir el desayuno.

—He estado pensado en cómo arreglar la puerta y eso me ha entretenido —añadió él.

Su padre no respondió, limitándose a dar sorbos al café negro que tenía entre las manos. En silencio, no solo el suyo, también el de sus hijos, como cada mañana.

—A ver cómo te queda esa puerta —se limitó a decir el progenitor, cuyas palabras implicaban también que debía estar todo como tras cada lunes, con la casa impecablemente limpia, la compra semanal realizada y la ropa lavada y planchada. Si algo no estaba como era debido…

Juan José había salvado el primer escollo, también su hermana.

Jacinto se marchó al hotel para hacer los informes de la semana y permanecer en la recepción por si pasaba algún posible huésped.

El chico desayunó y se puso con las tareas con la presteza y eficacia que sabía que su padre exigía.

Unos minutos después, Elena se acercó a él mientras reparaba la puerta, la chica ya había terminado de recoger y limpiar la cocina.

—¿Qué te pasa?

Él la miró extrañado.

—¿De qué hablas?

—Vamos, te conozco, noto que algo raro te pasa.

—Nada.

—No quiero tener que repetírtelo, seguro que padre también lo ha visto, aunque no haya dicho nada.

—Solo he quedado con una chica luego.

—¿Una chica? ¿Tú?

—Sí, ¿qué pasa?

—No hay muchas chicas de nuestra edad en el pueblo, no te he visto nunca hablar con ninguna y las pocas que hay tienen novio.

—No me agobies, tengo que terminar esto rápido.

—He visto la ropa sobre tu cama.

—¿Por qué has entrado allí sin permiso?

—Te he dejado sobre la cama la ropa limpia y planchada, como siempre. Vamos, ¿no vas a contármelo?

—Es la chica policía.

—¿Cómo? ¿La guapa rubia? Esa está con el ciego.

—La otra, la pelirroja.

—Parece algo más mayor que tú.

—Las dos lo son. ¿Y qué importa eso?

—No vas a hacer una tontería, ¿verdad?

—Sé cuidarme por mí mismo, no soy un niño.

—Siempre has sido mi niño. Hasta hace poco me preguntabas por todo, también te acurrucabas conmigo cuando padre te pegaba, o me golpeaba a mí.

—Va siendo hora de dejar eso atrás.

—¿Eso atrás? ¿Quién te ha dicho eso? ¿Ha sido la policía pelirroja?

—Déjame en paz, quiero terminar con esto, hacer la compra y seguir con mi vida.

—¿Tu vida? ¿Te estás oyendo? ¿A qué viene eso ahora? Nosotros no tenemos vida, ¿lo recuerdas?, dependemos de padre, del hotel, de mantener todo en secreto.

—¡Márchate!

El chico se quedó a solas, la rabia había aflorado con la conversación hasta hacerle pensar que no era justo que todos lo tuviesen por alguien inmaduro, infantil y frágil. Él era capaz de decidir por sí mismo ahora y había tomado decisiones, decisiones basadas en sus deseos y fantasías que lo llevarían a una vida mejor. África, Madrid, el piso de ella. Buscaría trabajo en la capital y se olvidaría del puto pueblo y de la pesadilla del hotel para siempre, no recordaría jamás a su padre ni los años de mierda que llevaba viviendo allí. Solo a su madre. Quizás también a su hermana, a la que echaría de menos; pero ella ya había elegido quedarse para siempre. Decisión suya, ya era mayorcita también. Y él no hablaría. Todos podrían tener la seguridad de que nunca hablaría.

Una vez terminadas las tareas en la casa, fue al supermercado, o el colmado, como lo llamaban en el pueblo. Allí llenó el carro con todo lo encargado en la lista por su padre. Se cruzó con varios vecinos que le preguntaron por lo que había ocurrido en el hotel, pero él se limitó a despacharlos con frases tipo «No sé nada, no he visto nada», «la policía está investigando y no nos cuenta nada», «mi padre ya te dirá lo que sepa, yo no sé nada». Y fue a pagar. El cajero, también dueño del negocio, fue más discreto y le preguntó acercándose y susurrando para darle más confianza.

—Juanjo, vaya historia… otra vez lo mismo. Tu padre estará que trina.

—Sí, Paco… supongo. El hotel está vacío, aunque hemos tenido a los policías hospedados allí.

—¿Otra vez el fantasma?

«Los fantasmas no existen, idiota».

—Eso dicen todos, a saber…

—Son ciento diecisiete con cuarenta y dos.

El chico pagó con la tarjeta de crédito y se alegró de terminar el interrogatorio y marcharse del lugar. Se encaminó a casa con cuatro bolsas llenas que abultaban más que él; y su hermana, en silencio, lo ayudó a guardar los víveres en los frigoríficos y las despensas de la casa.

Eran las cuatro y diez de la tarde y ya se había vestido, había tenido que planchar antes la ropa para que estuviese impecable;

pantalón gris, camisa blanca y jersey negro, el atuendo perfecto para la cita con la chica. Le habría gustado pedir a su hermana el visto bueno, pero le daba vergüenza hacerlo y salió de casa casi a hurtadillas para coger el coche, un Renault Clio que fue antes de su padre y que este ya no usaba tras comprar el todoterreno que se llevó los ahorros de la familia de cinco años. Llegó diez minutos antes a la plaza del pueblo y permaneció a la espera, el tiempo se le hizo infinito hasta que la vio llegar caminando; ella llevaba un pantalón vaquero negro, camiseta del mismo color y una cazadora de cuero roja que hacía juego con su pelo; el sol le regalaba destellos sobre sus rizos hasta el punto de hacerla parecer caminando a cámara lenta. Él se recreó en la visión durante lo que le pareció una hora, aunque fueran pocos minutos los que tardó en llegar al coche.

—¿Y bien? —dijo ella—, ¿vamos a tomar algo aquí?

—Me gustaría que hubiese un sitio mejor en el pueblo, pero esto es lo que hay, a no ser que quieras ir al testero sur de la granja de Jimena, allí se ve un atardecer precioso.

—Prefiero tomar un café contigo, aquí mismo estará bien, si no te importa.

—Claro —dijo el chico con visible gesto de contrariedad. Se bajó del coche y fueron hacia el bar.

Dentro solo había dos tertulianos de avanzada edad tomando sendas copas de vino blanco en la barra, la pareja entró tras saludar tímidamente y se sentaron al fondo, al lado de una ventana con vistas a la plaza.

—El sitio es pequeño, es cierto —susurró ella para mantener la intimidad y sin decirle que era muy cutre, una simple tasca del siglo pasado a la que los abuelos de África irían a tomar un vino o cerveza de vez en cuando.

—Demasiado.

—Podíamos haber ido a otro pueblo cercano —dijo la chica—, no había pensado en eso.

—No conozco mucho los pueblos de los alrededores, solo a los de allí cuando vienen a emborracharse y bailar en las fiestas de agosto.

—¿No vas a las fiestas de esos pueblos?

—Nunca, el trabajo en el hotel no me deja tiempo libre, menos aún en verano, que es cuando tenemos más clientes y hay más tareas; solo las tardes de los lunes.

—¿Qué haces esas tardes? Además de quedar con chicas como yo, como estás haciendo ahora.

—Bueno… yo nunca había… Suelo aprovechar para leer, igual que cuando estoy en la recepción del hotel y pasan las horas en temporada baja, entonces puedo avanzar más con los libros, si mi padre no me ve, claro, él cree que eso no sirve para nada; por eso los compro a escondidas, se los encargo a un vecino que los pide por Internet.

—¿Qué estás leyendo ahora?

—Estoy releyendo *Los gatos de Ulthar*.

—Me gustaron más *En las montañas alucinantes* y *El modelo de Pickman*.

—¿Te gusta Lovecraft?

—Claro, ¿a quién no?

Juan José ni siquiera fue consciente de que el camarero, conocido de toda la vida en el pueblo, les había preguntado qué querían. Solo podía mirar a África con la boca abierta mientras ella trataba de comunicarse con él, de preguntarle qué quería tomar.

—¿Cómo?

—Nos está esperando el camarero. Yo he pedido un café con leche, ¿qué vas a tomar tú?

—¿Eh? —Y observó a Hilario, aún con la boca abierta, este lo miraba a él medio enfadado.

—Venga, Juanjo, no me toques los cojones o te daré una patada en el culo, ¿qué cojones vas a tomar?

—¡Oiga! ¡No le hable así!

—Este chico está a medio hacer.

—¡Venga, Juanjo, vámonos de esta mierda de sitio! —Y África se levantó ante la mirada atónita del camarero y del chico.

Fueron al coche y Juan José condujo durante cinco minutos en silencio hasta llegar al final de una calle del pueblo, y se bajaron del vehículo.

—¿No vas a decir nada? —preguntó ella.

—No sé qué decir —balbució él.

—Ese idiota no debió hablarte así.

—Eso no me importa.

—Pues estás temblando.

—Se lo contará a mi padre, o se lo contará a los demás del pueblo y ellos a él.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Me molerá a palos.

—¿Por qué no lo denuncias? ¿Por qué no lo habéis denunciado tu hermana y tú?

El chico no era capaz de levantar la mirada del suelo, ambos seguían al lado del coche y él se pellizcaba los dedos de una mano con la otra.

—¿Juanjo?

—¿Qué?

—¿Por qué no…?

—¿A quién? ¿A la Guardia Civil? Son del pueblo de toda la vida, son amigos de mi padre, siempre han sido amigos de la familia desde los tiempos del abuelo; ellos se reirían de nosotros. Estas cosas pasan en estos sitios y a nadie les importa.

—¿Lo de tu forma de caminar es por la hernia o por…?

—No tengo ninguna hernia, ya lo sabes. Mi padre me pateó el estómago hasta dejarme inconsciente por haber alquilado la habitación diecisiete.

—¡Dios mío!

—Se ve todo muy bonito desde un hogar feliz, pero hay que vivir esto para comprender la mierda que muchos tenemos que soportar.

—Juanjo, cursaré una demanda de abuso contra tu padre por el maltrato a ti y a tu hermana en el acto, pero necesito que vosotros la respaldéis o no servirá de nada.

—No sé si Elena…

—Tienes que hablar con ella.

—No querrá.

—Pues convéncela.

El chico levantó la mirada hacia la vista panorámica que se observaba desde aquel rincón, como deleitándose con un atardecer que aún tardaría en mostrarse sobre el campo, volviendo doradas las copas de los árboles que se extendían colina abajo.

—No sé si podré hacer eso…

—No servirá de mucho la denuncia si solo la presentas tú. Necesitas su apoyo.

—Tampoco sé si seré capaz de hacerlo.

—Juanjo…

—¿Has venido para ayudarme? ¿Has venido porque te gusto de verdad? ¿O estás aquí porque quieres que te ayude con lo de los asesinatos? —Había hecho un esfuerzo titánico para atreverse a preguntar eso.

África se quedó muda en ese instante. No pensaba que seguir en el papel de investigadora implicase mentir mirando a los ojos a un chico destrozado que requería a un amigo de verdad, a uno que solo tuviese como objetivo ayudarle en el momento más crítico de su vida. Juan José la miraba con ilusión, con esperanza, también como a un salvavidas para él. No se había preparado para eso. ¿Era ella una amiga? ¿Era ella lo que él necesitaba? ¿Lo ayudaría realmente, como le había prometido? ¿Sería capaz de apartar otras prioridades en su vida y en su trabajo para hacerlo?

—No te voy a mentir, quiero resolver el caso de los crímenes, pero también deseo que salgas de esta situación. Quiero ayudarte, ayudaros a tu hermana y a ti, también mis compañeros. Te prometo que haremos todo lo que podamos, que os sacaremos de esta situación.

—Promesas… Mi padre ha prometido toda su vida que estaríamos mejor al año siguiente, pero este llegaba, uno tras otro, mientras Elena y yo veíamos que todo seguía como siempre o peor. Una realidad que se muestra severa y cruel, sin esperanza, día tras día, mes tras mes, año tras año. Ya no tengo esperanza, solo deseo llegar a casa y dormir.

—Ahora no lo promete tu padre, soy yo, ¿no te fías de mí?

El chico la miró a los ojos por primera vez desde que habían quedado, como queriendo leer más allá del semblante de la chica. No pudo soportar más de dos segundos y se vino abajo.

—Yo no puedo…

—¿No puedes qué?

—No puedo fallar a mi familia.

—¿De qué me hablas?

—Te he traído para que veamos el atardecer, solo eso, no quiero nada más.

—Te pedí anoche que buscases… olvídalo, veamos el atardecer, seguro que es tan bonito como me has dicho.

No había nubes en el cielo, así que el ocaso no se vio aderezado de un mar de algodón anaranjado o rosáceo, como era el caso de la ciudad de Madrid. La chica permaneció en silencio contemplándolo durante minutos, casi horas. Se sentía culpable por estar utilizándolo para el caso, para sus objetivos, sin tener en cuenta que el chico la tenía a ella como una vía de escape para su vida, algo mucho más importante, un clavo ardiendo entre sus manos. La vía de escape de la vida de África era solucionar la cuenta pendiente con su violador, pero eso se había quedado en un segundo plano. Ahora llegaba a ella como una ola que la arrollase en la orilla de la playa. Ella había sufrido un infierno durante unos pocos minutos, el chico que tenía delante lo llevaba soportando durante toda su vida.

—Juanjo, te prometo que, de todo lo que pienso en estos momentos, como policía y como persona, sacarte de donde estás es lo más importante.

El chico dejó de mirar el horizonte y la observó en silencio durante unos segundos. Parecía en trance.

—¿Lo dices en serio? —preguntó en un susurro tímido.

—Te lo aseguro.

—Mi padre estuvo corriendo por el hotel esa noche.

—¿Corriendo? No te comprendo.

—A la hora del crimen. Él parecía desesperado por el vestíbulo corriendo de un lado a otro.

—¿Tienes las grabaciones?

—No, solo las he visto en el ordenador de casa, que está conectado al sistema del hotel. Tendría que ir allí mañana para sacar esas grabaciones.

—¿Hablaste con tu hermana y con el jardinero?

—Elena es difícil… no le conté nada, solo que había quedado contigo y no le pareció apropiado. Tampoco he podido hablar con Eusebio, aunque ese anciano vive por y para el hotel, no para de trabajar desde que lo conozco; se limita a los jardines y a ayudarnos en lo que puede en la limpieza cuando se le pide y también cuando no, nunca habla de nada más, ni siquiera de su vida privada.

—Tendrás que convencer a tu hermana para lo de la denuncia, también para que nos ayude en lo del caso de los asesinatos. Y que Eusebio se muestre participativo. No quiero presionarte, si no quieres…

—Lo haré, lo haré por ti.

África se sintió como una espía despiadada de esas que aparecían en las películas que había visto algunas veces, pero era lo que requería el caso. Moretti y Esther esperaban adelantos de ella y no iba a defraudarlos como en la resolución del caso anterior. La agente ni siquiera sabía dónde estaban ellos vigilando por su seguridad, pero se sentía cómoda y arropada en aquel lugar, tanto por saber que cerca estaban sus compañeros como porque Juanjo no le pondría una mano encima jamás sin su permiso. Esa última premisa la había aprendido por sí sola. El chico la respetaría y esperaría a que ella diese el primer paso.

«Nunca antes había estado en una situación como esta. Un chico que estuviese en disposición de tomar el control y no lo hiciera. Estoy aquí a solas, le he dado todas las señales y él permanece a la espera. Quizás no sea Jon Bon Jovi, pero empieza a parecérsele por su respeto hacia mí; quizás si se suelta el cabello de esa coleta que siempre lleva…».

África le dijo al chico que no era necesario que la llevase más allá de la plaza del pueblo, este le preguntó dónde se habían hospedado y ella le dijo la verdad, en el pueblo de al lado. Juan José se disculpó en nombre de su padre por haberles echado del hotel, ella le quitó importancia. Eran las ocho y media y África caminó hacia la calle en la que ella misma había aparcado horas antes, allí, aunque unos metros más abajo, encontró el coche, dentro estaban Moretti y Esther esperando.

—¿Cómo te ha ido? Os hemos estado vigilando desde la distancia en el lugar al que habéis ido, pero no hemos visto gran cosa.

—El chico le tiene un miedo terrible a su padre, como ya imaginábamos, más aún su hermana. Le he propuesto que lo denuncie, pero costará que lo haga y que reciba el apoyo de ella.

—¿Y sobre el caso?

África miró a Esther, estaban ya dentro del coche y con la agente al volante, pero no había encendido el motor.

—Pensaba que esto era igual o más importante que el caso.

—Tienes razón, lo siento; a veces me cuesta comprender el dolor de los demás. La pareja que fue asesinada en el hotel ya no puede sufrir más, pero esos dos chicos están viviendo una pesadilla.

—Me dijo que vio a su padre en las grabaciones de la cámara de vigilancia del vestíbulo, que a la hora de los crímenes corría nervioso. Me dará las grabaciones mañana, o lo intentará.

—Eso es un avance, tendremos la posibilidad de detener a Jacinto y llevarlo a comisaría para interrogarlo formalmente.

—No tan rápido, Esther. Que nos den las grabaciones justificará que lo interroguemos, pero no serán válidas como pruebas ante un juicio; en primer lugar, porque no se le verá cometiendo el crimen, y en segundo, porque esas grabaciones no se tendrán en cuenta en un juicio al haberlas aportado un empleado y no el gerente del establecimiento. Y redundo en que no demuestran nada, salvo que Jacinto nos mintió con su coartada. Ni siquiera puede considerarse un indicio. Regresemos al hostal, a ver si encontramos por aquel pueblo un sitio donde cenar.

África obedeció encendiendo el motor y saliendo del lugar, por el camino se preguntó si sus compañeros, mientras la vigilaban por su seguridad, la habían visto darle un beso a Juan José en los labios. Fue un beso corto, casi inocente, y lo hizo sin ninguna intención de seguir teniéndolo a su lado como colaborador en el caso; simplemente le apeteció hacerlo, nunca un chico la había tratado con tanto respeto.

Juan José llegó a su casa a las nueve menos veinte, dentro se encontró a su hermana en mitad del pasillo de la entrada, tenía un semblante que ya había visto muchas veces antes, por desgracia para ambos.

—Vete, corre —le susurró ella, muy asustada.

Él no tuvo que preguntar, sabía lo que llegaría a continuación. ¿Qué hacer? ¿Lo de siempre? Ahora tenía una nueva salida, tenía agallas, así las sentía brotando desde su estómago, el mismo que su padre había pateado el día anterior.

—Te quiero, volveré a por ti, te lo prometo —le dijo a su hermana antes de darse media vuelta y marcharse.

Salió del hogar y entró de nuevo en el coche, condujo hasta la salida del pueblo con un temblor de manos que no era capaz de controlar, solo pensaba en qué hacer a continuación. Tendría que volver a por ropa y otros enseres, eso ya lo haría al día siguiente si su padre estaba trabajando en el hotel. Tenía unos pocos miles de euros en su cuenta corriente, escasos para afrontar una vida nueva y sin tener ingresos en el futuro. También tenía hambre y debía buscar un restaurante o bar donde saciarse, pero no era capaz de moverse de allí, justo aparcado en el arcén y al lado del cartel que anunciaba que estaba abandonando el término municipal de La Acebeda. Si conducía un metro más, ya habría ido más lejos que nunca en su vida.

Psicólogo

Esther volvió a despertar antes de que sonase el despertador, había soñado con un verano en el que había ido a un pueblo playero de Cádiz toda su familia, ella tendría unos doce años y pasaron quince días de ensueño en el sur, aunque el primer día se quemaron todos, sus padres, sus hermanos y ella, y pasaron una mala noche entre dolores y apestando a crema *aftersun*. Luego, dos días más tarde, un chico de su edad recién llegado al hotel le había sonreído al cruzarse con ella en la piscina; el adolescente se acercó en más ocasiones y, tras corresponderse con miradas tímidas, hablaron al margen de oídos indiscretos. Se dieron varios besos a escondidas tras contarse sus vidas. Fue el primer amor de la chica y nunca más volvió a verlo, una pena que no se pasaran los números de teléfono ni que la familia Gallardo volviese a veranear en el mismo lugar.

Mientras mantenía el ritual de cada mañana en el cuarto de baño, se preguntó qué habría sido del chico, cómo sería su vida ahora, qué aspecto tendría, seguro que ya no tan delgado y con el cabello tan largo; quizás fuese contable, estuviese calvo y casado con una compañera de universidad o de instituto. Seguro que él se había olvidado de ella. Pero Esther no podía olvidar nada, por suerte algunas veces, y otras por desgracia.

Moretti entró en el baño.

—Supongo que no te molesto, tampoco puedo verte, sea lo que sea que estás haciendo.

—Bueno, son aguas menores; si fuese algo más ya lo habrías olido.

—¡Ja, ja, ja! No sé si tener miedo de esa confianza que ya ha llegado entre nosotros, ¿no se rompe la magia con esos detalles?

—Depende de lo que sea mágico para cada uno.

—La respuesta que esperaba de ti.

—Soy un libro abierto para ti, aunque yo aún ni me conozco.

—Ya te digo yo que eres adorable y que no me asusta escuchar el ruido que haces al orinar.

—Vale, pero no lo digas, que me da algo de vergüenza.

—¿Te apetece un desayuno imponente en el mismo bar de anoche?

—No te voy a decir que no.

—Luego me ayudas a elegir la ropa que ponerme, no quisiera estar mezclando negro con azul marino.

Ella sonrió.

África iba a llamar a su puerta cuando ellos salieron.

—¡Guau! ¡Qué coordinación hemos tenido!

—¿Has dormido bien?

—Sí, ¿y vosotros?

—He soñado con el primer chico que me besó, tenía yo doce años.

—Eso es bonito —murmuró África. Moretti hizo una mueca de «¿le cuentas eso a ella y a mí no?».

Salían por la puerta del hostal cuando lo vieron aparcado enfrente, África y Esther reconocieron el Renault Clio blanco. Una vez se acercaron, comprobaron que estaba Juan José dormido en el asiento del conductor. Golpearon la ventanilla hasta que el chico se despertó y los miró asustado. Él giró la llave para activar la batería y bajó la ventanilla. No dijo nada, solo los miraba.

—¿Qué haces aquí? ¿Has pasado la noche en el coche? —preguntó África.

—No sabía a dónde ir —balbució por toda respuesta él.

—¿Qué ha pasado?

—Mi padre…

—Vamos a desayunar —puso fin a la conversación Moretti—. Vente, estás invitado.

El chico se bajó del coche completamente entumecido, tuvo que estirarse durante unos segundos para poder caminar con soltura al lado de los investigadores. Se sentía algo avergonzado, pero también feliz de volver a ver a África y de tenerla caminando a su lado; también seguro al lado de los policías. Pasearon hacia el bar. Una vez dentro:

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no llamaste al hostal para que te abriesen la puerta y venir a contarnos lo sucedido?

—La puerta estaba cerrada con llave; llegué sobre la una de la madrugada y no quería despertar a nadie. Mi padre me esperaba en casa cuando llegué ayer por la tarde, pero decidí irme, no quería volver a lo mismo, a esa casa, al hotel, a las palizas. —Se mostraba muy nervioso y avergonzado.

El camarero les tomó nota unos segundos después y se marchó a preparar los desayunos.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, pero no quiero regresar.

—Vamos a cursar esa denuncia de maltrato en cuanto acabemos de desayunar, ¿te parece bien?

—Supongo, no sé.

—¿En qué piensas?

—En mi hermana, no quiero que mi padre lo pague con ella; se ha quedado sola en casa… y en el hotel.

—Tendremos que hablar con ella, os ayudaremos a los dos, te lo prometo.

—No tengo a dónde ir, ahora no tengo trabajo y los ahorros son pocos, pero quiero salir de esto, estoy decidido y haré lo que sea.

—Bien, te quedarás en el hostal con nosotros —dijo Moretti—. Yo me encargo del importe de la habitación y demás gastos, no hay problema en ello. También te ayudaré, te ayudaremos en el futuro. ¿Nos ayudarás a cambio para resolver lo que ha ocurrido en el hotel?

—No sé cómo… Bueno, cuando mi padre no esté allí, puedo ir y sacar las grabaciones de la cámara.

—Eso está bien, te lo agradecemos, pero también necesitamos que indagues con la Guardia Civil, con tu hermana y con el jardinero.

—Lo haré, lo prometo.

Esther lo miraba durante la conversación, el chico le provocaba ternura y algo de lástima. También observó cómo África sentía algo más, sus ojos esgrimían cariño.

«Cuidado, compañera, te estás implicando demasiado en un caso. Aunque yo no sea la más indicada para decírtelo, pues me impliqué con un compañero de trabajo hasta el punto de convertirlo en mi pareja, por no hablar de Nacho, aún no estoy preparada para hablar de él ni siquiera con Hugo o mi hermana».

Terminaron de desayunar y fueron a la habitación del hostal que ocupaban Esther y Moretti, la más grande, después de contratar otra individual para el chico.

El ciego comenzó a exponer los hechos:

—Tenemos un caso que resolver y no me creo que se trate de un homicida fantasma. Alguien o varias personas de ese pueblo o los alrededores lleva cincuenta años matando a los huéspedes de la habitación diecisiete. Debemos resolver esto antes de volver a nuestras vidas. Luego, Juan José, meteremos en la cárcel a tu padre por lo que os ha hecho a ti y a tu hermana, te lo garantizo.

—Temo por ella.

—¿Has podido llamarla durante la noche?

—No tenemos teléfono móvil, nuestro padre nos ha dicho siempre que era una cosa absurda e innecesaria; solo el teléfono fijo de siempre en casa, pero Elena estará en el hotel con padre, ahora ellos son los únicos que pueden encargarse de la gestión.

—Pues hay que dar con ella. Esther, ve al hotel y búscala, consigue que te cuente lo que sepa sobre lo ocurrido con su padre, tanto del caso como de la cuenta pendiente que tenga el tipo con Juan José. África, quiero que estés pendiente de lo que llegue por correo electrónico sobre las entrevistas de los familiares y conocidos de las víctimas, seguro que ya están en el sistema interno de la comisaría. Redacta luego un informe y envíaselo al comisario con los avances. Yo llamaré a Simón para darle la poca información que tenemos y decirle que tu informe le llegará a lo largo del día. Esther, te recuerdo que el retrato robot del falso padre Damián tenemos que hacerlo ya, así lo mostraremos por el pueblo y los alrededores.

—¿Y qué hago yo? —preguntó el chico en lo que no era más de un susurro.

—Tú danos las grabaciones de la cámara de vigilancia y trata de localizar al jardinero. Los jardines del hotel son grandes, pero seguro que puedes hacerlo y preguntarle algo sobre lo sucedido sin que te descubra tu padre. Ese anciano lleva allí más tiempo que nadie y tiene que saber algo. Usa la confianza que tienes con él para sonsacarle lo que sea que sepa o haya visto.

—De acuerdo.

—¿Lo harás? —preguntó África.

—Claro —respondió Juanjo con firmeza.

—No quiero que te arriesgues demasiado, que tu padre te vea.

—Sabré cuidarme —dijo con orgullo y mostrando fortaleza para impresionarla.

—Bien, pues todos sabemos lo que tenemos que hacer y vamos a ello —finalizó Moretti la conversación.

El exinspector se quedó en el hostal con África. Esther se llevó el coche y condujo hacia el hotel, dejando a Juan José a medio kilómetro de distancia para que se acercase a los jardines sin ser visto.

Gallardo aparcó frente a la fachada, como dos días antes, y entró en el lugar con decisión. En la recepción estaba Jacinto, aunque no se dio cuenta de la llegada de la subinspectora hasta que la tuvo justo delante, parecía absorto en el ordenador.

—¿Otra vez aquí?

—Las veces que hagan falta. ¿Dónde está su hija? Quiero hablar con ella.

—No es bienvenida aquí.

Esther le puso la placa a dos centímetros de su cara.

—Policía nacional, estoy investigando un caso oficial de asesinato. Dígame dónde está su hija o acompáñeme esposado y detenido a la comisaría por obstaculizar mi trabajo. Por favor, elija la segunda opción, estaré encantada de detenerlo y de interrogarlo por mucho más de lo que se imagina ahora.

El tipo cambió su semblante de repente, aunque la ira permanecía en sus ojos.

—Elena está en la cafetería, como siempre.

—Gracias. No se mueva de aquí, quizás tenga que hablar con usted en unos minutos.

Esther fue al lugar en el que había desayunado y cenado los días anteriores y decidió entrar tras la barra del lugar, llegando hasta la cocina, donde se encontró a la chica limpiando, esta mostró un gesto de sorpresa aderezado con un ojo morado que antes no estaba en su rostro.

—¿Cómo…?

—¿Te ha hecho eso tu padre? No respondas, está claro que es así.

—Bueno, él…

—No digas nada, acompáñame. —La tomó del brazo y la sacó del lugar casi a empujones para volver a la recepción, allí seguía el padre y gerente del negocio.

—Voy a entrevistarme con su hija en el coche, no se marche del establecimiento, ¿me ha oído? —El tono de voz seco y firme hizo que Jacinto solo pudiese agachar la cabeza.

Una vez dentro del coche:

—Elena, vamos a dejar esta pantomima, quiero que me digas que tu padre te maltrata, como lo hace con tu hermano. Quiero que ayudes a Juan José en la denuncia que pondrá y que salgáis de esta mierda de vida en la que vivís desde hace ya demasiado tiempo.

—No quiero… —La chica comenzó a llorar.

—No quieres ser señalada por los habitantes del pueblo, no quieres sentir que atacas a tu propia familia, no quieres defraudar a tu difunta madre y al resto de antepasados. Sé cómo funciona la vida en estos sitios, pero normalizar algo no lo convierte en positivo, en algo bonito. Que algo se haga y se vea como normal, no hace que sea bueno. Tu padre os maltrata, lleváis toda la vida normalizando eso, pero es un delito. Sabes lo que le ocurrirá a tu hermano si regresa a casa. ¿Quieres que eso suceda?

Tardó unos eternos segundos en responder, aún lloraba.

—No, mi padre lo matará a golpes.

—Pues, entonces, ayúdame a frenarlo. Quiero que pague por el daño que os ha hecho, por el daño que os está haciendo. Ayúdame a ayudaros y que no se repitan esos golpes.

Se limpió la nariz antes de responder:

—Está bien, te diré lo que quieras saber.

—Solo quiero que testifiques junto a tu hermano en un juicio contra tu padre. También, aunque eso sea secundario, que me ayudes en este caso. ¿Qué sabes de los crímenes del hotel?

La chica miró a Esther con un semblante nuevo.

—Yo no sé nada sobre eso.

—Deja de mentir, detecto cuando lo haces. Tal vez no sepas quién es el asesino o los asesinos, sé que no viste nada porque estabas en casa con tu hermano, pero también sé que puedes contarme lo que hizo tu padre o lo que hayas oído luego en el hotel.

—Es cierto que he oído algunas conversaciones de mi padre con los guardiaciviles, también lo he comentado con Eusebio, pero no sé nada, de verdad.

—¿Estaba tu padre con vosotros en casa cuando todo sucedió?

La chica desvió la mirada.

—Te lo ha dicho Juanjo, ¿verdad?

—¿Es cierto?

—Has dicho que me ayudarías.

—Así es.

—Mi padre estuvo aquí, sí, estaba en el hotel cuando mataron a esa pareja.

—¿Crees que pudo hacerlo él?

—No lo sé.

—Es capaz de pegar a sus hijos, no me extrañaría que pudiera llegar más lejos con otros.

—Nunca se ha peleado con nadie del pueblo, salvo algunas voces o insultos cuando ha tenido desavenencias, algo normal, ¿no?

—Una nunca conoce del todo a las personas que tiene a su lado.

La chica no objetó nada a ese comentario.

—Tu hermano huyó ayer por la tarde de vuestra casa, ¿por qué lo hizo? Tu padre iba a pegarle, ¿verdad? Estaba furioso.

—Se enfada cuando no hacemos lo que él espera que hagamos.

—¿Lo habría matado a golpes? ¿Es posible? Ya me has dicho que sí antes. Lo sientes capaz de matar.

—Se enfada y pierde el control, pero no lo veo con un cuchillo matando a huéspedes que no conoce.

—Pero sí a tu hermano por lo de anoche… Elena, si aparto a tu padre para entrevistarlo, ¿puedes sacar las grabaciones de la cámara de seguridad del vestíbulo de ese día?

—Bueno, esas cosas las lleva mejor mi hermano, pero creo que sé dónde está el disco duro.

—¿Lo harás? Sería de mucha ayuda.

—La Guardia Civil ya se habrá llevado una copia.

—Pero no nos la han enviado, así que nos vendría bien tener el original. ¿Te ves capaz de hacerlo?

—Mi padre se dará cuenta…

—¿No hay otro disco duro para poner en su lugar o para hacer una copia?

—No sé como hacer esa copia.

—Comprendo; no quiero meterte en un aprieto, aunque considero que permanecer al lado de tu padre no es lo adecuado, no es seguro para ti. Mírate, tienes el ojo fatal.

Ella se tapó la mitad de la cara con la mano y rompió a llorar más fuerte aún.

—¿Te duele? ¿Quieres que te lleve al hospital?

—No, no hace falta. Voy a la recepción, intenta entretener a mi padre todo lo que puedas porque no sé cómo voy a darte ese disco duro y necesito mucho tiempo, todo el que puedas darme.

—Claro, eso está hecho.

Jacinto acompañó a Esther a regañadientes, el mismo malestar que mostró una vez estuvieron dentro del vehículo. Antes había lanzado una mirada asesina a su hija, aunque esta se limitó a mirar el suelo al cruzarse con él.

—Y bien, señor Benavides, ¿tiene algo nuevo que contarme sobre el doble asesinato ocurrido en su establecimiento?

—Ya he dicho todo lo que sabía, a ustedes y a la guardia civil.

—¿Sí? ¿Ha dicho todo lo que sabe?

—¿A qué viene eso?

—Usted dijo que se marchó a casa temprano con sus hijos, pero eso no es cierto, se quedó en el hotel hasta ya pasado el amanecer, eso aparece en la cámara de vigilancia del vestíbulo que nos ha enviado la guardia civil. ¿Tiene algo que añadir a su anterior declaración?

El sonido de sus dientes al apretar la mandíbula se asemejaba a una sierra mecánica arañando el metal. Jacinto irradiaba ira; seguro que pensaba que los guardiaciviles no lo habían traicionado, sino sus hijos, siempre eran sus hijos los culpables de que todo no saliese como él deseaba.

—¿No tiene nada que añadir? ¿Qué hizo esa noche?

—Las cosas que hay que hacer.

—¿Matar a dos personas?

—¡No!

—Entonces, ilústreme.

Esther miraba su reloj de pulsera disimuladamente, necesitaba darle tiempo a Elena y solo habían pasado dos minutos.

—Cuadrar las cuentas, asegurarme de que todo está en su sitio y limpio para el día siguiente, reponer la ropa de las habitaciones que los chicos no hubieran arreglado, cerrar las puertas…

—¿Reponer la ropa de las habitaciones? No había más huéspedes, estamos en temporada baja y no tienen reservas, ¿para qué tanto empeño en hacer eso?

—Pueden aparecer huéspedes de última hora, turistas que pasan por la zona y quieren pasar la noche aquí.

—Pero basta con dejar una o dos habitaciones listas, no es necesario estar horas preparándolas todas.

—Quién sabe, quizás quieran un número de habitación en concreto por superstición o simpatía, no sería la primera vez.

—¿No cree que, siendo turistas que llegan tan tarde y cansados, se conformarían con la habitación que estuviese disponible?

—Usted no trabaja en esto, no comprende cómo funciona.

—No trabajo en esto, tiene razón, pero sé que alguien no corre alarmado por el hotel, como lo hizo usted esa noche, cuando puede hacer las mismas tareas con tranquilidad. ¿Por qué aparece tan asustado en las grabaciones?

Jacinto miró a Esther con ira, la misma que parecía adosada a su semblante desde la primera vez que ella lo vio, una ira que se intensificaba considerablemente cuando se le decía lo que no deseaba oír.

—Corría porque tenía sueño y quería volver a casa a descansar. Cuanto antes terminase las tareas…

—Pero no se marchó ni tras el amanecer.

—Yo no he matado a nadie, aunque usted lo insinúa todo el tiempo.

—¿Ni ha visto al asesino?

—No.

—Alguien entró en su hotel esa noche mientras usted estaba en el edificio, mató a cuchilladas a dos huéspedes y se marchó evitando la puerta del vestíbulo y la cámara. ¿Cómo es que no vio ni oyó nada? Las víctimas gritarían ante el ataque y ser apuñaladas, ¿no se oye todo en un lugar desierto como este en mitad de la noche?

—No vi ni oí nada, no sé nada. No sé cómo puedo decírselo para que se entere de una vez.

Esther miró el reloj de nuevo, cinco minutos.

—El asesino, o ellos si son varios, ha matado en la misma habitación y de la misma forma que lleva haciéndolo desde hace cinco décadas. ¿Me está diciendo que no sabe lo que ocurre en su negocio? ¿Me dice que alguien asesina a sus clientes y usted no sabe nada? Antes que usted estuvo su padre al mando del hotel, ¿él no le habló de lo que ocurría?

—Nunca, mi padre pensaba que era un fantasma.

«Miente, toda su actuación corporal me lo dice, se pone más nervioso con esas respuestas, retuerce los dedos de sus manos, gira la cara para que no pueda verle, se retrepa en el asiento con cada mentira, como si esos engaños le provocasen picor en la espalda. Miente y sabe qué ha pasado, pero no lo quiere decir. ¿Quizás en la comisaría ante un interrogatorio de cuatro o cinco horas en las que no le dejemos ni ir a orinar y que se lo haga encima? Este tipo es duro, mucho más que los delincuentes que he conocido en los casos anteriores. Quizás no sirva de nada la presión, solo dejar pasar el tiempo y anular su fortaleza usando otros métodos. Los maltratadores aman a su familia, lo hacen a su manera, son duros con sus hijos porque creen que esos correctivos son los que necesitan para que se conviertan en “personas de provecho”. Jacinto amará a sus hijos, pero estos no piensan lo mismo; yo tampoco. Quizás pueda atacarlo por ahí. Si aparto a Jacinto de lo más valioso que él considera que tiene: la familia y el hotel, tal vez se desmorone y me diga si él es el asesino o si es alguien que conoce».

—¿Era un buen padre?

—¿Cómo dice?

—Ya lo ha oído. ¿Era su padre una buena persona?

—Claro que sí, ¿qué se ha creído?

—¿Es usted un buen padre?

Se lo pensó durante unos largos segundos.

—Intento serlo.

—Una buena respuesta, una que lo deja en buen lugar. Si es tan buen padre, ¿por qué sus hijos van a denunciarle por maltrato?

Otra vez el rechinar de los dientes y la mirada perdida.

—¿Jacinto?

Silencio.

—Jacinto, no tengo todo el día. —Miró su reloj de nuevo, diez minutos—. Sus hijos cursarán una denuncia contra usted por malos tratos y el juez lo ingresará en prisión. ¿Sabe lo que eso supone? Ellos tienen marcas de los golpes que usted les ha propinado, habrá vecinos que testifiquen también de haberlos visto con síntomas de palizas en el pasado. Usted no es un buen padre, aunque crea que lo es. ¿Necesita ayuda? Soy licenciada en Psicología y puedo recomendarle a buenos profesionales que lo ayudarán.

El tipo seguía en silencio.

—Quizás crea que su familia es lo que más le importa, pero yo le aseguro que se centra en el hotel, en el legado recibido de su padre, y que hace lo que cree que debe hacer con sus hijos para seguir manteniendo el negocio; pero se equivoca, se ha equivocado todos estos años. Déjeme que lo ayude, muestre algo de cooperación y eso se tendrá en cuenta en el futuro durante el juicio.

—A mí me educaron así, no he salido tan mal, después de todo.

—¿Está seguro? Usted da palizas a sus hijos cuando no se comportan como usted considera.

—Es un pronto, una reacción que no puedo dominar.

—¿Acaso se arrepiente cuando los ve amoratados y doloridos?

—Claro, pero pienso que lo he hecho por su bien.

—Pues ya le digo que eso es una enfermedad grave, que está usted enfermo y debe curarse. ¿No quiere curarse por ellos, por usted mismo? ¿Acaso no le importa nada más que el apellido familiar y el hotel? No responda, ya imagino que no contempla nada más valioso; eso es porque no ha comprendido todavía que su legado es su persona, lo que dejará para el resto cuando ya no esté y a base de recuerdos. Su legado no será un apellido, ni siquiera el hotel, sino la vergüenza que sentirá todo el mundo al saber que no tenía otra forma de educar a sus hijos que dándoles palizas. Su legado serán los años que esté en prisión. Piense en ello, piense sin prisas… o sí, dese prisa para que yo testifique asegurando que usted comprendió al fin su error y se arrepintió. Se arrepintió de haber sido un monstruo todos estos años.

El puñetazo en la cara le llegó por sorpresa, no pudo evitarlo, porque no lo esperaba y porque el asiento del coche no le permitía mucha movilidad para encajarlo o esquivarlo. Debió esposarlo, pero aún no lo había acusado de nada.

Esther se protegió con los codos de los golpes que llegaron después, que no tuvieron acierto. Jacinto golpeaba a la vez que trataba de salir del coche, pero el seguro estaba echado y no lograría hacerlo. Estaban ambos encerrados en el vehículo. Lanzó dos golpes más que le hicieron más daño a él que a la chica, pues le dieron en sus codos.

Esther comprendió que había llegado el momento de actuar, su rival estaba dolorido y asombrado por no poder descargar su furia sobre quien consideraba un ser inferior físicamente y, por lo tanto, débil. La chica le lanzó un directo a la nariz y un croché a la mandíbula. Jacinto reposaba ahora inconsciente en el asiento de al lado.

Elena ya no tendría que preocuparse por el tiempo invertido en sacar el disco duro o hacer una copia del mismo.

Juan José tampoco en su tarea de entrevistar al jardinero.

«Joder, esto no debió pasar. La psicología no ha servido una mierda contra este tipo, es recio como una rama seca, prefiere quebrarse a doblarse».

Ese primer y único golpe acertado de Jacinto le producía algo de dolor en la cara, aunque no había sido mucho más que una bofetada. Esposó la muñeca izquierda del tipo al volante, mientras seguía inconsciente, y se dirigió al interior del hotel para llamar a Elena.

—¿Ya estás? ¿Lo tienes?

—Creo que sí.

—Pues vámonos, pero antes hay que encontrar a tu hermano, vamos a buscarlo al jardín. Ve delante mientras hago una llamada a mi comisario.

—¿Y padre…?

—No te preocupes por eso ahora.

Juan José estaba muerto de miedo cuando entró en el recinto del hotel, aunque se tratase de la zona de los jardines y supiese cómo moverse a la perfección por allí a hurtadillas para que nadie lo viese desde las ventanas del edificio. Conocía cada parterre, cada rosal espinoso, pues se ocultaba entre ellos cuando jugaba al escondite con su madre en sus primeros recuerdos de infancia, y en los posteriores con su hermana y Eusebio; incluso, algo más mayor, se había ocultado de su padre en varias ocasiones por la zona para evitar unos golpes. Era capaz de oír dónde estaba el jardinero con precisión y dirigirse a su encuentro en el más absoluto silencio. Así lo hizo esta última vez, pues esperaba no volver a pisar ese lugar nunca más en su vida, ahora solo existían África y su deseo de escapar del pueblo para siempre.

Caminó con el máximo sigilo hasta tener al anciano a su espalda, como cuando jugaban al escondite años atrás. Lo vio ocupado podando con esmero. El jardinero estaba distraído y eso hizo que se sintiese confiado. Juan José se acercó a él como un gato, sin hacer el más mínimo ruido al caminar. Cuando lo tuvo a menos de un metro le puso la mano en el hombro, el anciano se asustó y giró sobre su cuerpo con las tijeras afiladas en las manos.

—¡Niño, qué susto me has dado! ¿Qué haces acercándote así? ¿Quieres provocarme un infarto? ¿Y qué haces aquí? Tu padre está que trina desde tu última ocurrencia, te molerá a palos si te encuentra.

Juan José acababa de llegar al margen de la carretera en el que lo había dejado Esther horas antes, y se puso a la espera de que ella regresase para llevarlo al pueblo de al lado y recopilar información. Se sorprendió al ver a su padre inconsciente y esposado en el asiento delantero cuando el coche apareció, pero no dijo nada al montarse detrás. La chica rubia le informó de que debían llevarlo a dependencia policiales para cursar una denuncia por agresión a una agente de la ley. Él siguió callado, solo asintió. Esther le volvió a preguntar si habría otra denuncia más por su parte y de su hermana, él afirmó de nuevo, tímido y con la cabeza.

Antes de llegar a su destino, al hostal en Horcajo de la Sierra, se encontraron con dos patrullas de la Policía Nacional que habían ido a por Jacinto. Lo trasladaron de vehículo ya consciente y quejándose, además de informar a los agentes de los cargos que se le imputaban al detenido.

Luego entraron en el hostal, donde estaban África y Moretti. Eran ya las cuatro y cuarto de la tarde.

—¿Cómo ha ido la misión? —preguntó África.

—Me hubiera gustado que mejor de lo que ha resultado, pero menos es nada —respondió Esther.

—Tienes la cara hinchada, ¿te has metido en una pelea?

—Olvídalo, solo fue una diferencia de pareceres.

—Nos tienes en ascuas.

—¿No hay nada por parte de la Guardia Civil, Forense o Criminalística?

—No tenemos nada nuevo, tampoco algo que sea concluyente por parte de los amigos, familia y conocidos de las víctimas, aunque eso ya lo esperábamos todos. ¿Qué tienes tú?

—Solo a un maltratador. Me ha agredido y he tenido que reducirle y luego esposarlo. Jacinto tendrá mucho en que pensar y decir en un interrogatorio, ahora parte hacia Madrid para hacerlo.

Moretti no dijo nada sobre la agresión a Esther, no iba a mostrarse más protector con ella de lo que lo haría con otro compañero, ella no lo toleraría. Solo apuntó:

—Eso puedo hacerlo yo y que sigas aquí la investigación, eres la subinspectora responsable del caso. ¿Qué has obtenido de su hija?

—Ha ratificado el maltrato y también que su padre estaba nervioso esa noche del doble crimen, que no se fue a casa, estuvo en el hotel cuando sucedió todo. Tengo el disco duro original de la cámara de vigilancia.

—Eso es fabuloso. ¿Y del jardinero?

Juan José sintió las miradas sobre él como dardos clavándose todos a la vez.

—Eusebio estaba muy nervioso, más que nunca, pero no me ha dicho nada, no sabe nada de lo ocurrido.

—Es el que lleva más años en el hotel, el que ha podido ser testigo de todos los crímenes allí ocurridos, incluso el autor. Debiste entrevistarlo tú, Esther.

—Quizás mañana lo haga.

—Que sea tu tarea principal, es importante. Busca luego al alcalde y al tendero, seguro que son los que más conocen a los lugareños y que más informados están de lo ocurrido.

—Ya está apuntado mentalmente.

Redactaron informes durante las siguientes dos horas y salieron luego a cenar algo; era muy temprano aún, ni siquiera se había puesto el sol, pero todos tenían hambre por no haber podido almorzar y decidieron aplacarla antes de seguir con las pesquisas y decisiones. Serviría el bar-restaurante de siempre, donde habían desayunado esa mañana y cenado la pasada noche.

Se sentaron ante la mesa de las veces anteriores.

—Me gustaría hablar con mi hermana —dijo Juan José, fueron sus primeras palabras desde que salió del hostal.

—Dijiste que no tenías teléfono móvil ni ella tampoco.

—Pero tenemos fijo en casa desde siempre, ya habrá llegado, o la llamaré al número de la recepción del hotel. Iré a la cabina de ahí enfrente.

—¿Tienes monedas?

—Sí.

Y se marchó ante la inquisitiva mirada de los policías. África era la que más seguía los movimientos del chico, como una madre cuidando de que no se tropezase al jugar en el parque de los columpios.

Esther la observaba detenidamente. No le había servido de mucho su psicología para entrevistar por última vez a Jacinto, pero seguía confiando en sus conocimientos y le preocupaba ese vínculo que había adquirido la agente con el chico.

—África, ¿estás bien?

La chica asintió con la cabeza, aunque sus ojos mostraban algo muy diferente.

—Sabes que Juan José es un testigo o sospechoso en un caso de asesinato, ¿verdad?

—Claro.

—Me alegro, porque tras este caso, todo quedará atrás y tendremos que centrarnos en los nuevos que nos asigne el comisario, tendremos que seguir con nuestras vidas.

—¿Qué pasará con él y con su hermana?

—África, apoyaremos su denuncia de maltrato y ellos se harán con la regencia del hotel mientras su padre cumple condena.

—No podemos dejarlos solos, son niños.

—Elena tiene nuestra edad, ambos son mayores, tienen una casa y un negocio que les permitirá seguir adelante.

—No lo veo igual.

—¿Quieres crear una ONG que los cuide y vigile? Somos policías, nuestra labor es resolver casos.

—Les hemos prometidos que los ayudaremos.

—¿Te parece poco todo lo que estamos haciendo por ellos ahora? Vamos a alejar a su padre de ellos. Vamos a alejar a su padre y las palizas y eso les dará el control del hotel.

—Eso no será suficiente, ellos quieren salir del pueblo, de esta vida.

—¿Y qué sugieres? ¿Les buscamos un empleo diferente en Madrid y los acogemos como a perritos abandonados?

Eso último lo dijo Moretti. Esther apartó la mirada, pero África seguía obcecada en su tarea de salvar a los dos hermanos.

—¿No podemos ayudarlos más allá de sacarlos del yugo de su padre?

—Dos cosas, África —dijo el ciego—. La primera ya te la ha apuntado Esther: esos dos chicos tienen una casa y un negocio del que sacar beneficios para poder vivir; la segunda es que nos encontraremos con muchos Juan José y Elena a lo largo de nuestra carrera, no podemos solucionar la vida de todos. Ya nos gustaría, pero no tenemos las herramientas necesarias para eso. Asúmelo.

—No seré capaz de mirar a la cara al chico cuando tenga que decirle eso. Le he prometido…

—Nunca prometas nada durante un caso, ni siquiera que lo podrás resolver. Yo lo he hecho unas cuantas veces y me he arrepentido siempre. No se puede prometer lo que no se está seguro de cumplir.

—Pero…

—No hay peros, aprende de lo que te digo y de lo que pasa a tu alrededor, solo eso.

La chica no dijo nada más, solo vio llegar a Juan José desde la calle.

—¿Y bien? —preguntó Esther.

—Mi hermana ya sabe lo que ha ocurrido con mi padre y se está encargando sola del hotel, me gustaría ayudarla.

—Puedes hacerlo. Tu padre ya no está en casa ni en el hotel, puedes ir con ella y ayudarla.

—¿Puedo?

—Tú decides. Te quedas con nosotros en el hostal tras la cena o vas a su lado.

—Quiero estar a su lado, espero que no os importe.

—En absoluto. Contactaremos contigo mañana al teléfono de la recepción, como ya imaginas. África te llevará allí en el coche.

Cenaron tras recibir la comanda, aunque no fueron muy sutiles las miradas entre los investigadores durante la comida.

Hugo se estaba duchando en el cuarto de baño de la habitación, África había partido dos minutos antes hacia el hotel con Juan José y Esther miraba las grabaciones del disco duro de la cámara de vigilancia cuando llegó la llamada a su teléfono móvil.

—¿Sí?

—¿Esther Gallardo?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Daniel Fonseca, teníamos una cita programada para hace media hora, pero no se ha presentado.

«Mierda, el psicólogo».

—Lo siento, estoy fuera de la capital en un caso y me olvidé de cancelar la cita.

—Creo haber entendido que usted no olvidaba nada.

—Es… es una forma de hablar. Me he centrado en el caso y en las averiguaciones que he hecho y aparté de la mente que teníamos una nueva reunión esta noche. Lamento no haber llamado para cancelarla.

—Eso no tiene importancia, creo. ¿Considera que ha hecho adelantos esta semana?

—¿Cómo dice?

—No suelo hacer esa pregunta a mis sujetos de estudio, pero usted es colega, aunque no ejerza.

—Puede llamarme paciente, no use filtros conmigo, no me voy a sentir incómoda.

—Me alegra oír eso, ya es un adelanto muy importante en el tratamiento.

—Yo me alegro más aún de que me lo diga, aunque no he visto nada especial en mi interior; quizás debería preguntar a mi compañero de trabajo y pareja sentimental, lo tengo cerca si no le importa esperar a que salga de la ducha.

—No es necesario. Le haré una serie de preguntas rápidas. ¿Ha rechazado el cariño de seres cercanos, al margen de su familia?

—No, no recuerdo que esta semana lo haya hecho.

—Seguro que recuerda si se ha mostrado feliz con su vida y pensando en el futuro.

—Es posible, sí.

—¿Ha pedido perdón cuando ha sentido que se equivocaba en el trato con alguna de esas personas?

—No me he visto en esa tesitura.

—Eso es un atraso… casi todos los días cometemos actos o decimos cosas por las que disculparnos. ¿Ha dado las gracias por lo que han hecho por usted?

—Sí, lo he hecho.

—¿Ha necesitado tener a su hermana mayor a su lado en algunos momentos para algo más que saber cómo se encontraban ella y su familia?

—No, no lo he hecho.

—¿Ha dicho lo que pensaba en el acto o ha preguntado en lugar de entrar en su monólogo interior y sacar sus propias conjeturas?

—Me estoy soltando más que nunca, se lo garantizo.

—Bien, me alegra oír eso.

—Son adelantos, ¿verdad?

—No. Me acaba de mentir en casi todas sus respuestas. Siento decirle que detecto eso, aunque ni siquiera me hace falta hacerlo. Usted padece ocho de los diez síntomas del narcisismo y no creo que haya pensado en curarse tras una sola sesión, ni tampoco avanzar tanto en la recuperación en una semana.

«Mierda. No me planteé esto cuando decidí que Hugo me pagase al mejor psicólogo del país. Este tipo es demasiado listo como para engañarlo, claro que yo también detecto las mentiras con esa facilidad, aunque no por teléfono».

—Trato de curarme…

—No lo dice en serio, no del todo. Detecto algo de arrepentimiento en sus palabras por no haber venido a la sesión, aunque también esperaba que tendría una excusa para no hacerlo; también que le gustaría curarse por sus seres queridos, especialmente por su pareja, pero no lo logrará de la noche a la mañana, como le dije en la única cita que ha tenido en persona conmigo. Queda mucho trabajo por delante, no necesito repetírselo, será algo que nos llevará meses o más de un año.

—Le prometo que no faltaré a más sesiones y que me lo tomaré en serio.

—No prometa lo que no puede cumplir.

«Eso dice siempre Moretti, incluso se lo dijo a África hace dos horas».

—Entonces, le prometo que lo intentaré.

—Me vale por ahora. Recuerde pensarse dos veces lo que responde antes de lanzarlo como promesa solemne. También le recuerdo que el mundo no la ataca, tampoco las personas que nunca lo han hecho antes, como su pareja o compañeros de trabajo, gimnasio, clientes de supermercado con los que se cruza o vecinos. El mundo es hostil, pero no se puede encarar de una forma defensiva a esos niveles o la muralla que ha edificado a su alrededor para protegerla la encerrará aún más dentro, la aislará de la sociedad. Sé que sabe de sobra lo que implicará eso.

—Que me quedaré sola, además de sentirme sola incluso rodeada de personas a las que quiero y necesito, aunque no las vea como tal.

—Su tarea es ir derribando ladrillo a ladrillo ese muro, no añadir más altura. Cada vez que no es agradecida con quienes se portan bien, añade un ladrillo. Cada vez que no se disculpa al defraudar o hacer daño a alguien, otro ladrillo más. Cuando se muestra distante hacia el cariño o ayuda, otro más. Su terapia, por ahora, es solo esa: derribar ladrillos, incluso tiene que alejarse del consejo y apoyo de su hermana como muleta para permanecer en pie; puede lograrlo por sí misma, camine por sí sola y ganará fortaleza, eso le dará seguridad en sí misma y entonces desaparecerá el miedo a lo que vaya a surgir en su vida.

—Lo recuerdo de la sesión de la semana pasada.

—Pues recuérdeselo varias veces al día como terapia para avanzar, no lo deje a un lado usando como excusa que su trabajo es más importante que su salud mental.

—Lo haré, me esforzaré.

—Eso espero, de cumplir su palabra depende que recupere el control de su vida, su valentía y su confianza en sí misma. ¿Quiere ser feliz y volver a tener ilusión por la vida y el futuro? Pues depende solo de usted. No lo haga por su pareja o su familia, hágalo por usted misma.

Tras despedirse y colgar el teléfono, Esther recuperó de la memoria una clase en la facultad de Psicología en la que un profesor llamado Emilio González dividió a los psicólogos ejercientes en dos grupos: los que cobraban unos ochenta o cien euros la sesión, dos o tres sesiones al mes, para mantener a los pacientes todo el tiempo que pudieran y así sacar dinero de ellos, sujetos a los que decir lo que querían oír, pero sin intención alguna de curarlos. El profesor decía que el noventa por ciento de los profesionales hacían esa labor éticamente muy cuestionable; también dijo que el diez por ciento restante se encargaban de curar a sus pacientes, con precios entre cuatrocientos y seiscientos euros la sesión, una por semana, pero garantizando resultados. Daniel Fonseca le cobraba a Hugo Moretti mil quinientos euros a la semana y acababa de demostrar que merecía con creces ese salario.

El ciego salió del baño y le dijo a Esther que ya podía entrar ella a ducharse.

—Hugo.

—Dime.

—Gracias por pagarme el psicólogo.

—No has ido hoy.

—Tampoco me lo has recordado.

—Esther, tú no necesitas que te recuerden…

—Lo sé, he sido yo la que ha fingido olvidarse. Solo quería darte las gracias por el esfuerzo que haces por mí y pedirte perdón por faltar a la cita, te doy mi palabra de que nunca más lo haré, ni faltar a las sesiones ni agradecerte por lo que te implicas.

La chica se levantó y fue a abrazarlo con fuerza.

Cincuenta años antes

Gustavo y Rogelio habían llegado desde Guadalajara para las fiestas del pueblo esa misma mañana, soportando un calor que no esperaban, pero que no les importó durante el viaje en autobús; el año pasado visitaron varias ferias de pueblos en Madrid y se lo pasaron de lo lindo en las verbenas, bebiendo, bromeando con los lugareños y ligando con las chicas solteras del lugar. Ahora se habían propuesto hacer todo un recorrido por la provincia, de fiesta en fiesta, de semana en semana, aprovechando el mes estival que tenían de vacaciones. Tendrían que superar lo del año anterior, así se lo habían propuesto.

Gustavo trabajaba como administrativo en una empresa de confección de zapatos y llevaba tres meses saliendo con una chica de la ciudad que servía en una gran casa como doncella. Rogelio tenía dos años más, veintisiete, se desempeñaba como operario de una máquina en una fábrica textil y estaba comprometido con su novia de toda la vida, al año siguiente llevaría un anillo de oro en el dedo anular. Sus novias habían agachado la cabeza y comprendido que ellos necesitaban su momento de distracción, de echar esa canita al aire antes de convertirse en maridos y padres; eran otros tiempos, aunque ellos no verían eso, aún no sabían que jamás regresarían a sus hogares ni tendrían otra escapada similar en el futuro.

Se pusieron sus mejores ropas antes de salir de la habitación diecisiete del hotel en La Acebeda y caminaron sin prisa hacia el centro del pueblo, eran las siete de la tarde y ya habría un buen ambiente en el lugar. Iban liándose sendos cigarrillos mientras comentaban que aquel verano debía ser inolvidable, y no solo por el calor que los hacía sudar.

Llegaron a la zona de la verbena, donde habían colocado un escenario para la orquesta, pero los músicos aún no habían hecho acto de presencia. Se pidieron unos vinos en la barra improvisada en un lateral de la plaza y observaron cómo iban llegando los lugareños y los visitantes de pueblos cercanos, como eran ellos. Analizaban de arriba abajo a las jóvenes que iban apareciendo en grupos, siempre acompañadas de chicas mayores; pero sabían que estas se marcharían con sus novios o prometidos a medida que fuese avanzando la tarde y luego la noche. Se tomaron dos rondas de vino más y se liaron otro par de cigarrillos. No había prisa. Aprovechaban para conversar con los vecinos que ya estaban a su lado haciendo lo mismo que ellos.

La orquesta llegó a las nueve, cuando Gustavo y Rogelio ya habían cruzado unas palabras más amistosas con algunos asistentes a la fiesta que se acercaron también a la barra; conversaciones triviales, cómo va la vida por el pueblo, si hay trabajo, si tienen problemas con los civiles y los grises, dónde comer rico y barato al mediodía, poco más. El caso era ocupar el tiempo para que este avanzara y apareciesen sus presas. Ya había por la plaza muchos grupos de chicas jóvenes desesperadas porque no se atrevían a pedir un refresco, o estaban esperando a que un chico de fuera las invitase para luego sacarlas a bailar. Conocían el cortejo, pero no iban a lanzarse hasta que la noche cayera oscura sobre el lugar, cuando esas niñas estuvieran ansiosas al ver que los del pueblo eran demasiado tímidos como para acercarse aún.

Cuando llegó el momento, ellos se lanzaron con cautela, observando que el grupo de chicas que habían elegido no tenían a chicos observando cerca. Sabían que una tradición sagrada en esos pueblos pequeños era la de pelearse con quienes cortejaban a las muchachas que tenían pretendientes demasiado tímidos para acercarse a ellas, pero ávidos de demostrar su dominio si los forasteros lo hacían antes que ellos. No querían acabar malheridos tras una trifulca con un grupo de diez o más adolescentes enfadados; muchos solían llevar una navaja en el bolsillo y la usaban sin pensárselo dos veces tras beber unos vasos de vino.

Decidieron esperar unos minutos más para analizar a sus futuras presas.

Y así sucedió, ya estaban ante ellos cuatro chicas de unos diecisiete años, ninguna era especialmente guapa, pero aparentaban tener cuerpos bonitos bajo las faldas largas y las camisas ceñidas. Se lanzaron en el acto y las invitaron a refrescos, ellas aceptaron con sonrisas tímidas. Unos minutos después eligieron a las dos que se mostraron más receptivas y, tras conversar con ellas y decirles que eran solteros y trabajadores en Guadalajara, decidieron bailar agarrados ante el escenario en el que la orquesta amenizaba con pasodobles. Las chicas se mostraban aún algo tímidas, no querían tener una mano más abajo de la espalda de lo que dictaba el decoro, quizás sus padres las observaban desde la distancia. Dos bailes más, un refresco más, unos susurros cálidos en sus oídos más, y ya decidieron perderse entre las calles del pueblo para buscar un rincón más íntimo donde avanzar en la conversación.

Rogelio vio cómo Gustavo le había desabotonado el sujetador a su chica y se lanzó a por la suya, con la que llevaba un largo rato besándose con lengua.

—¿Qué haces?

—Solo te quito el enganche del sujetador para seguir acariciándote la espalda, ¿acaso no te gusta?

—No sé…

—Mira a tu amiga. —Ella lo hizo, agachó luego la mirada y dijo «vale, puedes hacerlo».

Estuvieron varios minutos sobando los pechos, luego las manos pasaron bajo las faldas de las chicas. El calor del verano se sumó al que sentían ellos y ya tenían los dedos más que húmedos bajo las bragas de las chicas.

—No, no hagas eso —dijo la que estaba con Gustavo.

—¡Estate quieto! —gritó la que acompañaba a Rogelio.

—Pero si nos estamos divirtiendo. ¿No os gusta divertiros?

—No os conocemos de nada.

—Te lo he contado todo sobre mí.

—No me fío, has venido a aprovecharte.

La otra chica también se apartó de Gustavo.

—¿Sois estrechas? ¿Nunca habéis estado con chicos antes?

—Mi padre te mata si se entera que quieres hacer eso conmigo.

—Nos vamos —dijo la otra chica.

Ellos las agarraron de los brazos con fuerza, pero vieron que pasaba un grupo de personas cerca y no se arriesgaron a que las chicas gritasen y acabaran con una buena paliza encima esa primera noche de diversión programada para todo el mes.

Las dos adolescentes se escaparon de entre sus brazos para regresar a la plaza corriendo y ellos se quedaron con las ganas y un fuerte dolor de testículos en aquella calle oscura.

—Mierda, ¿qué ha pasado?

—Hemos dado con las estrechas del pueblo, hay que seguir insistiendo.

Regresaron a la plaza y repitieron el ritual, al menos el comienzo: se pidieron más vino y fumaron mientras buscaban nuevas chicas de entre todas las que habían llegado durante ese tiempo. Se acercaron para rondar a dos grupos sin éxito y se marcharon borrachos caminando hacia el hotel.

—Esto es una mierda, el año pasado fue mejor.

—Tienes razón, quizás haya que insistir mañana, tendremos más suerte.

—Líate dos cigarrillos más, yo no tengo pulso, voy a mear mientras lo haces. —Y Rogelio se apartó para orinar en el margen del camino.

—Ten cuidado, no te manches el pantalón, ja, ja, ja.

—Idiota…

—Esas chicas han pasado de nosotros, nos hacemos mayores.

—Tal vez tengas razón, ya no vale con promesas, ellas quieren algo más contundente, como un anillo. Podemos venir el año que viene con alianzas chapadas en oro, a ver si cuela.

—No digas tonterías.

—¿Viste a la chica guapa, rubia y de la camisa blanca sobre tetas enormes?

—¿De quién me hablas?

—Estaba frente a nosotros hace un rato en la plaza, llevaba un carrito con un bebé. Fue la que me follé el año pasado, la muy puta ha apartado la mirada al verme, quizás el niño sea mío.

—¡Ja, ja, ja!

—No te rías, gilipollas. ¡Joder, cómo de rápido envejecen estas zorras! El año pasado parecía una niña y aún no le habían salido las tetas.

Se oía de fondo con claridad la música de la orquesta.

—Debimos quedarnos un rato más, antes del amanecer es cuando aparecen las más desesperadas.

—Son las más feas y suelen ser estrechas, más incluso que esas dos calentorras que hemos conocido hace unas horas.

—Nunca te equivocas.

—Nunca, ya lo sabes. Por hoy, está todo el pescado vendido. Ya veremos mañana cómo sale la cosa. Vamos a dormir.

—Tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre, te jodes por no haber comprado unas almendras garrapiñadas.

El hotel apenas estaba iluminado, pero se veía a un centenar de metros al final del oscuro camino. Gustavo solo tenía sueño y le importaba poco el hambre de su amigo, ahora pensaba en que no había saciado su entrepierna. Acabar la noche haciéndose una paja no era el comienzo más idílico de las que pensaba que serían sus mejores vacaciones. Esas chicas de antes debieron ser más amables, más participativas, ya podrían haberlos contentado con una mamada o una paja para calmarlos.

Casi habían llegado al hotel y él seguía con ese pensamiento, que la noche estaba arruinada, hasta que vio a la pareja apareciendo ante ellos.

Retrato robot

Habían terminado de desayunar cuando llegó la caballería, así lo sintieron ellos, desamparados tras haber sido apartados del pueblo en el que habían ocurrido los hechos. Llegaba tarde el recurso, pero fue bienvenido al oír la frase del colaborador habitual de la división científica: «venimos de parte del comisario para ayudar».

El dibujante, David Hurtado, se sentó en la habitación que ocupaban Esther y Moretti, la subinspectora lo hizo a su lado mientras él sacaba una enorme tableta gráfica con pantalla táctil de la mochila negra. Tenía que dibujar los rasgos de ese tal padre Damián que había visto ella en el cementerio, era un dato importante, quizás una pista vital a seguir en el caso.

David era un chico de unos treinta años que se mostraba siempre participativo y entusiasta con su trabajo.

—Empieza a describirlo.

—Se trata de un anciano calvo, de unos setenta años o más —dijo ella.

—Necesito más datos, muchos más —apuntó el compañero.

—Tiene una estatura de un metro setenta, más o menos, viste con sotana.

—Olvida la estatura y la compresión corporal o la ropa que viste, céntrate en su rostro y cráneo en general.

—Óvalo facial grande, una mandíbula más ancha que la parte de arriba de la cabeza, con papada, los ojos pequeños, marrones y redondos, tiene los párpados caídos y la barbilla más fina. El labio más delgado que ese.

—Ese es solo el que aparece por defecto para dibujar y modificar sobre un patrón estándar.

El chico modificaba ese patrón estándar en la enorme tableta digital a toda prisa ante sus indicaciones. No paraba de borrar, ampliar, reducir y de añadir nuevos trazos ante cada dato que le indicaba Esther, pendiente a las correcciones que él hacía y a cómo manejaba el aparato. La cara de un anciano iba surgiendo en la pantalla poco a poco, aunque lo cierto es que las horas, importantes para resolver el caso, iban avanzando.

—Ahora más espesas las cejas, y canosas. El mentón un poco más ancho por abajo. Sé que dije que era fina la barbilla, pero no tanto. La mandíbula más recia, como la de un anciano sin papada, aunque la tenga, pero más allá, como si padeciese bocio.

—¿Así?

—Se parece, pero no es igual. ¿Te importa que maneje yo la tableta?

—¿Cómo?

—Veo cómo la usas y creo que puedo manejarla, así iremos más rápido. Hugo o África, ¿podéis pedir café y té a la recepción? Dadme unos diez minutos.

David le dio la tableta y el lápiz, ella se puso a perfilar cada pequeño detalle que tenía en su memoria eidética, como si tuviese ante ella físicamente al tipo de nuevo, e hizo en menos del tiempo estimado un dibujo que era como una fotografía del sujeto a buscar, incluyendo arrugas y la barba incipiente por no haberse afeitado esa mañana.

—Jamás he hecho un dibujo tan realista, ni siquiera en mis ratos libres, podrías comprarte una tableta como esta y hacerlo tú misma. Bueno, mejor no lo hagas o la comisaría no me llamará más y perderé un dinero extra que me viene muy bien.

Esther le dio las gracias por el halago a David e hizo una foto con su teléfono móvil a la pantalla de la tableta.

—Gracias por venir, aún no han llegado los cafés y mi té, pero tómatelo sin prisas, nosotros tenemos que salir ya para el pueblo y los de los alrededores para preguntar por el tipo.

—Creo que debemos buscar algún lugar donde imprimir esa foto que has hecho, Esther —dijo Moretti—, sé de buena tinta que es más fácil de reconocer un retrato robot si se muestra en un tamaño grande y en papel. Quizás algún vecino del pueblo tenga una impresora y nos haga el favor.

Entonces llegó el empleado del hostal con la bandeja de la comanda.

—Les dejo aquí lo que han pedido.

—Gracias —apuntó Moretti de nuevo, sacando un billete de veinte euros para el chico, que miró la propina sin reprimir la sonrisa—. Por cierto, ¿tenéis impresora en el hostal? Supongo que podréis tener alguna para emitir las facturas a los clientes.

—Así es.

—Si no te importa, tenemos una fotografía para imprimir.

—Solo imprime en blanco y negro.

—Será perfecto, gracias.

A las diez y cinco de la mañana, una vez se hubieron despedido de David Hurtado y ya con el retrato robot imprimido en papel, partieron hacia La Acebeda para preguntar casa por casa. Empezaron por la primera vivienda, la más cercana a la entrada del pueblo; se sorprendieron al comprobar que la mayoría de las casas estaban deshabitadas, pues hasta la novena no encontraron a un vecino tras la puerta.

Una anciana los atendió con amabilidad, ellos rechazaron entrar para tomar un café y le dijeron que tenían mucha prisa. Tras mostrarle el retrato del supuesto padre Damián, ella dijo no conocerlo y que ese no era el antiguo párroco del pueblo.

Tuvieron que llamar a las puertas de dos docenas de casas más, hablando con tres vecinos, hasta que, casi a las dos de la tarde, obtuvieron una respuesta que les tomó a todos por sorpresa.

—No, ese no es el padre Damián, sino Isidoro, el hermano de Eusebio.

—¿Eusebio el jardinero del hotel?

—Claro.

—¿Vive en el pueblo?

—No, aunque no sé exactamente dónde vive, pero seguro que por la zona. Es su hermano menor. Dicen desde siempre que Eusebio es hijo del padre de Jacinto, pero tuvo un hermanastro legal luego, unos cuatro años después, aunque mi memoria no es la que era y quizás sea más pequeño.

—Eusebio vive en la casa heredada por sus padres —dijo Moretti —. ¿Cómo es que no vive con su hermano? ¿Él no heredó junto a Eusebio?

—Claro que sí, pero Eusebio le pagó su parte, dicen que con el dinero ahorrado en el hotel, pero otros aseguran que Jacinto, su hermanastro, le pagó una gran suma para que se quedase con la casa y permaneciese en el pueblo sin tener que venderla.

—Ha sido usted de gran ayuda, disculpe que le pregunte de nuevo, pero en nuestro oficio… ¿Está completamente segura de lo que dice? ¿Este hombre es Isidoro, el hermano pequeño de Eusebio?

—Completamente, fuimos juntos al colegio y lo traté por el pueblo hasta que cumplimos ambos los cincuenta años, que fue cuando se marchó tras la muerte de sus padres.

Los investigadores se marcharon al coche para planificar la búsqueda de Isidoro, para eso tuvieron que llamar a la central y pedir su domicilio actual.

—Esther, ¿qué piensas de todo esto?

—Ya te lo imaginas. Ese hermano está encubriendo los pasos de Eusebio, quizás por petición de este. Ha querido convencernos de la presencia de fantasmas en el hotel y el pueblo, como el del propio párroco fallecido hace cinco años. Quizás tengamos por fin al asesino, aunque tenemos que encontrarlo, además de a ese hermano, y someterlos a ambos a interrogatorio para que confiesen los crímenes.

—Lo sé, esperemos a la dirección de Isidoro y vayamos a buscarlo.

—Esperemos que no se haya desvanecido, como el buen fantasma que interpreta.

La dirección de Isidoro llegó una hora después desde la central, ya habían almorzado y partieron hacia Robregordo, otra localidad cercana y del mismo aspecto que las de la zona. Llegaron a la vivienda registrada a nombre de Isidoro Martínez y llamaron a la puerta varias veces sin resultado.

—Quizás esté trabajando o haya ido a dar un paseo —dijo África.

—No tenemos tiempo para esperar a que llegue en tres o cuatro horas —le espetó Moretti—. Vamos a pedir una orden judicial para entrar. Encárgate, Esther.

Tardó en llegar la orden más de media hora, una eternidad, pero pudieron usar la ganzúa para entrar en la vivienda ante la mirada de asombro de los vecinos, que habían salido de sus casas en la calle para susurrar entre ellos.

Uno de los lugareños se acercó a preguntar a los policías antes de que recibiesen el permiso.

—¿Buscan a Isidoro?

—¿Usted lo conoce?

—Claro, es vecino desde hace mucho tiempo.

—¿Sabe dónde puede estar?

El tipo no dejaba de mirar a África con su uniforme de la policía.

—No lo sé, ya no trabaja, está jubilado y suele estar en casa a esta hora.

—¿Hace tiempo que no lo ve?

—Pues no lo veo desde hace un día o dos, y eso que suelo coincidir con él cada mañana cuando salgo al trabajo y él está yendo a dar su paseo de cada día.

—¿Sabe si tenía una relación cercana con su hermano?

—¿Eusebio? Habla mucho de él, está en un hotel como jardinero, ¿verdad? Sí que se tratan bien y a menudo.

—¿Isidoro tiene otra casa?

—¿Cómo dice?

—Si tiene algún inmueble además de este.

—No sé nada de eso, no hablamos de temas de dineros y demás.

—Gracias por su ayuda.

Entraron en la vivienda, tratando de no tocar nada para no contaminar la que podría ser una escena a investigar por la Científica en unas horas o días. Pudieron observar que había comida en el frigorífico y también platos y cubiertos por fregar, además de enseres que faltaban del lugar, como cepillo de dientes, dentífrico y que el armario estaba abierto, como si hubieran sacado ropa de las perchas que ahora estaban vacías.

—Se ha ido a toda prisa, se ha llevado ropa y otros enseres para huir, ha previsto que daríamos con él y se ha esfumado, quizás también Eusebio. Tenemos que ponerlo en busca y captura junto a su hermano.

Esther asintió y llamó al comisario para que cursara la orden.

Hache

Jacinto pasó mala noche, cargado de pesadillas tanto del pasado como del presente, todas implicaban a su familia y al hotel, por lo que se despertó antes del amanecer y se quedó sentado durante más de media hora en el borde de la cama con la cara entre las manos, intentando llorar, pero sin poder hacerlo.

Sintió de repente que se había acabado la vida para él, la vida que conocía, a fin de cuentas era lo mismo. Ya no tenía que organizar una casa y un negocio, dar órdenes, recibir a clientes, preocuparse por su bienestar, asegurarse de que se marchaban con una sonrisa tras la estancia, educar a sus hijos… educarlos. ¿Cómo se educa a un hijo? Eso no lo explican cuando uno recibe la noticia de su mujer de que está embarazada, tampoco cuando le ponen al bebé entre sus brazos por primera vez, menos aún cuando entierra a su mujer y debe hacerse cargo de los chicos en el futuro. Su padre lo había educado con mano dura, así se hacía de generación en generación desde que él tenía recuerdos. Teniendo él unos ocho años, llevaba la jarra de leche del desayuno familiar al comedor de la casa y se tropezó, derramando la leche y rompiendo la jarra, la paliza de su padre hizo que no volviese a pasar nunca más. Dos años después, jugando y corriendo en la casa, cayó un retrato familiar que reposaba sobre una mesita y se rompió el cristal, más de lo mismo. Así había aprendido y no le había ido mal, se había endurecido y hecho prudente, cuidadoso y respetuoso con las normas. Eso mismo había tratado de inculcar a sus dos hijos. Pero los tiempos parecían haber cambiado y ahora no se podía hacer así, ¿de qué otro modo?

Llegó la hora del desayuno, así lo pensaba cuando vio aparecer al funcionario o policía, lo que fuese, entrando sin pedir permiso en la celda y diciéndole:

—¿Ya estás despierto y vestido? Bien, tienes que venir conmigo. Voy a esposarte, más te vale no hacer una tontería.

Aunque aún sentía dolor en la cara por los golpes que le dio la policía rubia y flacucha dentro del coche, no pensaba en eso, no sentía su orgullo herido, tenía cosas más importantes en las que pensar.

Él se dejó hacer y luego conducir a través de un entramado de pasillos hacia una sala muy pequeña, menor aún que el dormitorio más menudo de su casa; en la sala solo había una mesa de metal y varias sillas del mismo material alrededor, además de una cámara de vídeo como la del vestíbulo de su hotel.

Allí estuvo mucho tiempo, ¿una hora? ¿Dos? ¿Media? No podía calcularlo. Entonces se abrió la puerta y apareció una persona que conocía, la había visto en el hotel días atrás.

—Buenos días, señor Benavides —saludó Hugo Moretti.

—Buenos días —respondió él con un casi inaudible hilo de voz.

—Sabe por qué está aquí y le han leído los derechos, ¿verdad?

—Eso creo.

—¿Eso cree? ¿Le han leído los derechos?

—Sí.

—¿Por qué motivos cree que está aquí?

—Me he propasado con mis hijos.

—Eso no lo cuestiona nadie, señor Benavides. Pero lo que ha pasado con ellos llegará más tarde, quizás en unos días o semanas. ¿Qué puede decirme de lo ocurrido en el hotel en los últimos cincuenta años?

—Ya les he dicho que no sé nada.

—Pero yo no le creo. ¿Sabe qué pienso? Que usted es el asesino o encubre al asesino, que son cómplices. —Moretti sospechaba de Eusebio tras lo investigado sobre su hermano, pero no descartaba que Jacinto estuviese metido en el asunto.

—Eso son tonterías, invenciones.

—Eso lo dice usted, señor Benavides.

—Me pone nervioso que se refiera a mí de esa forma todo el rato.

—¿Cómo me refiero a usted?

—Lo de señor Benavides, ya lo sabe, solo estamos usted y yo aquí.

—No debería ponerse nervioso si me dice la verdad, si me cuenta lo que quiero oír, tanto del caso de los dos asesinatos, y de los anteriores en el tiempo, como de lo ocurrido con sus hijos en todos estos años.

—De acuerdo, les he golpeado, les he pegado por no comportarse como yo esperaba, ¿está contento?

—En absoluto, me aterra lo que hayan pasado esos dos chicos.

—Yo lo viví cuando tenía su edad y no me ha pasado nada malo.

—¿No? ¿Acaso no es algo terrorífico que haya repetido lo que hizo su padre con usted?

—Las tradiciones…

—Deje esa mierda. Ya me ha quedado claro que fue maltratado y que hizo lo mismo con sus hijos. Eso dejémoslo al margen. Cuénteme de una vez lo que ha hecho en el hotel.

—No he matado a nadie, nunca he matado a un huésped ni a otra persona.

—Dígame cómo, entonces, han muerto los dos inquilinos de la habitación diecisiete hace unos pocos días, y cómo murieron los anteriores; además del nombre o los nombres de los que lo hicieron.

—No lo sé, se lo juro, no tengo nada que ver con eso.

Moretti se frotó el cabello con fuerza antes de proseguir.

—Su comportamiento ante la cámara de vigilancia del vestíbulo no dice lo mismo, se veía asustado.

—¿Lo vio usted?

—Muy hábil con esa pregunta. Me fío de la opinión de mis colaboradoras.

—Es una interpretación. Yo solo corría por el lugar para tenerlo todo listo.

—¿Listo para qué? Tenía el hotel vacío en ese momento, solo había una habitación ocupada, la de las víctimas. ¿Para qué tanta prisa a esas horas si sus hijos ya lo tenían todo perfecto? Usted los golpea cuando no es así, sabía que el resto de habitaciones estarían preparadas para un huésped de última hora. No insulte mi inteligencia.

—Piense lo que quiera, no voy a decirle ninguna otra cosa. Eso es lo que pasó.

—Será condenado por maltrato y también por un doble asesinato. ¿Eso no refresca su memoria o lo hace cambiar de opinión?

—Acataré lo que tenga que sucederme. —Agachó la cabeza y cerró los ojos. Moretti supo que había mucho más, que el hombre conocía todos los secretos, pero que no estaba dispuesto a decirlos, quizás nunca. ¿A quién encubría, si no era a sí mismo? ¿A Eusebio, su propio hermano?

El coche patrulla lo dejó en la puerta del hotel, justo al lado del Audi RS5 gris que solía conducir África, pero no había rastro de la agente ni de la subinspectora Esther Gallardo. El chofer-agente lo condujo hacia el vestíbulo, donde se encontró con Elena, la chica le dijo que sus compañeras estaban buscando por los jardines y hacia allá se dirigió Moretti, otra vez acompañado por el agente, porque Elena no podía descuidar su labor ante la llegada de posibles clientes.

El sol se cernía sobre el exinspector, pero no con tanta saña como para hacerle quitar la americana, no por ahora. El joven agente dijo que las veía y lo condujo hacia ellas, pero él no lo sintió en su oído hasta unos minutos más tarde.

—¡Moretti! —gritó África al verlo.

—Prefiero Hugo.

—Lo sé, es la costumbre.

—¿Qué hacéis por aquí? ¿Entrevistáis al jardinero?

—No, lo buscamos, sigue sin aparecer por ningún lado.

Hugo sintió movimiento a su lado.

—¿Juan José?

—Sí.

—¿Estás buscando también? ¿Dónde lo viste ayer?

—Por esta zona, aunque él se encargaba de todo el jardín y es muy grande. La policía Esther está unos veinte metros a su derecha.

—Gracias. Seguid buscando, aunque quizás esté en su casa.

—No está allí, lo hemos buscado hace varias horas —dijo África, eso ya lo habían planificado desde el día anterior.

—Bien, voy a preguntar a Esther.

Le hubiera gustado encontrar a la chica, pero fue ella la que le dio una voz y se acercó a él. El lugar era como un pequeño laberinto, o lo hubiera sido si los parterres tuviesen unos centímetros más de alto. Esther tomó su mano y le preguntó cómo le había ido con Jacinto en la central.

—Ese tipo es una roca, no se derrumba, al menos por ahora.

—Quizás en unos días, el aislamiento hace que uno se replantee sus ideas.

—No he sentido eso, no he percibido que fuese un preso convencional, sino un muro inexpugnable, de los que prefieren llevarse lo que llevan dentro a la tumba antes de soltarlo. Un tipo duro como no imaginas.

—Eso es triste.

—Para mí ha sido el doble de triste.

—¿Por qué lo dices?

—Porque eso solo lo he visto una vez antes, ese muro tan recio solo lo he sentido antes en ti, en esa muralla que tienes para mí y el resto de personas que no son tu familia.

—Joder, no esperaba que me dijeras eso.

—Uno tiene que decir lo que siente cuando llega, no quedárselo dentro.

—Una buena lección, para mí y para los casos en el futuro.

—Por eso te lo digo. ¿Qué tienes? ¿Te has limitado a buscar a Eusebio por el jardín?

—¿Qué más crees que he hecho?

—Repasar el caso, todos los datos, interesarte en Juan José y en Elena para sacar algo más… ¿Cuándo vas a ver al alcalde y al tendero para preguntar por el hotel y, de paso, por Isidoro y su trato con su hermano Eusebio?

—Todo eso está en mi mente, cada cosa a su debido tiempo.

—Lo esperaba. ¿Qué piensas del caso?

—¿Pensar?

—Tu intuición como policía.

—¿Ya tengo de eso?

—Esther…

—Está bien… Creo que no hay fantasma alguno, estoy segura de ello tras lo de ayer, y que esto puede ser una venganza o una locura, apuesto por lo último porque no hay relación entre las víctimas de estos cincuenta años.

—¿De quién puede venir esa locura?

—Vete a saber. La locura es algo que puede brotar sin lógica alguna. Eusebio podría decirnos mucho, pero no lo encontramos.

—Bien, vamos en la misma senda. Vete a entrevistar al alcalde y al tendero.

—¿Y qué pasa con el jardinero, con Eusebio? Tenemos que dar con él.

—Ha desaparecido de su casa y del lugar, ya lo tenemos en la primera posición de sospechosos. No podemos hacer nada más.

—Sabes que yo también desconfiaba de él desde el principio.

—Sí. Tenemos cursada una orden de busca y captura contra él y otra contra su hermano, encárgate de recibir novedades mientras vas al pueblo.

—Es lo que pensaba hacer.

Esther conducía despacio, como si se hubiera contagiado del ritmo al que vivían los lugareños de La Acebeda en los días que llevaba disfrutando de una zona que avanzaba en el tiempo a una velocidad diferente al que estaba acostumbrada. Ya había solicitado una orden de búsqueda y captura para el jardinero y su hermano, además de pedido todo lo relacionado con el caso que fuese apareciendo a la guardia civil, también llamó a su comisario en un impulso.

—¿Gallardo?

—¿Simón? Antes me llamabas Esther.

—Déjate de monsergas, ¿qué tienes?

—¿Monsergas? Eso es del siglo pasado.

—Se te está pegando la forma de hablar irreverente de Hache.

—¿Por qué lo llamáis algunos Hache?

—Es por una película, es largo de explicar.

—Tengo tiempo.

—Quizás en otro momento.

—¿Tienes miedo a su reacción?

—¿Eso crees?

—Dímelo tú.

—Vale, veo que los cojones te han crecido hasta el tamaño adecuado. Si te lo cuento, ¿me prometes que será un secreto?

—Lo intentaré.

—No me vale, a Hache le fastidia mucho oír ese apodo.

—Vale, te lo prometo.

—No tengo que preguntarte si conoces a la recepcionista Elena Castell, ¿verdad?

—No, obvio.

—Lo suponía. Cuando Hugo llegó como agente se parecía mucho a un actor español que acababa de protagonizar una película para adolescentes, quizás seas demasiado joven para conocerla.

—¿De qué me hablas?

—Eres joven, no conoces quizás la película *A tres metros sobre el cielo*.

—¿De Mario Casas?

—Exacto. Hugo era parecido al protagonista, no solo en el aspecto, también en la chulería y la forma de hablar y de tratar a los demás. Elena lo bautizó por el apodo del personaje al instante, Hache, por el nombre compartido entre ambos de Hugo. No sabes cómo le molestaba eso a Moretti, así que los demás usamos el apodo que le puso Elena para martirizarlo.

—Comprendo.

—Si le dices que te lo he dicho yo, te mandaré a controlar el tráfico, ¿entendido?

—Me ha quedado claro. Aunque no te llamaba por eso.

—¿A qué se debe el honor? Date prisa, ya he invertido demasiado tiempo en esa chorrada.

—Jacinto Benavides, está detenido por maltrato a sus hijos y por agredirme a mí. Quiero que lo interrogues.

—No tengo tiempo para eso.

—Pues sácalo de donde puedas, te necesito para el caso.

—¿En qué te basas?

—Ese tipo no se declarará culpable nunca de lo ocurrido en el hotel: pero presiento, es un sexto sentido, que encubre a alguien a quien quiere más que a sí mismo. Lo he interrogado y sé de lo que hablo, ha preferido agredirme antes que hablar. No conozco a nadie mejor que tú para exprimirlo cuando haya pasado días en el calabozo. Puedes adelantar mucho para nosotros y para el caso. Indaga en la posible relación de hermano con el principal sospechoso: Eusebio, el jardinero.

—No sabes todo lo que tengo sobre la mesa.

—Te ayudaremos a quitarte presión de trabajo como siempre hemos hecho tras este caso, lo sabes, pero invierte un momento de tu trabajo para ayudarnos.

—No sé si…

—Estoy a punto de decirle a Moretti que se parece a Mario Casas.

—Joder, eso es una puñalada por la espalda.

—Pues no me obligues a repetírtelo. Ve mañana o el viernes a interrogar a Jacinto para nosotros y saca lo que no hemos logrado Hugo y yo. Tienes más experiencia y seguro que no te has oxidado del todo, así te pones a prueba y sales de la cueva esa en la que te pasas todo el día encerrado y recordando batallitas.

—¿Recordando batallitas? ¿Ponerme a prueba? Gallardo, cómo me he equivocado contigo, eres lo que todos denominaban un error, ahora está claro que eres un acierto de esos que te dan una bofetada en la cara cuando menos te lo esperas.

—Vete a la mierda, viejo gruñón. Dame resultados mañana mismo o iré a por ti.

—Ja, ja, ja. Lo haré, pero con una condición.

—Cuál.

—Tú me sustituyes cuando me jubile.

—Ni lo pienses, dinosaurio.

Y la chica colgó.

El comisario Simón Ramos dejó el teléfono sobre la mesa mientras sonreía. «Claro que lo harás, ¿quién está más cualificado ahora? ¿Quién lo estará dentro de una década o dos?».

Esther aparcó en la puerta del ayuntamiento con el semblante frío, como si no hubiera mantenido la conversación de antes, subió los seis escalones y cruzó la puerta decidida. Se encontró con una secretaria o recepcionista.

—Disculpe, ¿a dónde va?

—Vengo a ver al alcalde.

—Está ocupado.

—No, ya no lo está. —Mostró su placa y le dijo que tenía solo veinte minutos para entrevistarse con el alcalde del pueblo, con firmeza en la voz y en la mirada. La secretaria corrió para entrar en el despacho de al lado del pequeño lugar.

—El señor Domínguez la recibirá, puede pasar por esa puerta.

—Gracias.

La subinspectora entró decidida y se encontró con un señor de unos sesenta años, de cabello canoso aunque abundante, sentado en su butaca y embutido en un traje informal de jersey marrón y pantalón beis.

—Me ha dicho mi secretaria que la policía nacional quería verme.

—Así es, me extraña que no lo esperase.

—¿Es por lo de los crímenes del hotel?

—¿Ya le ha entrevistado la guardia civil?

—Sí.

—Por eso no nos esperaba… No tenemos esos datos de la civil, tendremos que hablar con ellos y también con el fiscal para saber los motivos de que no nos hayan dado esa información a estas alturas. ¿Es usted amigo de los guardiaciviles que llevan el caso? Supongo que sí, que los conoce.

—No…

—No trate de mentirme, no le servirá de mucho, lo sabré en unos minutos tras hacer dos llamadas.

—Los guardiaciviles de la zona son los de siempre, son vecinos.

—Comprendo. Ahora responda con sinceridad a mis preguntas y me marcharé de aquí para que este momento solo sea un recuerdo que olvide rápido en su memoria.

—¿Tiene la autorización de…?

—Del comisario, del fiscal y del juez, ¿quiere ver los tres documentos? Los tengo en esta carpeta. —Y mostró una carpeta vacía que había llevado desde el hotel; originariamente, la carpeta contenía folletos sobre turismo en la zona.

—No hace falta, pregunte lo que quiera.

—¿Desde cuándo es alcalde de la localidad?

—Desde hace ocho años.

—¿Antes participaba como concejal o de otro modo en el gobierno del pueblo?

—Llevo veinte años en el edificio, empecé como administrativo.

—Bien. ¿Es vecino de La Acebeda desde hace cuánto tiempo? Le pregunto por su edad.

—Tengo cincuenta y cuatro años.

—Entonces tendría usted unos cuatro años cuando sucedió el primer crimen en la habitación diecisiete del hotel. Supongo que habrá oído hablar mucho sobre ella.

—¿Sobre el fantasma?

—¿Cree usted en fantasmas, señor alcalde?

—Uno acaba creyendo en lo que ve.

—Eso significa que ha visto al fantasma.

—No… bueno, quiero decir que no lo he visto, pero llevo toda la vida oyendo hablar de él. Mis padres, los vecinos…

—Comprendo. ¿Tiene o ha tenido buen trato con Jacinto Benavides?

—Aquí todos nos conocemos.

—No me ha respondido. ¿Era un conocido o amigo suyo?

—Todos somos amigos, en mayor o menor medida.

—En mayor o menor medida. ¿Era Jacinto un amigo o un conocido?

—Hemos hablado muchas veces, para organizar cambios en el pueblo y demás, sobre todo durante las fiestas.

—¿Eso lo convierte en amigo?

—¿Amigo? Esa es una palabra muy seria.

—¿Sabe que ha sido detenido?

—Sí.

—¿Sabe qué datos se le imputan?

—Agresión a una policía, intuyo por su ojo morado que se trata de usted, también por maltrato a sus hijos.

—¿Conocía el caso? ¿Sabía algo sobre los hechos que se le imputan en relación con sus hijos?

—Yo… bueno… He oído hablar de cómo trataba a Elena y al chico, pero solo eran habladurías del pueblo, cosas que se dicen.

—¿Nunca tuvo el impulso de presentar una denuncia en la Policía Local o en la Guardia Civil para que investigasen sobre ello?

—Son cosas que ocurren, tampoco tenía pruebas. Oiga, pensaba que iba a preguntarme sobre los crímenes en el hotel.

—Quizás ambos sucesos guarden relación. Dígame todo lo que sabe sobre el hotel desde que tiene memoria de ello.

—Es un pulmón de economía para el lugar, aunque cada año llegan menos turistas. En agosto, durante las fiestas, la cosa cambia. Jacinto lleva el negocio con sus hijos, también con el viejo, Eusebio, que lleva toda la vida allí. Nunca hemos tenido quejas en el consistorio.

—Salvo los crímenes que se llevan sucediendo cincuenta años, no lo olvide.

—El fantasma.

—Otra vez menciona a un ente que nadie ha visto.

—Eso dicen todos los vecinos.

—Parece que tenemos que creer que todo es algo que sucede por obra de Dios o del diablo.

—Yo no he dicho eso.

—¿Qué dice usted?

—Si le digo la verdad, no tengo opinión al respecto.

—Es algo frecuente en los políticos… Para eso sirven las supersticiones y las habladurías. Si se le da una explicación fácil a un suceso, aunque sea una respuesta absurda o inverosímil, ya no hay que quebrarse la cabeza buscando la solución real. Entiendo que esto pasase hace cincuenta años, pero pensar que un crimen, o varios, los ha cometido un fantasma solo porque no se ha visto o encontrado al autor, me parece de risa.

—¿Le provocamos risa los de pueblo? ¿Somos paletos pueblerinos de los que reírse cuando uno viene de una gran ciudad?

—No juegue conmigo a eso, no le servirá de nada, no tiene la más mínima posibilidad de vencer. Como alcalde, debería presionar a los investigadores para que solucionen el entuerto, pero apuesto a que no lo ha hecho, tampoco nos ha llamado a nosotros y estoy segura de que conoce nuestra presencia y labor desde el mismo instante en que llegamos aquí.

—He estado muy liado con los temas de…

—Disculpe que le interrumpa, tampoco quiero entrar en la misma dinámica una y otra vez para que usted vuelva a indignarse por considerar que los considero paletos, pero este pueblo es demasiado pequeño como para que un alcalde esté tan sobrepasado de trabajo que le impida llamar por teléfono a la policía para saber cómo va un suceso grave que ha ocurrido en su término municipal.

—Pensé que sería como antes, como en las veces anteriores, tres o cuatro días rebuscando por el lugar, haciendo preguntas a la gente y luego abandonando el pueblo tras decir que todo era obra de un fantasma.

«Vuelve una y otra vez al fantasma, a este tipo le gusta la idea, incluso parece disfrutar al nombrarlo, como si quisiera esa publicidad para atraer turismo de friquis obsesionados con esos temas. No en vano he visto por las calles del pueblo a dos furgonetas de informativos de televisión».

—¿Le gusta la idea de que sea un fantasma el asesino?

—¿Cómo dice?

—Ha llegado la televisión al pueblo, eso es una publicidad muy buena. ¿Sabe quién la ha llamado? No hemos sido nosotros. ¿Un vecino, la Guardia Civil o usted? Me bastará un acuerdo de dos minutos con esos periodistas, ofreciéndoles datos a cambio del nombre de su informante, para que me saquen de la duda.

El alcalde tragó saliva con dificultad antes de responder:

—He sido yo, lo reconozco.

—Buena publicidad para el pueblo, nunca está de más.

—¿Es un delito?

—El caso no está bajo secreto de sumario, así que no lo es, pero se trata de una imprudencia porque pueden ralentizar nuestro trabajo. Espero que se dé su baño de gloria ante las cámaras y que el pueblo tenga más ingresos y turistas, pero me parece de poca ética moral por su parte que haya tenido tiempo para llamarles a ellos y no a nosotros para ver cómo transcurría la investigación.

—Pero yo…

—Eso es todo, no quiero interrumpirle en sus tareas tan importantes. Buenos días.

Precisamente se cruzó Esther con un equipo de reporteros que llegaban a la puerta del ayuntamiento, nadie se acercó a molestarla, no llevaba el uniforme y aún no la habían señalado como investigadora, pero no tardaría mucho en suceder la pesadilla de soportarlos.

Caminó a lo largo de tres calles y entró en el colmado, un señor de unos sesenta años estaba tras la caja cobrando a una cliente y había otra a la espera.

—¿Señor Francisco García?

—Mejor Paco, deme un segundo.

—Me temo que no dispongo de tanto tiempo, señor García. —El aludido la miró haciendo una pausa en su labor—. Policía nacional, ¿tiene algún empleado que se haga cargo de la caja durante unos minutos?

—Mi chico, ahora mismo le doy una voz. —Y fue literal, pues gritó el nombre de su hijo a viva voz; apareció un señor de unos cuarenta años, gordo y calvo que no era lo que esperaba Esther tras haber oído el término «mi chico».

Entraron en una sala muy pequeña y abarrotada de muebles y electrodomésticos para convertirla en una cocina y comedor improvisados, había dos sillas viejas al lado de una mesa, con un microondas y una cafetera sobre ella, un oxidado frigorífico del siglo pasado a su espalda y dos puertas abiertas, tras la de la derecha se veía el almacén para reponer víveres en la tienda, tras la de la izquierda había un inodoro sin tapa y un lavabo tan pequeño como un balón de fútbol, ambos sucios como Esther nunca había visto en su vida. El hedor a comida recalentada y ya podrida lo inundaba todo.

—Siéntese.

—Estoy bien de pie, gracias.

—¿Qué desea saber? ¿Va a preguntarme por lo del hotel?

—¿Acaso sabe algo?

—Todos dicen que el fantasma ha vuelto, que es alguien atormentado que murió allí y que mata a quienes perturban su paz.

—Lo imagino, es una historia buena para llevar al cine o a una novela. Eso es lo que piensa todo el mundo por la zona, como usted ha descrito, pero ¿qué piensa realmente?

—A mí no me importan mucho las cosas que suceden y no me afectan, eso lo aprendí de mi padre. Bastante tiene uno con sus propias preocupaciones.

—Pero se habrá hecho una idea de lo que ha estado pasando estos cincuenta años.

—Creo que algún loco mata por algún motivo que solo él conoce.

«Por fin alguien con cordura en el pueblo, aunque no tenga el mismo sentido por la higiene. No pienso comprar nada aquí tras haber visto este espacio y el cuarto de baño».

—Me han dicho varios de sus vecinos que su establecimiento es el centro de conversaciones y cotilleos del pueblo, así que habrá oído las tertulias, incluso participado en ellas sobre el tema. ¿Qué opinan esos vecinos? Supongo que cada uno tiene su propia opinión.

—Hay de todo, aunque la mayoría sigue pensando que se trata de un fantasma. Los sitios pequeños como este… Aquí hay todo tipo de habladurías, aunque casi todas son absurdas.

—¿Podría recordar las que tratan sobre el hotel o la familia de Jacinto Benavides?

—¡Uf! Eso me llevaría un rato… aquí hay cotilleos sobre todas las personas del pueblo.

—Inténtelo, por favor.

El hombre, que había legado la calvicie y la obesidad a su hijo, se frotó la barriga mientras parecía esforzarse en recordarlo todo o casi todo al mirar la pared de azulejos blancos y sucios que tenía ante él.

—Del hotel siempre se ha dicho que estaba maldito, incluso que había cadáveres enterrados en los jardines, quizás por el aspecto y trato huraño del padre de Jacinto y de este después. Sus hijos son tan distantes… no se han relacionado nunca con otros chicos de su edad y eso ha hecho creer a los vecinos que se convertirían en más de lo mismo; después de todo, Jacinto era igual que su hijo a la edad de Juan José.

—Es posible que eso fuese por el maltrato constante al que han sido sometidos, tanto Jacinto primero como sus hijos después. ¿Por qué nadie del pueblo denunció esos malos tratos?

—¿Está de broma? Esto es como una familia, el pueblo entero es una piña, una denuncia significaría que todos señalasen al denunciante y este tuviera que marcharse ante el rechazo de los demás y verse señalado o atacado.

—¡Qué barbaridad!

—Ojalá esto fuese como en las grandes ciudades, ahora tan modernas con las cosas que dice la televisión, pero no lo es y tenemos que amoldarnos a las costumbres.

—Qué locura, las costumbres… —se le escapó a Esther en un murmullo incontenible, aunque llevaba días oyendo lo mismo y debería haberse acostumbrado—. ¿Conoce bien a Jacinto?

—Desde hace cinco o seis años, son sus hijos los que hacen la compra para la casa y el hotel, así que no lo veo ni hablo con él desde hace mucho.

—¿Alguna habladuría sobre él?

—Las mismas que con el resto, igual que con su padre, que decían todos que había tenido un hijo ilegítimo antes de casarse, siendo adolescente aún.

—Comprendo —Esther ya sabía sobre ese posible parentesco del jardinero—. ¿Qué me dice de Eusebio?

—Ese carcamal se queja todo el rato, pero es más fuerte que nadie y nos enterrará a todos. Es majo, aunque habla poco.

—¿Alguna vez lo oyó hablar de los asesinatos con usted u otro vecino?

—No lo recuerdo, aunque no lo creo, ya le digo que apenas hablaba, lo justo para saludar.

—¿Lo ha visto en las últimas horas?

—No, ¿por qué?

—Eso no importa. ¿Sabe si tiene amigos o familiares en el pueblo o en los alrededores?

—Un hermano, Isidoro, creo que vive en un pueblo cercano. Y no tiene primos, tampoco le conozco amigos, ya que lleva toda la vida dedicada al hotel.

—Entonces, no sabe dónde podría ir si no estuviese en su casa o en el hotel.

—¿Eusebio ha desaparecido? —El hombre estaba sorprendido.

—No he dicho eso, solo le hablo de la posibilidad.

—¿Es sospechoso? ¿Creen que es el asesino?

—Oiga, no se monte historias en la mente. ¿Acaso piensa que podría ser el asesino del hotel?

—A saber, siempre dicen que nadie se esperaba que este vecino o aquel fuese un asesino en la tele.

—Está bien, la conversación ha finalizado, dejaré que siga con su trabajo. Tenga mi tarjeta y llámeme si oye algo con credibilidad entre los vecinos.

Esther se atusó el cabello, más bien cambió el largo flequillo de la derecha a la izquierda al salir del colmado y respirar aire fresco. No tenía nada, no había conseguido más que habladurías como las que contaban los ancianos y el alcalde que había entrevistado antes. Al menos había salido del lugar en el que el hedor a comida podrida quedaba atrás.

Llegó al hostal para reunirse con sus compañeros antes de partir a cenar.

—¿Habéis encontrado a Eusebio?

—No —respondió África a Esther. Juan José estaba sentado a su lado, ya había regresado de ayudar a su hermana. Moretti estaba en el baño en ese momento.

—Yo no he obtenido nada del alcalde ni del propietario del supermercado, solo habladurías, cotilleos y supersticiones. Por cierto, la prensa ha llegado y nos dará quebraderos de cabeza. Al menos, estamos a salvo en este pueblo.

Moretti salió del baño, había oído la conversación.

—Nadie sabe que estamos aquí, salvo nosotros, así que podremos dormir y cenar sin problemas.

—¿Qué has pensado que podemos hacer mañana? No quiero entrevistar a más ancianos que nos cuenten lo mismo.

—No, no haréis eso. África y tú iréis al cuartel de la Guardia Civil para indagar en sus registros sobre los asesinatos anteriores, sobre todo el primero, buscaremos el origen de todo esto. Juan José me llevará en su coche de nuevo al hotel y seguiremos a la espera de que Eusebio aparezca. Lo de su hermano Isidoro llegará a su debido tiempo, en algún lugar se habrá ocultado; quizás junto a Eusebio.

Averiguaciones

Esa mañana de jueves en pleno otoño amaneció con un frío inusual, ya se sentía bajo el edredón nórdico en la habitación del hostal. Esther se puso los calcetines unas horas antes de que sonase el despertador y trató de volver a dormirse, sin éxito, así que abrazó el cuerpo de su pareja para recibir un extra de calor y preguntándose qué estaría soñando Moretti, ¿y África? Tal vez esta volviese a traer los recuerdos de su violador y no se atreviese a buscarla de nuevo para dormir a su lado. Naufragaba en un mar de dudas e incertidumbres que, quizás, solo eran fruto de su imaginación. Fue algo egoísta y se centró en ella, en recuperar el sueño y descansar.

Llevaba mucho sin consultar a su hermana mayor Gloria, aunque le había enviado un mensaje la tarde anterior para preguntarle cómo estaban ella y su familia; y más de una semana sin contactar con Cristina Collado, la inspectora que la había ayudado en los casos anteriores y que tenía como referencia, estaría bien mandarle un mensaje a la semana para saber de ella y mantener el contacto, aunque sin pedirle consejo para lograr curarse del narcisismo, como había prometido a Hugo, también a sí misma y así amortizar el gasto del psicólogo que, esperaba ella, la ayudase a vencer la enfermedad del todo. Recordaba las clases de la Universidad, cómo no debía usar palabras como enfermedad, enfermo o paciente, pero eso era ella, estaba enferma y debía curarse, como si se tratase de una gripe. Una persona admite estar enferma cuando siente los síntomas, cuando ve que le duele la cabeza, que tiene fiebre, que estornuda y tiene que sonarse la nariz cada quince minutos; gripe. Con las enfermedades mentales no sucede lo mismo, no se perciben como tal, pero las sufren las personas que están a su lado. Los síntomas estaban ahí y había que iniciar el tratamiento. En eso estaba ella, aunque había decidido no ir a la sesión del martes con el psicólogo y se arrepentía sinceramente de ello.

Moretti se despertó al sentir un abrazo más fuerte de los anteriores, uno que ella no quiso darle, pero que hizo sin ser consciente.

—¿Hum? ¿Esther?

—Lo siento, no quería despertarte.

—¿Estás bien? ¿Una pesadilla?

—No, solo estoy divagando.

—¿Sobre el caso?

—Algo así —mintió.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Nada, aunque tenemos que encontrar a Eusebio y a su hermano. ¿Por qué habrán desaparecido?

—Es cierto, no tiene sentido. Si es el asesino y no se le ha descubierto en cinco décadas, no tendría por qué haber huido ahora, además de Isidoro.

—¿Y si es por nuestra presencia? No creemos en fantasmas y eso hemos demostrado, aunque solo hemos detenido a Jacinto.

—Pero él podría derrumbarse en un interrogatorio posterior y señalar al jardinero.

—Es cierto. Si ese anciano es listo, se habrá puesto a buen recaudo, también a su hermano.

—Es un hombre mayor, tal vez cansado de su locura o de librar una guerra que considera importante para él, pero que ya ha llegado a su fin. No sé, no me lo tengas en cuenta, estoy hablando sin estar del todo despierto.

—Pues despertemos del todo y vayamos a desayunar, tenemos un largo día por delante y muchas tareas que hacer.

Mientras desayunaban, decidieron seguir con la programación de la noche anterior. África y Esther irían al almacén de la Guardia Civil; Juan José ayudaría a su hermana en el hotel y llamaría si surgía alguna novedad, especialmente la aparición de Eusebio; Moretti no podía ayudar en ninguna de esas tareas, así que permanecería en la habitación o una cafetería cercana a la espera de resultados.

Una vez se quedó a solas donde habían desayunado, en el lugar de siempre y rechazando que lo llevasen en coche de nuevo al hostal, Moretti se preguntó si eso sería todo en su labor de investigación en los casos, limitarse a organizar al equipo hasta que esa tarea también pudiera hacerla Esther, que estaba cada vez más capacitada para ello. En lo que llevaba de caso, había interrogado a Jacinto sin éxito y poco más. ¿Acaso el sentido de la vista era tan importante y, tras perderlo, estaba notando mermar sus capacidades? ¿Recuperaría su magia si la operación en Suiza salía bien y recobraba total o parcialmente la vista?

No, no podía aceptar que la pérdida de la visión acabase con sus posibilidades de aportar mucho más. Así que decidió ir a La Acebeda, tras pedir al dueño del bar que le llamase a un taxi o a quien pudiera llevarlo a cambio de un pago justo. Un chico en paro del lugar se dedicaba a esos menesteres y Moretti le ofreció cien euros por hacerle de chófer durante el día, el chico aceptó encantado y fueron al ayuntamiento del pueblo vecino.

Entró en el edificio y, tras presentarse, fue conducido por una secretaria hasta el despacho del alcalde.

—Buenos días.

—Buenos… días, ¿es usted ciego?

—Soy asesor de la Policía Nacional, investigo junto a la subinspectora que conoció ayer.

—Comprendo… le habrá dicho ella lo que hablamos.

—Sí, pero no vengo para eso.

—¿Para qué, entonces?

—Para charlar sobre lo que no hablaron.

—No le comprendo.

—Mire, usted tendrá la misma publicidad si se habla de un fantasma o de una persona de carne y hueso, quizás más en este último supuesto. Entiendo que se centre en la visibilidad de su pueblo y las repercusiones económicas que tendrá todo esto. Le pido que se olvide por un momento de la prensa y se centre en ayudarnos a resolver los crímenes que se han sucedido en el hotel durante cinco décadas. Usted controla a la Policía Local y también tiene tratos con la Guardia Civil de la zona. ¿Qué sabe o qué ha oído sobre esos casos?

—Ya le dije a la subinspectora…

—Sé lo que le dijo, pero quiero que indague en sus recuerdos personales, en lo que sabe o intuye tanto en su etapa como alcalde como en sus años de niñez o adolescencia.

—Solo son habladurías, ya lo sabe, lo del fantasma.

—Al margen de eso, usted tendrá su propia forma de pensar. Apelo a su vanidad. Usted es el alcalde, será capaz de pensar por sí mismo o no habría llegado a este cargo. No me diga que piensa como los ancianos asustadizos con los que me he entrevistado. Seguro que tiene más información que ellos y que su mente le ha permitido sacar otro tipo de opiniones.

—La Guardia Civil no me ha dicho gran cosa y mis policías locales no han intervenido más que en las labores de búsqueda actual. No tengo más datos que usted, diría que muchos menos, igual que el resto de vecinos del pueblo.

—Entonces, dígame lo que piensa.

El alcalde estuvo un rato en silencio, como buscando en su memoria, así que Moretti le dio ese respiro para ver si lograba algo nuevo, como había hecho en cientos de interrogatorios y entrevistas antes.

—Todo el mundo habla de una venganza, yo también lo he creído, es mejor que pensar en fantasmas.

—¿Una venganza?

—Ocurrida hace cincuenta años, aunque no se sabe a ciencia cierta por qué, dicen que los inquilinos de esa habitación hicieron algo malo y un vecino se tomó la justicia por su mano.

—¿Qué más? Siga.

—No sé nada más, ocurrió cuando yo era un niño y no recuerdo haber oído a mis padres hablar de eso. Fue luego, cuando ocurrió por segunda vez, cuando yo era adolescente, y los muchachos hablamos en el pueblo sobre lo ocurrido. Mis amigos dijeron que habían oído hablar a sus padres y comentar que esa habitación se había vuelto maldita, que el asesino era alguien atormentado por lo ocurrido la primera vez y castigaba a los que la ocupaban.

—Es igual de inverosímil que lo del fantasma.

—Lo sé, por eso no se lo dije a su compañera. Me pareció absurdo.

—¿Sabe por qué no se investigó más en aquel entonces? ¿Por qué no se indagó durante semanas o meses en el caso? Me refiero al suceso primero y al posterior.

—Ya sabe…

—No, no lo sé.

—Bueno, ocurrieron durante las fiestas del pueblo y los guardiaciviles… Los agentes llegaron en ambos casos y… ya sabe, aprovecharon que estábamos en fiestas para tomarse unas copas en la verbena, tontear con las chicas jóvenes del lugar y poco más.

—Eran otros tiempos.

—Sí, eran otros tiempos.

—Me asusta pensar en la cantidad de casos de asesinato, violaciones y demás que ocurrirían esos años sin que se les prestase la atención que requerían.

—Yo tendría menos de veinte años cuando ocurrió por segunda vez, no tenía la mente puesta en eso, precisamente.

—Ya lo imagino. Hábleme sobre Jacinto Benavides, lo habrá tratado mucho porque es de su generación.

—No fuimos al colegio juntos, es siete años menor que yo.

—Pero habrá oído hablar mucho de él, como del resto de vecinos.

—Sé que su padre era un hueso duro, soltaba la mano a la mínima de cambio. También que él heredó ese carácter y sus métodos con sus hijos. No es algo que me guste, lo desapruebo, pero aquí todo funciona de una forma muy diferente al resto del mundo y sé que no sirve de nada denunciar esa forma de educar sin el apoyo de los hijos; estos siempre decían que los golpes y magulladuras visibles eran por accidentes trabajando en el hotel, ya sabe. Nadie hizo nada.

—¿Qué me puede decir de Eusebio?

—¿Eusebio? ¿El jardinero? Fue contratado por el padre de Jacinto, y el anciano, ya difunto, lo trataba tan bien que todos pensaban que era un hijo ilegítimo, ya le he hablado de los cotilleos… Los padres de Eusebio fallecieron cuando yo era muy joven. El padre de Jacinto lo acogió más aún desde entonces y lo trató como a un hijo. También Eusebio trató a Jacinto como si fuese su hermano mayor, incluso un padre mientras llevaban el hotel. ¿Por qué me pregunta por él? ¿Acaso lo considera sospechoso? Ese hombre no le haría daño a una mosca, no sabe lo bueno que es y cómo trata a Elena y a Juan José.

—Eusebio ha desaparecido, no aparece en su casa ni en el hotel desde ayer. ¿Sabe dónde puede estar?

—Ni idea. Vive en una casa heredada por sus padres y no tiene más vida que ese hotel. Salvo trabajar allí, solo se le ve en el colmado para hacer la compra semanal.

—¿No ha tenido familia?

—Tiene un hermano menor, Isidoro, es algo lento de entendederas, ya me comprende; el mayor siempre lo ha cuidado. Lo de Eusebio es algo delicado, se casó siendo muy joven, justo antes de entrar a trabajar en el hotel; pero su mujer falleció, dicen que esa misma noche de bodas, no se sabe mucho sobre el tema. Unos dicen que la mató él, otros que estaba enferma, algunos aseguran que fueron otras personas y Eusebio se acabó convirtiendo en la persona distante y huraña que es ahora.

—¿No volvió a tener otra pareja? Ya sabe, rehacer su vida.

—No, entró en el hotel a trabajar y se quedó allí haciendo de su labor su único motivo de vida.

—¿Y lo de su hermano menor? Un vecino del pueblo nos lo ha comentado también.

—Si le soy sincero, nunca he tenido a ese tal Isidoro ante mí, sé de su existencia y de las habladurías, pero no lo he tratado nunca.

—Está bien, eso es todo por ahora. Gracias por su colaboración. Por cierto, si tiene amistad con los guardiaciviles que llevan el caso, le pediría que los llamase para que le dieran todas las facilidades a mis compañeras, ahora estarán allí, en el cuartel, pidiendo que les dejen acceder a los archivos de los asesinatos ocurridos en el pasado.

—Claro, ahora mismo. —Y el alcalde levantó el teléfono para llamar y pedir el favor. Tras colgar ayudó a Moretti a salir del edificio.

Ya cuando iban a despedirse:

—¿Me llamará si recuerda algo más? Tiene el teléfono de la subinspectora y nos será de una ayuda muy valiosa.

—Claro, le doy mi palabra.

Moretti pasó del brazo guía del alcalde al más joven y robusto que le hacía de chófer ese día para entrar en el coche del chico, un utilitario antiguo y diésel, pero que cumplía con su función.

—¿Adónde vamos?

—¿Sabes dónde está el colmado del pueblo?

—Claro que sí, a pocas calles de aquí.

—Pues ponte en marcha.

Solo tardaron unos cuatro minutos en llegar, pero al exinspector le bastaron para ordenar ideas sobre el caso. Circulando en relativo silencio por las calles, pudo concentrarse en hacerse una idea de la vida y la personalidad de Jacinto Benavides, también del jardinero Eusebio y de los hijos del gerente del hotel. Tiempos pasados, con sus tradiciones y leyendas, tratos vejatorios a hijos, habladurías de vecinos. La vida seguía su curso muy lentamente en un lugar duro en el que labrarse un futuro, tanto para adultos como para adolescentes, era una batalla en la que no podían estar pensando en historias de fantasmas. Y así fue como se cimentó La Acebeda durante años, luego décadas y más tarde… siglos.

El dueño del colmado lo recibió con amabilidad y lo condujo al mismo lugar en el que había estado conversando con Esther el día anterior.

—¿Quiere un café?

—No es necesario, gracias —respondió tras analizar con el olfato el sitio en el que estaba.

—Su compañera estuvo aquí ayer.

—Lo sé. Sé de lo que hablaron. Habrá tenido tiempo desde entonces para pensar en lo ocurrido en el pueblo y quizás tenga nuevos recuerdos.

—No sabría qué decirle.

—Comprendo que en un lugar pequeño como este, donde todos se conocen, un forastero haciendo preguntas es algo incómodo, pero entienda que hacemos nuestro trabajo, que preguntamos sobre cosas indiscretas porque es lo que nos ayuda a avanzar y resolver crímenes, injusticias. Lo que nos diga no será filtrado en informes o en filtraciones a la prensa, salvo en el primer caso y porque sea relevante para esclarecer los crímenes. No soy un forastero que quiera saber detalles de su vida o de su familia para saciar la curiosidad, tampoco del resto de vecinos, solo quiero que me ayude. ¿Qué sabe de Jacinto y de lo ocurrido hace cincuenta años?

—Ya dije que… bueno, entonces hubo un revuelo enorme, esos dos turistas asesinados en la habitación del hotel. Estábamos en las fiestas y yo no era más que un chaval que quería montar en las pocas atracciones que llegaban por aquel entonces. Oía a mis padres hablar sobre lo ocurrido, pero no le daba importancia porque no repercutían en mí ni en la familia.

—¿Qué oía de sus padres?

—Que esos dos que habían muerto se habían comportado mal.

—¿A qué se refiere?

—Que se propasaron con alguna chica y un vecino del pueblo se tomó la justicia por su mano cuando comprobó que la Guardia Civil no lo hacía.

—¿Le dijeron eso sus padres?

—Lo decían muchos vecinos del pueblo.

—¿Dieron más datos? ¿Sabe con seguridad que la Guardia Civil no investigó ese caso?

—No lo recuerdo, quizás solo fue una más de la habladurías. En aquellos años se hablaba de cosas así tras cada fiesta en el pueblo. Ya sabe, la gente venía a divertirse, bailar, beber alcohol y ligar con las chicas. No creo que las chicas ni sus familias denunciasen ese hecho, pues todo quedaba en casa y tras castigos hacia ellas. Y no le digo la cantidad de peleas que había cada verano entre los chicos del pueblo y los que llegaban de fuera para defender a las chicas de acosos o abusos. La Guardia Civil no daba abasto cada mes de agosto.

—Pero, en ese caso en concreto, se trataba de dos asesinatos, habría muchas más habladurías.

—Y las hubo. Pero los civiles se centraron en entrevistar a media docena de personas, por lo que oí entonces, luego se limitaron a pasearse por el lugar, disfrutar del resto de las fiestas y marcharse diciendo que no había pruebas ni nada que indicase que hubiera alguien en la habitación cuando murieron los dos hombres. Así comenzó la leyenda del fantasma entre los ancianos del lugar.

—¿Nadie pensó por sí mismo y trató de buscar una respuesta más lógica y real?

—Se ve que no, era fácil dejarse llevar por eso.

—Pero nadie se ha atrevido a enterrar a sus seres queridos en el cementerio.

—El rumor o leyenda del fantasma corrió rápido entre las casas, todos decidieron darle credibilidad y los vecinos tomamos la decisión de no enterrar a nadie más en el cementerio cercano al hotel.

Moretti se frotó el cabello con fuerza, le costaba asimilar esa actitud, aunque hizo el esfuerzo de pensar con la mente en aquellos años. En su Italia natal también había muchas supersticiones y las había oído de su madre en la infancia.

—Todo se olvidó.

—Siempre se trata de olvidar lo que asusta o no se comprende, o se intenta dejar atrás y no pensar en eso.

—Me ha dicho que Eusebio perdió a su mujer justo cuando se acababan de casar. ¿Qué sabe de eso? ¿Ocurrió entones?

—Sucedió ese mismo verano.

—¿Está seguro de eso? ¿Fue durante las fiestas?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—La Guardia Civil no dijo mucho, pero todo se acabó sabiendo.

—Ilústreme, por favor, es importante.

—Eusebio denunció lo ocurrido, él estaba herido por varios golpes, su mujer dicen que fue encontrada muerta en las cercanías del mismo hotel.

—¿En el hotel?

—Así es. Fue el lugar al que se dirigieron para inicial su luna de miel.

Moretti dio un respingo en la silla.

—Dígame más.

Esther y África llegaron al pueblo de Tres Cantos, donde se ubicaba la comandancia de la Guardia Civil de la zona norte de la provincia y entraron en el edificio con la idea de recibir colaboración en el caso, pero se encontraron con una recepcionista que las hizo esperar más de media hora para hablar con el responsable.

El teniente Óscar Ruiz, responsable también de la UCO en la zona, las recibió en su despacho sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador que tenía a su derecha.

—Buenos días, venimos por…

—Ya me ha dicho mi secretaria. Llevan el caso de La Acebeda.

—Así es.

—Tenemos problemas informáticos y estamos tardando en enviar toda la información, también las transcripciones de las entrevistas.

—Lo sé —mintió Esther, pensando que estaban a veinte minutos en coche y podrían haberle dado fotocopias en mano a través de alguna de las patrullas que deambulaban a diario por la zona.

—Se las daré ahora.

—Gracias. Pero no hemos venido mi compañera y yo solo por eso.

El capitán apartó los ojos del monitor para deleitarlas con su mejor mirada, seguro que miles de veces ensayada para hipnotizar con el azul profundo de la misma.

—¿Qué más quieren?

—Venimos a acceder a sus archivos sobre casos pasados.

—Eso requiere una orden judicial.

—Aquí la tiene —dijo Esther tras colocar un folio sobre la mesa que el teniente no se dignó a mirar.

—Bien, un agente las llevará allí, aunque esos archivos estarán carcomidos por el paso del tiempo, espero que tengan suerte con ellos.

—Gracias. ¿Y ese agente que nos guiará?

—Claro, ahora lo llamo.

Esther y África llegaron al sótano, donde solo contaban con una antigua bombilla amarillenta para alumbrar su labor. La agente preguntó a Esther cómo iban a encontrar algo allí, ella respondió que con paciencia y suerte. Y se pusieron a abrir polvorientas cajas llenas de carpetas que se habían colocado allí durante un siglo sin orden alguno y solo con unas pocas palabras escritas a lápiz o bolígrafo en ellas.

Una tarea faraónica, pero para eso estaban allí, no iban a desistir de la labor que Moretti aseguraba que las podría llevar a acercarse a la solución del caso.

Se sentaron en el suelo y comenzaron a abrir las cajas que tenían fechas cercanas a la época en la que se sucedieron los primeros dos crímenes en el hotel. Partirían de eso, aunque a su alrededor, en aquel sótano, todo parecía ser un caos que tendría que descifrar África en su búsqueda de más carpetas sobre lo acontecido cincuenta años atrás, además de Esther, almacenando datos en su memoria sobre lo que fuese relevante para el caso.

En silencio permanecieron durante más de tres horas, oliendo a papel mohoso y a bolitas antipolillas, leyendo por encima casos escritos con mala caligrafía y tinta de lápiz y bolígrafo cuyo rastro ya se había borrado casi por completo, hasta que Esther se puso en pie como impulsada por un resorte.

—¡África! Tengo el informe de lo sucedido hace cincuenta años, el que detalla lo ocurrido en el primer doble homicidio.

—¿Qué dice?

Esther leía a toda prisa el parte de la Guardia Civil.

—Detallan lo visto en la habitación diecisiete del hotel, los dos hombres acuchillados en sus camas, dicen que preguntaron en el hotel y en el pueblo, pero que nadie vio nada.

—¿Y los informes de forense y criminalística?

—Eran los años setenta del siglo pasado, no hay nada de esos departamentos, solo entrevistas rápidas con personas del pueblo, nada concluyente.

—Decidieron que sería un fantasma al no encontrar nada en la escena del crimen.

—Exacto.

—¿Cuánto tiempo duró la investigación?

—Parece que solo ese día y el siguiente, aunque no hay nada averiguado tras su labor.

—¿Solo dos días?

—Es lo que hay.

—Vaya mierda.

—Espera, tengo otra carpeta al lado de algo ocurrido al mismo tiempo.

—¿Qué es?

—Dame tiempo, estoy leyendo.

África obedeció y la observó mientras la subinspectora leía la nueva carpeta.

—¿Y bien?

—Vamos al hostal, esto es importante, te lo digo allí, cuando estemos con Moretti. —Esther se guardó los documentos entre su ropa antes de subir a la planta principal de la comisaría de la Guardia Civil.

—Esperemos que no sepan que te has llevado esos informes.

—Yo también.

—¿Para qué los quieres? Los tienes almacenados en esa memoria prodigiosa tuya, también pudiste hacerles fotos con el móvil.

—Eso último ni lo pensé, estoy demasiado nerviosa tras leer ese último informe.

Cincuenta años antes

Gustavo observaba a la pareja a varios metros de la puerta del hotel, se comían a besos entre risas, besos y abrazos que se salían del decoro habitual. Si ya venía con la libido por las nubes desde el pueblo, ahora se alteró mucho más. Le dio un codazo a su amigo Rogelio.

—Me has hecho daño, imbécil.

—Calla y mira a esos dos.

—Se acaban de casar, pronto estaré igual.

—No seas gilipollas. ¿Acaso no te has quedado con las ganas de follar esta noche? Esos dos van a pasárselo en grande en unos minutos. ¿No te dan envidia?

—Un poco, pero es lo típico cuando te acabas de casar.

—Esa chica seguro que es virgen, aunque conociendo a algunas del pueblo tras lo del año pasado… ¿No te da rabia que ese chico se vaya a pasar la noche follando y nosotros, acostarnos con el calentón o aliviarnos con una triste paja?

—Bien por ese chico, me alegro por él.

—Pues yo me alegro más por nosotros.

—¿De qué hablas?

—Ven, vamos a divertirnos. —Y agarró de la camisa a su amigo para llevarlo a trompicones hasta la pareja, que seguía besándose.

—No hagas una tontería.

—Calla. —Y se dirigió a los dos recién casados—. ¡Eh! ¿Os lo estáis pasando bien?

La pareja dejó de besarse, se apartaron incluso un metro entre ellos, y observaron a los dos extraños sin comprender qué pasaba.

—No os conozco.

—Eso no importa, pipiolo. No podéis hacer eso.

—¿El qué?

—Daros el lote delante de nosotros, nos dais envidia. ¿Tienes más besos y caricias para mi amigo y para mí? —le preguntó a la chica. Ella se sintió avergonzada y temerosa a partes iguales.

—¿Qué queréis? Largaos de aquí. Dejad de molestar o llamaré a la Guardia Civil —dijo el chico.

—¿Sí? Están un poco lejos ahora, y preocupados en tomarse unos vinos en la fiesta, además de ligar con las niñas del pueblo. No te importará que nosotros liguemos con esa preciosidad que tienes al lado, seremos gentiles con ella si ella se comporta con nosotros, te doy mi palabra.

—No lo voy a repetir, marchaos y dejad de molestar.

—Chico, no lo hagas difícil. Rogelio, ¿no te parece que el chico no está siendo cortés en sus palabras y tampoco por no dejarnos jugar un rato con su chica?

Rogelio lo miró sin saber qué decir, ya estaban a menos de dos metros de ellos y Gustavo parecía disfrutar del miedo que generaba la situación que él había provocado. Su amigo tenía el mando y el control del momento, pero él estaba muy borracho y solo se dejaba llevar.

—¡Corre! —gritó de repente el chico a la vez que le daba un empujón a su esposa hacia la puerta del hotel, esta se antojaba demasiado lejos bajo el miedo de la pareja. Ella tropezó con los zapatos de tacón y cayó de rodillas tras dar tres o cuatro pasos.

Gustavo se acercó al chico y le dio un puñetazo en la cara, derribándolo. Gritó a su amigo para que impidiese que la chica se escapase o pidiera ayuda a gritos, este titubeó unos segundos y luego obedeció, agarrándola firmemente por los brazos e inmovilizándola; ella casi había llegado a la puerta, Rogelio le puso una mano en la cara para que no gritase y se la llevó en volandas de nuevo hacia donde estaba su amigo.

Ella lloraba, trataba de gritar que la dejasen libre, que no le pegasen más a su marido y trataba de zafarse de las manos de Rogelio a la vez, pero solo podía permanecer inmóvil y viendo cómo Gustavo golpeaba una y otra vez en la cara a su reciente esposo. La súplicas no servían de nada. El hedor a alcohol de su captor era tan intenso como su afán de no dejarla escaparse para pedir ayuda. ¿Cómo es que nadie aparecía por la zona? ¿Nadie entraría o saldría en esos momentos del hotel?

Con el chico ya sangrando e inconsciente en el suelo, Gustavo fue a por la chica y le dijo a su amigo que tenían que impedir a toda costa que gritase, y llevársela de allí hacia algún sitio más discreto lo antes posible. Ella le mordió la mano con fuerza cuando tuvo la oportunidad, así que Rogelio, enfurecido por el dolor, le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula que le hizo perder el conocimiento.

La llevaron a rastras hacia la parte lateral del edificio, donde comenzaban los jardines, sumidos en la más completa oscuridad.

Gustavo se desabrochó el cinturón y luego se bajó los pantalones y los calzoncillos. La situación, a pesar del alcohol consumido, le había provocado una erección que necesitaba saciar. Levantó la falda del vestido de novia y luego le bajó las bragas a la chica, la abrió de piernas y penetró con violencia, sin contemplaciones. Rogelio estaba a su lado, pero Gustavo ya no veía nada, no solo por la oscuridad, sino por el deseo que sentía y la excitación que lo monopolizaba todo. Embestía con fuerza una y otra vez. Le rompió la parte de arriba del vestido y arrancó el sostén para lamer y morder los pechos de la chica, que seguía inconsciente. Se corrió al cabo de unos minutos y le dijo a su amigo que era su turno.

—No… no creo que pueda…

—Joder, estás como una cuba, casi no te sostienes en pie, pero sé que cumplirás como un hombre. Vamos, no seas marica y hazlo de una vez. Hemos venido a esto.

—No, esto no es lo que esperaba.

—¿Eres maricón? ¿No te gustan las mujeres?

—No me gusta forzarlas, quiero que ellas también quieran…

—Mira qué rica está esta, aprovecha antes de que despierte la fierecilla y trate de morderte otra vez. No me defraudes. ¿Tampoco podrás tirarte a tu novia cuando os caséis? Esta ya lleva el vestido puesto, será como un entrenamiento. Vamos, joder, alguien encontrará al chico a las puertas del hotel en un rato y tenemos que terminar antes de que nos pillen.

Rogelio se lo pensó unos segundos y acabó por acceder para no defraudar a su amigo y por el orgullo herido que sentía en esos momentos por haber puesto Gustavo su hombría en entredicho.

No le llegaba la erección, así que fingió que la penetraba para que su amigo se contentase, lo haría durante unos minutos y luego fingiría, de nuevo, un orgasmo épico. Pero la chica recobró el conocimiento de repente y comenzó a chillar. Gustavo le sujetó la cabeza, poniéndole con fuerza una mano en la cara para que no chillase.

—Venga, termina rápido o esta zorra nos meterá en un lío.

Rogelio estuvo un minuto, o quizás fueron dos o tres más, fingiendo que la penetraba mientras trataba de batallar con las piernas de la chica, que no dejaba de moverse para librarse de ellos, hasta que dijo que ya se había corrido, aunque no parecía muy convincente.

Gustavo aflojó la presión de las manos, pues la chica no se resistía, como si estuviese dormida o se hubiese desmayado de nuevo, y le dijo a su amigo que se había comportado como un campeón.

—¿Has visto? Al final la primera noche no ha sido tan mala como parecía hace un rato. Ahora nos vamos a dormir y mañana nos marcharemos a otro pueblo, por si esta hija de puta o su marido nos denuncian.

—No se mueve.

—¿Cómo dices?

—La chica, no se mueve.

Gustavo le dio una patada suave en el estómago. Rogelio le daba palmadas en la cara. Ella seguía sin responder.

—Se habrá vuelto a quedar inconsciente.

—Está muerta.

—No digas tonterías.

—Mírala, tiene los ojos abiertos y no parece que le lata el corazón, la has asfixiado.

—No me toques los huevos.

Rogelio, muy asustado, comprobó su pulso y respiración.

—Está muerta, joder, la has matado.

—¿Yo? Eras tú el que se la follaba, no me jodas.

—Dios mío, ¿qué vamos a hacer? —Rogelio se había levantado y recompuesto la ropa, estaba asustado como nunca antes en su vida.

—¡Cállate y déjame pensar, coño!

Rogelio miró a Gustavo en la oscuridad del lugar durante unos segundos, a la espera de una respuesta mejor.

—Ve a por el chico, tráelo aquí.

—¿El chico?

—Ya me has oído, obedece, joder.

Rogelio lo hizo, el muchacho estaba aún inconsciente por los golpes recibidos ante la fachada del hotel. Lo arrastró tirando de sus manos hasta dejarlo al lado de la chica.

—¿Y ahora?

—Los dos tienen golpes y pensarán cuando los encuentren que la chica fue forzada por él.

—Eso es absurdo, es su marido y están justo al lado del hotel en el que iban a dormir.

—Nadie hará preguntas, ya lo verás. Se pelearon y él se la folló tras darle unos golpes porque ella no se dejaba hacer el amor con su reciente marido.

—¿Y las marcas de golpes del chico?

—Creerán que se ha metido en una pelea en el pueblo, cada noche hay varias. O que se las ha hecho su mujer para defenderse. No nos ha visto nadie, entremos en el hotel con naturalidad y vayamos a dormir, mañana nos iremos antes del amanecer y no se nos acusará de nada, los civiles se centrarán en este idiota durante días o semanas y le darán unas buenas palizas para que confiese que ha matado a su mujer. Confía en mí.

—Joder, he confiado en ti y mira cómo hemos terminado.

—No seas marica y hazme caso, no nos pasará nada.

Un error y una siesta

Juan José había llegado esa mañana al hotel para ayudar a su hermana, encontró a esta más cansada que nunca tras el mostrador de la recepción, allí seguro que había permanecido toda la noche a la espera de algún huésped de última hora, además de pensamientos personales que nunca antes habían aparecido por su mente.

—¿Cómo estás?

—Destrozada, necesito dormir.

—Vete a descansar, ya me encargo yo.

—¿Sabes cómo está papá?

—¿Por qué me preguntas eso? Él estará como tenga que estar, ¿crees que él piensa en cómo estamos nosotros?

—Seguro que sí.

—Tal vez piensa en otras cosas.

—No me hagas hablar… Tú has tenido la culpa de todo esto.

—Elena, papá tiene la culpa de todo, él lo ha empezado y ahora no podemos echarnos atrás en la decisión que hemos tomado, lo denunciaremos y no hay más que hablar.

Elena vio la mirada de su hermano, cada vez era más parecida a la de su padre cuando estaba enfadado, así que agachó la cabeza y obedeció.

Esther y África llegaron al hostal y se encontraron con la habitación vacía. La subinspectora llamó al teléfono móvil de Moretti y este les dijo que había estado haciendo unas entrevistas y que ya estaba llegando a Horcajo de la Sierra, al hostal.

Las dos chicas esperaron en la fachada hasta ver aparecer un SEAT Ibiza negro que soltaba más humo y ruido de la cuenta por el tubo de escape; del vehículo se bajó Moretti y oyeron cómo le decía al chico que no necesitaría más sus servicios, a la vez que le daba varios billetes.

—Pero me dijo que sería todo el día y solo han sido unas horas —dijo el muchacho, que no sería mucho mayor que Esther y África.

—Eso no importa, gracias por el servicio, quizás te llame de nuevo mañana.

—Pues muchas gracias.

Moretti ya tenía a las dos chicas a su lado y el SEAT Ibiza se marchaba calle abajo.

—¿Habéis obtenido algo jugoso?

—Sí, vamos a la habitación para comentarlo.

—Tengo hambre, no sé qué hora es.

—Casi la una y media.

—Pues vayamos a comer.

Ellas no discutieron y se dirigieron al restaurante de siempre, un bar con comidas caseras que no disgustaba a ninguno de ellos. Al caminar en lugar de ir en el coche oficial, comprobaron que la unidad móvil de una cadena de televisión no se fijaba en ellos, pero sabían que tarde o temprano, seguro que muy temprano, tendrían a la prensa molestando y siguiéndoles en sus pesquisas.

Se sentaron en la mesa habitual, el lugar estaba casi vacío y pidieron las bebidas mientras Esther narraba en voz alta la carta y el menú del día, se decantaron por este último porque sonaba muy bien: crema de marisco y costillas de cerdo a la brasa con patatas fritas.

—¿Y bien?

—Hugo, tengo dos informes o partes de la Guardia Civil de hace cincuenta años, el del caso de los dos asesinatos que originó la leyenda del fantasma y otro más de ese mismo día.

—Violación y asesinato de una chica, la esposa de Eusebio.

—¡Joder! ¿Cómo sabes eso? —Esther veía a Moretti sonreír, además de a África sorprendida.

—Intuición, un sexto sentido.

—No me vaciles.

—Perdona, es que eso mismo me han dicho el alcalde y el tendero con los que me he entrevistado hace unas horas.

—A mí no me dieron esa información.

—Para eso hay que insistir, darles confianza y esperar hasta que se suelten y cuenten todo lo que saben o han oído; los secretos suelen quemar en el interior y es bueno sacarlos para quedarse uno a gusto.

—¿No les he dado confianza?

—No empieces, Esther… El tacto o don de gentes es algo que se aprende y se va perfeccionando. A veces nos encontramos con personas difíciles, pero hay que aprender a perseverar y calmarse uno para lograr de esas personas la conexión que hace que te digan lo que de otro modo no harían. Aprende poco a poco y verás cómo puedes lograrlo, después de todo, es psicología pura y tú de eso entiendes mucho más que yo.

—La psicología del día a día de un investigador no la manejo tan bien como me gustaría. Anoto tu consejo, tengo que empatizar más.

—No olvides que anotarlo no sirve si luego no se pone en práctica.

Esther no dijo nada y quedaron los tres durante dos minutos en silencio.

—¿Y bien? —rompió el hielo Moretti— ¿No me vas a dar detalles de esos dos informes de la Guardia Civil?

—Eusebio tenía veintidós años, los mismos que ella, María Auxiliadora, se acababan de casar y empezaron la luna de miel en el hotel, iban a pasar la noche allí y luego ir a vete a saber dónde. Eran las fiestas del pueblo, como ya sabrás, se encontraron con dos tipos a las afueras del hotel y estos les increparon. Le pegaron a Eusebio y se llevaron a la chica a los jardines para violarla. Algo les salió mal, pues la chica murió asfixiada. Eso es lo que aparece en la declaración de Eusebio a los guardiaciviles y en el informe forense. Esa mañana aparecieron muertos los dos tipos y eso enlaza un caso con el otro.

—¿No se investigó la muerte de la esposa de Eusebio?

—No hay datos al respecto, parece que se centraron en el doble crimen de la habitación diecisiete.

—Vaya. Por cierto, lo de antes ha sido un resumen muy escueto.

—En realidad, es todo lo que aparece en los informes. Si pudieras ver, te los enseñaría, los he robado del registro.

—¿Eso es una broma? Claro que no, ya te conozco. Nos vamos a meter en un buen lío si se dan cuenta, y lo harán porque estamos con este caso y querrán ver qué has husmeado en sus archivadores. Si no es ya bastante áspera la situación entre nosotros y la Guardia Civil, ahora les has dado motivos incluso para denunciarte a la fiscalía.

—¿Llegarán a tanto?

—Es posible, podría suponer una mácula importante en tu expediente de cara a futuros ascensos o condecoraciones.

—Eso no me importa mucho.

—Quizás cambies de opinión con el paso de los años. Por lo pronto, debes devolver lo antes posible esos informes y pedirles disculpas.

—¿Estás de broma?

Moretti tenía el semblante de un témpano de hielo.

—Está bien, lo haré tras la comida —añadió la chica—. Aunque me costará disculparme con ese estirado teniente.

—Pues un ejercicio más en tu terapia.

Esther habría querido comer en silencio para dar vueltas en su cabeza a lo ocurrido y lo que tenía que hacer en una hora, pero Moretti hizo balance sobre el caso. Eusebio era el principal sospechoso de todos los crímenes, tenían que encontrarlo, además de a su hermano, también saber qué implicación podrían haber tenido otros durante esas cinco décadas: Jacinto, su padre y sus hijos; descubrir por qué la Guardia Civil se olvidó o no quiso investigar la violación y asesinato de la mujer de Eusebio, tal como denunció él mismo, o por qué no indagaron más en esos dos asesinatos y decidieron cerrar el caso con esa teoría absurda de que había sido un fantasma.

—Esther, estaría bien que pudiéramos ver los informes de los crímenes posteriores a aquellos primeros, los que hicieron aumentar la leyenda del fantasma, pero ni por asomo os dejará el teniente de la civil que entréis en los archivos tras haber robado en ellos. Apostaría a que no hay nada nuevo, misma investigación, aunque se podrían encontrar sucesos ocurridos en esos días que los justificasen.

—Vale, ya me ha quedado claro que he metido la pata.

—Esto no es un correctivo, no te lo tomes como tal. Aprende de los errores y sigue adelante creciendo.

—Eso haré.

—Esther…

—Qué sí, que lo digo en serio. He cometido una estupidez y voy a arreglarlo ahora.

—Ve con África y tratad de persuadir al teniente para que os deje husmear un poco más en el registro.

—Lo intentaremos. ¿Qué harás tú?

—Está claro, dormir una siesta. Ya me contáis a la vuelta.

Insistir

Esther y África salieron del cuartel de la Guardia Civil meditando en su camino hacia el coche. Ni la mejor de las sonrisas de cada una de ellas había servido para suavizar la reacción del teniente cuando le confesaron que se habían llevado los informes. Tampoco mejoró la situación que los devolviesen.

—Joder con ese tío, tampoco hemos hecho algo tan malo —dijo África—, los pudimos fotografiar con el teléfono sin siquiera pedir permiso. Los hemos devuelto y pedido perdón. Menudo gilipollas.

—Bueno, Afri, un error más, de todo se aprende.

—Pero no nos ha dejado volver al registro para buscar en los crímenes posteriores, aun teniendo una orden judicial.

—Esa orden no vale nada si él decide denunciarnos por lo que he hecho. Dejémoslo estar y centrémonos en lo que tenemos. Hay que encontrar a Eusebio y a su hermano donde sea que se hayan ocultado. Vamos al hotel de nuevo y hablemos con Elena y Juan José, si es que están los dos allí. Ahora tenemos la sospecha de que es su tío, quizás lo supieran ellos y nos lo han ocultado. Tenemos que ir sacando información de la gente del pueblo poco a poco, como ha hecho Hugo con el alcalde y el tendero. Quizás en estos sitios haya que obrar como al pescar.

—¿Al pescar?

—Nunca he pescado, pero sé que se hace tirando y aflojando, poco a poco, dejando que el tiempo te vaya favoreciendo para lograr cazar a tu presa por agotamiento de la misma.

—Esa presa es Eusebio.

—No, en este caso, la presa es el primero que se derrumbe y nos cuente lo que queremos saber, sea un hijo de Jacinto, el propio padre o algún vecino con información fidedigna.

—Oye, Esther, ¿te importa si te pregunto una cosa? Es sobre el caso.

—¿Por qué iba a importarme, claro que puedes hacerlo.

—Bueno, solo soy oficialmente vuestra chófer.

—No digas tonterías, eres parte del equipo, no quiero oírte decir que estás al margen nunca más.

—Está bien. La gente de la zona cree que se trata de un fantasma, eso llevan pensando durante medio siglo, ¿crees que ese pensamiento salió de ellos o que lo ideó alguien para tratar de confundir y que no se buscase a un asesino de carne y hueso?

—Ya había pensado en eso. ¿Alguien? ¿El propio asesino?

—Es posible, o un ser querido que deseaba protegerlo.

—Me parece una hipótesis muy buena, estoy pensando en Isidoro, seguro que tú también; deberíamos planteársela a Hugo cuando lo veamos luego en el hostal, aunque creo que él ya lo piensa. ¿Por qué se te ha ocurrido eso?

—Pues por el propio Isidoro, claro; lo pienso desde lo del falso cura fantasma que viste en el cementerio. Si alguien trata de hacernos creer que hay un fantasma asesino, tal vez lo haga porque lo ha logrado en las veces anteriores. Quizás ese cura se apareció ante ti porque consiguió convencer a los anteriores investigadores de que algo sobrenatural ocurre en el hotel y que dejen de investigar para no esclarecer el suceso.

—Afri, me asombras, serás una inspectora magnífica.

—No digas eso.

—No es un halago, es la verdad. Tienes aportaciones muy valiosas en los casos. Me da rabia que no te lances mucho más, que te quedes en silencio, como hace un rato durante la comida. No tengas miedo a decir lo que piensas, a veces ayudarás, aunque no todas, como me pasa a mí con mis deducciones; no siempre acierto, no siempre decido lo adecuado, pero eso forma parte de este trabajo.

—Como lo de robar los informes esta mañana.

—Eso es. Un error del que tengo que aprender. Tú misma te diste cuenta y me dijiste que bastaría con hacerles fotos con el teléfono móvil. Me gustó que me dijeras eso, me hiciste ver un error cometido. Yo quiero que te lances y que seamos un equipo equilibrado, con todos aportando lo mismo. Si te equivocas, también te lo haré saber.

—Es un fastidio que no podamos acceder a los casos siguientes a aquel de los años setenta.

—Sí, es el pago que tengo que hacer por haberme equivocado, aunque podemos ir a visitar a algunos vecinos del pueblo y preguntar por lo sucedido antes de reunirnos de nuevo con Hugo.

África desvió de la carretera la mirada un instante y vio a la subinspectora sonreír.

—Sí, no estaría mal.

—Pues vamos al pueblo antes de buscar a Elena y Juan José.

—¿No son ellos los más importantes?

—Claro, pero cuanto más tiempo dejemos pasar en el caso, si alguno de ellos es culpable o cómplice, más se enfrascará en pensamientos que lo hagan cometer un error, así que los vecinos del pueblo son ahora nuestro siguiente objetivo. Cuando hayamos hablado con tres o cuatro, ya estará uno de los hijos de Jacinto en su casa y podremos entrevistarlo sin salir de las calles.

Pero lo que se encontraron por las calles, antes de llegar a sus destinos, fueron periodistas que las abordaron con cámaras cargadas de potentes focos y con preguntas incómodas que Esther trató de responder sin dar ningún dato comprometedor, ya sería el comisario el responsable de hacer las ruedas de prensa sobre el caso. Salieron de allí a duras penas y tras tener que dar empujones, cambiar el tono de voz y acelerar el paso.

Elena Benavides llegó a su casa a las nueve y diez de la noche en la pequeña motocicleta que usaba cuando no llovía para moverse por el pueblo. Juan José se había quedado en la recepción del hotel por si llegase algún cliente, aunque no habían tenido muchos en los últimos meses, desde el verano y las fiestas, uno o dos más a sumar a la pareja asesinada y a los policías. Estos últimos no se habían pasado a hablar con ellos o seguir buscando a Eusebio ese día y eso la intranquilizaba, aunque no sabría definir el motivo exacto de sentirse tan alterada. Su mente era un caos tras lo sucedido, la situación con su padre encarcelado, su hermano más raro que nunca y enamorado de una policía, el hotel a su cargo prácticamente y los policías investigando. A eso se sumaba la desaparición de Eusebio, pues seguía sin dar señales de vida, ¿le habría ocurrido algo? ¿Se había fugado? ¿Por qué haría esto último? Conocía al viejo desde que tenía uso de razón, era otro padre para ella, así la trataba; bueno, como un padre bondadoso, no como su verdadero padre. Incluso, tras la muerte del abuelo, este le dejó en el testamento un tercio de la propiedad del hotel, otro para Jacinto y el tercero para ella y su hermano. No se cuestionó ese detalle entonces, pues era poco más que una niña y esos asuntos no le incumbían, ni siquiera podría haber opinado sobre el tema delante de su padre.

De todo lo ocurrido ese día, especialmente el monólogo interior constante, lo que menos recordaba y que menos la había alterado fue el tener que echar a los reporteros que entraron en el vestíbulo del hotel para hacer preguntas incómodas; estos abandonaron la estancia tras la amenaza de ella de interponer una denuncia y grabaron durante un rato la fachada del hotel antes de marcharse.

Se desnudó y entró en el cuarto de baño para darse una ducha rápida; tras salir, se puso el pijama y fue a cocinarse la cena y también preparar un desayuno para su hermano, que llegaría a las nueve de la mañana con hambre.

«Ahora que no está padre, quizás Juanjo coma en la cocina del hotel. Él no me ha dicho nada, así que haré como siempre hasta saber si tengo que cambiar esas costumbres».

Puso unas gotas de aceite en la sartén para los lomos de cerdo y sacó de la nevera un táper de espárragos trigueros con pequeños tacos de jamón que le sobraron de la cena anterior, los calentaría en el microondas y sería una cena perfecta para tratar de descansar y dormir, aunque las noches anteriores le había costado mucho conciliar el sueño.

Seguía en su mente la imagen que había visto en el espejo del cuarto de baño unos minutos atrás. Tenía que volver a teñirse, las raíces eran muy visibles, incluso había visto algunas canas.

«Pocas, pero empiezan a salir. También he heredado las canas de mamá. Mamá… me alegro de que muriese pronto, así no ha visto la vida que nos ha dado padre. Recuerdo haberla visto llorar varias veces cuando era niña, pero nunca le pregunté, me imponía mucho respeto hacerlo, inmiscuirme en cosas que consideraba de mayores. Quizás mamá necesitaba más apoyo, más cercanía, pero sus hijos éramos demasiado pequeños como para poder dárselos. O eso quiero pensar ahora. Ojalá la tuviese aún a mi lado, ella sabría qué hacer en el apuro en el que estamos metidos. ¿Qué pasará con el hotel en los próximos meses? ¿Qué pasará con padre? ¿Qué pasará con Juanjo y con Eusebio? ¿Qué pasará conmigo?».

Sintiendo el escalofrío por esos pensamientos en la nuca, apartó del fuego los lomos antes de que se quemasen, también sacó los espárragos del microondas y, sirviéndolo todo en un plato, llevó este al salón para encender la televisión. Puso un canal que le gustaba mucho y en el que había cada noche un reportaje sobre crímenes reales sucedidos en los Estados Unidos, era muy sensacionalista y tardaban hora y media en narrar lo sucedido, aunque se podría hacer en dos minutos. Se sirvió también una pieza pequeña de pan y un vaso de agua. Apenas había comenzado a comer cuando llamaron a la puerta. Sería alguien de fuera, pues todos los vecinos del pueblo sabían que la mayoría de las puertas no se cerraban con llave y solían abrir para luego lanzar un saludo en voz alta.

«¿Los policías?».

Así fue, las dos chicas policías, la que estaba con el ciego y la que había enamorado al iluso de su hermano.

Las invitó a pasar al salón y, una vez las tres sentadas, Elena quitó el volumen del televisor y apartó el plato de la mesa unos centímetros de ella, en la estancia olían los lomos hasta hacer sonar las tripas de las investigadoras.

—No hace falta que dejes de cenar, sigue, por favor. Huele de maravilla.

—¿Queréis cenar?

—No es necesario, lo haremos en un rato con nuestro compañero. Necesitamos hacerte unas preguntas y nos marcharemos pronto, pero sigue comiendo.

Elena obedeció.

—¿Qué queréis saber?

—Ya hay confianza entre nosotras, así que iré al grano. Háblanos de Eusebio, de tu tío.

—¿Cómo? —La chica fingía muy bien o estaba realmente sorprendida por ese dato.

—¿Todo el pueblo sabe que Eusebio es hijo ilegítimo de tu abuelo menos tú?

—Yo nunca he preguntado a mi padre… Tampoco me relaciono mucho con los vecinos del pueblo para conocer las habladurías sobre mi familia. Les aseguro que mi padre no ha dicho jamás algo así a mi hermano y a mí, tampoco el propio Eusebio.

Esther detectó al instante que Elena mentía, pero no quiso entrar en un debate sobre el tema para evitar que ella se mostrase menos participativa.

—Cuéntanos cómo te trata, cómo se relaciona con tu padre. Cualquier detalle es importante.

—Hay amabilidad, incluso amistad.

—¿Hermandad?

—¿A qué se refiere?

—¿Tu padre y Eusebio se trataban entre ellos como tu hermano lo hace contigo?

—No sabría decirte.

—¿Qué sabes sobre Eusebio que nadie nos haya contado? Y te aseguro que nos han contado mucho.

—No sé lo que os han contado.

—Pues que es vuestro tío, ya te lo he dicho.

—La gente habla por hablar.

—Deja esa actitud, no ayuda. Ni nos ayuda a nosotros a resolver lo que lleva pasando aquí medio siglo ni te ayuda a ti. Dicen algunos vecinos que te han oído llamarlo «tío Eusebio» en más de una ocasión, también a tu hermano.

—Es una forma cariñosa de referirse a alguien cercano.

—No me estás ayudando, Elena. Quiero la verdad y parece que no estás dispuesta a dármela. Te tengo aprecio, aunque no lo sepas, también siento lástima por la vida que has llevado. Te queda la mayoría de años por delante para reconducir tu camino. Por favor, sigue comiendo o se pondrá frío y duro del todo ese lomo.

Elena comió tres bocados más de lomo con espárragos ante la mirada atenta y el silencio de Esther y África. Casi parecía que le costaba tragar cada porción, como si lo hiciese forzada, aunque no tenía por qué ser así, pues ella no debía sentirse sospechosa de lo que había pasado.

—Yo solo puedo hablar de la relación con él. Eusebio siempre ha sido cariñoso y amable. ¿Les digo la verdad? Es el padre que nunca hemos tenido, aunque nos hubiera gustado a Juanjo y a mí que nos defendiera del trato que nos daba padre; pero Eusebio nunca ha entrado en eso, siempre ha preferido mirar para otro lado. Ellos se llevan bien, son casi como hermanos, pero Eusebio no se mete en lo que hace padre. ¿Comprenden?

—Claro que lo comprendemos.

—¿Crees sinceramente que no es vuestro tío y hermano de tu padre?

La chica agachó la cabeza.

—¿Elena?

—No podría asegurarlo al cien por cien, pero la herencia… Pensaba en eso antes de que llegarais. Mi abuelo le legó un tercio del hotel a Eusebio, otro a mi padre y el otro a Juanjo y a mí.

—Eso es más que concluyente, claro que no resuelve los crímenes. Ese dato no sirve de mucho para saber quién mató a los huéspedes del hotel hace unos días ni a los de los años anteriores. ¿Sabes dónde pueden estar Eusebio y su hermano Isidoro?

—Eusebio solo tiene el hotel y su casa.

—Eso es lo que dice todo el mundo de él. El caso es que no está en ninguno de esos dos lugares y necesitamos encontrarlo. También a su hermano, que ha desaparecido de su casa.

—Pueden registrar esta casa a conciencia, no me importa. No está aquí y me preocupo por él.

Esther le dijo a África que lo hiciese entre susurros, también le señaló con la mirada su cinturón para recomendarle que buscase con el arma cargada y lista entre las manos, por si acaso.

Una vez a solas Esther con Elena:

—¿Qué pasó aquella noche? Algo debisteis ver tu hermano y tú, o lo viste tú sola. No era algo habitual recibir turistas en esta época y menos que quisieran estar en esa habitación en concreto. ¿Qué reacción observaste en los demás?, me refiero a tu padre, Eusebio y tu hermano. Algo debiste notar alejado de lo común, de tu día a día. Eso es lo que nos puede ayudar a resolver el caso y a vosotros también para recuperar la normalidad.

—No recuerdo nada inusual.

—Ya te he dicho que detecto cuándo me mientes. Lo estás haciendo. Tu padre, tu hermano o Eusebio se mostraron nerviosos, ¿verdad?

Elena dio un sorbo a su vaso de agua.

—Un poco.

—¿Un poco? ¿Quién se mostró nervioso ese día?

—Los cuatro, yo también. Todos estábamos muy nerviosos.

—No nos habías dicho eso antes.

—Es que no sé qué puede significar.

—¿En qué se diferenciaba esa actitud, la de los cuatro, a los días anteriores?

—Solo nervios, mostrarnos irascibles, preocupados y correr en lugar de caminar al hacer nuestras tareas.

—¿Alguno de ellos te dijo algo que atesores como extraño ese día? Sé que te pregunto por tu familia y te sientes muy incómoda, como traicionándolos, pero piensa que esto va de algo mucho mayor que proteger a una familia, se trata de resolver crímenes, de hacer justicia, de hacer borrón y cuenta nueva en la vida. —Eso último lo dijo Gallardo para tratar de convencer a la chica y que soltase todo lo que llevaba dentro para poder salir del hotel y del pueblo, si es que lo deseaba tanto como su hermano y como ella detectaba también en la chica.

—Te aseguro que nadie dijo nada; todos corríamos y estábamos nerviosos, yo la primera; pero nadie dijo una palabra que indicase que habría dos muertos unas horas más tarde. Me enteré de los crímenes cuando regresé con mi hermano a la mañana siguiente y todo este lío se formó.

—Gracias por tu apoyo, voy a buscar a mi compañera y nos marcharemos a cenar.

—Siento que mi padre os echara, podéis regresar cuando queráis.

—Lo haremos mañana mismo, así estaremos más cerca del lugar del caso. Llámame si recuerdas algo más, tienes mi número, ¿verdad?

—Sí, lo tengo.

Elena seguía con la cabeza agachada mientras las dos chicas se marchaban de su casa. Evidentemente, Eusebio y su hermano no habían aparecido escondidos en la vivienda.

Por primera vez desde lo que le indicaban sus recuerdos, Elena cerró con llave la puerta de la casa tras marcharse las dos policías. Ya había dicho más de la cuenta, quizás había metido la pata…

Esther y África tenían mucha hambre, más aún tras oler los lomos al hablar con Elena, querrían ir a cenar junto a Moretti y compartir las averiguaciones que habían hecho entre todos, pero les quedaba una cita más esa noche. El Audi RS5 se detuvo ante la fachada del hotel a las once menos cuarto. Las luces led que iluminaban el edificio no tendrían ni diez años, así que Esther se imaginó el aspecto oscuro y sombrío que tendría el establecimiento cincuenta años atrás, aunque seguro que conservaba el olor a tierra mojada y las flores de los jardines cercanos.

Entraron y vieron al chico tras el mostrador de la recepción; este se sobresaltó al encontrarse ante ellas de repente. Parecía alegrarse con la presencia de África, pero el nerviosismo iba más allá del esperado ante el simple encuentro con la chica de la que se estaba enamorando.

—¿Podemos hablar unos minutos? —preguntó Esther—. Aquí mismo, en el vestíbulo. Vayamos a esos sillones de enfrente y, si llegase un cliente, puedes atenderlo. ¿Te parece bien?

El chico asintió con la cabeza y salió de detrás del mostrador. Se sentaron para estar más cómodos y Esther inició las preguntas.

—Juan José, es tarde y tenemos hambre, nos está esperando nuestro compañero para cenar, así que seré breve y concisa por ese motivo y porque hay confianza adquirida entre nosotros. ¿Por qué tanto nerviosismo tras recibir a esa pareja que insistió y pagó un extra de dinero por alojarse en la habitación diecisiete?

—¿Nerviosismo? —titubeó—. Yo no estaba nervioso ese día.

—Lo hemos visto en las grabaciones de la cámara del hotel que nos ha proporcionado por fin la Guardia Civil— mintió la subinspectora.

—No recuerdo haber estado nervioso, quizás sí que trabajé más deprisa porque no esperábamos clientes y esa habitación no estaba preparada, había que dejarla lista a toda prisa para ellos.

—¿También justifica eso que se mostrasen nerviosos tu padre, tu hermana y Eusebio?

—Siempre aceleramos el paso cuando llegan clientes inesperados.

—Ellos tenían reserva, no eran clientes de improviso.

—Pero pidieron esa habitación y…

—Y tú se la diste sin consultar a nadie más, tu padre y Eusebio no sabían nada de eso.

—Se lo dije unas horas más tarde. Mi padre se enfadó mucho.

—Quizás porque tenías la orden de él de no asignarla a nadie. ¿Por qué se puso nervioso Eusebio? Esa noche estuvo mucho tiempo dentro del hotel ayudando en las tareas de limpieza —volvió a mentir Esther, suponiendo que el anciano, si era sospechoso del doble crimen, estaría en el interior del edificio de un modo inusual.

—No lo sé, Eusebio es algo huraño y no dice lo que piensa o siente.

—¿Nunca lo llamas tío Eusebio? Es como solías llamarlo cuando eras más pequeño.

—¿Eh? No recuerdo cuándo fue eso. Aunque siempre ha sido como de la familia todos estos años, pero…

—Nos han dicho en el pueblo que lo tratas, al igual que tu hermana, como a tu tío.

—Es una forma de hablar.

—Tu padre lo trataba como a un hermano.

—Siempre ha sido un buen empleado, desde la época de mi abuelo.

—Tu abuelo le legó un tercio de la propiedad del hotel en su herencia, la misma porción que a tu padre y que a vosotros dos, Elena y tú. ¿Me vas a decir que no sabes eso?

—Yo…

—Vamos, deja de mostrar esa fachada de niño inocente que no sabe que los reyes magos son los padres. Tienes que conocer la herencia que te legó tu abuelo, además de haber visto durante toda tu vida el trato entre Eusebio y tu padre, y el que tenía para Elena y para ti. ¿Nunca te has hecho preguntas? ¿Nunca has oído las habladurías del pueblo?

—Yo no… —agachó la cabeza, se llevó las manos al cabello y tiró con fuerza de ellos, como si quisiera arrancárselos de repente, lo que tomó por sorpresa a Esther y África—. Nunca se enfrentó a él, nunca nos defendió, parecía darle igual que padre nos educase a palos, solo quería seguir en el hotel, en sus putos jardines de mierda. ¿Quién querría un trabajo así y mantenerlo a toda costa? —Juan José lloraba sin parar.

—Cálmate, comprendemos lo que has pasado, pero eso ya ha quedado atrás. Por favor, céntrate en Eusebio, ¿qué más puedes decirnos de él?

—Ese viejo está obsesionado con el hotel, no sé el motivo, es así desde que lo conozco, desde que yo era un niño pequeño. Se volvió loco el pasado viernes, cuando se enteró que habían ocupado esa habitación, eso afectó a todos, a mí, a Elena y a mi padre. Eusebio no paraba de llorar y de pedir a voces que no volviese a ocurrir lo de antes. No sé más, nunca he hablado con él para saber si tenía algo particular con esa habitación o por qué hizo eso.

—¿Por qué hizo qué?

—¿Cómo?

—Acabas de decir que nunca hablaste con él para saber por qué hizo eso.

—Es una forma de hablar.

—No me convence. Me ocultas algo, algo importante.

—No, en absoluto, Eusebio no ha matado a nadie. Me refería a que no sé el motivo de que se alterase tanto.

—Y si te extraño esa conducta, teniendo confianza con él, ¿por qué no le preguntaste por su estado alterado?

—Aquí… aquí no hacemos esas cosas, hurgar en los sentimientos de los demás. Nos han educado así desde pequeños.

Esther y África sabían que los dos inquilinos del hotel que murieron hacía cincuenta años eran los que habían violado y matado a la mujer de Eusebio, eso lo habían sacado de los partes de denuncia de la Guardia Civil. Tenían el móvil de los crímenes sucedidos, pero no el nombre y el paradero actual del posible asesino.

—¿Sabes dónde se ha podido esconder?

—No lo sé, si no está en su casa…, no conozco otro sitio en el que pueda haberse metido.

—¿Crees que puede estar escondido en alguna habitación u otra estancia de este hotel?

—No lo veo desde que desapareció. Tampoco me he encontrado con él por el hotel cuando he hecho la limpieza de cada día.

—Tendremos que traer a algunos agentes para registrar el lugar, espero tener tu permiso y el de tu hermana, ya que sois los que gestionáis el negocio ahora.

—Claro, no habrá ningún problema.

—Nos marchamos ya, gracias por tu colaboración. Llámanos esta noche si surge algo nuevo, como la aparición de Eusebio.

—Si me encuentro con él, ¿qué hago?

—Si lo oyes o lo ves por el hotel, llámanos de inmediato.

Las dos investigadoras llegaron junto a Moretti en veinte minutos, luego tocaron madera para que el bar restaurante de siempre estuviese abierto y dispuestos a darles de cenar. Demasiado tarde, la cocina estaba cerrada, pero no fue problema que la abriesen cuando el ciego ofreció una propina que allí nunca habían recibido y que quintuplicaba el valor de la comida que iban a pedir.

Mientras devoraban el menú que les ofreció el dueño del local, Esther puso al corriente a Hugo de los adelantos.

—Seguimos con el mismo sospechoso, es el que ha podido cometer los crímenes durante tanto tiempo, está desaparecido, además de tener el móvil de lo ocurrido con su esposa. Y eso sin contar lo de su hermano que se disfraza de cura para hacerse pasar por un fantasma.

—¿Nos olvidamos del resto?

—Ilústrame, Hugo, ¿quiénes son el resto?

—Jacinto, sus hijos y otra posible persona que aún no conocemos.

—La respuesta es no, pero esta es nuestra mejor baza para avanzar.

—Siempre te digo que desconfíes de lo obvio.

—También me has dicho muchas veces que lo obvio suele ser lo acertado.

—Pero en casos fáciles, Esther.

—Quizás este lo sea, pero aún no lo hemos visto. Nos centramos en que es un caso difícil porque lleva cincuenta años sin resolverse, claro que eso no quiere decir nada; tal vez no se ha resuelto porque no se ha investigado como es debido o porque no se han tenido en cuenta todas las variables.

—Para eso estamos aquí, para descubrir esas variables.

África comía en silencio, como siempre, las tertulias durante almuerzos y cenas eran un aprendizaje mucho mejor que el recibido en la academia de policía. Entonces se quedó muda y con la boca abierta mirando al fondo del establecimiento.

—¿África? ¿Qué te pasa? —preguntó Esther.

La aludida tomó la cabeza de su compañera entre las manos y se la giró para que mirara la pantalla del televisor encendido, aunque sin sonido a esa hora de la noche. Aparecían ellos en las noticias.

—¡Por favor! —gritó Esther al camarero que seguía tras la barra—¡Sube el volumen! —El hombre obedeció sin darse mucha prisa.

—Son los reporteros que nos han abordado hoy.

—Lo estoy viendo.

—¿Os ha molestado la prensa? Eso no me lo habíais dicho.

—Hugo, solo fueron unas preguntas indiscretas en mitad de la calle, estábamos cansadas tras lo de la Guardia Civil y respondí amablemente a las primeras, luego nos deshicimos de ellos para seguir con la labor.

—Pues, por lo que oigo, no os están tratando muy bien —respondió el exinspector.

Él oía la televisión, las voces de Esther y África para quitárselos de en medio sin mucho éxito, se apreciaba una creciente tensión en los tonos de voz de las chicas y de los reporteros. El presentador del informativo dio paso a otro video, en él aparecía Simón Ramos dando una rueda de prensa oficial y narrando lo que se podía contar sobre el caso, como siempre. Hugo había hecho un puñado de ellas en el pasado y notó por la voz que Simón se ponía igual de tenso, a pesar de los años de experiencia, que el propio ciego cuando tenía que cumplir con esa labor. Simón no paraba de hablar:

« …repito que se trata de un caso con el que nos acabamos de encontrar, aunque lleve abierto medio siglo. Tenemos a los mejores investigadores en él y estamos a la espera de resultados. No, no contemplamos esa idea absurda de que el asesino sea un fantasma, eso es solo una habladuría, algo sin sentido. Confiamos en poder deciros algo más al respecto en pocos días».

El presentador del noticiario se limitó a decir lo obvio, que la Policía Nacional estaba investigando y aún no tenían nada. El asesino, en caso de no tratarse de un fantasma —eso lo dijo cambiando el tono de voz—, seguía considerándose un misterio. Luego dio paso a otro video que sorprendió a los comensales del restaurante, sobre todo al ver de quién se trataba: el teniente de la UCO de la Guardia Civil asignado antes al caso.

«No podemos hacer declaraciones sobre el nuevo suceso y no sé a ciencia cierta si las puedo hacer de los anteriores, ya que el caso ha sido asignado, yo diría que secuestrado, por parte del Ministerio del Interior para que lo lleve la Policía Nacional. Nosotros hemos hecho lo que hemos podido tras recabar la información de los sucesos acaecidos esos años por parte de los agentes y de los investigadores de la UCO. Hemos hecho todo lo posible y nos mostramos participativos y consecuentes con la gravedad del asunto».

Esther no necesitaba usar la psicología, ese tipo era un capullo, arrogante cuando la trató, abusivo cuando supo que se había llevado un informe sin permiso, aunque podría haber logrado ese permiso de la fiscalía sin problema en cuestión de una hora; y, en estos momentos, como el investigador más eficaz para resolver un enigma que no había logrado descifrar, pero le habían quitado de las manos en su propio patio de recreo. La subinspectora seguía viendo y oyendo la entrevista.

El periodista le preguntó: «¿entonces, no les permiten participar?».

«Menos que eso, nos han apartado por completo y hemos tenido que soportar que los investigadores de la Policía Nacional nos avasallen y se lleven sin permiso los partes de los casos de años anteriores. Esa supuesta policía estrella, Esther Gallardo, llegó con una subalterna para rebuscar en nuestros archivos y marcharse llevándose documentos sin pedir autorización ni órdenes judiciales, como vulgares ladrones. Nosotros se los habríamos concedido sin dudar, pero prefirieron obrar de esa forma».

—Joder, Esther —dijo Moretti.

—Lección aprendida.

—Más te vale, a ver si esto no tiene repercusiones.

—Lo que importa es el caso, Hugo.

—Eso lo veremos si lo solucionamos.

El entrevistador quiso ahondar más en la herida.

«¿Siguen proporcionando datos y colaboración a esa investigadora?».

«Esther Gallardo se llama, no lo olvide —repitió el teniente—. Seguimos aquí dispuestos a ayudar, pero no han solicitado nuestro apoyo en ningún momento».

El presentador hizo una mueca muy clara al regresar a él el protagonismo del momento. Estaban poniendo por los suelos el trabajo de Esther y eso se notaba porque aparecían las imágenes de la breve y tensa entrevista en la calle en modo bucle, mientras el presentador permanecía en un diminuto cuadrado abajo a la derecha de la pantalla.

—Hijos de puta.

—Esther, cálmate. Esto es lo que pasa siempre, lo que debemos esperar en cada caso. Pensaba que ya te habías acostumbrado o preparado, lo que sea en tu caso.

Esther se había dejado caer en la silla hasta el punto exacto de casi desaparecer ante la vista de sus acompañantes, quisiera hacerse invisible, o quizás pasar a otra dimensión; tampoco estaría mal morirse de un infarto en ese mismo momento y reunirse con su madre.

—Estas cosas me hacen pensar que no vale la pena, ni resolver los casos ni haberme hecho policía ni nada más que morirme y que a nadie le importe.

—¿Cómo puedes decir eso? —Lo dijo África, pero Moretti lo habría firmado en el acto.

Esther sintió las manos de los dos aferrando las suyas mientras no podía parar de mirar la televisión, que mostraba en bucle infinito la mierda de noticia. Sentía cómo las energías la abandonaban, a pesar de haber cenado bien y de sentir que estaba haciendo lo correcto con el caso.

—Esther, eso es basura —dijo África.

—Solo quiero irme junto a mi hermana y desaparecer durante un año o una década, eso último sería mejor.

Moretti tomó el control.

—Esto que estás sintiendo nos ha pasado a todos, la sensación de que nos hemos equivocado mezclada con el miedo a defraudar a los demás y a nosotros mismos, también con una pizca de vergüenza y de desazón por no avanzar en el caso. No dejes que los estímulos externos te afecten de esa forma, no dejes que te derribe las murallas una amenaza que no es tan fuerte como imaginas ahora, solo un soplido del lobo contra la casa de ladrillo del cerdito más inteligente.

—Buen símil.

—Y eso que no es mi fuerte, ya lo sabes. Te cuento cómo funciona el mundo: los noticiarios han cambiado mucho en las dos últimas décadas; antes, se limitaban a informar, dar datos de forma objetiva y seguir con la siguiente noticia. Entonces llegaron los programas matinales de contenidos diversos, los que se centraban antes casi en exclusiva en noticas rosas o amarillas, cotilleos sobre famosos; tuvieron la fabulosa idea de tratar también casos policiales que estaban de actualidad, usando a los mismos colaboradores para hablar de temas serios, principalmente de homicidios y secuestros que tenían gran repercusión pública; con su enfoque amarillista y cargado de subjetividad, señalaban a culpables que no eran más que sospechosos, su actitud era como colocar dianas en las espaldas de esas personas que no habían sido detenidas ni juzgadas, pero les funcionó la fórmula y eso hizo que los noticiarios, serios hasta ese momento, dieran un lento pero progresivo giro en su forma de narrar los sucesos. No olvides que un noticiario es un programa de televisión y busca, por encima de todo, tener la máxima audiencia, aun apartando la tarea de informar con ética y profesionalidad.

—El mundo se va a la mierda, Hugo.

—Claro que sí. Pero nuestra labor es la de resolver el caso.

—No solo me fastidia lo que ha dicho ese presentador de noticias, también la actitud y las mentiras del teniente de la Guardia Civil.

—Eso último ha sido una temeridad por su parte, algo arriesgado, peligroso, que puede estallarle en la cara.

—¿A qué te refieres?

—Si resolvemos el caso, los informativos no se disculparán con nosotros, contigo, sino que darán un giro respecto a sus objetivos a atacar. Ahora hablan de cómo actuamos y de que no resolvemos el caso y actuamos como ladrones en los archivos ajenos; luego se centrarán en lo inútil que resulta la Guardia Civil si no han resuelto los crímenes en cincuenta años, cuando nosotros lo hemos hecho en días o semanas. Ellos nunca se disculpan ante las personas a las que han atacado, simplemente pasan a atacar a otros para crear controversia e indignación entre los ciudadanos.

Esther comprendía todo lo que le había dicho Moretti, pero eso no la consolaba, no le quitaba el deseo de marcharse y dejar la Policía, aun siendo investigadora lo que más deseaba ser desde su adolescencia.

Y le llegaron dos mensajes el teléfono, uno de su hermana mayor y otro de su padre.

«Fantástico, lo que me faltaba, tener que repetir la conversación de Hugo con mi familia…».

Secretos

Salió en mitad de la madrugada dejando la puerta abierta, sin importarle siquiera, ni había pensado en el detalle de dejar abandonado el negocio ante posibles clientes o robos, tenía otras cosas en las que ocupar su mente. Montó en el coche y puso rumbo hacia el pueblo, a su casa, tardó solo siete minutos en llegar al no haber tráfico y acelerar más de la cuenta, se encontró con la puerta cerrada con llave, algo nuevo y que no esperaba; regresó al hotel y cogió el llavero para volver a casa. Abrió y fue hacia el dormitorio del fondo a la derecha. La vivienda se mostraba oscura como la noche más cerrada que hubiese contemplado, pero se conocía su casa de memoria.

Abrió la puerta de repente.

—¿Padre?

—No, soy yo —dijo tras el sobresalto de su hermana.

—¿Juanjo? ¿Ha pasado algo?

—Dímelo tú. ¿Has hablado con los policías?

—¿Qué me dices? Aún estoy dormida. ¿Qué dices de los policías?

—Han venido al hotel esta noche.

—¿Has dejado el hotel cerrado?

—Eso no importa.

—¿Cómo que no importa? Padre nos dará una paliza por haberlo hecho.

—Deja eso y respóndeme. Me han preguntado por el tío Eusebio, ¿qué les has dicho?

—Yo no he dicho nada. —La chica ya se había levantado, tras encender la luz de la mesita de noche, y buscaba su bata con la mirada—. Ellos han investigado por el pueblo.

—No me creo que…

—No son como los guardiaciviles que conocemos, estos policías no se van a marchar sin saber lo que ha ocurrido y sin llevarse al culpable; estos están decididos a descubrir la verdad y son capaces de hacerlo.

—¡Joder!

—¿Por qué estás tan nervioso? Nunca te había visto así.

—¿Acaso tú no lo estás? Si se llevan a Eusebio…

—¿Te preocupa eso más que lo de padre?

—Se lo ha ganado a pulso, padre debe pagar también por lo que nos ha hecho a nosotros.

—Lo sé, pero no es eso en lo que debemos pensar. ¿No te importa el hotel, el legado de la familia, la casa?

—Elena, quiero marcharme de aquí y olvidarme de todo lo que llevo viviendo desde que nací. ¿Acaso tú no quieres lo mismo?

—Siempre he soñado con hacerlo, pero no de esta forma.

—¿Y si no hay otra forma?

—Sabes lo que ha pasado con el hotel en el pasado, debiste pensar en eso al acercarte a esa agente de policía. ¿Qué va a pasar con la memoria del abuelo o con el futuro de padre?

—No puedo pensar en otra cosa que no sea ella.

—Pero eres consciente de que todo eso nos salpicará, te salpicará mucho a ti también y tendrás que asumirlo.

—Me da igual, confío en África.

—No la conoces de nada, acaba de aparecer en tu vida, no sabes nada sobre ella; entiendo que estás enamorado y piensas sin contemplar las consecuencias.

—No me importan las consecuencias.

—Vuelve al hotel, vuelve a la normalidad y dejemos que estos días pasen, no hagas una tontería, no delates esos crímenes. Quizás esos policías nunca los resuelvan.

—¿Tú crees en eso?

—Yo solo tengo esperanza en que no acabemos peor de lo que ya estamos.

Juan José no dijo nada más, solo se marchó en silencio del dormitorio y de la casa, regresó al hotel y se colocó tras el mostrador, donde debía estar y donde permanecería a la espera, como le había aconsejado su hermana, de las averiguaciones de los investigadores.

«Ojalá se marchen sin saber la verdad, ojalá Elena tenga razón. Nos esperan días difíciles y tengo que permanecer aquí para tratar por todos los medios de que nada se sepa».

Fernando Costa

Fernando Costa recibió una orden de su comisario la tarde anterior; el agente, asignado a patrullar durante los dos años que llevaba sirviendo en el Cuerpo, la acogió como si fuese el premio millonario de la lotería; es con lo que soñaba desde antes de entrar en la academia. Se marchó a casa sin ser capaz de despedirse siquiera de sus compañeros en la comisaría. Llevaba la carpeta con los datos del caso aferrada durante el camino, casi con miedo a abrirla y leerla, para eso invertiría el momento entre la cena y acostarse, si es que lograba que le llegase el apetito y luego el sueño.

Vivía solo en un apartamento del barrio de la Latina, uno que pudo alquilar a un precio aceptable porque se caía a pedazos y aseguró al casero que no lo molestaría, que se encargaría él de reparar los desperfectos que ya se apreciaban y los que fueran surgiendo con el tiempo.

Se dio una ducha rápida y, con el pijama puesto, fue a la cocina y calentó una *pizza* en el horno de las que guardaba en el frigorífico. Esperó esos quince minutos mientras daba sorbos a un vaso de agua, y se encaminó al pequeño salón-comedor con el plato quemándole las manos. Encendió el televisor y, tras pensárselo unos segundos, lo apagó.

Cortó la *pizza* en ocho porciones, como siempre, tomó una y la dejó al instante sobre el plato, aún quemaba, así que aprovechó para hacer lo que estaba deseando desde hacía dos horas: abrir la carpeta con el informe del caso que le había dado el comisario y conocer los detalles del asunto policial del que todos hablaban en la comisaría y en la televisión.

Estuvo leyendo las páginas hasta comprender que la *pizza* ya estaría fría, pero no le importaba. Comenzó a tomar y comer porciones mientras no dejaba de leer.

Había oído hablar de casos anteriores de ese equipo especial en la brigada de Homicidios, pero no imaginaba ni soñaba que iba a formar parte de ella, mucho menos que se inmiscuiría, aunque fuese como agente de apoyo, en un caso en el que fantasmas fueran los sospechosos. Tuvo que leer dos veces el informe, ya había terminado con la cena, para hacerse cargo de lo que se avecinaba.

«Pero dicen todos en la comisaría que esa chica no da la talla. Llevo oyendo eso desde casi mi incorporación. Habladurías sobre que se acuesta con inspectores y demás leyendas urbanas. ¿Tengo que creer en eso? Me he esforzado sin dejarme llevar por los consejos de los que llevan allí más años y me ha ido bien; ahora me ha llamado el comisario para apoyar en un caso mucho más importante de los que he llevado. ¿Qué hacer? Está claro que olvidarme de habladurías y centrarme en mi trabajo, ya juzgaré por mí mismo en unas semanas o meses. Mañana tengo que ir a un pueblo de la zona norte e incorporarme a un caso del que solo conozco el informe, además de tener a mi lado a personas desconocidas. Será una noche difícil, unas semanas difíciles. Tengo que descansar».

Y Fernando Costa trató de dormirse, aunque le costaría más que nunca desde que había llegado a la comisaría, incluso más que aquella primera jornada cargada de ilusión.

Un plan

Hugo Moretti se despertó como las noches anteriores, tras no recordar lo que había soñado y sintiendo que le faltaba algo cerca, más bien alguien. Esther no estaba en la cama. Se incorporó y atusó su cabello, de repente le había vuelto a la memoria el sueño —más bien pesadilla— que había tenido. No lograba recuperar la visión tras la operación en Suiza y seguía como hasta ahora, siendo un simple apoyo, un consejero, sin poder observar los casos, a los sospechosos, a los cómplices, a los familiares y amigos con los que se entrevistaría; y mucho menos lo más importante: las escenas de los crímenes. Una pesadilla en toda regla. Esther permanecería a su lado, pero ¿durante cuánto tiempo? Al final de la pesadilla, ella no estaba y él sentía que la vida se le escapaba de entre las manos como si fuese agua que tratase de retener apretando con todas sus fuerzas.

Fue al cuarto de baño y no la encontró allí, tiró de memoria de los últimos días y supuso dónde estaría la chica. No iba a recriminárselo.

Ya vestido, salió de la habitación para ir a la de al lado y golpear la puerta despacio, luego más fuerte, como la otra vez, como un *déjà vu*.

Volvió a abrir Esther la puerta de la habitación, la misma mirada de la otra vez, el mismo ritual, seguía el *déjà vu*. África, como le había contado durante un almuerzo anterior, seguía con las pesadillas por su pasado. Todas las personas, al menos las que conocía Moretti, parecían ser esclavas de sucesos de su vida, arrastrando traumas. Quizás Esther, como psicóloga, confirmaría que era algo habitual en cada ser humano, sobre todo a medida que se añadían experiencias de la vida, especialmente las negativas, a sus recuerdos.

Tras el desayuno y programar el día, recibió Esther la llamada de un número desconocido, descolgó para conversar y:

—¿Sí?

—¿Subinspectora Esther Gallardo?

—Sí, ¿quién eres?

—Soy el agente Fernando Costa, el comisario me ha asignado al dispositivo. Estoy llegando al pueblo de La Acebeda, pero no sé dónde está usted y el resto del equipo.

—Estamos en un pueblo cercano, no tardaremos mucho en llegar, espéranos en la plaza. ¿Vas hacía ahí?

—No, me dirigía al hotel.

—Mejor aún, allí nos vemos en unos minutos.

Esther colgó e informó de las noticias a sus compañeros.

—¿Un nuevo ayudante? El comisario se toma en serio el caso, seguro que tras las noticias de anoche —dijo Moretti.

—Es lo que he pensado. Cada investigador implicado es un aporte —añadió Esther.

África no dijo nada, solo pensaba en no quedarse fuera del equipo al que pertenecía y con quien había tomado confianza hasta considerarlos amigos, casi parte de su familia. ¿Ese agente nuevo sería el chófer en los siguientes casos? ¿La sustituiría como la agente de apoyo principal y a los mandos del coche? ¿Ya no confiaba el comisario en ella y la enviaría de vuelta a la comisaría? La inseguridad entró en la chica de repente como un virus de la gripe que la hiciese quedarse guardando cama y tomando medicinas al instante, pero luego seguir así para el resto de su carrera profesional.

—¿Qué sabemos de ese chico? —preguntó tímidamente África.

—Nada, solo que lo envía el comisario para ayudar —respondió Esther.

—¿Ayudar en qué?

—Pues en la investigación… ¿Qué te pasa?

—Nada, era solo por preguntar.

Antes de desayunar, habían recogido sus enseres de las habitaciones para regresar al hotel de los hermanos Benavides y aceptar la invitación de Elena; así estarían de nuevo en el lugar de los hechos, aunque se alejarían unos kilómetros del bar-restaurante del que disfrutaban en los desayunos, comidas y cenas.

Llegaron al hotel a las nueve y cuarto. Había un coche patrulla de la Policía Nacional aparcado en la puerta. Dentro se encontraron con el agente uniformado enfrascado en una conversación que no se sabría definir entre formal o informal con Elena, pues esta sonreía como nunca antes la habían visto Esther y África.

—Buenos días.

El agente irguió su postura y saludó a Esther y Moretti como a superiores, aun sabiendo que este último no pertenecía ya oficialmente al Cuerpo; también le dedicó una sonrisa a África, esta fue la única que no devolvió el saludo al chico.

Fernando Costa tendría unos veinticinco años, medía metro noventa, complexión atlética, cabello moreno que contrastaba con su piel muy blanca y los ojos de un azul intenso; África lo había visto docenas de veces por la comisaría y sabía que tenía fama de seductor con las agentes jóvenes y de entregado a su trabajo por partes iguales; un cóctel peligroso, pensó, aunque no sabría decir el motivo por el que desconfiaba de él; o sí lo sabía, pero prefería no reconocer su miedo ante la llegada del nuevo ayudante.

—Buenos días, hablaba con vuestro compañero —dijo algo azorada Elena.

—Hemos venido a alojarnos, si es que sigue en pie la oferta que nos hiciste ayer. —Moretti fue a lo práctico, para dejar los equipajes en las habitaciones antes de dialogar con el agente y preguntarle si había hablado del caso con la chica.

—Claro —respondió ella, volvía a ser la tímida y distante de siempre—, tengo las mismas habitaciones preparadas para vosotros.

—Habrá un cambio, espero que no sea molestia —dijo Esther.

Todos la miraron, incluyendo el agente nuevo y la recepcionista.

—¿Un cambio? ¿No te gustó la habitación?

—Me pareció perfecta, pero ahora queremos cuatro habitaciones.

Moretti se quedó sin respiración, ¿a qué venía eso? ¿Qué había pasado entre ellos? ¿Esther se había enfadado con él y no tenía ni idea aún del motivo? ¿Se iba a dormir con África por las noches por otra razón que él desconocía?

—¿Esther?

—Ahora no, Hugo, espera unos segundos. Elena, quiero para mí la habitación diecisiete.

Elena miró a Esther, luego a los demás, de nuevo a Esther… no sabía qué decir ni hacer.

—¿Hay algún problema? Según tengo entendido, la han limpiado tras los crímenes. Si no está lista del todo, esperaré las horas que hagan falta, pero es en la que quiero pasar la noche.

Moretti se acercó a ella para susurrarle al oído:

—Esther, ¿se puede saber qué haces? Esto no me lo habías dicho.

—Dicen que hay un fantasma que asesina a los huéspedes de esa habitación desde hace cincuenta años, hemos venido para saber si es cierto o si se trata de un asesino convencional, ¿verdad? Pues vamos a solucionar esto de la forma más rápida.

—Deja de obrar como si fueses Cristina Collado y sigue el procedimiento.

—Eso último hago.

—¿Exponiéndote a un peligro innecesario?

—¿Peligro innecesario? Soy policía y voy armada, tengo a dos… a tres compañeros ahora a mi lado. ¿Qué peligro? ¿Por qué has dicho lo de Cristina?

—Quieres ser como ella, o mejor que ella, lo siento desde que la conocimos, es tu meta.

—No es mi meta ser mejor que ella.

—Entonces, ¿cuál es tu meta?

—La tuya es enfrentarte a tu miedo, por eso quieres operarte para volver a recuperar la vista. La meta de África es capturar y castigar a alguien que le hizo daño en el pasado, también para enfrentarse a su miedo. Se trata de vencer esos miedos. El mío es el narcisismo, tengo que ganar seguridad y confianza en mí misma para vencer mis miedos, como todo el mundo, tengo que hacerme fuerte. Este es el paso que siento que debo dar y lo daré con tu permiso o sin él. Me quedaré esta noche en esa habitación y no admito discusión alguna. Vamos a resolver este caso lo antes posible.

—Los casos difíciles no se resuelven en un día o dos, no se precipitan, hay que masticarlos bien y degustarlos para descifrar los ingredientes.

—No me vengas con metáforas culinarias, te conozco y sé que te aferras a lo que sea para hacerme cambiar de opinión cuando te llega el síndrome del príncipe azul salvador de su princesa. Si no logras hacerlo, lo siguiente será decirme que pasarás la noche a mi lado, pero no lo aceptaré, por orgullo personal, profesional y porque no me servirías de mucho en un enfrentamiento con el asesino, si es que viene a por mí.

—¿Y tener a África a tu lado?

—Lo esperaba, ya que no te sentirías seguro si el agente nuevo pasara la noche a mi lado en la habitación.

—No soy una persona celosa.

—Lo sé, pero eso no quita que te sientas más seguro si me acompaña una chica.

—Pero…

—Dejemos la conversación entre susurros, todos nos están mirando sin comprender lo que ocurre. Vamos a seguir con el plan y confía en mí por una vez.

—He confiado en ti muchas veces, las mismas que he pasado la noche en vela.

—Pues una noche más no será tan trágico.

—Esther, soy tu consejero, mi labor es decirte cuándo te equivocas.

—Y yo acepto el consejo y obro en consecuencia tomando la decisión final, para eso soy la investigadora que lleva el caso.

Ella sabía que sus decisiones más locas provocaban el caos y el miedo en la mente de su pareja profesional y personal, pero estaba más que decidida a seguir adelante. Sentía que sus palabras y el tono de su voz habían sido demasiado secos y distantes, pero no había tiempo para adornarlos o suavizarlos.

La subinspectora se giró hacia Elena y le dijo que esperaría a que estuviese lista la habitación para ir a llevar sus cosas allí. La recepcionista y camarera del restaurante del hotel se mostraba aún muy alterada y seria, nada que ver con el semblante divertido y relajado que exhibía ante el agente cuando llegaron.

Fueron a llevar sus maletas a las habitaciones de Moretti, África y Fernando. Esther dejó provisionalmente su equipaje junto al de Hugo. Y partieron a los jardines, que se mostraban igual de bellos que siempre esa mañana de otoño, aunque con un nuevo añadido: la decadencia que aportaban las hojas caídas de los árboles por todas partes y que ningún jardinero había recogido, pues Eusebio seguía desaparecido.

Desde la distancia, el lugar parecería un jardín otoñal recorrido por enamorados en una pintura renacentista, con dos parejas distanciadas unos metros entre ellas y caminando despacio, pero nada más alejado de la realidad.

Esther y Moretti seguían debatiendo la imprudencia que quería cometer la subinspectora esa noche. África solo comunicaba a Fernando los avances en el caso tras las entrevistas con los vecinos y lo descubierto en el registro de casos antiguos de la Guardia Civil.

—No quiero que tengas un encontronazo con el asesino esta noche, uno mortal.

—Sé cuidarme, Hugo.

—Eso no funciona siempre; a la larga, acaba llegando la tragedia.

…

—Y sospechamos que Eusebio esté escondido y pueda atacar a Esther esta noche si se queda en esa habitación.

—Me alegra saber que no pensáis, igual que yo, que exista un fantasma, sino un asesino de carne y hueso.

—Tenemos más que indicios de que eso no es posible.

…

—Esther, lo que vas a hacer no va en contra del reglamento, pero sí del sentido común si tenemos en cuenta que todos los inquilinos de esa habitación han sido asesinados en los últimos cincuenta años.

—El sentido común es diferente para los turistas que para los policías, buscamos experiencias diferentes en esa habitación, nosotros sabemos lo que puede pasar. Y no voy a dormir plácidamente, voy a estar esperando al asesino bien despierta, si es que aparece.

…

—Lo que va a hacer Esther nos obligará a estar despiertos toda la noche; incluso, si ella lo decide, escondidos en su habitación, a la espera de ese asesino.

—Ya te aseguro que no será un fantasma, África. Pero dudo de que el asesino pique el anzuelo, es una trampa en toda regla y se cuidará de no caer en ella.

—Ya lo veremos.

…

—El asesino no aparecerá, Esther; lo sabes.

—Bueno, pero se verá forzado a elegir entre seguir con su locura de crímenes o vivir con la sensación de ser un cobarde o de no haber terminado con su misión personal. Es pura psicología.

—Lo sé, siempre la usas. Pero no te dará resultado en todos los casos; los criminales obsesionados no obran como el resto de las personas, tienen motivaciones que se escapan de nuestro entendimiento, cosa que se descubre analizando los pasos que dan. Temo por ti.

—Deja eso, tienes que pensar que soy un compañero más.

—No eres un compañero más.

—Ya me entiendes.

—Entiendo tu punto de vista, ahora te toca a ti entender el mío.

…

—¿Crees que tu oficial al mando, la subinspectora, está haciendo lo correcto? ¿Crees que es una buena decisión?

—Confío en ella. Esther siempre ha acertado en sus decisiones.

—Eso espero, porque esta noche será muy complicada para todos.

—No lo dudes. Todos somos un equipo aquí, también lo espero de ti, además de ellos ahí delante.

—¿Tienes la convicción de que ese tal Eusebio vendrá a asesinar a la subinspectora?

—Es más que probable, y tenemos que estar a su lado.

Noche de locura

La noche llegó en un suspiro, así lo sintió Moretti, que se pasó horas esperando un adelanto en el caso que impidiese la locura de Esther. Ocupar la habitación diecisiete era como saltar al vacío desde un precipicio, aunque la chica estuviese arropada de policías y ella misma fuese armada y permaneciese despierta para esperar al homicida. Eso era lo que lo mortificaba desde que oyó la decisión de su compañera. Jamás había creído en fantasmas hasta ese momento, ya que todos sus sentidos, salvo la vista, se habían puesto alerta de repente para decirle que era el momento de creer en lo imposible. Si todo lo investigado era erróneo, si existía finalmente un fantasma…

«Después de todo, un ateo siempre comienza a creer en Dios cuando se enfrenta a una enfermedad terminal».

Eso era para él la situación, como lo había sido en los casos anteriores; Moretti se había vuelto creyente al conocer a Esther y eso no le gustaba lo más mínimo, implicaba que la chica siempre se ponía en un peligro excesivo al afrontar los casos, se ponía a prueba a sí misma de un modo suicida.

Habían cenado en el hotel, no en el restaurante del pueblo de al lado, así que no había sido tan satisfactorio culinariamente, pero sí comenzaban a conocer al nuevo miembro del equipo, que se mostraba participativo, muy lanzado en su labor.

Fernando había memorizado el informe que le dio el comisario y también recibió los avances que el equipo había hecho en las últimas veinticuatro horas; ahora aportaba ideas al respecto muy interesantes.

—Podemos resolver el caso si metemos cámaras ocultas en la habitación diecisiete y monitorizamos desde la nuestra. También podemos ocultarnos todos en esa habitación a la espera del asesino. Podemos hacer guardia desde el exterior, controlando las puertas y ventanas de acceso del lugar durante la noche. Somos cuatro policías y podemos resolver esto. Estoy con Gallardo, es una forma rápida de solucionar el caso. Rápido no significa que salga mal si se estudia todo a conciencia para que no haya errores.

África y Esther se mostraban eufóricas ante ese mensaje de optimismo. Moretti no tanto y puso en ese momento la nota de cordura:

—A ver, todo eso suena fantástico, pero vayamos por partes: no tenemos cámaras para ocultar dentro de la habitación ni monitores para seguirlas desde las nuestras. Podemos ocultarnos dentro de ella para esperar al asesino, pero él podría saberlo si lleva cincuenta años asesinando a los inquilinos y lo lógico es que decida no actuar esta noche. Somos cuatro policías, aunque solo tres, vosotros, podáis actuar con las armas contra él, si es que aparece. Rápido no significa que salga mal en determinados casos, pero tampoco que salga bien; no te ofendas, Fernando, pero yo resuelvo casos en horas porque mi experiencia me dicta que son fáciles, que ha habido docenas de errores en la actuación del criminal. Ahora, en este caso en concreto, os digo que el asesino no ha sido descubierto en cinco décadas porque lo hace bien, no deja huellas, no se deja ver al entrar y salir del lugar, no solo porque la Guardia Civil no haya hecho bien su trabajo, que es otro posible factor. No vengamos aquí a mostrarnos como superhéroes mucho más preparados que los guardiaciviles que han investigado antes. Sé que me estás mirando, Esther, puedo detectar tu rabia por no apoyarte, pero tengo que ser esa nota discordante que es necesaria siempre en todos los planteamientos.

—¿No crees que pueda salir bien?

—Puede resolverse el caso esta noche, no lo discuto, pero también existe la probabilidad de que todo se vaya a la mierda y mañana estén varios policías en bolsas para cadáveres a la espera del traslado al Anatómico Forense.

—¿Crees que ese asesino con un cuchillo nos matará estando nosotros armados y esperándolo?

—Eres optimista, es algo típico de la edad y de la inexperiencia. Cuando era agente y patrullaba por las calles de Madrid durante la noche, vi a agentes expertos en artes marciales, con chalecos antibalas, sus armas reglamentarias, pistolas eléctricas y las porras, entrar en una discoteca o bar a reducir a un tipo que estaba comportándose como no debía; todo parecía fácil, pero esos agentes acabaron en varias ocasiones en el hospital, algunas veces en el cementerio. No todo es tan fácil y bonito como se plantea. Ser cauteloso es esencial cuando se persigue a un asesino, más aún cuando se trata de alguien que ha burlado a la justicia durante tantos años. Creernos los Vengadores de la película no hará que nos comportemos como ellos y obtengamos los mismos resultados positivos. Los casos se resuelven con células grises, no con balas y testosterona.

Sus tres acompañantes no pudieron añadir nada al discurso del ciego, solo Esther, que tras unos segundos dijo:

—Te comprendo y estoy de acuerdo con lo que dices, pero ya nos hemos lanzado a ello y toca estar despiertos esta noche.

Sus compañeros asintieron, aunque ya no estaban tan eufóricos ante la idea de resolver el caso de una forma rápida y fácil.

—Lo sé, está todo decidido para tender esa trampa al asesino. Si aparece esta noche, espero que no tengamos más víctima que él mismo. Tanto si es así como si hay que lamentar pérdidas entre nosotros, tendremos que detener a Elena, que está como recepcionista hoy, y a quien tenga acceso al sistema interno del hotel para saber que hay una nueva inquilina en esa habitación.

—¿No te fías de ella? —preguntó África.

—Yo nunca me fío de nadie.

Todos tenían su cometido, entrar en sus respectivos dormitorios y permanecer en ellos durante la noche haciendo lo que se supone que debían: dormir y descansar. Pero, a la una de la madrugada, salieron en silencio África y Fernando de sus habitaciones y entraron en la de Esther a hurtadillas, la famosa habitación diecisiete, maldita por un fantasma según la leyenda de la zona. Se ocultaron ambos en el cuarto de baño, con la puerta entreabierta.

Esther fingía que dormía, o lo hacía realmente, eso no lo sabían con certeza sus dos compañeros, cuando Fernando le susurró a África:

—¿Crees que picará el anzuelo?

—¿El asesino? Espero que sí, así terminaremos esto pronto.

—¿Acaso no te gustan los casos y quieres terminarnos lo antes posible?

—No me conoces de nada, no me juzgues.

—Joder, no hacía eso, lo siento si te he molestado.

—¿Para qué te ha mandado el comisario?

—No comprendo tu pregunta, ya sabes que soy un agente de apoyo para el caso.

—¿Seguro? ¿Solo eso?

—¿A qué viene esa forma de mirarme y el interrogatorio?

—Olvídalo, solo estoy tensa por… por temas personales.

—Me los puedes contar.

«Claro, a ti te los voy a decir. Seguro que estás a la espera de ocupar mi puesto. No me fío de ti, eres un trepa que espera la oportunidad para crecer a costa de otros. Limítate a hacer tu trabajo. Esta noche será más difícil de lo que pensaba».

—Déjalo, ya otro día te cuento —se limitó a susurrar.

—No, en serio, se me da bien escuchar.

—Pero no quiero hablar, respétalo.

—Oh, vale, comprendo. Discúlpame.

—Vamos a estar atentos, no quiero que entre el asesino y que no lo oigamos por estar de cháchara.

El agente Fernando Costa no añadió nada y África siguió observando la cama en la que supuestamente dormía plácidamente Esther. La subinspectora seguro que no pegaba ojo en toda la noche, pero interpretaría bien su papel. Moretti estaría dando paseos alrededor de su habitación al otro lado de la pared, mordiéndose las uñas a la espera de algún sonido que le hiciese saber que tenía que ir corriendo a ver qué sucedía. En el fondo, solo Esther, África y ese chico nuevo, del que no se fiaba la agente, eran los que tenían que estar alerta. No solo por si entraba el asesino, sino también por si no llevaba un cuchillo esta vez, sino una pistola o escopeta.

Sería una noche muy larga.

La noche se cernía sobre la zona con toda la oscuridad y humedad que requería el otoño en la sierra de la comunidad de Madrid, a lo que estaban más que acostumbrados los lugareños. El reloj marcaba las doce menos cuarto cuando sonó su teléfono móvil. Él se incorporó en su cama, saliendo del sueño entre gruñidos, para coger el aparato y mirar con desdén lo que aparecía en la pantalla.

«¿A estas horas? Algo debe de haber sucedido en el hotel, algo que no esperábamos».

Descolgó y preguntó:

—¿Ha pasado algo?

—Hay un nuevo huésped en la habitación diecisiete. Lo podrás ver en el registro si entras en la aplicación.

—Espera.

Él se levantó de la cama y fue al ordenador portátil que tenía sobre la mesa del salón, tardó unos segundos más porque paró antes en el cuarto de baño para vaciar la vejiga.

—Estoy viéndolo, es una de las policías.

—Sí, sabía que lo descubrirías tarde o temprano. ¿Qué piensas que debemos hacer? Me da miedo todo esto.

—¿Miedo?

—Vale, no hablemos de lo que ha pasado antes.

—¿Cómo que no hablemos de eso? Eso lo es todo.

—Tienes que dejarlo atrás, es peligroso para todos, para ti y también para nosotros. ¿Acaso no piensas en nosotros?

Y se cortó la llamada.

«¿He hecho lo correcto? Seguro que no, no debí llamarle, ahora todos nos pondremos en peligro por una enfermiza obsesión».

Él se quitó el pijama y puso ropa de abrigo, salió de la casa y fue al coche, condujo hasta cerca del hotel, apagando el motor antes de que nadie pudiera oírlo. Caminó en silencio hacia el edificio y entró por la puerta trasera de la cocina. El lugar estaba sumido en la más absoluta oscuridad, pero se conocía la posición de cada mueble, mesa y silla desde que aprendió a caminar. Llegó a la escalera y comenzó a subir hasta la planta primera, luego caminó por el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación diecisiete. Miró su reloj, las dos y cuarto de la madrugada, era pronto. Se quedó allí parado, sin prisas, tenía que ser más listo que nunca antes, tenía que actuar esa misma noche para evitar una tragedia.

Una advertencia

Esther se despertó de un sobresalto, como si hubiese sacado la cabeza del agua justo a tiempo de no morir ahogada tras aguantar la respiración más de lo debido. Su mente se rehízo al instante, tal vez llevada por una urgencia que no comprendía aún del todo.

«¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿Me he dormido? ¿Es algo malo? ¿El caso? ¡¡Mierda, me he dormido!!».

Se levantó como si tuviese un resorte en la espalda y miró a su alrededor, la luz del amanecer apenas entraba por la ventana sin persiana a su derecha. En la penumbra se dirigió al cuarto de baño para vaciar la vejiga, ya no recordaba que África y el agente nuevo estarían allí, así que se asustó al verlos dormidos en el suelo.

—¡Ah! ¡Chicos!

—Perdón —dijo África mientras se levantaba y trataba de mirar a la subinspectora a los ojos.

—No pasa nada, ¿habéis pasado la noche ahí tumbados?

Fernando Costa se mostraba igual de avergonzado por haberse quedado dormido también. Era una misión vital, pero habían acusado el cansancio acumulado durante esos días hasta caer dormidos en un lugar tan incómodo, aún estaban los dos en el suelo apoyados entre la pared y la taza del váter. Moretti también estaría dormido a esas horas, pensó Esther.

—África, ve a despertar a Hugo. —Y la chica obedeció en el acto.

—Me siento muy avergonzado —dijo Fernando con la mirada fija en el suelo—. Ni siquiera sé cómo he podido quedarme dormido en la incomodidad de la postura, supongo que por el silencio y la oscuridad, también porque ayer no pude dormir analizando el informe del caso.

—No ha pasado nada, así que no hay nada que lamentar.

—Eso no me consuela, mi primer día y ya estoy defraudando.

—Vamos, ese tipo de pensamientos no te ayuda ni nos ayuda a los demás. Yo también me he rendido al sueño, creo que fue hacia las cinco de la madrugada. Era mi vida la que corría peligro y por eso he sido la más inconsciente de todos.

África llegó con Hugo en ese momento.

—¿También te has dormido?

—No, he permanecido despierto y a la espera de movimiento o jaleo en esta habitación. Me alegra oír tu voz, Esther, saber que no ha pasado nada.

—Ya suponíamos que el asesino no actuaría al saber que podríamos estar esperándolo. Eso me ha salvado la vida, aunque ahora no sabemos de qué otro modo capturarlo, porque Eusebio y su hermano tienen todo un entramado de pueblos, aldeas y fincas dispersas en las que ocultarse. Tenemos que seguir con esa línea de investigación.

—¿Y si no ha aparecido el asesino porque está encarcelado? —preguntó África.

—Jacinto, era una posibilidad que planteábamos, aunque debemos seguir pensando en Eusebio hasta que demos con él y lo interroguemos a fondo, igual que a su hermano.

Salieron todos del cuarto de baño y África gritó, se había quedado paralizada mirando la cama que había ocupado Esther hasta unos minutos antes.

Todos vieron lo que había provocado el pánico de la chica. En mitad del cabecero de la cama había un enorme cuchillo clavado.

Cuando Fernando se acercó a él, Esther le gritó:

—¡No lo toques! Hay que analizar las huellas.

—No iba a tocarlo, solo a verlo de cerca. ¿Estaba ahí cuando te despertaste o lo han clavado ahora mientras estábamos en el baño?

—No creo que el asesino fuese tan imprudente de entrar en la habitación mientras estábamos despiertos y al otro lado de una puerta abierta. Será que no lo he visto al levantarme.

Moretti murmuró:

—Que os quedaseis dormidos ha sido una imprudencia mucho mayor de la que imaginaba. No te ha matado porque no ha querido.

—¿No ha querido?

—Esto es un mensaje, quiere que nos marchemos, que dejemos de investigar. Si te hubiese matado, la investigación habría tomado un cariz mucho más intenso, pues la muerte de un compañero en acto de servicio hace que el resto de investigadores se lo tome más en serio, algo malo para el asesino. Quiere meternos miedo para que nos marchemos, que redactemos un informe como los pasados y que todo quede en un fantasma.

—Yo no lo veo mala opción.

—África —dijo con sequedad Esther—, de aquí no nos marcharemos sin el asesino, o ellos, esposados y tras leerles sus derechos, o metidos en bolsas de cadáveres.

—¿No estarás pensando en quedarte las siguientes noches en esta habitación? —preguntó Hugo.

—Por supuesto que sí, aunque ahora no habrá nada que me impida mantenerme despierta. Vamos a interrogar a Elena o a Juan José, quien haya pasado la noche en la recepción, pues las llaves de las puertas no las tiene cualquiera.

Juan José se mostraba realmente impresionado con la noticia, casi no era capaz de hablar ni de mirar a la cara a los cuatro investigadores que ahora tenía delante en el vestíbulo del hotel.

—He permanecido despierto toda la noche y no he visto pasar a nadie ni he oído ruido alguno.

—Pues alguien ha entrado con la llave en la habitación y ha clavado el cuchillo en el cabecero de la cama. Quiero que empieces a decir la verdad o esta conversación seguirá en la comisaría de la capital.

Levantó la mirada y vio que Moretti no se estaba tirando un farol, a pesar de sus ojos de ciego, en los que no podía conectar aunque quisiera; su semblante era serio y decidido a cumplir la amenaza.

—Les digo la verdad, no sé nada.

—No nos vayas a venir ahora con lo del fantasma de nuevo. Hay un asesino suelto por la zona, Eusebio está desaparecido y yo estoy al límite de mi paciencia. Quiero que empieces a hablar de lo que sabes de una puta vez.

—Os aseguro que no he visto nada, que no sé lo que ha pasado.

Moretti resopló, ya colmada su paciencia. Sus tres acompañantes permanecían en silencio.

—Bien, si no sabes nada, o eso dices, vamos a la comisaría y hagamos esto oficial.

—Eusebio…

—¿Sí?

—Eusebio solía irse algunas veces a la casa de un amigo.

—¿De qué hablas?

—Ese amigo se fue a trabajar a Barcelona y Eusebio iba de vez en cuando a la finca a asegurarse de que no hubieran entrado ocupas o ladrones, tiene las llaves de la casa y quizás pueda haber ido allí.

—¿Por qué no has dicho eso antes?

—No lo he recordado, con todo lo que ha pasado en el hotel con los crímenes y con la detención de padre…

—Ya hablaremos de esa memoria tuya más tarde. ¿Dónde está esa finca?

—No muy lejos, a una media hora de aquí, se trata de un antiguo vecino de Eusebio, también compañero en el colegio. Eusebio no habla mucho de eso, es un hombre callado, distante, no suele decir lo que va a hacer tras terminar su jornada o en su día libre. No se me ocurre otro lugar en el que pueda estar ahora.

—Tampoco nos hablaste de su hermano.

—Bueno, es que yo apenas lo conozco, lo habré visto dos veces en mi vida y no vive en el pueblo.

—No nos mientas, lo detectamos al instante. Su hermano Isidoro se hizo pasar por el padre Damián, el antiguo párroco del pueblo, para intentar convencernos de que todo se trataba de un fantasma. Tenemos demasiadas incógnitas y todas apuntan directamente hacia este hotel y los que lo regentáis.

—Apenas hablaba de él, por eso no he pensado en ello. Nunca vino al hotel ni a nuestra casa. Comprendan que todo esto nos ha trastocado mucho a mi hermana y a mí. Quizás esté con él.

—¿Por qué crees tú que ese tal Isidoro se hizo pasar por un párroco muerto ante nosotros?

—Eso no lo sé, quizás para… para eso que decís, para que no se investigase más y consideraran que se trataba de un tema de fantasmas.

—Pues ya ves que no ha funcionado. Ahora vamos a por ellos y destaparemos lo que ha sucedido aquí durante cincuenta años.

Juan José se mostraba derrotado.

—¿Van a arrestar al tío Eusebio?

—Tenemos que saber si es el asesino.

—Es buena persona, no lo conocen, no lo conocen como yo, él no haría daño nunca a nadie.

—Eso tenemos que comprobarlo, como comprenderás. Vamos a partir ahora mismo hacia esa localización en la que dices que puede esconderse, quizás con su hermano.

Juan José dio la dirección y los investigadores se marcharon para hacer su tarea.

África conducía a toda velocidad hacia la vivienda que Juan José les había indicado, había poco tráfico y no necesitaron usar las luces y la sirena de emergencia.

—Este coche es una pasada —dijo Fernando. Ninguno de sus acompañantes siguió con la conversación, iban enfrascados en pensamientos.

Esther quería solucionar el caso de una vez, atrapar a Eusebio y a su hermano para exprimirlos en eternos interrogatorios. Moretti deseaba regresar a su piso de Madrid junto a Esther, saber que esta no pasaría una noche más en esa habitación y que los dos se pudieran curar, él recuperaría la vista y ella se curaría de su patología. África pensaba en Juan José, en cómo lo estaría pasando en esos momentos y qué sería de su vida cuando el caso terminase.

Se desviaron hacia un camino de tierra y África tuvo que bajar la velocidad a menos de ochenta por hora para no romper una rueda o la dura amortiguación del coche que les destrozaba los riñones. Quedaban dos kilómetros para su destino.

—¿Creéis que están armados? —preguntó la chica.

—Es más que probable —respondió Moretti—. Tenemos que ser precavidos si ellos se parapetan en la casa y tienen escopetas de caza, algo habitual en estos lugares.

—Llevamos solo dos chalecos antibalas en el maletero; también dos escopetas y munición para ellas, las pedí al comisario y me las dieron en la armería tras el último caso.

—Solo dos chalecos… Somos cuatro.

—No, Hugo, somos tres. Te quedas en el coche —dijo tajante Esther.

—Tienes razón, sirve de poco mi ayuda en estos casos, no quiero dispararos a vosotros.

—No va mi comentario en ese sentido; sabes de sobra que somos tres policías en activo y un asesor. No puedes intervenir en las incursiones.

—Lo sé, solo bromeaba.

—Iremos África y yo.

—¿Cómo? —Fernando preguntó con un claro todo de disconformidad.

—Ya lo has oído, yo estoy al mando.

—Pero…

—No hay peros, acabas de llegar y nos harás la cobertura parapetándote tras el coche por si hay problemas.

Fernando se tragó su malestar a la vez que África sentía el miedo recorriendo su cuerpo, como si su sangre lo portase para llevarlo a cada célula u órgano. Bajó la velocidad a veinte por hora.

—¿Por qué vas tan despacio? —le preguntó Esther.

—El camino tiene muchos baches —mintió ella.

Llegaron por fin y aparcaron ante la fachada, más bien ante el muro exterior que daba acceso a la finca, la vivienda estaba ubicada a unos quince metros de distancia. Se bajaron del coche. Fernando se colocó detrás del mismo con su arma en las manos, Esther y África fueron al maletero y se pusieron los chalecos, además de coger las escopetas y cargarlas.

Una vez listas tras la puerta del perímetro de la finca, Esther comenzó a gritar:

—¡Policía Nacional! ¡Salgan de la vivienda!

No obtuvieron respuesta.

Al lado de la vivienda había dos vehículos, aunque ninguno se correspondía con la descripción del coche de Eusebio. El lugar estaba bien cuidado en los jardines y la fachada, esta se veía impecablemente limpia. Allí vivía gente, sin duda, aunque quizás no estuviesen dentro, podrían haber salido a pasear o a hacer cualquier otra tarea, como la compra en el pueblo más cercano. Esther deseaba que saliesen pronto y cooperaran sin mostrarse violentos.

—¿No me han oído? ¡Salgan de la vivienda, ya! ¡Policía Nacional!

¡Eusebio, sé que estás ahí, sal con las manos en alto! ¡Si tu hermano Isidoro te acompaña, que haga lo mismo!

Las dos chicas estaban tras la puerta de la finca con las escopetas en las manos, Fernando seguía tras el coche apuntando a la puerta de la casa con su pistola reglamentaria.

Y la puerta se abrió.

Esther vio salir a la pareja.

—¿Pero qué coño?

Una hora antes:

Cuando Juan José vio que salían los policías por la puerta del hotel, tomó el teléfono y llamó a su hermana, que ya debería haber llegado esa mañana a trabajar y relevarlo, pero por algún motivo se estaba retrasando.

—¿Juanjo?

—Elena. Los policías van a por Eusebio e Isidoro.

—¿Cómo que van?

—Les he tenido que dar la dirección, era eso o que me detuviesen y llevasen a la comisaría.

—Van a detenerlos…

—Tienes dos kilómetros de diferencia para llegar antes que la policía y avisarles.

—¿Con mi pequeña moto? Esos policías van en un coche deportivo a toda velocidad, no lo lograré.

—Quizás sí, les he dado una dirección equivocada, la de una casa a un kilómetro de distancia, tardarán más de media hora en descubrir dónde están realmente el tío Eusebio y su hermano.

—Está bien salgo ahora hacia allá. Es una suerte que se hayan creído que no tenemos teléfonos móviles porque padre no nos lo permitía, así no han investigado y descubierto estas conversaciones.

—Lo sé, sabes que no usaré el teléfono fijo del hotel ni el de casa porque estarán pinchados. Una pena que Eusebio no se haya llevado su móvil para avisarlo más rápidamente. Vamos, sal ya.

Juan José, salió de la recepción para dirigirse a la habitación diecisiete, abrió con su llave maestra y comprobó que el cuchillo que habían visto los policías ya no estaba en el cabecero, seguro que lo habían metido en una bolsa de plástico de esas para pruebas que veía en las películas, buscarían huellas en el mango, sin éxito. Luego fue a la habitación que ocupaba África y rebuscó entre su maleta, dio con unas prendas arrugadas, las que había llevado puestas el día anterior, y las olió para percibir de nuevo su olor, una mezcla entre perfume, desodorante y algo de sudor; a él le parecía como estar en el cielo con la cara sumergida entre las prendas.

Elena condujo a toda la velocidad que pudo por el camino, esquivando algunos baches, dejó la motocicleta apoyada ante la puerta de la finca y entró a sabiendas de que nunca estaba cerrada, se dirigió a la casa y golpeó tres veces antes de acceder al interior.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eusebio con cara de sorpresa al verla aparecer por el recibidor.

—La policía viene, solo tenemos unos minutos.

—¿Cómo?

—Juanjo ha tenido que hablar, aunque les ha dado una dirección a un kilómetro de distancia, están encima de vosotros y no piensan ceder en su empeño de atraparos.

—¿Lo del cuchillo no ha funcionado?

—No, estos no son como los guardiaciviles de antes.

—¿A dónde podemos ir?

—Por lo pronto, llevaos comida para aguantar dos o tres días por el monte y luego os esconderemos en el hotel o en la casa, quizás no vuelvan a registrar donde ya han husmeado.

—No tenemos tanta comida… ¿Cómo está el niño?

—Tiene miedo, aunque eso ya lo esperábamos todos. Quiere irse con la policía pelirroja, está convencido de ello y no cambiará de opinión. Vamos, daos prisa. —Isidoro había aparecido desde el salón y se mostraba muy asustado, mucho más que su hermano.

Elena los ayudó a recoger ropa, enseres de aseo y comida para que se fuesen en el coche. Ella también partió en la dirección contraria a la que había llegado, tras el coche de su tío, para no cruzarse con los investigadores por el camino que sabía que ellos recorrerían buscando la casa.

«Maldita sea. Está claro que la familia no la elige uno, que es algo que te toca y tienes que lidiar con ella. Vaya suerte he tenido con la mía…».

El matrimonio septuagenario salió de la casa con las manos en alto y un más que visible temblor de miedo. Esther y África bajaron las escopetas.

—¿Quiénes sois? —preguntó la subinspectora.

—Genaro y Vicenta, mi mujer.

—Pero ¿cómo?… ¿Viven con alguien más? ¿Están los dos solos? ¿Conocen a Eusebio Martínez?

—No, estamos solos. No conocemos a ese Eusebio.

—¿Nos da permiso para entrar en su casa?

—Claro.

—Pueden bajar los brazos. África, entra conmigo en la casa para registrarla. Fernando, estate atento a lo que pueda suceder.

Los dos compañeros de Esther asintieron.

Los dos ancianos, aún con las manos algo levantadas, se echaron a un lado para dejar entrar a las dos mujeres con chalecos antibalas y escopetas en las manos, seguían muertos de miedo. La vivienda tenía dos plantas y las chicas no se separaron en ningún momento al inspeccionar cada estancia, primero la cocina, luego el pasillo, el salón, el baño, el dormitorio, y subieron las escaleras para registrar los dormitorios y el segundo baño de allí. No parecía haber buhardilla. Bajaron y buscaron a conciencia un sótano, pero ni levantando las alfombras encontraron trampilla alguna. Salieron de nuevo al porche y Esther preguntó a la pareja:

—¿No hay sótano ni buhardilla?

—No, la casa no los necesita, es demasiado grande para nosotros tal como está, nuestros hijos y nietos apenas vienen a visitarnos, quizás lo harían si tuviéramos piscina, pero es cara de construir y de mantener.

—¿Tienen otra edificación en la finca?

—No, la finca es pequeña, se ve toda desde la casa, pueden comprobarlo.

—Está bien. ¿Conocen a Eusebio Martínez?

—Ya le dije antes que no me suena su nombre. —La esposa indicó lo mismo con gesto de la cabeza.

—Es el jardinero del hotel en La Acebeda.

—¿El jardinero? Claro. Ese hombre viene de vez en cuando a echar un vistazo a la casa de Eduardo desde que este se fue.

—¿La casa de Eduardo?

—Está un kilómetro más allá, tiene la fachada de piedra gris, está a la izquierda en el camino y tiene una piscina que ya quisiera para nosotros y la familia.

—Muchas gracias por la colaboración y les pido disculpas por el susto que les hemos ocasionado.

—¿Ha pasado algo? Ese Eusebio parece un buen tipo.

«Eso dicen siempre los amigos, familiares y vecinos de los asesinos».

—No podemos decir nada, tenemos prisa. Gracias por su amabilidad.

Esther y África corrieron al coche.

—Espera, no arranques el motor todavía.

África la miró sin comprender qué quería decir.

—¿No vamos a la casa donde se esconden?

—Sí, pero solo tú y yo, África. Vamos caminando, es un kilómetro y lo recorreremos a paso ligero en cinco minutos. Fernando, tienes que conducir de vuelta al hotel y detener a Juan José, llévalo junto a Moretti a la comisaría para que declare el motivo para darnos una dirección equivocada.

—Tal vez se equivocó, quizás no sabía el lugar exacto.

—África, comprendo que digas eso, estás implicada emocionalmente con el chico, pero nos dijo la dirección sin pensárselo un segundo, se trata de psicología. Si no supiese la dirección con seguridad, habría tardado unos segundos o minutos en pensarlo, pero lo hizo rápido, nos ha traído aquí para dar tiempo a Eusebio y a su hermano para que se marchasen. Te apuesto lo que quieras a que encontramos la casa vacía y con signos de que alguien se ha marchado de allí a toda prisa.

—Apoyo las palabras de Gallardo —dijo Moretti.

Nadie objetó nada, aunque Esther se quedó pensando en la poca autoridad que tenía si necesitaba, aun siendo la investigadora al mando del caso, el apoyo de un asesor para que sus agentes no objetasen nada ante sus órdenes. ¿Algo que pensar en el futuro? ¿Conversaciones con Moretti para que le diese su experiencia ante esas acciones?

El Audi RS5 giró derrapando en el camino para regresar al hotel a por Juan José mientras África y Esther corrían ese kilómetro que les separaba de donde estaban, o donde habían estado, Eusebio y su hermano escondidos.

Llegaron sudando con los chalecos antibalas bajo el sol del mediodía. La casa era inconfundible, la fachada de piedra, diferente a las demás de la zona, y la piscina a la derecha, aunque vacía y con las paredes verdosas.

Repitió Esther el ritual de los gritos, no obtuvieron respuesta tras tres intentos, no se veía ningún vehículo dentro. Y procedieron a entrar saltando el muro perimetral con cuidado de recibir un ataque armado desde el interior de la vivienda.

Se acercaron a ella con precaución y miedo a partes iguales. Llegaron a la puerta y golpeó Esther con fuerza, obteniendo el mismo resultado de antes.

—No se oye nada dentro y tenemos que entrar, ¿estás preparada, África?

—¿Nos van a disparar?

—¿Te asusta eso? Claro que sí, también a mí. Creo que Juan José los ha alertado mientras nos dirigía a otra casa para darles tiempo a escapar, seguro que aquí no hay nadie, tal vez ni hayan cerrado la puerta con llave al salir, vamos a comprobarlo.

—Ten cuidado, no te vayan a disparar a través de la puerta.

—Lo tendré.

Esther accionó el picaporte con la mano derecha mientras se refugiaba y mantenía la escopeta a la izquierda, a cobijo de la pared de piedra. La puerta se abrió y la subinspectora le lanzó un guiño de seguridad a la agente, entró ella primero, con África a la espalda y comprobaron tras unos minutos que el lugar estaba desierto. En la nevera y el fregadero de la cocina se veían indicios de que había sido ocupada hasta hacía muy pocas horas. Los de la científica encontrarían muchas huellas de Eusebio, quizás también de su hermano, por todo el lugar. Habían llegado tarde por culpa de un chivatazo, uno que solo podría haber llegado desde el hotel.

Juan José había llegado a su casa, volviendo a dejar el hotel vacío de personal por si llegasen nuevos huéspedes. Su hermana no tardaría mucho en relevarlo en la recepción, eso es lo que pensaba, que ella habría logrado advertir al tío Eusebio e Isidoro y luego regresaría a hacer sus tareas. Hizo la maleta al llegar a casa, por si acaso todo se torcía, aunque confiaba en que los investigadores siguieran dando palos de ciego y cerrando el caso como las veces anteriores; no tenían pruebas de otra cosa que no fuese un fantasma. Él se marcharía con la policía pelirroja a la capital y viviría con ella una historia de amor infinito.

Observaba las paredes de la casa como si fuese la primera vez que las veía, deseando a la vez que fuera la última. Los recuerdos de su niñez llegaron de repente, las carreras, los juegos, las primeras reprimendas de su padre, los castigos, los mimos de su madre, que murió siendo él demasiado joven aún; la complicidad con su hermana, los momentos en que llegaba el tío Eusebio a visitarlos. Recogía ropa a toda prisa mientras recuerdos más recientes pasaban por su mente, sobre todo palizas de padre, momentos de cariño y hermandad con Elena y los crímenes… Se había pasado toda su corta vida oyendo hablar entre susurros de los crímenes sucedidos en el hotel, tanto en la casa como en el negocio. Un tema tabú, pero bien que los mayores recurrían a traerlo de vuelta cada vez que tenían la oportunidad. Para su padre era una obsesión enfermiza. Elena le había dicho que para el abuelo también lo había sido, algo a lo que tener respeto y no tratar de provocar de nuevo. ¿Provocarlo? ¿Lo había hecho el propio Juan José? No debió ceder ante la presión del dinero ofrecido por la pareja, claro que de otro modo no habría conocido a África y su vida no tendría ahora una salida feliz, una escapatoria. Se habría quedado para siempre en el pueblo con su hermana, regentando el local junto a padre y siendo infeliz.

Con la maleta hecha fue a la puerta de casa, allí miró la cocina, oscura aunque limpia y recogida, parecía el lugar que simbolizaba toda su existencia, aparentemente bien, pero desangelada, sin vida ni ilusión dentro, como viendo pasar el tiempo sin esperar que nada nuevo y mejor sucediese.

Apartó la mirada y abrió la puerta de la entrada, esperaba cerrarla a su espalda por última vez en la vida, dejar atrás todo lo que conocía y centrarse en su futuro en Madrid, junto a la chica pelirroja, feliz, ilusionado.

Esa ilusión se volvió incertidumbre de golpe al ver aparecer el coche de la policía frenando ante su puerta, ¿su princesa estaba allí para llevárselo? Pero se encontró con un chico desconocido que se acercó con un gesto de enfado en la cara y le dijo que estaba arrestado, lo esposó y llevó al vehículo de malos modos mientras le leía los derechos que antes había oído en las películas de policías.

Su maleta se quedó huérfana en el suelo ante la puerta de la casa y él pasó a compartir el asiento de atrás del coche con el ciego. Dentro no estaba África ni su compañera. El paraíso se había tornado en infierno en un instante.

Esther Gallardo había llamado a la científica para que analizasen huellas y otras pruebas en el lugar, estos tardarían más de hora y media en llegar. Luego llamó a Moretti y este le dijo que acababan de arrestar a Juan José para llevarlo a la comisaría.

—¿Qué tal se muestra el chico?

—Va en silencio, no ha dicho nada.

—Me preocupa que sea un sociópata.

—Eso lo averiguaré en cuanto lo tenga en la sala y pueda explayarme con mis preguntas.

—Incide en el hotel, en el pueblo, en su padre, en Eusebio…

—Esther, relájate, sé hacer mi trabajo.

—Claro, lo siento… Mantenme informada.

—¿Vas a estar con África en la casa hasta que llegue el departamento de Alberto Iglesias?

—Es la idea, no tenemos forma de regresar al pueblo o al hotel, no tenemos coche; debimos venir también con el coche patrulla de Fernando.

—Te pasaré el teléfono del chico que me hizo de chófer, si lo necesitas, dile que le pagaré por sus servicios.

—No quiero ocasionarte más gastos.

—No digas tonterías. Vamos, apunta en tu memoria el teléfono y sigue con la investigación, tenemos que controlar también a la chica.

—¿A la chica?

—Voy al lado de Juan José, ya sabes, no puedo decir… —susurraba.

—Comprendo, dame ese teléfono y voy a por Elena cuando llegue la científica.

—Toca ser «poli mala», tenemos que saber qué cojones pasa en ese hotel, quién ha asesinado a los anteriores inquilinos de la habitación y quién ha dejado el cuchillo en el cabecero de tu cama esta madrugada. No te andes con remilgos.

—Voy a por todas.

—Me alegra oír eso.

—Una cosa más antes de colgar. África no está a mi lado ahora y puedo decírtelo con libertad, ella está preocupada por el chico, lo considera una víctima de su padre y no quiere ni oír hablar de que sea culpable de asesinato o encubrimiento.

—Lo comprendo y esperaba que me dijeras eso, pero nuestro trabajo no es el de cuidar a las víctimas del sistema o de las circunstancias. Si ese chico es culpable de algo, tendrá que pagar por ello.

—Ya sabía que responderías algo así. Lo siento por África.

—Yo también. Te dejo.

—Avísame cuando hayas interrogado al chico para darme las novedades, si es que las hay.

—Claro, sabes que te llamaré para darte lo que obtenga, espero también tus averiguaciones.

Esther terminó la llamada y observó su teléfono móvil en la mano durante unos segundos. Tocaba descifrar el caso ya, no había tiempo que perder y eso la entusiasmaba, pero también tenía miedo ante la idea de solucionar un caso tan antiguo y en el que habría tantas desilusiones, sobre todo de su amiga y nueva compañera. Ya se podría haber enamorado de un compañero sinvergüenza de la comisaría, como el propio Fernando, que daba el perfil. El chico del hotel estaba metido en el ajo y acabaría entre rejas, seguro que junto a toda su familia, incluido ese tío suyo que era el máximo candidato a asesino.

África llegó a su lado y le preguntó cómo había ido la conversación con Moretti.

—No pinta muy bien para Juanjo, como podrás imaginar.

—Ese chico no le haría daño a nadie.

—África, hay que ser más abierta en los casos, no dejarnos llevar por impresiones personales.

—Pero lo has visto, has hablado con él, sé que eres buena psicóloga y conoces a la gente cuando la tienes delante.

—Te sorprendería lo mucho que me equivoco con las personas.

—Quizás lo estés haciendo ahora.

—África…

—No, escúchame. Juanjo no ha matado a nadie, tal vez tiene miedo y encubre a un familiar al que quiere, es posible que todo lo haga por amor a esa persona.

—África, escúchame…

—Dale la oportunidad, sé que tienes un gran corazón y que sabes que las personas son buenas aunque hagan algo malo.

—¿Quieres dejarme hablar?

—Sí, lo siento.

—No te disculpes, solo escúchame. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Juan José tiene que prestar declaración, será interrogado, su grado de implicación en el caso y en los anteriores del hotel se detallarán en el informe oficial. No podemos hacer nada por él, ni siquiera lo haríamos aunque pudiésemos porque sus últimas acciones, como darnos una dirección equivocada, no han sido coaccionadas por terceras personas. Lo que haya hecho, si ha sido ilegal, será responsabilidad suya y tendrá que responder con ello ante la justicia. Sé fuerte y asimila lo que tenga que suceder.

—Es que no asimilo eso, no lo considero una mala persona.

—Que te haya tratado bien no significa que sea buena persona, no lo conocemos en absoluto. En una vida entera no logramos conocernos a nosotros mismos, imagina a los demás, sobre todo a los que solo hemos tratado unas horas.

—¿No conoces a Moretti, entonces?

—No me conozco siquiera a mí misma, me sorprendo la primera por algunas acciones que acometo. Deja de pensar en los demás y céntrate en ti. Vamos a buscar a Elena cuando lleguen los de la científica, tengo el número de teléfono del chico que llevó a modo de taxista a Hugo.

Esther vio llegar dos furgonetas blancas que reconocería desde un kilómetro. Alberto Iglesias apareció para saludarlas y decirles que el día parecía magnífico, África no habría asegurado eso ni esgrimido la misma sonrisa.

—Toma, es el cuchillo que clavaron en el cabecero de mi cama esta noche, buscad huellas y cotejad el arma con la que se usó para los dos últimos crímenes, además de los empleados del hotel. —Esther le dio el cuchillo metido en una bolsa de plástico.

—¿Ya habéis registrado la casa a fondo?

—Sí, aunque no hemos encontrado nada, ni dispositivos electrónicos ni documentos comprometedores ni armas ni nada. Os toca sacar huellas, fibras y demás, a ver si hay suerte y concuerdan con las del hotel.

—¿No tenéis a los que habitaban en la casa?

—Se marcharon justo antes, un chivatazo…

—Vaya. Bueno, me pongo a trabajar.

Elena tardó en llegar al hotel más de lo esperado, la motocicleta no era rápida, el camino de tierra no se prestaba a acelerar mucho y se había visto obligada a dar un rodeo para no encontrarse de frente con el coche de los policías. Al menos, había avisado al tío Eusebio y a su hermano a tiempo, claro que eso era otro paso más hacia su condena; se sumergía cada vez más en las arenas movedizas que la harían morir asfixiada. En eso pensaba mientras conducía hacia el hotel, el hotel… Ese lugar tenía la culpa de todo lo que le ocurría y lo que le había sucedido a su familia desde que ella tenía uso de razón; y lo que está mal, siempre empeora con el tiempo. Ahora llegaría lo peor, lo veía venir. La vida la había hecho fuerte, pero también pesimista o consciente de que no iba a terminar bien, no habría final feliz para ella ni para su hermano ni para su padre ni para su tío… para nadie.

El coche de Juanjo no estaba en el aparcamiento ante la fachada, entró corriendo tras dejar la moto en la puerta y vio que no había un alma en la recepción. Llamó a gritos a su hermano, sin respuesta. Se quedó tras el mostrador, la que debía ser su tarea, aunque con el resquemor interior de que todo se estaba quemando, consumiendo, a su alrededor, no le extrañaría que el puto hotel comenzase a arder ante sus ojos, las paredes, los muebles… y ella decidiría quedarse allí a la espera de quemarse y sucumbir de una vez. Cuando ya no se tienen ilusiones, ganas de vivir, metas por cumplir, solo queda esperar el fin. Así se sentía en ese momento. Ni siquiera pensaba en lo que pudiese ocurrir con su padre, con Juanjo, con su tío. Menos aún con ella. Había mirado las pastillas del armario del cuarto de baño muchas veces en los últimos años, las que tomaba su madre y que estarían ya caducadas, tomárselas todas y quedarse dormida para siempre, pero nunca tuvo el valor de hacerlo, de dejar a su hermano desamparado y a merced de su padre. La causa de la muerte de su madre fue la de un fallo cardíaco, pero ella dudaba, quizás utilizó esas mismas pastillas cuando ya no tuvo fuerzas o no le brotaban al pensar en abandonar a sus dos hijos.

Sacudió la cabeza con fuerza para deshacerse del recuerdo de su madre y de la debilidad que Elena consideraba que había tenido al marcharse y dejarlos solos. No. Esa mujer que llamó durante años mamá, con todo el amor del mundo, la dejó desamparada y a merced, junto a Juanjo, del monstruo.

Miró la página web del hotel, no había reservas programadas para esa semana, ni para el futuro. El negocio se iba a la mierda poco a poco. Sí tenía tres docenas de peticiones en el correo electrónico por parte de periodistas que querían datos sobre lo ocurrido, pero no iba a responderlas; ¿qué podría decirles y qué aportaría eso a su situación actual? Nada.

Se quedó sentada en la butaca de la recepción a la espera de lo que imaginaba que pasaría en unos minutos u horas. Y así sucedió.

Esther y África llegaron al hotel en el coche del chico que les hacía de taxista improvisado. Salieron a toda prisa del vehículo pensando que la puerta estaría cerrada, pero esta se abrió de forma automática como las veces anteriores. No se centraban en el hambre que ya hacía rugir sus tripas ni en que el cielo se había cubierto de nubes sobre ellas, creando una manta de algodón que atenuaba el calor a esas horas de la tarde. Quizás un augurio de lo que podría suceder a lo largo del día.

Elena estaba tras el mostrador, les dedicó una mirada de cordero a punto de entrar en el matadero cuando las vio llegar a su lado.

—Elena, ya sabes a lo que hemos venido.

—¿Hola? No comprendo.

—Tú o tu hermano habéis avisado de nuestra llegada a tu tío Eusebio y su hermano, Juanjo nos ha dado una dirección equivocada para hacernos perder el tiempo y dar lugar a avisarlos. ¿Lo has hecho tú? ¿Has ido en la moto que tienes ahí fuera a avisarles?

—Les juro que no sé de lo que me hablan.

—Analizaremos las huellas sobre el camino de los neumáticos, eso será malo para ti por haber mentido. Se acabó el juego. Vas a colaborar o a comerte una condena de más de veinte años por asesinato o encubrimiento. No te estás haciendo un favor a ti misma, tampoco a tu familia, que está casi toda detenida y a la espera de interrogatorios y juicio.

Elena no parecía derrumbada por los acontecimientos, más bien todo lo contrario, fuerte o sin ser consciente de lo que le ocurría, como si estuviese en trance.

—¿Elena? ¿No me has oído?

—¿Eh? ¿Sí?

—Vais a ir a prisión todos, no solo tu padre, también tu hermano y tú, vuestro tío y ese hermano suyo que se hizo pasar por párroco para encubrirlo. ¿Acaso no te importa?

—Todo llega cuando tiene que llegar.

—¿Cómo dices?

—Como mi madre, uno se va cuando le llega el momento. Ella se fue en su momento, ahora nos toca a nosotros.

—¿De qué coño me estás hablando? ¿Acaso estás drogada? ¿Has tomado algo?

—Ojalá… Ojalá hubiera tomado las pastillas de mamá.

—África, ayúdame a esposarla, tenemos que sacarla de aquí.

—Pero parece sumida en un trance.

—África, ya me has oído, obedece.

—Sí.

La esposaron y luego África preguntó a dónde llevarla. Esther se quedó sin respuestas, no lo había pensado. Estaban lejos de la comisaría, no tenían vehículo oficial y estaban solas en el hotel.

—Llévala a la habitación diecisiete.

—¿Cómo?

—Vamos, no me hagas repetírtelo.

África obedeció y esposó a Elena, que no opuso resistencia, para luego llevarla a la más extraña sala de interrogatorio que hubiera imaginado en su vida: la habitación maldita de un hotel donde supuestamente obraba un fantasma desde hacía cincuenta años.

Esther hablaba al teléfono unos metros tras ellas, incluso se quedó fuera, en el pasillo de la planta, mientras su compañera se encargaba de todo dentro de la habitación.

—Esther —le decía Moretti—, deberíais venir a la comisaría, ese procedimiento no es oficial, espero que no se invalide por un abogado ante el juez.

—¿Aunque grabe el interrogatorio con el teléfono móvil y leyéndole los derechos a la chica en la grabación?

—He visto invalidar muchas pruebas y confesiones a lo largo de mi carrera, aunque siempre con abogados de esos que cuestan lo que pocos se pueden permitir. Hazlo si no tienes otra forma, aunque podrías traer a la chica aquí en uno de los furgones de la científica.

—No quiero esperar más, ya me conoces; y quiero hacerlo en un entorno en el que ella pueda desmoronarse.

—¿Un entorno peor que verse en una sala de interrogatorios de la comisaría? ¿Qué tienes pensado?

—Voy a interrogarla en la cama de la habitación diecisiete.

—Eso suena incluso sádico.

—Imagina que ella es la asesina de los dos crímenes anteriores, es probable, ¿verdad? Será una medida de presión verse en ese lugar en el que, tal vez, ella misma clavase el cuchillo en el cabecero mientras yo dormía.

—Dime lo que obtengas en el acto, y grábalo todo desde el principio, lectura de derechos incluido. Yo te diré lo que saque del hermano.

Esther terminó la llamada después de asentir a Moretti, suspiró hondo dos veces y entró en la habitación portando su semblante más serio y agresivo. Elena ya estaba esposada y sentada usando como respaldo el cabecero de la cama.

—África, voy a grabar con el móvil la entrevista. Léele los derechos.

La aludida, de pie al otro lado de la cama, comenzó a recitar:

—Elena Benavides, estás detenida por tu posible colaboración en los crímenes acaecidos en este lugar, el hotel que regentáis tu padre, tu hermano y tú; tienes derecho a llamar a tu abogado, en caso de no poder costearlo, se te asignaría un abogado de oficio; tienes derecho a guardar silencio, cualquier cosa que digas podría ser utilizada contra ti en un futuro juicio; tienes derecho a conocer las pruebas que haya contra ti antes de que se celebre el juicio; tienes derecho…

Cuando hubo terminado, Esther se sentó en la cama, tan cerca de

Elena que podía sentirla temblar.

—¿Te sientes incómoda? ¿Es porque aquí has matado a alguien?

—No he matado nunca a nadie —dijo ella, fue más como si escupiese las palabras.

—¿Tu padre? ¿Tu abuelo? ¿Tu hermano? ¿Tu tío? Vamos, joder, sé que estás salpicada de toda esta mierda, quizás desde antes de nacer. ¿Vas a comerte veinte años de prisión por algo que no has hecho? Entiendo que quieras salvar a tu familia, pero ya bastante daño te ha hecho esto como para seguir con la farsa, encubriéndolos.

—Mi familia no tiene nada que ver, no sé por qué pensáis eso.

—Elena. Elena, ¡mírame! Ya está, ya se acabó todo. Quizás para ti esto sea lo que has vivido toda la vida, no lo discuto, pero ya se terminó. Se acabó lo del fantasma. No hay fantasma. Tenemos a tu padre, un maltratador que pagará con muchos años de cárcel, quizás también un asesino. A tu hermano lo están exprimiendo a fondo en la comisaría. Tu tío Eusebio será atrapado en cuestión de minutos u horas, y a su hermano. Tú estás aquí esposada y siendo interrogada. ¿Acaso no eres consciente de la situación? Todo se ha terminado.

—Yo… yo no…

—¿Tú no qué?

—Yo no creo que… nunca nada se termina, las pesadillas no se terminan nunca. —Estaba llorando sin parar, parecía sincera, aunque Esther y África no se fiaban a estas alturas de ella.

—¿Cómo que no se terminan? ¿A qué te refieres? ¿Es algo físico o mental? ¿Dices que las pesadillas te perseguirán en sueños o a alguien que no conocemos que aún seguirá con los crímenes en esta habitación?

—No sabéis a lo que os enfrentáis.

—Está bien, Elena, para ya con eso. ¿Acaso no ves cómo estás y dónde está toda tu familia?

—Eso da igual. La maldición de este puto hotel, de esta habitación, me perseguirá el resto de mis días.

—¿Qué ha pasado en esta habitación? Sé que lo sabes, pero, por algún motivo personal, no me lo cuentas. ¿Qué te pasa con el hotel, con esta habitación? Sincérate, dinos lo que sabes y libera lo que llevas dentro; tenerlo ahí no te servirá de nada.

Eran las cuatro y doce minutos de la tarde, todos tenían hambre. La luz entraba tímida ese día nublado por la ventana. La habitación «maldita» se sumía en sombras para las tres ocupantes, amenazante, como si fuese a entrar un ente incorpóreo para matar a las policías, lo que hacía que África estuviese tan nerviosa como para no parar de moverse, de pie ante el interrogatorio y sin quitar ojo de la puerta, tampoco de Esther, que sentía un hormigueo en la espalda todo el rato.

La subinspectora había dejado a Elena pensar durante unos eternos segundos, más que suficientes para que se calmase y soltara la lengua, como había aprendido en los interrogatorios anteriores.

—Esta habitación nos consumirá a todas, a las tres que estamos aquí.

África se puso muy nerviosa y Esther lo percibió.

—Afri, vete fuera y vigila el pasillo, yo sigo grabando y con la entrevista.

La chica obedeció en silencio. Cuando cerró la puerta de la habitación:

—Vale, Elena, eso te ha servido con ella, pero no me meterás el miedo a mí. Confiesa o date por perdida en este asunto de asesinatos.

—No sé nada, te lo aseguro, solo que esta habitación esta…

—Maldita, ya sé que vas a decir eso. ¿Te recuerdo que tu hermano está declarando en la comisaría? ¿Crees que él será tan duro como tú? Pronto tendremos a Eusebio y a su hermano y se derrumbarán igualmente en los interrogatorios. Llevas solo veinte minutos aquí, pero esto durará horas, muchas… También ocurrirá con tu familia. Tarde o temprano confesaréis.

—Quiero un abogado de oficio.

—De acuerdo, ahora mismo llamo a uno, pero eso solo te dará unas horas de margen. También a tu hermano, si ha pedido uno. Los abogados solo son testigos de lo que declaráis, no son comodines o vidas extra en una partida de un videojuego. Tarde o temprano confesáis, siempre lo hacéis, y mi trabajo es sacaros esa confesión. Si me la das sin abogado de por medio, contará como colaboración y eso reducirá tu condena, la que sea en función de lo que hayas hecho; si no hablas hasta que esté el abogado delante, no se tendrá esa consideración contigo. Piénsatelo.

Y Esther la dejó pensando. La chica ya no lloraba, solo meditaba, su mente parecía sumergida en miles de cálculos, como la subinspectora quería.

—Elena…

Silencio.

—Elena, un agravante es obstaculizar la investigación, como es lo que seguro has hecho al ir a avisar a tu tío Eusebio y a su hermano a la casa en la que se refugiaban para huir. Eso es malo, hace crecer tu condena. Pero un atenuante es cuando confiesas y ayudas a la policía a resolver el caso, así reduces los años que pasarás en la cárcel. ¿Quieres ayudar en este momento? Confiesa lo que sabes y me olvidaré de lo de antes, de cuando has ido a avisar a tu tío. Dime lo que sepas de él.

Elena rompió a llorar de nuevo.

—El hotel… el hotel lo es todo para él. Solo he ido a avisarle porque él no ha hecho nada para que lo acuséis y los persigáis de esta forma.

—Es nuestro trabajo, Elena. Nosotros buscamos respuestas y a quienes nos las puedan dar. Eusebio desaparece, también su hermano tras hacerse pasar por el anterior párroco, ¿qué esperabas que sucediese?

—No lo sé. Ellos son buenas personas.

—Eso no paras de decirlo desde el principio, pero no ayuda, no nos hace avanzar.

—Son inocentes.

—No paras de repetirlo. ¿Dónde están?

—No lo sé.

—Serás culpable de eso.

—No me importa.

—A mí sí, mi trabajo es buscar culpables. ¿Lo eres tú?

Silencio.

—¿Lo eres? ¿Eres la asesina?

—No, no soy una asesina.

—Háblame de cuando empezó Eusebio a trabajar aquí tras lo de su mujer. Háblame de aquello.

—¿Aquello? Para el tío Eusebio aquello fue todo, el principio y el fin.

—Violaron a su esposa y la mataron, lo sé, lo he descubierto. Dime por qué no investigó la Guardia Civil y lo que pasó con tu tío tras ese suceso.

—Es una locura, todo aquello fue una locura.

—Empieza a contarme, y hazlo desde el principio.

Cincuenta años antes

Eusebio se despertó sintiendo más frío en la espalda que el dolor de la cara y el estómago; poco a poco, comenzaba a recordar lo sucedido con amargor; no había podido evitar el ataque de esos dos idiotas que aparecieron para incordiarles en mitad de la noche. Levantó la cabeza despacio y, a pesar de la oscuridad, pudo ver a su mujer a su lado, estaba también tumbada. No se movía. La zarandeó de la pierna que le quedaba más cerca, como un acto reflejo, pero no obtuvo respuesta. La sangre se acumulaba en la boca, seguro que había tragado mucha mientras estaba inconsciente, escupió al suelo y vio una muela caer; pero eso no le importaba. Auxi estaba con el vestido colocado de una forma extraña, la falda subida por completo para mostrar sus piernas y más arriba aún, y la parte de arriba rota para dejar ver sus pechos, los que no había visto él hasta ahora.

Una vez se incorporó del todo, viendo la figura de ella, empezó a pensar con la mente más lúcida.

Aquella visión de su esposa solo significaba una cosa, aunque Eusebio no quería pensar en lo que habría pasado la pobre chica, apartaba esos pensamientos sexuales de su mente para centrarse solo en los daños físicos.

Observó sus ojos abiertos, la cara desencajada, sintió la piel fría y dura, estaba muerta. Muerta. Era toda su vida, le había costado sudor y lágrimas conquistarla, ya no digamos llevarla al altar… Todo lo que tenía en la vida estaba a su lado, inerte; así la abrazó, para darle su calor, aunque eso no serviría de nada. Permaneció abrazado a ella durante horas, o así le pareció a él, luego arrastró su cuerpo hasta la puerta del hotel y pidió ayuda, dentro estaba Jacinto, al adolescente se le desencajó el rostro al verlo malherido, sangrando y con la cara en una mueca de pánico como no podía imaginar.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Eusebio?

—Ella, ella… la han matado.

—¿Qué dices? Cálmate. ¿Quién te ha hecho eso? ¿Quién te ha pegado?

Jacinto era un chico de no más de dieciséis años, pero ya se mostraba maduro en sus decisiones. Llamó por el teléfono de la recepción a su padre y este vino al cabo de veinte minutos.

Tobías miró a la chica en el suelo, luego a Eusebio, también a Jacinto. Echó la mirada hacia atrás y preguntó, a la vez que se frotaba el cabello con nerviosismo, si habían llamado a la Guardia Civil.

—Claro que sí —dijo Jacinto.

Tobías dedicó una mirada asesina a su hijo.

—La habéis movido de sitio, ¿verdad?

—Claro, estaba en los jardines.

—Allí debisteis dejarla. No se puede mover el cuerpo.

—Tobías…

—Eusebio, ahora no. Vamos a esperar a lo que diga la Guardia Civil, aunque no servirá de mucho.

—Pero…

—Eusebio, calla y no empeores las cosas.

—Pero mi mujer…

—Lo que ha pasado, pasado está, ya veremos más adelante qué hacer.

Eusebio no comprendía esas palabras, tampoco el estado de nerviosismo del que sabía que era su padre. Tobías trataba de calmarse y pensar.

Llegó la patrulla de la Guardia Civil a los pocos minutos de esa conversación, dos agentes que venían del pueblo, de divertirse y beber alcohol en la verbena. Nada que no esperase Tobías.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó la pareja de guardiaciviles sin siquiera mirar a la chica, que habían metido en el vestíbulo del hotel y la había cubierto en sus partes, aún tumbada en el suelo, pero como si fuese un mueble más de la estancia.

Tobías tomó la palabra, ni Eusebio ni Jacinto se habrían atrevido a hacerlo.

—Han asaltado a este chico, luego han violentado a la chica, está ahí en el suelo, muerta —señaló con la cabeza y la pareja de la Guardia Civil miró el cuerpo.

—¿Ha ocurrido ahí mismo?

—No, en los jardines.

—Joder, habéis movido el cuerpo, eso es mal asunto. —Hablaba el sargento, que parecía algo más sobrio que su ayudante, a este le costaba mantenerse en pie.

—Pero las pruebas en su cuerpo…

—Estarán contaminadas si lo habéis tocado.

—¿Cómo vamos a tocar el cuerpo, joder?

—Tobías, no me jodas. La chica está tapada de arriba abajo, si la habéis tocado no servirán de nada las huellas que encontremos.

—¿Y qué pasa con el semen? Seguro que hay dentro para inculpar a los violadores y asesinos.

—Deja el trabajo de investigación para nosotros, coño.

—Claro, vosotros mandáis, pero mi chiquillo, Eusebio… Esa niña era su recién esposa.

—Es bonita. Era, perdón. Deja que nos ocupemos.

Tomaron muestras de las uñas y las metieron en bolsas de plástico pequeñas que llevaban entre los bolsillos. Un forense llegó a las cuatro de la madrugada y se puso a su tarea, pues el cuerpo había sido llevado a otro lugar y estaría contaminado de pruebas falsas, por no hablar que la toma de muestras entre las uñas era su labor y no la del sargento. Se marchó sin siquiera despedirse ante la mirada de asombro de todos. Ya solo quedaba el levantamiento del cadáver y llevarlo a la morgue más cercana.

Tobías tenía que contener todo el rato a Eusebio, que trataba de imponerse y de mostrar su indignación. El chico era impulsivo por primera vez desde que el gerente del hotel lo conocía y eso era algo que lo llenaba de orgullo a la vez que trataba de frenar en su impulso. La Guardia Civil mandaba y todos debían acatar lo que dijesen o acabarían apaleados y retenidos en el cuartel durante dos o tres días. Así eran las cosas allí. Se contentarían con que no tratasen de inculpar al chico de la muerte de su propia esposa y se lo llevaran para sacarle a golpes una confesión. No sería la primera vez que ocurría algo así en el pueblo y los alrededores.

La pareja de guardiaciviles tomó declaración a todos los presentes y se marchó, llevándose el cuerpo de la mujer de Eusebio en el maletero del coche como si se tratase de una vulgar bolsa de ropa, sin investigar, sin indagar entre los inquilinos del hotel, nada. No hicieron nada.

La impotencia y la rabia de Eusebio las veía crecer Tobías y se acercó a él en ese momento para decirle.

—No te preocupes, no estás solo.

—Pero la Guardia Civil no ha hecho nada.

—Ya lo he visto, se han marchado. Piensa que podrían haberte llevado como culpable, seguro que la chica tiene tus huellas en el cuerpo al haber pasado la tarde y la noche contigo, además de que la has arrastrado hasta aquí. La Guardia Civil no se anda con tonterías, podrían haberte endosado la muerte; es una suerte que yo los conozca.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—¿No habrá justicia? Puede que dos inquilinos del hotel hayan hecho esto, no se pueden quedar sin pagarlo.

—Descríbelos lo mejor que puedas.

Así lo hizo Eusebio, detallando la ropa que llevaban, cómo hablaban, sus rasgos físicos e, incluso, su forma de caminar.

—Están aquí y lo van a pagar. Ven conmigo.

Lo condujo a la cocina del hotel; allí, ante la mirada de asombro del chico, Tobías le dio un cuchillo, el más grande que encontró, para cortar carne o pescado. Vamos a por ellos.

—¿Cómo?

—Los has visto. Me has dicho antes que son dos hombres algo mayores que tú, me has descrito sus ropas también y más detalles. Estoy seguro de que son los que están en la habitación diecisiete. Lo sé porque yo mismo los he recibido esta tarde.

—No sé si seré capaz de…

—¿Vas ahora a acobardarte? ¿Te doy una hostia para que espabiles?

Eusebio, que nunca antes había tenido nada más amenazante que un azadón o una pala entre las manos, se vio con un cuchillo enorme ahora, afilado y con un deseo de venganza en las entrañas como tampoco conocía hasta ese momento.

Fuego ardiendo en su interior.

Sintió el fuerte impulso que le propinaban las palabras de su padre, aunque nunca lo había llamado así ni se atrevería a hacerlo, pero se estaba comportando con él como un padre por fin. Lo que siempre había esperado, pero nunca en una situación semejante.

La mirada de su mujer, antes su novia durante siete años. Los votos en la iglesia, la cara de sus padres, los de ella, la de ella, la del cura…

Recuerdos que no paraban de surgir de repente y mezclados sin sentido aparente.

Los dos tipos en la puerta del hotel.

Ella asustada.

Él más asustado aún.

Los golpes.

Ella, ellos, ella de nuevo.

Tomo el cuchillo y lo aferró con fuerza entre las dos manos.

Tobías sonreía.

—Este es mi chico. Están en la habitación diecisiete, estarán dormidos ahora por la borrachera, será fácil. No toques nada cuando entremos, solo entra y cumple con lo que tienes que hacer. ¿Serás capaz?

Eusebio seguía mirando el cuchillo. Levantó la mirada hacia quien su madre le había dicho hacía mucho tiempo que era su padre, a quien llamaba papá, pero solo en sus pensamientos, y dijo:

—Claro, claro que seré capaz.

—Vamos, sé rápido, cauto y limpio. Una cuchillada con todas tus fuerzas en mitad del pecho a cada uno y sal cagando leches.

Tenía aún el cuchillo entre las manos, lo apretaba tan fuerte que le dolían las manos. Estaban en el pasillo de la planta del hotel, justo tras abrir la puerta con la llave maestra. Tobías lo miraba con seguridad, ni parpadeaba, era todo autoridad y Eusebio no quería defraudarle.

Entró en la habitación a oscuras con el cuchillo en la mano derecha decidido a hacer justicia.

Interrogatorios

Juan José Benavides llevaba dos horas sentado a solas en la sala de interrogatorios número cinco de la comisaría central de Madrid, tras el doble de tiempo esperando en una celda o calabozo, él no sabría diferenciarlos. Había rechazado de nuevo la comparecencia de un abogado y, tras miles de pensamientos que rondaron su cabeza sobre el futuro que le auguraba, ahora pensaba en su hermana y en el tío Eusebio, deseaba que estuviesen bien y no corrieran su misma suerte. Le había llegado la llamada de la sangre y se preocupaba por el bienestar de los suyos, quizás el aislamiento durante las últimas horas hubiese logrado ese efecto. Aunque no llegó ningún pensamiento de pena o malestar por cómo se encontrase su padre, este podría irse al infierno.

«Elena se derrumbaría en un sitio así, no pararía de llorar. Eusebio es demasiado bueno para sufrir un acoso, y menos se lo merece porque nunca le haría daño a una mosca, él solo sabe trabajar y dar cariño; ya no digamos su hermano Isidoro, tan simple de pensamiento. Qué pena lo de aquella esposa de Eusebio, y más pena por no haberse casado con madre y que él fuese mi padre y el de Elena, ojalá hubiera sucedido así y no como fueron las cosas».

Tenía ganas de orinar, pero él era capaz de aguantar muchas horas, se había adiestrado en el hotel, donde padre no le dejaba ir al baño si no era a determinadas horas en las que no solían pasar clientes por la recepción y alguien, a su vez, podía relevarle en el puesto.

Recordó de repente las primeras veces que visitó el hotel, tendría solo cinco o seis años, entonces no trabajaba allí, como es obvio, iba a jugar y a ver a sus padres. Recordó cómo su madre salía de la recepción para jugar al pilla pilla en el vestíbulo y luego, tras el almuerzo, en los jardines junto a Elena y Eusebio. Su padre siempre gruñía a su mujer y a Eusebio, les decía que no era momento para juegos, que había que trabajar y estar pendientes de las peticiones de los clientes. Elena entró a trabajar a los quince años en la recepción y en las tareas de limpieza, por entonces ya había muerto su madre; padre se mostraba muy duro con ella, también con Juanjo, que no tendría aún doce y le esperaba el mismo futuro.

Entonces se abrió la puerta y entró el ciego acompañado de alguien que desconocía, un señor mayor y casi calvo que se presentó como el comisario.

—Juanjo, voy a seguir tuteándote, supongo que no te importa —dijo el ciego con apellido italiano que él no recordaba—. Vamos a hacerte unas preguntas, como ya habrás comprendido. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias, me estoy orinando, pero aguantaré.

—¿Quieres ir al baño? Esto puede tardar varias horas y es mejor que lo hagas antes.

—Ya avisaré cuando no pueda aguantar más. Estoy bien, gracias, prefiero seguir así. ¿Mi hermana…?

—Tu hermana ha sido detenida y se enfrentará a un interrogatorio como este.

—¿Cómo? Ella no ha hecho nada.

—Hemos investigado y descubierto que sí teníais teléfonos móviles, también tu llamada a ella para advertirla de que fuese a avisar a tu tío Eusebio para que se fugase junto a su hermano de la casa en la que se escondían.

—Joder…

—¿Quieres ir ahora a orinar? Entenderás que esto va a alargarse, a no ser que quieras hacernos el trabajo más fácil y confesar lo que ha pasado. Tarde o temprano lo descubriremos.

—No quiero ir a orinar y no tengo nada que contar, ya lo he dicho todo antes. No sé lo que ha pasado.

—Has avisado a tu hermana para que alertase a Eusebio. ¿Por qué lo has hecho?

—No es justo que vayáis a por él, él no ha hecho nada.

—No paras de repetir eso. ¿Quién lo ha hecho?

—Un fantasma.

—No nos vengas con esas, los fantasmas no esgrimen cuchillos. No vamos a tragarnos esa estupidez que ha convencido a investigadores cincuenta años antes.

—Ellos lo han dicho. No había pruebas, huellas o testigos.

—Se han sucedido en el hotel y durante la noche, es obvio que hubo personas allí durante los crímenes, y los que más despiertos estabais erais los empleados. ¿Has matado a esas personas? ¿Lo ha hecho tu hermana? ¿Tu padre?

—Nadie de mi familia ha matado a esas personas.

—¿Quién lo ha hecho, entonces?

—No lo sé.

—No te creo. Me es imposible creerte.

—Me da igual lo que creas.

—No has hecho más que entorpecer la investigación desde el principio, desde que llegué con mis compañeras. ¿Cómo iba a confiar en ti?

—Pues no confíes en mí, pero es la verdad.

—Ya confié en ti, lo hice al acogerte en el hostal de Horcajo de la Sierra cuando tu padre quería matarte a golpes. No estás pagando muy bien ese detalle de confianza.

—Gracias por haber hecho eso, pero ya te digo que no tengo respuestas.

—Bien, no has cometido el asesinato, no lo ha hecho nadie de tu familia. ¿Quién, entonces?

—Averiguarlo es vuestra tarea.

—En eso estamos, y tenemos la certeza de tener detenidos a quienes lo saben o lo han hecho, me refiero a tu familia, ¿no te parece curioso ese dato? También te confirmo que no vamos a dejar de roer este hueso hasta que se parta, que te quede claro. No hay nadie más en la lista de sospechosos que vosotros, los Benavides; y tú, tu hermana, tu padre o tu tío acabaréis por derrumbaros y confesar. ¿Quieres tener a tu hermana durante seis, siete u ocho horas en una sala como esta sometida a preguntas mientras se orina? ¿Quieres que ella acabe por derrumbarse tras el miedo a las consecuencias? Veo que tú y tu padre sois dos rocas, pero he hablado con Elena y sé que ella no es tan fuerte, ella caerá y lo confesará todo.

—Pero ella…

—No he terminado de hablar, Juanjo. Ella no es fuerte, está destrozada por lo que ha vivido, derrumbarse y confesar no solo será algo valioso para nosotros, también será algo liberador y a la vez destructivo para ella, algo que la desintegrará desde dentro. Tener que confesar cosas tan graves contra su familia, el saber lo que ocurrirá con los criminales y cómplices, el saber que ha sido ella la que lo ha terminado todo. Imagina esas cosas en su mente tan frágil. Tu hermana no se repondrá jamás de esto. ¿Eso quieres para ella?

Juan José no movía un músculo de la cara ni del cuerpo, solo respondía mientras observaba algún punto de la mesa de metal ante él.

—Ella no ha hecho nada, nunca, tampoco el tío Eusebio.

—Entonces… ¿Habéis sido tu padre y tú? ¿Fue tu padre hace cincuenta años y luego seguiste con los crímenes tú? ¿Una obsesión por esa habitación, quizás? ¿Fue Eusebio por el recuerdo de su mujer violada y asesinada de esa forma el mismo día de su boda y siendo poco más que una adolescente?

Juanjo trataba de arañar cada vez con más saña la mesa de metal con las uñas, parecía que se las iba a partir de un momento a otro. Simón Ramos, el comisario, no decía una palabra, solo observaba. Su labor era la de asesorar o intervenir si lo consideraba oportuno, pero por ahora todo lo que oía era formidable, tenía a Moretti al cien por cien de nuevo a su lado y eso lo llenaba de esperanza; su mejor activo de vuelta.

Tras la larga pausa que propició Moretti, Juanjo claudicó tras levantar la mirada hacia el exinspector:

—Ha sido mi padre, siempre ha sido él; aquel suceso lo volvió loco.

—¿Estás asegurando que tu padre lleva matando cincuenta años a los que se hospedan en esa habitación?

—Sí.

—Él estaba en la cárcel cuando clavaron el cuchillo en el cabecero de la cama la noche anterior.

—Lo hice yo para que os marchaseis, para que pensarais en un fantasma.

—Tu padre era un adolescente, mucho más joven que tú, cuando se sucedieron los primeros crímenes, ¿por qué lo hizo entonces? ¿Por qué seguir con ello durante estos años?

—Preguntadle a él. Supongo que lo hizo por cariño hacia su hermano.

—No, no ayudas mucho. Tu padre no tenía mejor motivo que Eusebio para hacerlo, tampoco para obsesionarse con esa habitación en el futuro. No hay móvil de los crímenes. ¿Qué pasó en la habitación diecisiete?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes. ¡Claro que lo sabes! —Moretti se había puesto en pie y golpeado con furia la mesa con los puños, cosa que había pillado por sorpresa al comisario y al sospechoso.

—He dicho lo que sé —murmuró Juanjo.

—Allí murió tras ser violada la mujer de tu tío Eusebio horas después de su boda. Lo sabes, lo sabemos. Deja de mentir. Ha sido Eusebio, dilo de una vez, deja de encubrirlo por el cariño que le tienes. Ya intuyo que te hubiera gustado que él fuese tu padre.

—Eusebio no hizo nada, eso creo.

—¿Eso crees? ¿Y qué pasó entonces?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes, pero no quieres decirlo.

—Eusebio… él no pudo hacerlo.

—¿Quién lo hizo, si no?

—Él no era capaz, nunca haría daño a nadie.

—Eso ya lo has dicho, pero no apuntas a quién lo hizo. ¿Tu padre? ¿Tu abuelo? ¿Otra persona?

—El fantasma.

—Deja esa estupidez y dinos algo coherente.

Juanjo seguía arañando la mesa con las uñas, el sonido era cada vez más fuerte; Moretti y el comisario deseaban que se partiese una uña de forma dolorosa para que cesara en su labor, así no seguiría provocándoles los escalofríos por el sonido.

—Siempre se ha dicho en casa y en el pueblo que fue el fantasma.

—No existen los fantasmas, danos un nombre. ¿Quién esgrimía el cuchillo esa noche? ¿Quién lo ha hecho luego?

—No lo sé.

—Lo sabrá Elena, ella nos lo dirá.

Levantó la mirada de nuevo, se veía que eso le afectaba.

—No la presionéis, ella no soportará esto.

—Ahórraselo, ya te lo hemos pedido antes. Ahórrale a tu hermana este interrogatorio. ¿Sabes que llevamos solo quince minutos? Pues serán horas, muchas. Danos un nombre y salva a tu hermana de este calvario.

—Padre, joder, lo hizo padre.

—Ya lo has dicho antes, pero tu padre era un adolescente y no tenía motivo para hacerlo.

—Quería mucho a su hermano Eusebio.

—¿Por qué no se tomó la justicia por su mano tu tío? Era el más perjudicado.

—Él no fue capaz. Esos dos hijos de puta se lo merecían tras haber hecho eso a la esposa del tío Eusebio. Mi padre tuvo el valor de hacer justicia cuando su hermano no fue capaz.

—¿Y qué culpa tenían los demás que han muerto después en la habitación?

—Supongo que ninguna, pero… no sé qué pasó ni quién lo hizo, esa es la verdad.

«No se inmuta, no se altera bajo la presión ni los estímulos a los que lo estoy sometiendo. Es un sociópata preocupante, ¿qué ha vivido este chico en su corta vida para haberse convertido en un robot, en alguien que ni en esta situación tan extrema reacciona cambiando lo más mínimo su tono de voz? Solo emite miradas esporádicas que no veo, pero que sé que están ahí, eso no es suficiente, no se derrumba…».

—Está bien, hemos terminado con esto por ahora. Hablaremos con tu padre de nuevo y esperaremos a lo que tu hermana nos diga.

—¿Tengo que quedarme aquí?

—Claro que sí, eres sospechoso por complicidad, por el momento, ¿lo comprendes?

—No he matado a nadie, no encubro a nadie.

—Te quedarás en prisión preventiva una temporada, hasta que el caso se solucione y se decida otra cosa sobre ti.

—¿Y qué pasa con Elena y el tío Eusebio?

—Ellos estarán en la misma condición que tú.

—Ellos no han hecho nada.

—Te repites como un loro. Lo dices como si tú sí hubieras hecho algo malo.

Juanjo dejó de arañar la mesa y miró al ciego fijamente, había furia en sus ojos y así la vio el comisario.

—Estoy cansado y quiero orinar.

—¿Por qué no te preocupas por tu padre?

—¿Cómo?

—Te has mostrado protector con tu hermana y con tu tío, pero no mencionas a tu padre, como si no te importase lo que pudiera sucederle.

—Él estará bien, sabrá cuidarse.

—Eso no me convence.

—No trato de convencer a nadie.

—Está bien —dijo el exinspector con un suspiro que mostraba su decepción—. Ya hemos terminado por hoy. Puedes marcharte. Más te vale pensártelo mejor y hacer lo correcto, porque tarde o temprano uno de vosotros se derrumbará y la verdad saldrá a la luz; alargar el proceso es una estupidez y la fiscalía tomará la determinación de que no habéis ayudado a la investigación, así que se pedirán las penas máximas para todos los culpables.

Juan José no parpadeó siquiera al oírlo. Solo pensaba en orinar y tumbarse un rato en la cama de la celda.

Moretti llegó al despacho tras despedirse de Simón y oír por parte del comisario que había dirigido magistralmente el interrogatorio en tiempo récord. Claro que el exinspector no lo veía de la misma forma, habría preferido una confesión más sólida, no señalar a su padre, el que los maltrataba al chico y a su hermana desde que eran niños. Aquello era débil y obvio por venganza. Una vez a solas llamó a Esther.

—¿Cómo te ha ido, Hugo?

—El interrogatorio con Juan José ha sido muy breve, solo dos conclusiones: acusa a su padre de los crímenes y padece una sociopatía tremenda, ni ha cambiado el tono de voz cuando lo he sometido a estímulos del máximo grado, como un robot.

—Joder, aunque eso ya lo imaginaba. Ese chico tiene mucho en su interior, mucha mierda acumulada durante años, lo que le ha provocado esa forma de ser, además de miedos, traumas, inseguridades y fantasías sobre su vida presente y futura.

—De eso sabes tú más que yo, me habría gustado que estuvieses aquí para darme impresiones más precisas. ¿Lo sigues considerando un asesino?

—No pudo haber cometido todos los crímenes, pero sí los que se han sucedido desde que entró a trabajar en el hotel. Los sociópatas pueden llegar a ser muy peligrosos, aunque la gente crea que los asesinos más despiadados son los psicópatas; las sociopatías generan más asesinatos que las psicopatías, pero todos esos crímenes se acaban catalogando dentro del segundo grupo. Los psicópatas, aunque el cine los haya retratado como asesinos perturbados, suelen ser personas que pasan la vida encerrados en su mente, que se comportan como un embudo, no sé si me explico, pensamientos como agua que circula hacia el sumidero… Los sociópatas no saben cómo relacionarse con el resto de personas, la mayoría llega a un punto en el que dejan de comprender qué acciones están bien o mal, y acaban matando a aquellos que no se comportan como a ellos les gusta. Es un resumen demasiado escueto, pero puedo darte muchos más detalles si me das unas horas para explicarte.

—No será necesario, lo he entendido. Juan José pudo desarrollar una obsesión respecto a esa habitación por lo que hicieron los inquilinos hace cincuenta años, luego, tras oír que su padre, su tío o su abuelo, mataron a los huéspedes, quiso seguir con la tarea enfermiza y macabra de eliminar a quienes la ocupasen.

—Por desgracia, es la opción que más barajo ahora.

—Me lo apunto. ¿Cómo fue con la hermana?

—Nos ha contado que lo ocurrido hace cincuenta años fue el desencadenante, como es obvio. Nos ha dicho lo de la violación y el asesinato de la mujer de Eusebio en la misma noche de bodas. Ha confesado que su padre lo hizo todo y siguió luego a lo largo del tiempo.

—Lo mismo que Juan José, suena a acuerdo entre ellos, ¿no te parece?

—¿Y si fuese la verdad?

—Lo dices porque es lo fácil.

—¿Cómo?

—Todos los investigadores nos enfrentamos a este tipo de casos en los que tenemos acusaciones de alguien ya detenido y del que sospechamos, nos creemos esas acusaciones y luego, con el paso de los años, se descubre que otro era el asesino y hemos metido la pata, y un inocente se ha «comido» unos años de cárcel injustamente.

—Pero Jacinto no es ningún inocente.

—No lo es de maltrato, pero ¿de asesinato?

—Sus hijos lo apuntan en esa dirección.

—Eso es demasiado débil, sus hijos lo odian por el trato que les ha dado, es comprensible. Intento pensar con la mente en frío, alejada de opiniones personales y centrada en descifrar un enigma complejo. Hay ocho crímenes con cincuenta años de diferencia entre ellos, no tenemos pruebas, indicios, nada. Jacinto pudo haberlos cometido, pero el móvil es demasiado flojo para ello. Sigo pensando que Eusebio es el asesino. Elena y Juan José lo defienden porque es el padre que siempre quisieron tener, el que los trataba bien, pero Eusebio es el que tiene todas las papeletas para ser nuestro asesino, alguien que quedó perturbado tras la violación y asesinato de su mujer en la misma noche de bodas. O que Juan José siguió los pasos de su tío y cometió los últimos.

—Tú eres el asesor, el que decide.

—Yo soy el asesor, pero no el que decide, esa es tarea tuya. ¿Metemos veinte años en la cárcel a Jacinto o seguimos investigando para no descubrir, tal vez y demasiado tarde, que lo hizo otro?

—Supongo que toca seguir investigando, los casos no se resuelven siempre en un día o dos.

—Me alegro de que hayas aprendido esa lección.

—Es que me cuesta diferenciar los fáciles de los difíciles. Me tienes malacostumbrada.

—Ya te dije que este sería complicado de definir. Lo estamos viendo. Hay pocas o ninguna prueba, muchos acusados y sospechosos. No es de recibo que nos centremos en acusaciones de hijos contra un padre que los ha maltratado. La cosa se complica, tendrás que asistir a dos juicios como investigadora responsable, a uno por malos tratos y a otro por múltiples homicidios.

—Y a otros más.

—¿A qué te refieres?

—Al que tendré frente a África por lo que le pueda suceder a Juan José.

—Bueno, esa chica es fuerte, sabrá sobreponerse a lo que pase. Deja de pensar en ella como si fuese una hermana menor tuya a la que proteger, como lo hace tu hermana Gloria contigo, es una compañera que debe endurecerse, y lo está haciendo en este caso. Haz tu trabajo y ella hará el suyo, luego tendréis tiempo de hablar y hacer terapia.

—Ahora soy yo la que se muestra fría al oírte, esperaba más empatía para África.

—Me alegro de que tu empatía hacia ella y otros que no sean de tu familia haya crecido, es un adelanto. Pero te recuerdo que África se ha encaprichado de un chico que acaba de conocer y considera que será inocente solo por los sentimientos que alberga por él o por el trato recibido.

—Bueno… en eso tienes razón. En todo.

—Lo comprendes, eso es algo positivo. ¿Seguimos con el caso?

—Claro, seguimos con el caso.

—¿Qué más ha dicho Elena? ¿Ha dado detalles?

—¿Eso es relevante?

—Claro, podrían ser datos que apuntasen a su tío, al hermano de este, a Juan José o al propio abuelo del mismo.

—No he profundizado tanto en el interrogatorio.

—Pues tráela a Madrid y saquemos de su interior lo que sabe.

—La chica es frágil.

—Malo para ella, bueno para nosotros.

—¿Cuándo pierde su humanidad un inspector como para decir eso?

—Piensa en las víctimas y en sus familiares y obtendrás la respuesta. Mándame a Elena y atrapa a Eusebio y su hermano, así solucionaremos el caso.

—¿Vas a interrogar más veces a Juan José?

—Me gustaría que lo hicieses tú. Sé que los dos creemos que tiene mucho que contar, que confesar.

—Sí, los dos lo pensamos, solo espero que esto no se estire en el tiempo más de lo que me gustaría ni que deje una huella demasiado difícil de olvidar en el futuro.

—Tú no puedes olvidar nada.

—No, no puedo. Me asusta tener razón y que el chico sea uno de los asesinos, por el daño que haría a África y su participación con nosotros en los siguientes casos.

—Deja eso al margen, no es tu trabajo.

—Lo sé.

Imprevistos

Eusebio circulaba sin rumbo definido por entre las parcelas que veía a ambos lados del camino. Nunca se había visto en esa tesitura, la de huir y buscar dónde cobijarse sin saber el destino, ¿para qué huir? Eso se lo había preguntado hacía bien poco, él nunca había considerado que hiciese algo malo en su vida, siempre se había mostrado fiel a sus principios, que era lo mismo que decir que había hecho justicia cuando era necesario hacerlo. Su hermano pequeño lo acompañaba en silencio, como siempre que conducía y lo tenía a su lado. Este nunca decía una palabra, ni de ánimo ni de reproche ni de queja por tener hambre o sueño. Isidoro era como una mascota fiel, así se comportaba, como un perro bien adiestrado. Y allí estaba, cabizbajo, a la espera de que le dijesen lo que hacer, como si lo hecho unos días antes se le hubiera señalado como un error; pero hacerse pasar por el padre Damián fue algo que obedeció a la orden de Jacinto sin pensárselo un segundo, nunca desobedecería a Jacinto, al igual que a su hermano Eusebio.

Eusebio miró a su hermano y tuvo que admitir que se parecía un poco al párroco que había conocido durante décadas. La idea de Jacinto no era mala, pero había resultado un fiasco que acabó por salpicar al pobre Isidoro, demasiado simple de mente como para ser consciente de ello por sí mismo.

Isidoro llegó al mundo cuando él tenía nueve años y sus padres ya llevaban algo más de diez casados; mayores para tener otro hijo. Lo que no extrañó a nadie cuando vieron que el pequeño no era tan despierto como se esperaba de él. Otra vez sus padres fueron señalados por el resto, la primera fue porque el propio Eusebio se parecía cada año más a Tobías y Jacinto. Morenos de piel y cabello, ojos pequeños y labios inexistentes, mientras que Isidoro se parecía a su padre, pelirrojo, con pecas, ojos azules y una boca de labios enormes; Eusebio era corpulento, como Tobías; Isidoro era flacucho y bajito, como su padre. Ignacio, el progenitor legal de ambos, se mostraba taciturno en la casa tras el nacimiento de Eusebio y luego durante el paso de los años, aunque nunca mencionó una palabra sobre el tema cuando desayunaban o cenaban, ni los fines de semana que compartían saliendo al campo a pasear, buscar setas y demás. Su madre tampoco era muy habladora y alegre, pero los trató a los dos por igual, educándolos y dándoles cariño sin hacer distinciones. Hasta cumplir los catorce años, Eusebio no supo que su padre era Tobías, que había nacido fruto de una noche de pasión en las fiestas del pueblo entre dos adolescentes. No fue su madre ni su padre quien se lo confesó, sino un vecino y compañero de clases en la escuela. Él nunca se atrevió a preguntar a sus progenitores, pero los parecidos físicos y de personalidad con Tobías y Jacinto no podían ser más evidentes. No necesitaba hacer la pregunta que lo confirmase. A los dieciséis entabló conversación por primera vez con Tobías, casi no era capaz de mirarle a los ojos, el hombre se veía tan fuerte y decidido, tan capaz de todo, que la comparación con su supuesto padre le parecía un insulto. Tobías tenía un hijo ocho años menor que él, ahora poco más que un niño, pero que compartía sus rasgos físicos, como él mismo había advertido. Tobías, en esa ocasión, le atusó el cabello sonriendo y le dijo que llevaba años viéndolo por el pueblo, estaban a solas en una calle sin vecinos chismorreando, quizás también tras las ventanas. Tobías le dijo que le gustaría que en el futuro trabajase con él en el hotel, que nunca le faltaría de nada, también le preguntó si su madre estaba bien. No le había preguntado por sus padres, en general, lo que sirvió como confirmación de las sospechas y de las habladurías. ¿Aún sentía algo por su madre? En eso pensó durante semanas o meses, tampoco fue capaz de decírselo a ella, de contarle lo conversado durante aquel breve momento con su supuesto padre en mitad de una calle cualquiera. Se avergonzaba solo con la idea de plantearlo y hablar de ese hombre a su madre.

—¿A dónde vamos? —preguntó Isidoro, sacando a Eusebio de los recuerdos, era la primera vez que le preguntaba algo así y lo tomó por sorpresa.

—No lo sé, siento decirte que no lo sé; también lamento que estés en esto, de haberte metido en algo así.

—Fue Jacinto el que me pidió que me hiciese pasar por el padre Damián y el que me dijo lo que hacer, decir y me trajo los hábitos de cura.

—Lo sé, pero siento que es culpa mía.

—¿Culpa tuya? Tú no has hecho nada.

—Lo sé, tampoco tú, pero tenemos que hacer esto ahora para que no piensen que los crímenes los han cometido otros.

—¿El fantasma, hermano?

—Sí, ha sido el fantasma.

Isidoro se quedó en silencio, calmado, como cuando le daban chocolate tras almorzar o cenar, a punto de quedarse dormido.

Eusebio lo miraba de reojo cada pocos segundos. ¿Por qué había metido Jacinto al pobre Isidoro en esto? No era justo.

Esther llegó en taxi junto a Elena a las once de la noche a Madrid, se dirigía a la comisaría para interrogarla a fondo. Había dejado la tarea de encontrar a Eusebio y su hermano a África y Fernando.

No hacía precisamente una noche calurosa, pero, al bajar del coche, la diferencia de temperatura con el pueblo de La Acebeda en la sierra norte hizo que la subinspectora no necesitase la gabardina; se la echó sobre el brazo izquierdo mientras conducía a Elena, esposada, al interior del edificio.

Moretti apareció por la puerta junto al comisario.

—Has tardado menos de lo que esperaba.

—Tampoco debías esperar, es tarde y estarás cansado.

—Seguro que menos que tú, olvida eso y vamos, querrás que te acompañemos en el interrogatorio.

Esther miró a su compañero y al comisario, aún tenía a Elena a su lado, en silencio y desaparecida durante el trayecto y ahora también, pues no había dicho una sola palabra y se mostraba derrotada.

—Prefiero hacerlo sola.

—¿Cómo dices?

—Sola, quiero estar sola en la sala de interrogatorios.

—Pero…

—Simón —interrumpió Moretti al comisario—, dejémosla, ya sabe de sobra lo que debe hacer y es capaz.

Tanto el exinspector como Simón se marcharon a sus casas mientras Esther bajaba al sótano del edificio, donde se encontraban las salas de interrogatorio. Le leyó los derechos a Elena tras encender la cámara que grababa vídeo y audio para registrar formalmente la conversación.

—Elena Benavides, te le leído tus derechos y has renunciado a un abogado, puedes pedirlo en el momento que lo estimes oportuno. Por cierto, no te he preguntado si necesitas ir al baño o si tienes sed o hambre.

—Solo ir al baño, por favor —musitó.

—Te acompañará una agente en todo momento, te quitará las esposas al entrar en el aseo y te las colocará de nuevo tras salir, ella estará dentro contigo.

Elena asintió con la cabeza.

Al entrar en el pequeño cuarto, la chica comprendió que aquel era un servicio solo para detenidos, no para los policías del edificio, pues no tenía ventanas y tampoco espejos que se pudieran partir para usar un trozo como arma o para automutilarse o suicidarse. Movió la puerta del cubículo para tener algo de intimidad, esta no contaba con un pestillo para cerrarla del todo. Tenía el estómago descompuesto y vomitó hasta sentir que iba a soltar las entrañas por la boca. Tras salir, se enjuagó la boca en el grifo del lavabo, también se lavó la cara a conciencia con el agua fría y regresó con la agente hacia la sala de interrogatorios.

—¿Te encuentras bien? Te veo diferente. ¿Has cambiado de idea sobre lo de tomar algo o beber agua?

—Un vaso de agua estará bien.

Esther miró a la cámara haciendo un gesto casi imperceptible, al cabo de un minuto entró la misma agente de antes con un vaso de plástico blanco. Elena dio un sorbo, dejó el vaso ante ella y se quedó mirando un punto ubicado en el infinito tras este.

—¿Empezamos? —Tampoco era una pregunta, solo una forma de hablar—. ¿Quieres contarme algo nuevo?

—Ya te dije todo lo que sabía.

—Nada, me dijiste nada. Es un buen momento para comenzar a colaborar. Nos harías un gran favor, además de hacértelo a ti misma y a tu familia.

Silencio por respuesta.

—Sabes que daremos con la solución. Ya has visto que hemos descubierto en pocos días lo que la Guardia Civil no vio en décadas. No vamos a frenarnos ahora.

Silencio. Elena seguía como hipnotizada ante el vaso.

—¿Dónde están tu tío Eusebio y su hermano?

—Ellos no han hecho nada.

—Es lo mismo que dices siempre, lo mismo que dicen también tu padre y tu hermano.

—Es la verdad.

Esther se puso de pie; tras el trayecto en coche, ya estaba cansada de estar sentada y se decidió a caminar por la sala.

—¿Sabes qué pienso, Elena? Pienso en las dos posibles opciones que implican tus palabras. Por un lado, creo que protegéis a Eusebio porque es parte de la familia, él es el asesino, sufrió una perdida brutal hace cincuenta años y le dan brotes psicóticos cada vez que alguien ocupa esa habitación. Su familia, vosotros, sabéis que es buena persona y no queréis que vaya a prisión, es lógico; pero solo vais a lograr ir con él y pasar muchos años privados de libertad. Por otro lado, pienso que Eusebio es inocente, que no ha matado a nadie, pero no queréis que lo atrapemos para que no se derrumbe en un interrogatorio y señale al verdadero o los verdaderos asesinos: ¿tu abuelo? ¿tu padre? ¿Tu hermano? ¿Tú?

Silencio.

—Vamos a encontrarlo, si no lo han hecho ya mis compañeros. Todo este mutismo por tu parte no habrá servido más que para agravar tu situación como cómplice. Dinos dónde pueden haber ido tu tío y su hermano.

—No lo sé, no lo sé, es cierto. Tomaron la ruta opuesta para que no os cruzaseis con ellos, yo también. Nos separamos en el primer desvío para que yo regresase al hotel y ellos continuaron recto, hacia el este.

—Acabas de admitir que los avisaste tú. Ya lo suponíamos, eras la única que podía hacerlo; que tuvieras que ir en persona me deja claro que no se llevó su teléfono móvil, o lo habríais llamado para advertirle. ¿Isidoro tampoco lleva el móvil?

—No tiene.

—¿Y eso? A día de hoy, todo el mundo tiene teléfono móvil.

—Él no. Se confunde mucho al usarlo, cuando le hemos intentado dar uno, tanto los de teclas grandes como los de pantalla táctil.

—No… no te comprendo.

—Isidoro es un poco… es como un niño a veces, no siempre, pero tiene brotes en los que casi se comporta como si fuese algo retrasado.

—No me lo pareció cuando lo vi en el cementerio, hablé con él durante unos dos minutos y no llegué a esa conclusión.

—Aquello se lo tomaría como un juego, como una misión importante, él se concentra mucho en esos momentos y parece otra persona, seguro que incluso usó la forma de hablar de un cura real.

—Así es. ¿Quién le encomendó la misión? ¿Fue Eusebio?

—No.

—Si lo dices con esa seguridad, es que sabes quién fue.

—Mi padre.

—Todos apuntáis siempre a vuestro padre. ¿Es el asesino realmente o solo lo acusáis para que pase el máximo número de años en la cárcel y que así no vuelva a maltrataros?

—Piensa lo que quieras.

Esther recibió un mensaje al teléfono móvil, vio que procedía de Gonzalo Iglesias, el responsable de la división científica, y abrió el mismo para leerlo. El cuchillo analizado se correspondía con el usado para los dos últimos crímenes; no se podía cotejar con los asesinatos anteriores porque no había información disponible de aquellos tiempos. «Tampoco tendría mucha relevancia saber que es el mismo cuchillo usado desde el principio, el asesino podría haber usado varios, uno diferente por cada crimen» pensó la subinspectora. No había huellas dactilares en el mismo, era un dato que esperaban, tampoco era difícil usar guantes para ocultar esas pruebas definitivas.

—Elena, el cuchillo que clavaron la noche pasada en el cabecero de la cama en mi habitación, mientras yo dormía, es el mismo que se usó para matar a la pareja de turistas de Barcelona. ¿Tampoco sabes quién lo hizo esa noche?

—No lo sé.

—Tu padre está detenido, no podéis culparlo de eso también. ¿Fue Eusebio? ¿Fuiste tú o tu hermano?

—No sé quién pudo ser.

Esther volvió a levantarse de la silla y comenzó a caminar alrededor de la mesa, pasando tras Elena dos veces antes de dar un giro al interrogatorio.

—Doy por sentado que en estos años habrás hablado con tu familia, incluso con el propio Eusebio, sobre lo que le ocurrió hace cincuenta años. Debió ser trágico para él, ¿no?

—Supongo.

—¿Lo supones o lo das por sentado? Imagina que te ocurriese algo similar a ti.

—Me resultaría muy doloroso.

—¿Eso te ha dicho él, que fue muy doloroso?

—Al tío Eusebio no le gusta hablar de aquello.

—¿Y a tu padre? ¿Qué semblante veías en su rostro cuando hablaba de aquello?

—Lo hemos comentado muy pocas veces, padre siempre se ponía triste, también furioso. A Juanjo y a mí no nos gustaba verlo furioso.

—Lo puedo entender. ¿Crees que aquel día, hace cincuenta años, esa furia brotó y, aun siendo tu padre solo un adolescente, pudo matar a los que habían violado hasta la muerte a la esposa de tu tío?

—Ya te he dicho que sí, que lo hizo él.

—¿Lo oíste admitirlo en alguna ocasión?

—No, pero… siempre hablaba de que se lo merecían, de que así es como se hace justicia de verdad.

—Si tu padre mató a aquellas dos primeras personas por venganza y justicia, ¿qué le impulsaría a matar al resto durante los demás años?

—No lo sé, tendrías que preguntárselo a él.

—Parece, no sé si estarás de acuerdo conmigo, que se trata de alguien que tiene una obsesión con esa habitación, con lo ocurrido entonces. Tu padre no sería el que yo apuntaría como máximo candidato a ello. Eusebio tiene más motivos para esa obsesión; tu padre, por contra, solo lo tendría en un momento de ira en la primera ocasión.

—No conoces a Eusebio, si lo hicieras, no se te pasaría por la cabeza que pudiera matar a nadie.

—De acuerdo, te creo. Recapitulemos. —Esther vio cómo Elena daba un sorbo al vaso de agua y lo dejaba luego exactamente en el mismo lugar—. Hace cincuenta años, tu tío llegó al hotel con su esposa para iniciar la luna de miel, dos inquilinos los abordaron, violaron y asesinaron a la mujer y luego alguien entró de madrugada en su habitación para matarlos, para hacer venganza y justicia. Aquel crimen ha prescrito para la justicia española. ¿Posibles asesinos? Tu padre, tu abuelo Tobías y Eusebio; eran los que estaban en el hotel y, aunque no descarto que lo hiciese otra persona, la motivación no sería la misma, salvo que fuera alguien a quien pagasen; pero los crímenes por encargo suelen ejecutarse tras varios días, no a las pocas horas de haberse originado el motivo para la venganza. Dudo que tu padre, Eusebio o tu abuelo pudieran encontrar en aquellos tiempos a un sicario con tan poco margen y en mitad de las fiestas del pueblo. Tobías pudo haber matado a aquellos dos, pero no a los demás; tu padre y Eusebio sí que podrían haber realizado todos los crímenes… o incluso que continuasen con la labor iniciada por Tobías. Dime, Elena, ¿empezó tu abuelo y continuó tu padre? ¿Lo hizo todo tu padre? ¿Fue tu tío Eusebio?

—No lo sé, no puedo decirte lo que no sé.

—Pues yo sí puedo decirte lo que sé. Sé que mientes y tus acciones, así como tu actitud y respuestas, me lo confirman. Una persona que no sabe nada suele actuar de forma participativa y se asombra con las cosas que se le dicen, pero tú te cierras como una ostra y has actuado defendiendo y ocultando a tu tío, eso demuestra que sabes mucho más, aunque no quieres decirlo y eso es malo para todos; para la policía, porque nos haces trabajar más para llegar al mismo sitio; también para ti y tu hermano, que acabaréis con una pena mayor de prisión por obstaculizarnos.

—Méteme en la cárcel, no me importa.

—No vas a ir a la cárcel por ahora, no se te imputa ningún cargo. Joder, Elena, ¿acaso no tienes conciencia ni remordimientos? ¿Careces por completo de sensibilidad y empatía? Esas personas que murieron después eran inocentes, tenían vidas por delante, sueños, ilusiones, metas, familia y amigos que los querían, ¿no te importa eso?

Esther vio por primera vez a la chica cambiar su semblante. Había tocado la tecla adecuada y ahora sabía por dónde seguir.

—Eusebio obtuvo esa misma noche la justicia y venganza que quería. ¿Qué pasa con la justicia y la venganza de los familiares de los asesinados en la habitación diecisiete desde entonces? Seguro que hoy siguen esperando que alguien les diga que se ha atrapado al asesino y que no se trata de un fantasma, para así poder dormir en paz pensando que el asesino cumplirá su condena por los crímenes. Piensa en ellos, Elena, ¿acaso no te importan? ¿Te importa más encubrir a un asesino que ha matado sin motivo, aunque sea alguien de tu familia?

—Es que… es que no puedo, no puedo decir nada.

—Claro que puedes, lo que pasa es que no quieres hacerlo. ¿Por qué? Sabes que lo descubriremos, sea con Eusebio, con Isidoro o con vosotros en esta sala, llegaremos hasta el final con o sin tu ayuda. Ahorra esta agonía para ti y tu familia.

Silencio.

—Tengo toda la noche, te derrumbarás.

—Quiero un abogado.

«Joder».

Esther solicitó un abogado hablándole a la cámara y le dijo a Elena que seguirían a la mañana siguiente, ya que un letrado de oficio tardaría en llegar. La chica se fue a los calabozos y la subinspectora se encaminó hacia la puerta; allí, tras pedir un taxi, trataría de llamar a Moretti, esperando que estuviese despierto, para contarle lo ocurrido en el interrogatorio.

Antes de poder llamar a su compañero, recibió una llamada, escuchó atentamente lo que le decían y luego colgó.

«¡Joder, joder! ¡¡Me cago en la puta!!».

Y solicitó un coche patrulla para ir a la cárcel en la que estaba en prisión preventiva Jacinto Benavides.

Una noche interminable

Acusaba por igual un sueño terrible y los remordimientos por no haber sacado algo del interrogatorio, además de no haber dado datos aún a Moretti y África, pero esto último no le importaba tanto, pues estarían dormidos a esa hora y tampoco era un suceso que ayudase a avanzar en el caso, aunque sí importante en el mismo, ya que no obtener nada de una posible sospechosa de autoría o complicidad en un crimen era como seguir estancada en las arenas movedizas, sin haber podido dar un paso.

El coche patrulla iba con la sirena y las luces, pero Esther había conseguido desconectar del todo, ni se percataba de los destellos y el estruendo; solo miraba las pocas luces de la autopista en su camino hacia la cárcel, estas pasaban a toda velocidad, con la bola de penumbra anaranjada alrededor que indicaba una noche de humedad, quizás lloviese en breve. La chica percibía el olor a sudor de su ropa, necesitaba una ducha, también dormir más de ocho horas seguidas, pero eso llegaría más tarde; no se podía permitir esos lujos cuando estaba a las puertas de resolver el caso, uno de esos difíciles para los que había sido reclutada. El problema es que esas puertas seguían cerradas a cal y canto.

Llevaba muchos días sin llamar a su hermana, ni siquiera para preguntarle cómo le iba o qué tal estaba la familia, tampoco a Cristina Collado, una amiga y asesora en casos anteriores. ¿Por curarse de su patología y hacerse más fuerte? Tal vez por eso, o porque no había tenido tiempo ni de pensar en su terapia, tampoco de teñirse el cabello y cortarlo un poco. Se amontonaban las tareas. En ese momento solo pensaba en que desearía entrar en casa, despertar a Hugo para hacer el amor y quedarse dormida sintiendo sus caricias en el cabello y la espalda desnuda hasta despertarse y desayunar con la mente lo más vacía posible.

«Que le den por culo al caso, a Elena, a su hermano y a todo ese pueblo de mierda que cree en fantasmas. Que le den por culo al trabajo y al mundo en general. Tengo que pensar más en mí. Esto no es sano».

Llegaron a las puertas de la prisión. Esther, antes de bajarse del coche, le dijo al agente que la esperase para llevarla de vuelta a casa y él asintió.

Dentro tuvo que pasar todos los controles de seguridad, incluyendo tres veces mostrar su identificación y rellenar un formulario con sus datos y los motivos de la visita. Tras dejar su arma en la consigna, fue conducida a un edificio en cuyo sótano se ubicaba una morgue de tamaño muy reducido para presos que morían tras peleas, suicidios o de muerte natural. Ningún forense la recibió, solo un funcionario sentado sobre una silla de plástico y que bostezaba cuando ella entró.

—Pensé que la policía enviaría a alguien mañana por la mañana.

Esther no hizo caso al comentario.

—Muéstrame.

El funcionario la llevó junto a una mesa de metal como las del Instituto Anatómico Forense que ella ya había visto una docena de veces antes, sobre ella estaba el pálido cadáver de Jacinto Benavides tapado por una sábana blanca desde el pecho hasta los pies. Alguien le había cerrado los ojos en un gesto de bondad, o tal vez había muerto así.

—¿Qué es lo que ha pasado? Me han dicho que se ha suicidado.

—Ponte guantes y ábrele la boca, lo comprobarás por ti misma.

Esther se puso los guantes de látex en silencio y comprobó que el *rigor mortis* ya estaba algo avanzado, porque la mandíbula se mostraba muy dura; la baja temperatura de la morgue ayudaba al proceso. Esther tiritaba de frío a pesar de la gabardina.

—Se ha cortado la lengua, por las marcas se aprecia que lo ha hecho a mordiscos él mismo —musitó ella en lo que era un pensamiento en voz baja para sí misma.

—La lengua está al fondo de la garganta, puedo traerte más luz para que la veas.

—No es necesario, gracias.

Esther le cerró la boca de nuevo al cadáver.

«Menuda muerte… Ha debido de ser horrible; tanto el dolor de cortar la lengua, que le habrá llevado muchos minutos tragando su propia sangre, como luego tener los redaños de tragarse el enorme trozo y morir asfixiado lentamente».

—¿No tiene marcas de forcejeos?

—Nadie lo ha golpeado, observa. —Y quitó la sábana para que Esther viese el cuerpo completo.

—Ya veo. Es suficiente.

El funcionario tapó de pies a cabeza el cadáver.

—¿Necesitas algo más?

—Quiero hablar con el compañero que descubrió esto.

—Está en casa, acabó su turno.

—Pero debió quedarse, es el protocolo.

—Bueno, suelen venir los inspectores a la mañana siguiente, como ya le he dicho.

—Ya, pero…

—La nota está aún en su celda.

—¿La nota?

—Escribió algo antes de suicidarse.

—Acompáñame a esa celda.

El espacio era muy limitado, para una sola persona. Camastro, inodoro, pequeño lavabo y un mueble que servía de escritorio y de almacenaje para las pocas cosas que el preso llevase consigo y que le hubieran autorizado desde la prisión. Todo blanco. Se oían muchas protestas desde fuera, aunque el funcionario dio dos golpes con la porra en la puerta de la celda y se hizo el silencio de nuevo. Esther intuyó que encender la luz de todo el pabellón, porque no había interruptores para cada celda particular, había despertado a los demás inquilinos. Sobre la mesa había un folio y un lápiz envueltos en un sobre de plástico transparente. No se sentó en la silla, permaneció de pie para leer lo último escrito por Jacinto:

«He intentado ser un buen hombre toda mi vida, aunque ahora comprendo que no se puede ser un buen hombre sin ser un buen padre. He tratado mal a mis hijos, sin excusarme ahora porque sea lo que sufrí yo mismo. Elena, Juan José, siento haberos hecho pasar un infierno, yo mismo no era consciente de ello mientras lo hacía.

Quiero que todo el mundo sepa que he sido un monstruo, que he maltratado a mis hijos y que he matado a todas las personas del hotel, he sido yo y no sirve de nada mi arrepentimiento si no pongo solución.

Mi muerte no devolverá las vidas de esas personas, tampoco hará que mis hijos olviden lo que han sufrido, pero espero que sirva en parte como redención para mí mismo.

Quiero a mi familia, que eso no se ponga en duda jamás».

Esther se guardó la nota y regresó a la capital sin almacenar nada más en su memoria, como si el viaje de regreso a casa no hubiera sucedido, eso era nuevo para ella en su vida.

Una vez ante la puerta del piso de Moretti:

«El informe forense no aportará nada. Incluso esta muerte y la nota manuscrita de Jacinto no solucionan el caso. Todo esto es una locura, parece una autentica locura ideada por un fantasma. Quizás sea cierto que los fantasmas existen. Eso o que tengo que dormir para despejar la mente».

Buscó en sus bolsillos. Mierda, no llevaba las llaves del piso. Llamó al portero automático tras descartar irse a un hotel o regresar a La Acebeda. Hugo tardó más de cinco minutos en responder.

Una vez arriba, en la puerta de la vivienda:

—Lo siento, debí traer la llave para no despertarte.

—No pasa nada, llevo toda la noche con un sueño muy ligero.

¿Qué hora es?

—Las cuatro y cuarto.

—¿Hasta ahora no has terminado de interrogar a la chica?

—No, ha habido novedades.

—Cuéntame.

—Eso esperará a mañana.

—Claro, tienes sueño.

—Sí, pero antes de dormir quiero ducharme y follar.

Huesos duros de roer

Se despertó con un dolor terrible en la espalda, pensaba que apenas podría moverse o caminar, ya no digamos conducir. La decisión de dormir en el asiento del coche había sido errónea, mejor sería haberse enfrentado al frío de pasar la noche al raso en el campo al lado del coche; quizás hubiera encontrado césped mullido. Ya era tarde para ese pensamiento. Tal vez para la próxima noche, si es que su situación no cambiaba y no podrían regresar a casa; claro que no les quedaba comida, aunque eso podrían solucionarlo parando a comprar en el colmado del pueblo que estaba a solo dos kilómetros, donde llenarían el depósito de combustible también.

Su hermano no estaba en el asiento de al lado. Eusebio se alertó de inmediato, ni siquiera pensó en el dolor de la espalda. ¿Se habría ido a dormir al suelo? ¿Estaba orinando o dando un paseo? ¿Había regresado a su casa del pueblo? Esto último lo descartó en el acto, lo conocía de sobra, él nunca lo abandonaría, como un perro fiel no abandona jamás a su amo. Salió del coche y lo vio sentado sobre una piedra. El amanecer ya llenaba de luz la zona, desértica, por suerte para ellos.

—¿Isidoro?

—Va a llover.

—¿Cómo dices?

—Va a llover hoy, ya lo verás. —Nunca se equivocaba.

—Voy a mear, no te muevas de ahí.

—¿A dónde iba a ir?

Eusebio terminó y regresó junto a su hermano, parecía apesadumbrado.

—¿Quieres regresar a casa?

—No sé, quiero lo que quieras tú.

—Ya hemos hablado muchas veces de esto, tienes que decidir por ti mismo. ¿Qué quieres hacer?

—Volver a casa.

—Siempre dices que en casa te aburres.

—Entonces, quiero lo que quieras tú.

—Tenemos que hacer esto por Jacinto y por los niños, por la familia, por el hotel. Recuerda que el hotel da dinero y de ese dinero vivimos tú y yo también.

—Pues eso, seguimos así, como ahora.

—Pero no estás a gusto de esta forma.

—Es que me duele la espalda. Quisiera dormir en la cama, en casa.

—Yo también. Pronto regresaremos, te lo prometo.

—¿Podré vivir contigo?

—Claro, venderemos tu casa y eso nos dará dinero para que yo pueda dejar el hotel y pasar estos años juntos.

—¿El hotel? El hotel no lo puedes dejar, llevas allí toda la vida.

—Va siendo hora de dejar los recuerdos atrás, hay cosas más importantes.

—¿Yo soy más importante?

—Claro que sí. Vamos, regresemos al coche y sigamos el viaje. Siempre te han gustado los viajes. Compraremos comida en el pueblo siguiente.

—Quiero Doritos.

—Te compraré Doritos y Fanta de naranja.

—¿Y desayunaremos primero? Quiero tostadas y batido de vainilla.

—Claro, lo que quieras.

África miró a su lado tras despertar, allí estaba Fernando, dormido en el asiento del acompañante. El Audi costaría más de cien mil euros, pero no era nada cómodo para pasar una noche improvisada durmiendo en él. Aprovechó que el chico aún estaba en el séptimo sueño para salir sin hacer ruido y orinar tras el coche. Menuda noche habían pasado. Estuvieron conduciendo por los caminos de arena de la zona hasta más allá de las dos de la madrugada, momento en el que decidieron descansar unas horas tras comer lo poco que habían comprado en un colmado cercano.

La chica no sabía hacia dónde ir ahora, salvo continuar sin rumbo por el laberinto de caminos que ya había recorrido la tarde y noche anterior. Se sentía agotada a todos los niveles; el malestar físico era lo de menos, se sentía defraudando a Esther y Moretti en la primera tarea de importancia que le asignaban en un caso de los difíciles. ¿Qué iba a decirles si estos llamaban para preguntar resultados? Se moriría de la vergüenza al reconocer que les había fallado. Tenían que dar con Eusebio y su hermano, pero estos habían desaparecido. ¿Se habían escondido en una casa de las que dejó ella atrás mientras buscaba sin ver nada ni a nadie? ¿Habían seguido los sospechosos una ruta diferente y ahora estaban lejos? No tenía respuestas y eso, para una investigadora, era lo peor a lo que podía enfrentarse.

¿Era demasiado temprano para llamar a Esther? Sí, además, debía esperar a que su superiora lo hiciese, detalle que esperaba en breve. ¿Cómo le habría ido con la entrevista a Elena? ¿Regresaría junto a Moretti ese mismo día para acompañarlos en la búsqueda? No tenía noticias de ella, ni por mensaje de móvil, así que eso implicaba que el interrogatorio no había dado frutos y que ellos no iban a volver en las próximas horas.

¿Y dónde coño se habían metido Eusebio y su hermano? La zona era un entramado de calles, la mayoría sin asfaltar, y con casas parecidas diseminadas aquí y allá.

«Sin rayos-X no puedo ver dónde se esconden, tampoco puedo entrar en más de doscientas casas pidiendo que me dejen registrarlas a fondo».

—Esto es una mierda.

—¿El qué es una mierda?

—¡Qué susto! No sabía que te habías despertado y aparecido a mi espalda, no me habrás estado mirando mientras orinaba, ¿verdad?

—Vaya concepto tienes de mí.

—No te conozco de nada.

—¿No? —Puso una mirada provocadora, intentando seducir a la chica con ella—. Pues hemos pasado nuestra segunda noche juntos, pensaba que ya íbamos creando un vínculo.

—No me gustan esas bromas; y tengo muy mal despertar, sobre todo cuando no he dormido bien. Vete a mear, en dos minutos seguiremos con la búsqueda.

—Vale, mi sargento. Por cierto, anoche, al parar para dormir, dijiste que apenas quedaba gasolina, así que tendremos que ir al pueblo más cercano antes de quedarnos tirados en mitad de la nada.

«Mierda, es verdad».

África llamó a la central mientras conducía hacia el pueblo, Fernando se mantenía alerta por si veía el vehículo de Eusebio.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿con quién hablo?, no eres Elena.

—Ella está de baja por gripe, me llamo Arturo.

—Bien, Arturo, soy la agente África Sánchez, a las órdenes de la subinspectora Esther Gallardo, llevamos el caso de…

—De la habitación diecisiete, el caso del fantasma, lo he visto en las noticias y no se habla de otra cosa en la comisaría.

—¿Hay algún adelanto? ¿Se sabe algo de interrogatorios o de apoyo?

—El apoyo de la Policía Local y de la Guardia Civil no ha dado el aviso de haber descubierto el paradero de Eusebio e Isidoro Martínez.

«¿La Guardia Civil? Esos no creo que hayan movido un músculo durante la noche, ni que lo hayan hecho en cincuenta años o lo vayan a hacer ahora».

—¿Y el interrogatorio de anoche a Elena Benavides?

—Estoy mirando en el registro… a ver… Sí, la chica ha solicitado un abogado. El interrogatorio continuará hoy a las nueve y media de la mañana.

—Muchas gracias. —Y colgó.

—¿Dónde pueden haberse metido? —inquirió Fernando.

—Vete a saber…

África pensaba en ese momento en no quedarse sin gasolina antes de llegar a la siguiente estación de servicio que le marcaba Google en la pantalla central del salpicadero, que estaba a doce kilómetros, y también en que ese día podría no recibir el apoyo de Esther por estar enfrascada en un interrogatorio eterno.

Llegaron al pueblo con la pantalla del salpicadero alertando con una luz y un pitido molesto de que estaban al límite, allí entraron en la gasolinera para llenar el depósito. Fernando aprovechó para comprar un café de esos fríos envasados.

—Pienso ir a desayunar, aunque sea rápido —le dijo África cuando vio al chico con el vaso de café.

—Como no me habías dicho nada, he decidido adelantarme y tomar algo de cafeína que me despierte del todo, no sabía si tú querrías otro… —Miró el vaso. Ella negó con la cabeza—. Me sigue doliendo la espalda.

—A mí también.

—Necesito una semana de gimnasio para recuperarme, además de dormir en un colchón decente, no en este asiento duro.

África no dijo nada, se limitó a salir de la gasolinera, mirar el reloj, las ocho y doce minutos, y poner rumbo a la plaza del pueblo para buscar un bar o cafetería.

Llegaron al cabo de dos minutos, aparcaron en la puerta tras echar un rápido vistazo la fachada. Era un cuchitril. Estaban de servicio en plena misión y no podían quejarse. Entraron y le pidieron al camarero dos cafés más sendas tostadas con tomate.

Iban de uniforme, lo que hizo que dos clientes a sus espaldas se levantasen a toda prisa, tirando las sillas al suelo, e intentando escapar.

—¿Cómo? ¡Joder! ¡Quietos, no voy a repetirlo! —Había visto a Eusebio e Isidoro por el rabillo de ojo y sacado su arma en cuestión de dos segundos, ahora los apuntaba—. ¡No os mováis!

Fernando, también con la pistola en su mano derecha, se acercó a ellos y los empujó sin contemplaciones contra la pared del bar. Eusebio acusó la presión de una foto antigua enmarcada y colocada en la pared en pleno rostro, pero no dijo nada. Isidoro parecía a punto de llorar. Fueron esposados ante el asombro del hombre tras la barra y de los dos tertulianos que también estaban en el lugar.

—Afloja la presión, Fernando, no son borrachos violentos en un bar de copas de Madrid una madrugada.

El agente obedeció, aunque sabía que África no era su superior, lo hizo porque comprendió que tenía razón.

Los llevaron al asiento trasero del Audi y llamaron a la central para informar de la detención y posterior traslado hacia Madrid.

África iba a llamar a Esther cuando:

—Entonces, ¿no vamos a desayunar?

—Fernando, ya lo haremos en la comisaría de Madrid cuando lleguemos.

—Tendrás hambre.

—Ya se me ha pasado.

Pusieron rumbo a Madrid a toda prisa, aunque pararon a diez kilómetros de su destino para comprar algo que comer y café; a la agente le había costado mucho confesarle su hambre al compañero, este no dijo nada antes de cumplir con la tarea de llevarle un bollo y un café de esos fríos.

Esther y Moretti recibieron a Elena Benavides en la sala de interrogatorios cuando llevaban ya unos minutos sentados al lado del abogado de oficio de la chica, con el que no habían cruzado más que un saludo formal y la presentación de rigor. Eran casi las nueve y media de la mañana.

—Elena, ¿has pasado buena noche? —No era la pregunta más acertada y Esther se arrepintió en el acto por formularla.

—No he dormido mucho.

—Lamento oír eso. ¿Quieres un café o un vaso de agua, como anoche?

—No, gracias.

—Esto… Verás, lo que voy a contarte es algo complicado.

Esther carraspeó para aclararse la garganta. Moretti aprovechó para acercarse a su compañera y susurrarle al oído:

—No le digas lo de su padre, no lo hagas por ahora, quizás ese dato la cierre ante tus preguntas.

—Deja que me ocupe de eso, deja que use la psicología —espetó ella en otro susurro—. Elena, siento comunicarte que tu padre ha muerto.

La chica desvió la mirada desde el punto de la mesa en la que la había concentrado hasta los ojos de la subinspectora. Se mostraba sorprendida, lo que hizo saber a Esther que el abogado no había hablado con ella antes de ese encuentro, o que este desconocía ese dato.

—No… no sabía que… ¿Cómo ha…?

—Se ha suicidado, los detalles no son importantes.

—Padre…

—Te afecta, por lo que veo, o no lo esperabas.

—No lo esperaba, también me afecta, claro.

—Tu hermano pasará por esta misma sala luego, se lo comunicaré, si no lo ha hecho algún policía que sepa el dato.

—A Juanjo… bueno, no sé cómo le sentará eso.

—No hemos ahondado mucho en vuestra relación con tu padre. ¿Había cariño, a pesar de los maltratos?

Ella volvió a mirar la mesa, como evadida en pensamientos que no pensaba compartir.

—Padre era toda nuestra familia, junto a Eusebio, claro.

—Eso no responde a la pregunta.

—Lo queremos, o lo queríamos, a nuestra manera. Supongo que él nos quería también… a la suya.

—Eso me recuerda el dicho de que la familia te toca, no la eliges tú.

—Pues eso.

—Has dicho que has pasado mala noche, que no has dormido mucho. ¿Tienes algo que decir y que aportar al caso? ¿Algún recuerdo o dato que no nos hayas contado? Sabes que espero de ti la verdad, que logres romper las barreras, sean las que sean que te has creado en la mente. Todos tenemos esas barreras, yo la primera.

La chica no reaccionaba a sus palabras, como si estuviese asimilando aún la noticia de la muerte de su padre o las consecuencias que tendría ese hecho en su vida en el futuro. Claro que su futuro sería muy negro si estuviese implicada en los crímenes como autora o encubridora de los mismos.

—¿Elena? —insistía Esther—. ¿En qué piensas?

—En nada.

—Siempre pensamos en algo. ¿No me lo quieres contar?

—No instiguen a la acusada —dijo el letrado.

«Fantástico, ya debía suponer que un abogado de oficio joven y con poca experiencia se mostraría como un grano en el culo durante el interrogatorio, interrumpiendo ante preguntas que tampoco son concluyentes ni apuntan la autoría de un crimen al sospechoso. Tendré que medir mucho mis palabras para evitar que los próximos minutos u horas no sirvan para nada».

—No instigo a la chica, que, por cierto, no está acusada aún de nada. Solo quiero hablar con ella de sus pensamientos, si es que a ella le apetece compartirlos de forma libre. —El abogado no objetó nada —. Elena, dime lo que sientes, lo que piensas ahora, lo que has meditado durante la noche.

Silencio.

—¿Tanto te cuesta soltar todo lo que llevas dentro? Es reparador, te lo garantizo.

Silencio.

—No me hables del caso, ni del hotel y la habitación diecisiete. No lo hagas si no quieres, pero cuéntame cómo te sientes, qué has sentido todos estos años y lo que esperas que ocurra en el futuro.

Elena levantó de nuevo la mirada.

—¿El futuro? Yo no tengo de eso.

—Todos tenemos futuro. ¿Crees que no tienes porque lo ves negro, sin salida? Claro que tienes salida, te lo garantizo. Sé valiente, afronta esta nueva etapa con fuerza y verás que la ilusión y las ganas de vivir están ahí, como siempre.

—Ya te he dicho que no tengo de eso, no lo siento en mi interior.

—¿Nunca soñabas con el futuro cuando eras adolescente? Todos lo hemos hecho. Yo soñaba con ser feliz con mi familia, teniendo un marido y dos hijos guapos, trabajando en algo que me hiciese sentir realizada y que me diese tiempo libre.

—¿Y eso tienes ahora?

—No tengo tiempo libre, ni los dos niños, sí tengo pareja, pero no es mi marido…

—No se consiguen nunca los sueños.

—Es que no hay que conseguirlos, solo perseguirlos.

—No te comprendo.

—La felicidad no consiste en lograr lo que deseas, sino en perseguirlo, en luchar para que se haga realidad. No todo depende de nosotros mismos, por eso debemos analizar lo conseguido y ser conscientes de que hemos peleado con todo para ello, y que también lo hemos hecho para lo que no hemos logrado.

—Quizás no he tenido fuerzas nunca para perseguir esos sueños, o no me han permitido alcanzarlos.

—Ahora no tendrás a tu padre para frenarte, siento ser tan dura tras haberte dado la noticia de su muerte, pero es la verdad y tienes ante ti un futuro que solo tú podrás definir y alcanzar. ¿Vas a quedarte con tu hermano al mando del hotel o vas a salir al mundo y perseguir esos sueños?

—No lo sé, ahora no sé qué es lo que quiero. ¿Dónde está mi hermano?

—Se encuentra en este edificio, ya te lo he dicho, pasaremos a hablar con él tras esta entrevista.

—Es un niño muy cariñoso, pero también débil, no lo presiones.

—No lo haré si me cuentas lo que sabes de esa habitación. ¿Qué ha pasado allí durante estos últimos cincuenta años?

—Es que no lo sé.

—Derriba los muros, libérate. Esos muros no solo te protegen del exterior, también te mantienen encerrada.

—Prefiero seguir encerrada.

—Pero…

—No quiero seguir hablando. Quiero volver a la celda.

—Elena…

—Mi cliente no desea hablar más, se acoge a un derecho y este debe ser respetado.

—Joder.

Esther despidió a la chica y a su abogado para irse con Moretti al despacho, eran las diez en punto de la mañana y sería un día muy duro, más que el anterior, así lo sentía. Cerró la puerta con fuerza cuando estaba dentro junto a Moretti.

—Esther, ¿estás bien?

—Sí, Hugo, es que no avanzamos nada.

—Esa familia es un muro de hormigón.

—No podría describirlo de una forma mejor.

—Se derrumbarán.

—¿Cómo lo sabes?

—Experiencia. El hormigón es duro, pero se quiebra con la presión adecuada, peor sería un testigo o sospechoso que actuara como el bambú, cediendo con flexibilidad, pero solo dando los datos que le interesan para confundirnos; los he tenido así y son difíciles de manejar, mucho. Los que se comportan como el bambú son los peligrosos, te dicen lo que quieres oír, pero solo hablan de lo que les conviene para seguir a salvo, te llevan de un lugar a otro, de una hipótesis a otra contraria, te marean todo el tiempo. Y eso sin contar que casi todo lo que dicen es mentira o se contradicen constantemente.

—Espero que estés a mi lado para susurrarme que estoy ante uno de ellos cuando llegue el momento.

—Lo estaré, te lo prometo, aunque también estoy seguro de que sabrás detectarlo al instante por ti misma.

—¿Crees que el interrogatorio ha servido para algo?

—Cuando no sacamos nada, o eso pensamos, es cuando nos sorprende la situación de repente y descubrimos que hemos metido una semilla en la mente del interrogado, una semilla que germinará despacio o rápido y de la que brotará una planta que nos dará lo que queremos saber o casi. Aunque no siempre ocurre.

—No sé, no creo haberlo hecho bien.

—Te acabo de oír en el interrogatorio, has estado más que acertada. No tengo que oír la conversación grabada de anoche, sé que será igual o mejor.

—Lo dices porque me quieres y quieres apoyarme.

—No digas tonterías, sé diferenciar el trabajo de lo personal. Cada vez usas mejor la psicología y la experiencia que vas ganando. He asistido a este interrogatorio y me ha parecido muy inteligente, en ningún momento he tenido la sensación de que pudiera añadir algo, intervenir para mejorar la línea de la conversación. Estoy deseando ver cómo te desenvuelves con el hermano de la chica y también oír la grabación del interrogatorio que tuviste a solas con Elena anoche.

—Siento que lo dices para subirme la moral.

—Lo digo porque lo pienso, joder, deja ya esa baja autoestima que tienes. Te estás convirtiendo en una entrevistadora de primer nivel, yo no lo hubiera hecho tan bien.

Esther no pensaba lo mismo, no había sacado nada de la chica y eso le generaba frustración, ira.

Juan José estaba a las diez y media en otra de las salas del sótano, esperando a solas a los policías. Solo pensaba que aquello era tedioso, que no valía para nada. ¿De qué podría servir hacer siempre las mismas preguntas? ¿Qué esperaban obtener? ¿Respuestas diferentes? Estas no iban a llegar. Daba igual que lo abordasen en el hotel, en su casa o en aquel lugar en el que había pasado la noche. Si no le importaba que el hotel estuviese cerrado, desatendido por completo, ¿qué le iba a importar lo que insistiesen o lo que lo amenazasen?

El sonido de la mesa al rascarla con las uñas lo relajaba, también había comprobado que ponía nerviosos a los que estaban presentes, un beneficio más. No iban a poder con él, sería hermético, como siempre; no le importaban las amenazas de ir a la cárcel. No hablaría. Esa fortaleza nueva en su vida se la había provocado África, la agente de la que se había enamorado; era feliz con su imaginación, soñando a todas horas con una vida idílica a su lado, lejos del pueblo y del hotel. En ese momento le importaba poco si sus sueños se hacían realidad, pues ya estaba viviendo esa realidad en su mente, en su imaginación; soñaba que compartían piso, luego se casaban y más tarde llegaban los hijos; vacaciones juntos en la playa, fines de semana en el campo en una casa rural. Era feliz soñando y pensando en eso constantemente, esa felicidad no se la podrían robar, era suya, estaba en su interior y nadie podría arrebatársela. En sus sueños no venía nadie a perturbar su felicidad, no aparecían dos desalmados para pegarle y luego violar y matar a África, como le había pasado al tío Eusebio; nadie surgía para provocar que se tuviera que coger un cuchillo y hacer justicia de nuevo.

¿El tío Eusebio? Él se sabría valer por sí mismo, era duro, la vida lo había hecho así, como había ocurrido con él mismo. Eusebio quedaría libre, o no, quién sabe, la policía siempre te sorprende cuando busca a un criminal, como ocurrió cincuenta años antes, así lo habían visto Eusebio, la familia y el pueblo entero.

Elena era fuerte, aunque siempre se le había dado bien interpretar el papel de frágil o débil ante los demás, pero era una superviviente, como él, así que no debía preocuparse por ella.

Iba a ser interrogado de nuevo, pero los investigadores no podrían sacar nada, porque él era una roca, no tenía nada que perder. Su hermana y su tío estaban a salvo, así lo veía él. ¿Su padre? Bueno, lo que le ocurriese no le importaba. Seguiría acusándolo, después de todo, tenía que pagar por ser un miserable que había hecho de las vidas de sus familiares un infierno, incluida la de mamá.

La puerta se abrió y vio entrar a la pareja de policías, a la chica guapa y delgada, además del tipo ciego que era su novio. Los detestaba, esa rabia hacia ellos había surgido desde el primer momento. Intrusos que llegaban a su vida y las de su familia para escarbar, husmear en ellas sin permiso, para sacar lo que no era de su incumbencia. La ira y la decepción también surgieron al comprobar que África no los acompañaba.

—Buenos días, Juan José. Tenemos que hacerte nuevas preguntas. ¿Sigues sin requerir la presencia de un abogado?

—No lo necesito. Me gustaría volver al pueblo y al hotel para atenderlo. ¿Cuánto tiempo me vais a tener aquí?

—Eso es decisión del juez que te ha puesto en prisión preventiva, pero ya te digo que depende de cómo transcurra la investigación, de lo que aportes en la entrevista y del criterio de los policías que llevamos el caso, nosotros.

Juan José agachó la cabeza por respuesta.

Esther había hablado por teléfono con África unos minutos antes, ya sabía que Eusebio e Isidoro estarían disponibles en una hora para sus respectivos interrogatorios.

Moretti, justo ante la puerta de la sala, le había dicho a Esther:

—¿Cómo vas a afrontar esto? Sabes que esa familia no se abre, no permite que nada de su interior fluya hacia fuera. Ya lo has visto con su hermana hace un rato y lo has experimentado con ambos todas las veces anteriores.

—Entonces buscaré por otro sitio, daré el rodeo necesario para llegar a mi objetivo —dijo ella. Luego abrió la puerta y entraron.

—Juan José, ¿tienes algo nuevo que contarnos? —inició así el interrogatorio tras la presentación anterior.

—No recuerdo nada nuevo, ya os lo he contado todo.

—¿Sigues manteniendo que un fantasma ha hecho todo esto, incluyendo lo de clavar el cuchillo en mi cabecero hace dos noches?

—Sí.

—Entonces, si voy al hotel y me hospedo en esa habitación, volveré a sufrir un ataque, volverá ese fantasma, ¿verdad?

El chico no movió un músculo ni respondió.

—¿Juan José? ¿Me has oído?

—Sí.

—¿Sufriré un ataque de un fantasma si duermo esta noche en esa habitación, la número diecisiete?

—No lo sé.

—La respuesta lógica es no, pues tu hermana y tú estáis aquí retenidos, también Eusebio e Isidoro, que están llegando para ser interrogados, y tu padre murió ayer en la prisión.

El chico levantó la mirada y abrió la boca, aunque sin decir nada ni mostrar emoción alguna.

—¿No lo sabías? Se suicidó.

—Me da igual —dijo al cabo de unos eternos segundos.

—Comprendo el rencor hacia él, pero no deja de ser tu padre.

—Quiero volver a la celda, esto no servirá de nada.

Moretti carraspeó, cosa que no pasó desapercibida para Esther, entonces ella decidió lanzarse a por todas en lo que había pensado que podría ayudarla.

—¿Estás enamorado de mi compañera África?

El chico se sorprendió, era la primera muestra real de emociones que tenía desde que lo habían conocido, ni siquiera se había inmutado con la muerte de su padre. Todo su cuerpo se movió, como si estuviese molesto sentado en aquella silla, como si la luz del techo lo cegase, como si el sonido de esa pregunta fuera una astilla que se hubiera clavado de repente en él. Pero no dijo nada, solo miraba fijamente a Esther.

—No has respondido. ¿Sientes que la amas?

Silencio.

—¿Sueñas con ella y con un futuro junto a ella?

Silencio.

—¿Te gustaría que estuviese contigo en algún lugar muy lejano? ¿Que estuvierais los dos solos y poder abrazarla, besarla, acariciarle el pelo?

—Basta. ¡Basta!

—¿Qué te pasa? ¿A qué viene esa reacción tan violenta? Solo te estoy haciendo preguntas? ¿Acaso no sabes lo que quieres?

—No quiero que hablemos de ella. ¿Por qué no ha venido?

—Acabas de decir que no quieres hablar de ella.

Parecía volver a relajarse, se sentó tras haberse puesto de pie en un arrebato.

—Juan José, África está trabajando, hace unos minutos me ha dicho que viene a esta comisaría para traer a tu tío Eusebio y a su hermano Isidoro. ¿Por qué has preguntado eso último? ¿Por qué quisieras que estuviese ella aquí?

Silencio.

—Parece que a tu hermana y a ti os gusta no responder a las preguntas que se os hacen. ¿Quieres que venga África para salvarte, sacarte de aquí y marcharos juntos y libres?

Silencio.

—Juan José, no te ayuda ese silencio. África siente algo especial por ti, me lo ha dicho ella durante estos días; pero no va a seguir con esas sensaciones si te ve en este estado, tan distante y poco participativo ante un suceso que vamos a descifrar en las próximas horas. Eusebio e Isidoro hablarán, todo se destapará y acabarás como inculpado o cómplice de varios asesinatos. ¿Quieres que África sepa que eres un asesino o un cómplice? Vamos, mírame, ¿eso es lo que quieres?

—No soy asesino ni cómplice.

—Estamos cansados de oír eso siempre. Empieza a decir la verdad y tendremos una conversación más amena y corta. Sabes lo que ocurrió, también tu hermana, ella no habla porque… ¿porque te protege? ¿Es eso? ¿Eres tú el asesino?

—No.

—Si no lo eres tú, entonces hablemos de tu tío Eusebio, es la persona a la que más queréis tu hermana y tú. Está claro que enloqueció tras lo que le ocurrió hace cincuenta años, se tomó la justicia por su mano y luego quedó obsesionado con esa habitación, por eso ha seguido matando a los inquilinos de la misma. Tu padre también ha tratado de protegerlo, con su muerte y, antes, cerrando esa habitación para que nadie la ocupase.

—Eusebio no ha hecho nada.

—Otra vez la misma canción, ya se repite demasiado. ¿Qué ha hecho Eusebio? ¿Matar? ¿Guardar silencio? Algo ha tenido que hacer durante estos años y nos lo contará cuando hablemos con él. Lo sabes. Ahórraselo y ahórranos tiempo a nosotros.

—Fue mi padre, ya os lo he dicho.

—Tu padre no era precisamente una persona inocente, por descontado, pero eso no lo convierte en asesino sin pruebas. Dinos cómo mató tu padre a esos inquilinos para que podamos creerte.

—Les clavó un cuchillo.

—¿Por qué lo hizo?

—Por lo del tío Eusebio.

—Eso solo justificaría las dos muertes de hace cincuenta años. ¿Por qué seguir asesinando luego?

—No lo sé, debisteis preguntárselo a él.

—Os viene bien a toda la familia contar con esa baza, con ese comodín, sobre todo ahora que está muerto. Tu padre se inculpó en el interrogatorio y luego en una carta que redactó antes de suicidarse, pero eso no sirve de nada, no es ninguna prueba concluyente.

—¿Padre escribió una carta?

—Una nota antes de suicidarse, sí, en ella trató de redimirse por el maltrato y os pidió perdón a tu hermana y a ti. También habló de su autoría en los crímenes. ¿Sabes por qué lo hizo?

—No.

—Yo creo que fue para exculparos, para cargar con todas las consecuencias. Lo hizo pensando en unos hijos que no había tratado bien, por arrepentimiento, y para que pudierais seguir con el hotel, con el negocio familiar que era toda su vida, como antes lo había sido de su padre, vuestro abuelo Tobías.

—No recuerdo apenas al abuelo Tobías.

—Eso es irrelevante, recuerdas a tu padre, a toda tu familia actual, recuerdas lo ocurrido en la habitación por lo que se ha hablado en la intimidad de la casa y por lo que has vivido y visto estos últimos años. Dime por qué tu hermana y tú tenéis tanto miedo a que interroguemos a Eusebio e Isidoro. Deja de proteger lo que ya no hay quien proteja. Vamos a descubrir esto hoy mismo. Ayúdanos y confiesa lo que sabes.

—No puedo…

—Sí puedes, pero no quieres, como Elena, como tu padre. Empiezo a pensar que lleváis todos ese fantasma en vuestro interior, que es un ente que habéis creado durante estos años y que ahora os oprime y no os deja libertad para expresaros y confesar lo que realmente ha ocurrido.

Juan José levantó la mirada una última vez, como para asentir a las palabras de Esther, o eso pensó ella al ver el semblante, y se dispuso a abandonar la sala de interrogatorios. Ya habían terminado con él.

Esa familia eran huesos duros de roer.

Confesión

—Esther, ¿qué has pensado hacer?

—Nos lo jugamos todo a una baza, al interrogatorio de Eusebio, también al de su hermano.

—Eso es más que evidente. ¿Y si ellos se muestran igual de herméticos?

—Es posible, pero tengo fe.

—La fe no basta en estos casos. No tenemos pruebas firmes contra ninguno de ellos, los indicios son flojos y la fiscalía querrá cerrar el caso tras la confesión de Jacinto antes de suicidarse; lo he sufrido en docenas de casos antes; la fiscalía siempre trata de cerrar los casos lo antes posible para seguir con los que están pendientes de investigación y también para apuntarse el mérito de un caso resuelto en muy breve espacio de tiempo; una confesión es una prueba fiel y vale mucho más que los indicios que tengamos, que no son más que suposiciones en realidad. Y tampoco podemos exculpar a Jacinto con pruebas de que no pudo hacer este u otro crimen porque lleva trabajando en el hotel desde entonces y ha estado presente en el mismo durante todos esos asesinatos, así que no hay coartada que nos ayude a dejarle al margen y poder señalar a otro posible asesino.

—Lo comprendo, pero aún nos quedan horas, solo horas, y debemos aprovecharlas, exprimirlas, como exprimiremos a Eusebio e Isidoro como nunca antes hemos hecho con otros sospechosos.

Estaban en la cocina, tomando café y té respectivamente, tratando de calmar los nervios y ordenar las ideas. África y Fernando habían llegado y se servían café a su lado, en silencio, oyendo la conversación entre la subinspectora al mando y el consejero del equipo, aprendiendo.

—Sigues sin decirme qué tienes pensado, Esther.

—¿Qué has pensado tú?

—Solo lo mismo que tú, que tenemos una baza, o dos, si contamos también a Isidoro. Nos quedan horas, como bien has dicho, para tener todo el tacto del mundo en las preguntas y la presión que ejerzamos contra ellos, porque solo habrá estos interrogatorios antes de cerrar el caso teniendo que señalar a Jacinto como único autor, y aquí todos dudamos de que haya sido el asesino, al menos, de todas las víctimas durante estos años.

—Yo pienso… —Esther levantó la mirada al techo, suspiró y dijo —: vamos a repartirnos los interrogatorios y hagámoslos en paralelo, a la vez.

—¿Cómo dices?

—Que tú entrevistes a uno y yo…

—Sé lo que has querido decir, pero no comprendo el motivo.

—No sabría decirte, es intuición. Creo que Isidoro y Eusebio se derrumbarán si saben que en la sala de al lado están haciendo las mismas preguntas y ejerciendo la misma presión a su respectivo hermano. África me ha dicho que Isidoro parece un niño pequeño asustadizo, eso es bueno para nosotros. Eusebio es, ahora que ha muerto Jacinto, el único que ha vivido todos los crímenes desde el principio; si es alguien tan protector con su hermano, al que ha podido confesar lo que sucedió en el hotel, quizás decida hablar claro antes de que se someta a su hermano a una presión que este no pueda soportar.

—Me parece buena idea —dijo Moretti. África y Fernando asintieron.

Los dos ayudantes no pensaban perderse lo que tuviera que ocurrir en las próximas horas, así que Fernando fue con Moretti al interrogatorio de Isidoro y África acompañó a Esther al de Eusebio.

Sin que ellos lo supieran, Simón, el comisario, monitorizó en su despacho los dos interrogatorios a la vez, además de decidir por su cuenta una acción que podría ayudar a sus investigadores.

Se había duchado y puesto una muda de ropa que le habían proporcionado en la comisaría, era como un uniforme de limpieza o mantenimiento de color gris y le quedaba algo pequeño. No se había afeitado, pero no se mostraba desaliñado, tampoco cansado física o anímicamente. Miró a las dos personas que entraron en la sala de interrogatorios con seguridad y calma.

—Buenos días, Eusebio, ¿sabe por qué está aquí?

—Soy sospechoso de los crímenes, eso me dijeron al detenerme.

—Me alegro de que lo sepa. Ya le han leído sus derechos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Desea llamar a un abogado de oficio para que esté presente durante las preguntas?

—Ya he dicho antes que no.

—¿Tiene algo que contarme sobre lo ocurrido en la habitación diecisiete del hotel? ¿Algo que no haya dicho antes?

—No sé qué ha pasado.

—¿Tampoco hace cincuenta años?

—No la comprendo.

Esther dejó una pausa de unos eternos segundos, mirándolo fijamente a los ojos y sin respirar siquiera, para decir:

—Allí se hospedaban dos clientes, supuestamente violaron y mataron a su esposa tras la boda. ¿Ha olvidado eso? Por cierto, antes de que responda, ¿le resultaría más cómodo que nos tuteáramos? Lo trataba de usted por educación y edad, pero no sé si usted preferiría…

—No hay problema —dijo con la mirada distraída y sin cambiar el semblante de seguridad y calma. Que Eusebio no se mostrase cansado o derrotado era preocupante según el criterio de Gallardo para el desarrollo del interrogatorio.

—¿Y bien? ¿Has olvidado lo que le pasó a tu esposa, también a ti mismo, esa noche?

—No. —Había tardado otra eternidad en responder—. No se puede olvidar eso.

—¿Podrías decirme qué ocurrió esa noche?

—Parece que lo sabes de sobra.

—Sé que también asesinaron luego a los dos inquilinos. Fueron los dos primeros crímenes de lo que llamaron El caso del fantasma. ¿Los mató un fantasma? Yo no me lo creo. ¿Qué crees tú?

África analizaba cada palabra, cada entonación de Esther, también los gestos del sospechoso y sus respuestas. Permanecía en silencio, pero excitada a la vez por la situación.

—Yo solo sé lo que dicen, lo que me han contado.

—Yo creo que sabes mucho más. Tú estabas allí, lo viste todo, lo oíste todo. Tú tenías más motivos que nadie para hacerlo, para desear hacerlo. Yo también desearía matar a quien me ha arrebatado lo que más quiero, también querría matarlo yo misma. —Esther se sorprendió al pensar de repente que eso lo haría por su madre, pero no por Moretti. Apartó esa idea de la cabeza en el acto, no la ayudaba con el caso.

—No los maté.

—¿Te hubiera gustado hacerlo?

—Sí, pero no fui capaz.

—¿Quién lo hizo por ti?

—Supongo que ese fantasma; no sé quién los mató.

Entonces entró un agente sin pedir permiso, llevaba una pantalla de televisión de unas veinte pulgadas entre las manos y la puso sobre la mesa, enfrente de Eusebio, luego la conectó y se apreció en ella la imagen de otra sala idéntica a esa, pero con otros inquilinos. Esther lo comprendió en el acto.

«Bien pensado, Simón».

En la sala de interrogatorios de al lado:

—Buenos días, Isidoro.

—Buenos días.

—¿Quieres un café, té, refresco, agua?

—Una Fanta de naranja.

—Está bien, ahora mismo te la traerán. ¿Te han dicho por qué estás aquí?

—Sí, pero no lo comprendo.

—Te hiciste pasar por el padre Damián, ¿acaso no te acuerdas? Hablaste con mi compañera en el cementerio.

—Bueno… aquello… Me dijeron que sería divertido, un juego, me gustan los juegos. Siempre me disfrazo y me hago pasar por otros, es divertido y a Eusebio y Jacinto les gusta, también a los chicos.

—¿Les gusta a Elena y Juan José?

—Sí, siempre se ríen mucho, también me dicen que parezco más serio cuando finjo ser otra persona.

—¿Quién te pidió que hicieras eso?

—Fue Jacinto, me dijo que era parte de un juego.

—¿Un juego engañar a la policía?

—¿A la policía? ¡No! Yo tenía que actuar con otros actores que se hacían pasar por policías, era teatro.

—Comprendo. ¿Tu hermano Eusebio sabía que ibas a hacer eso?

—No, para él sería la sorpresa, como una actuación, un teatro sorpresa para él, para hacerle reír; pero él no estaba en el cementerio, qué raro.

—¿Has hecho eso más veces?

—¿Actuar? Muchas veces.

—Me refiero a momentos tras los que hubieran ocurrido cosas malas en el hotel, esos crímenes del fantasma.

—Uy, no.

—¿Te asusta el fantasma?

—Claro, mucho. —Isidoro se retrepó en la silla y cambió su semblante a uno de sorpresa y miedo a partes iguales—. Yo no quiero que venga a por mí.

—Estás lejos del pueblo, lejos del hotel, eso no es problema.

—El fantasma es malo.

—¿Lo has visto? ¿Le has visto la cara al fantasma durante estos años?

—Claro que no, me habría muerto de miedo.

—¿Y no te han dicho nada sobre él?

—No entiendo.

—Si se parece a tu hermano o a Jacinto, si tiene la cara de alguien del pueblo.

—No sé, no sé nada de eso. Me estoy poniendo muy nervioso.

—¿Por qué te pones nervioso? Te estoy hablando bien, estamos conversando como amigos.

—No somos amigos, no te conozco. ¿Dónde está Eusebio?

—Está en la sala de al lado, está respondiendo a las mismas preguntas.

—No quiero que le hagan preguntas.

—¿Por qué no quieres?

—Las preguntas duelen, no quiero que le hagan daño.

—Él piensa lo mismo que tú. No quiere que te hagan daño a ti las preguntas. ¿Siempre te ha protegido? Ahora puedes protegerlo a él, puedes devolverle el favor. Dime las respuestas y terminaremos con esto ya, contigo y con tu hermano.

—No quiero, no quiero…

Isidoro comenzó a golpearse la cabeza con ambas manos, aún esposadas, lo hacía con violencia. Fernando se puso en pie y Moretti no necesitaba hacer el mismo gesto para comprender que quizás había tocado una tecla errónea en el piano, había sentido el acorde demasiado agudo, como para hacer chasquear la lengua de los que disfrutaban oyendo la pieza. No había margen para errores y aquel podría ser uno. ¿Le iría mejor a Esther?

Eusebio había comenzado a repartir su mirada entre varios puntos de la estancia, las paredes, el techo, la pantalla de televisión, las chicas que tenía delante, sus propias manos, la pantalla de nuevo… Se mostró muy nervioso de repente y comenzó a centrarse en la pantalla, oía las preguntas del ciego a su hermano y lo nervioso que estaba este último.

Eusebio estalló en cuanto vio a su hermano golpeándose la cabeza con fuerza.

—¡Basta! ¡¡¡Basta!!!

—Mis compañeros no pueden oírte, seguirán con el interrogatorio. ¿Quieres decir algo para evitarle a tu hermano esta situación?

Esther también había oído la nota del piano demasiado aguda, fuera de lugar, pero comprendía que Moretti también cometía errores, a pesar de su experiencia. O no se trataba de un error y Hugo estaba controlando la situación. No iba a desaprovechar el nerviosismo de Eusebio, como un boxeador cuando ve al rival bajar la guardia y puede dar el golpe certero.

—Isidoro es especial… es… No es legal que esté ahí solo sometido a esto.

—Tu hermano no tiene ninguna discapacidad mental reconocida legalmente, nunca se ha hecho pruebas médicas, así que tiene las mismas obligaciones y deberes que tú ante un interrogatorio. Ha renunciado a un abogado y será consultado con o sin tu permiso.

—Pero ¿no lo ven? Es un niño, su mente no lo soportará, ni siquiera sabe para qué sirve un abogado.

—Pues confiesa, di de una vez lo que sabes.

—Fue Jacinto, siempre ha sido Jacinto.

—Lo mismo que dijo tu propio hermano, lo mismo que han dicho tus dos sobrinos. Todos apuntan a la misma persona, incluso ella misma. ¿Sabes qué creo?

—Me da igual, solo quiero que acabe lo de mi hermano, que dejen de presionarlo.

—Todos mentís, todos. ¿Sabes que Jacinto ha muerto?

—¿Cómo?

Eusebio se alteró mucho con ese dato, sus ojos comenzaron a dar vueltas por la habitación y su cuerpo temblaba de repente.

—Se ha suicidado esta pasada noche, además de haberse inculpado de todos los crímenes. ¿Quieres decirme algo sobre eso?

—Dios mío…

—¿Eusebio?

Una pausa eterna y Esther prosiguió:

—Jacinto era el patriarca de la familia, el gerente del hotel, el fuerte, se había echado el negocio y también la familia a la espalda y todos dependíais de él. Así ha actuado cuando ha sido necesario, inculpándose para salvar a sus seres queridos. Aunque no los tratase como debiera, era, a fin de cuentas, una víctima del trato recibido por su padre, Tobías. Jacinto ha podido ser el asesino, no lo descarto del todo, pero no me cuadra esa obsesión por la habitación diecisiete. La Psicología estudia la mente de las personas creando patrones que luego son muy relevantes para saber cómo se van a comportar esos sujetos; es casi infalible, esos patrones de comportamiento se repiten con mucha exactitud entre los pacientes. He hablado con Jacinto en varias ocasiones y no he visto que padeciese ningún tipo de patología que justificase ese comportamiento obsesivo con los inquilinos de la habitación. También he visto otro detalle interesante en su forma de actuar: tu hermano Jacinto sentía un apego extremo hacia la familia, el apellido, el hotel… Como si cualquier factor externo que amenazase a uno de ellos fuese algo contra lo que debía luchar él solo con todas las armas posibles.

Eusebio ya no miraba ni escuchaba la televisión, solo podía atender a Esther. Y comenzó a llorar, levemente y sin mover un solo músculo de la cara, como alguien que lleva décadas sin hacerlo, como alguien que ya lloró todo lo que debía hace mucho tiempo y no le quedaban más lágrimas dentro, hasta ahora.

—Eusebio —continuó Esther—, Jacinto protegía a alguien de la familia, a alguien que consideraba débil, se inculpó en un acto de valentía que él consideraba necesario.

Eusebio comenzó a llorar más, le temblaba el labio inferior.

Esther siempre había contado con cuatro sospechosos, dos de ellos descartados ya, pero necesitaba que Eusebio le confirmase cuál de los otros dos era el asesino. Usaría esa última carta de la baraja, con la que se lo jugaba todo antes de que la fiscalía cerrase el caso.

—Eusebio, Jacinto protegía a Isidoro, ¿verdad? Tu hermano es el asesino de las víctimas que llegaron después; de algún modo entró en el hotel esas noches y cometió las atrocidades que tu hermano y el resto de la familia trata de ocultar.

—¡Por Dios, no!

—No hay otro culpable, no hay otro que pudiera haberlo hecho y lo sabes. Tu hermano confesará en unos minutos y todo esto habrá acabado.

—¡No fue él! ¡No!

Y entonces se derrumbó por fin y confesó. Esther no se había equivocado en el planteamiento ni en sus dudas, presionando a Eusebio con su hermano, que ya estaba descartado previamente como homicida. Le dio el nombre que necesitaba y era precisamente el que más confiaba ella oír, al que lo habría apostado todo. Para afianzar sus palabras, Eusebio dio datos concisos sobre lo ocurrido en cada uno de los crímenes que se sucedieron tras el original de hacía cincuenta años.

Tratamiento

—Me alegro de que haya venido, ya dudaba de su palabra.

—¿Por?

—He tratado el narcisismo con muchos sujetos y son muy reacios a reconocer que padecen esta patología, así que vienen a pocas consultas, a veces solo a una o dos y dejan de hacerlo, mintiendo a sus familiares para decirles que están avanzando con la terapia.

—Entiendo, supongo que es lo que hice yo misma el martes pasado, engañarme a mí misma intentando creer que había olvidado la cita.

—Bueno, es positivo que no haya sucedido de nuevo. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Claro, pero podemos tutearnos.

—Sabe, igual que yo, que eso no es posible.

—Está bien, adelante con la pregunta.

—¿Ha venido por propia voluntad? Quiero decir que si no ha habido presión por parte de su pareja o familiares.

—Debo reconocer que mi pareja me lo ha recordado sin parar.

—Me alegra que haya sido sincera, eso es un avance. ¿Qué tal se siente?

—Bien, lo cierto es que me encuentro muy bien.

—Expláyese, defina su situación.

—Me refiero a que he terminado un caso muy difícil, supongo que lo habrá visto en los noticiarios. He regresado a casa y me siento más estable. ¿Eso es bueno?

—No.

Esther miró al psicólogo extrañada.

—¿No es bueno?

—Es bueno que se sienta bien, realizada, estabilizada en su hogar de nuevo y demás; pero en la definición de su mejoría o estado de felicidad ha hablado solo de usted misma. Un avance más positivo en su situación habría sido la de decir «”hemos” terminado un caso muy difícil, “hemos” regresado a casa y me siento más estable “y avanzando en la relación con mi pareja, mi familia y el resto de personas con las que me relaciono, cada vez con menos barreras por mi parte”».

—Comprendo…

—Debe trabajar más en las distancias cortas, debe escuchar a quienes tiene a su lado, oír sus opiniones, deseos y preocupaciones, empatizar y centrarse en ellos con el mismo interés, o casi, que pone en sus propias opiniones, deseos y preocupaciones, además de logros personales y profesionales. El mismo empeño que pone en su trabajo, que sé que es mucho, debe poner en su vida cuando no está trabajando, los instantes personales son mucho más valiosos que los profesionales; aprender eso es vital para tener una vida sosegada, feliz y satisfactoria. No solo importa resolver un caso, también resolver inconvenientes o problemas cotidianos con sus compañeros, amigos y demás seres queridos. Debe pensar que es imprescindible tomarse la vida personal con el mismo ímpetu o más que la vida profesional, no refugiarse en esta última para evitar la primera.

—Intento hacerlo, se lo aseguro.

—Inténtelo más. Su salud mental es tan importante como la física, y ambas lo son más que la realización profesional, que suele ser una simple vía de escape en quienes padecen la patología. Usted se trata a sí misma como otra persona trata a un enamorado, piensa solo en usted, en lo que desea, necesita o le molesta; sin ser siquiera consciente de lo que piensa el resto del mundo. Acercarse a esas personas y escucharlas de verdad, apartando el monólogo interior para analizar y comprender sus palabras, la ayudará a descubrir que no es la protagonista de la película de su vida, sino un personaje más que interactúa con el resto y que comprende que la felicidad y la armonía entre todos depende del trabajo que ponga en ello, no solo del que realizan los demás.

—Lo sé.

—Sé que lo sabe, usted es psicóloga como yo, y también sé que recuerda cada clase de la Universidad y cada palabra de cada libro que ha leído, conozco lo de su memoria eidética. Pero una cosa es saber y otra muy diferente, comprender. Trabaje en esa comprensión.

—Lo haré, le doy mi palabra.

—Nunca dé su palabra, solo hágalo o no lo haga. Hábleme de su hermana mayor y de esa compañera amiga que la ha ayudado en casos anteriores. ¿Qué contacto ha mantenido con ellas durante esta semana?

—Apenas un mensaje de texto a cada una.

—Bien, ¿no les ha pedido consejo?

—No, solo interés por cómo les iba.

—Me alegra oírlo. Compruebo que no me miente. Es otro adelanto importante, espero que siga manteniendo esa actitud.

—Es usted más duro que mi comisario.

—Es mi trabajo, para eso me paga. Cuando esté curada, venga y tomaremos un café y podremos tratarnos de tú a tú como colegas. Hasta entonces, que no será pronto, mientras siga siendo mi paciente, seguiremos así.

—Me parece bien, aunque yo tomaré té.

—Quiero que haga una serie de ejercicios durante la semana, no serán fáciles, pero sí importantes para su avance. Según el empeño que ponga en ellos…

—Lo sé, de eso dependerá mi avance.

—De acuerdo. Quiero que cada día llame por teléfono a dos personas de su entorno y les pregunte por cómo les va o que le cuenten cómo ha ido su día. Da igual si son familiares, amigos, compañeros, antiguos contactos… ya me entiende. Quiero que les pregunte y luego les oiga y se despida de ellos con una actitud empática. Si la persona en cuestión está pasando un mal momento, evalúe cuánto le aflige a usted y, si siente ese dolor, se lo haga saber de forma sincera; si esa persona está pasando una buena situación, que la felicite con efusividad. Ese es el ejercicio fácil, ahora viene el mediano: quiero que trabaje con su pareja, que le haga la vida más fácil, que lo ayude o tenga detalles altruistas, eso significa que hará cosas por él sin que él tenga que pedírselas, como si fuesen regalos inesperados.

—No le comprendo.

—Pues que le cocine su plato favorito, que lo sorprenda llevándolo a dar un paseo a un sitio que sea especial para él, cosas así.

—Ya, que no piense solo en mí, en recibir; sino en dar a cambio.

—En dar primero. Y ahora viene lo más complicado, que dudo que sea capaz de hacer. —Esther estaba tan tensa que podría romper una nuez que tuviese entre las nalgas—. Quiero que llame a sus fantasmas del pasado, que llame a sus anteriores parejas, a las que no ha tratado bien, eso incluye también amigos a los que ha despreciado o no valorado como debía; los llamará y les pedirá perdón de forma sincera, diciéndoles que nunca quiso hacerles daño, hacerles pasar una experiencia horrible, que todo fue por una patología de la que se está curando y que necesita pedirles perdón.

—¿Se ha vuelto loco? No puedo hacer eso.

—Claro que puede.

—Ya le digo que no.

—Si quiere curarse, debe sacar los cadáveres del armario y enterrarlos. De otro modo, ellos la perseguirán en el futuro en sus pesadillas o en esos momentos de insomnio que padece.

—Pero…

—No hay peros, Si no le pedimos perdón a una persona que nos quiere tras hacerle daño, siempre podemos hacerlo en el futuro. Mejor tarde que nunca. No importa si esa persona acepta sus disculpas, es una cuestión de arrepentimiento sincero, de reconocer el error; sí, muy tarde, pero hacerlo igualmente, y de lo que implicará en su salud mental la acción de pedir la redención.

—No creo que pueda hacer algo así.

—Todavía. Es cierto que necesita más terapia, no está preparada para asumir errores de ese tipo, pero sabe que ese es el tratamiento adecuado, usted lo sabe tan bien como yo.

—Sí, lo sé, pero… me costaría… no sería capaz.

—Sus respuestas me ayudan a evaluar el punto de la patología en el que se encuentra. Tenemos mucho que hacer para llegar al final, iremos poco a poco; aunque esperaba que con usted, siendo una buena psicóloga, todo fuese más rápido porque comprende las bondades de cada acción del tratamiento.

—Sé que pedir perdón por los errores pasados es positivo, pero intento no pensar en eso todavía. Aún estoy luchando para poder pedir perdón sinceramente por los que cometo en el presente.

—Bien, es un principio, el reconocimiento de lo hecho en el acto. Seguiremos el martes que viene a la misma hora. Espero que no le surja un contratiempo o se «olvide».

—No me olvidaré. Hasta el martes próximo.

Esther salió de la consulta, Moretti estaba en la sala de espera y se marcharon juntos a casa. Ella no habló de la conversación con el psicólogo y él no le hizo ninguna pregunta. Llovía, como había augurado Isidoro esa mañana.

El recuerdo

Se tumbó en la cama de la celda tras la cena. Ya tenía asumido su destino, su final labrado a fuego lento desde hacía mucho tiempo. Este tenía que llegar tarde o temprano y lo había hecho ese mismo día. No se inmutaba, no tenía por qué hacerlo, asumía su culpa, aunque seguía justificando en una parte de su mente lo que había hecho, una parte que nunca había sido capaz de controlar.

La luz se apagó en la celda y en el pasillo, y el techo blanco desapareció para dar paso al recuerdo:

El reloj despertador de su mesita de noche en la casa del pueblo no tenía números, pero sí unos puntitos que se ponían verde fluorescente al apagar la luz. Vio que eran las cinco menos diez cuando escuchó la puerta abrirse y luego cerrarse de un portazo, algo extraño. Luego llegó el estruendo.

Se levanto a toda prisa y corrió al pasillo. Allí estaba Tobías, en el suelo tras golpearse con el mueble del recibidor. El anciano se reía a carcajadas.

Tobías estaba muy borracho, había dejado a Jacinto en el hotel para ir a relajarse y tomar algo en las fiestas del pueblo. Tenía casi ochenta años, pero nadie lo diría, además de ágil, se mostraba jovial y divertido, todo lo contrario a lo que decían de él los que lo habían conocido en sus mejores años. Algunos se agrian con la senectud y otros se ablandan como osos de peluche, esto último le había pasado a Tobías, especialmente cuando se emborrachaba y sacaba a bailar a todas las mozas del pueblo que se encontraban cerca.

Ayudó al anciano a levantarse con esfuerzo, pues Tobías pesaría cerca de ochenta kilos, era aún corpulento como su hijo Jacinto.

—¿Está bien?

—Claro que sí, he bebido demasiado vino, eso es todo. Ahora toca dormir.

—Lo acompaño al dormitorio para que no se caiga de nuevo.

El anciano se dejó llevar y se tumbó sobre la cama, no se arropó, el calor del verano y el alcohol en su sangre lo mantenían caliente, incluso sudoroso.

Antes de marcharse, tras comprobar que Tobías estaba bien, lo oyó murmurar.

—No han debido venir.

—¿Cómo? —preguntó con timidez.

—No han venido venir ni les debimos dar esa habitación.

—¿Qué dice, abuelo?

—Esa habitación… uf. Esa habitación, no. Está el hotel completo, pero esa habitación, no.

—¿La habitación diecisiete?

—Esa.

—¿La del fantasma?

Comenzó a reír el anciano de un modo que nunca antes había hecho. Una risa entre histriónica y el llanto de un niño.

—¿Se encuentra bien?

—El fantasma… No existen los fantasmas. Solo existen los demonios y los que pelean contra ellos. Tengo sed.

—¿Quiere agua?

—No, no quiero mearme en la cama otra vez y que el niño me riña. —Se refería a su hijo Jacinto—. Ojalá hubiera sido un fantasma.

—¿Quién mató a esas dos personas que ultrajaron a la mujer de Eusebio?

—¿Quién iba a ser? Joder, es lógico, tuve que hacerlo yo, ese idiota nunca tendrá los cojones de ocuparse de sus asuntos. Si hasta tuve que contratarlo en el hotel porque no vale para otra cosa. Incluso me ocupo de su puto hermano retrasado. Menudo contrato firmé aquella noche… un polvo rápido en una noche de fiestas como esta y me ha tocado la lotería con los dos imbéciles.

—¿Usted mató a aquellos dos turistas que violaron y asesinaron a la esposa de Eusebio?

—Claro, ¿quién si no iba a hacerlo? Eusebio, aunque me pese, es sangre de mi sangre. Si la Guardia Civil no hizo nada, tuve que encargarme yo del honor de la familia, el honor de la sangre.

Sonrió con orgullo, parecía a punto de dormirse. Entonces comenzó a roncar y no hubo momento para más preguntas. Al día siguiente, ninguno de los dos se atrevió a seguir con la conversación. Tampoco después.

Habían pasado más de treinta años desde aquel triste y macabro suceso. Esa habitación nunca se ocupaba con turistas porque no había tantos visitantes como para llenar el hotel, hasta ese momento. Las habladurías en el pueblo eran constantes a pesar del tiempo transcurrido, también de vez en cuando en la casa. Por fin se hablaba de algo real, de algo que creer a fe ciega, nada de fantasmas ni leyendas absurdas.

Dejó a Tobías en la habitación tras apagar la luz y cerrar la puerta, fue a su dormitorio en completo silencio y se vistió.

Algo había ocurrido en su joven mente, pues solo tenía doce años en ese momento, un clic que había sentido a la perfección, el comienzo de una cadena que se pone en movimiento y genera ideas e imágenes a toda prisa en su cabeza. Su mente iba tan absorta en las palabras del anciano que no recordaba cómo había llegado al hotel. Entró por la puerta del servicio a hurtadillas y fue a las cocinas, allí tomó el cuchillo más grande y se dirigió a las escaleras internas. Llevaba consigo, siempre, la llave maestra de todas las puertas del hotel. La de la habitación diecisiete no estaba cerrada con el pestillo interno, así que se abrió tras accionar muy despacio la manecilla. Dentro, cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, vio dos bultos bajo la liviana sábana blanca, los observó durante unos segundos, cómo la respiración de la pareja hacía moverse el conjunto.

Sin más dilación, en un impulso, se abalanzó para apuñalarlos en el pecho una y otra vez. Así hasta que sintió el dolor y cansancio del brazo. Ni siquiera oyó gritos, quejidos o súplicas de los dos desconocidos.

Salió por donde había llegado, arrojó el cuchillo a más de dos kilómetros de distancia del hotel, en una zanja al margen derecho de la carretera y regresó a casa para dormir.

Y de esa forma, sin saber muy bien el motivo, hizo lo mismo cada vez que supo que esa habitación había sido ocupada en los años posteriores. Sin saber el motivo o con el impulso de una energía que quizás salía de su infelicidad y frustración en la vida.

Aún ahora seguía sin comprender con exactitud qué impulsaba su ira a ese extremo, quizás fuese la confesión de su madre antes de morir; esta le dijo a solas que Jacinto no era su verdadero padre, sino Eusebio, lo que hizo que estuviese en trance durante días, tratando de asumir su lugar en el mundo que creía conocer. Un mundo que nunca sería compatible con sus pensamientos, con sus deseos, con un futuro.

Tobías había matado a los asesinos de la mujer de Eusebio hacía cincuenta años, luego otra persona había seguido con el ritual de no permitir que alguien permaneciese con vida en esa habitación, alguien que no era consciente o no controlaba sus impulsos.

Y así regresó de sus recuerdos, ya sentía el sueño llegar y era hora de sucumbir a él. Solo deseaba que su familia recuperase la libertad, que volviesen a una normalidad aceptable, que no les costase ser felices, aunque eso era poco probable en ese pueblo lleno de habladurías y dedos acusadores.

Y Elena Benavides trató de conciliar el sueño a la espera del juicio que se celebraría en pocos días.

Operación

El monte verde trepando desde el lago apacible, los árboles inquietos moviendo sus ramas como en un escalofrío, no el mecer que se esperaba de ellos. El aire, aun siendo el que se percibía a través de la ventilación del coche, limpio y fresco. El trayecto final se sintió como a cámara lenta, así lo percibía Esther, aunque Moretti iba en silencio y sumido en pensamientos que no le apetecía compartir, solo eran divagaciones que surgían de la autoestima y de los deseos que brotaban por igual.

La clínica aparecería tras esa curva que el coche estaba a punto de tomar, con su diseño de hormigón sin pintar y cristal, como la última vez, como no podría olvidar nunca Esther, aunque quisiera. Con esta, la habría visitado en dos ocasiones y el recuerdo sería el doble de intenso, o quizás eso no funcionaba así en su mente. Ojalá fuese así, pensó.

La espera breve en el recibidor, el paso a otra sala que le indicaba el responsable políglota, esta vez un tipo diferente y dirigiéndolos a un lugar ubicado en otra planta del edificio.

Hugo se despidió de ella con un beso más intenso que la vez anterior, y el abrazo apretaba mucho más. ¿Era una despedida definitiva?

Iban a abrirle el cráneo y hurgar en su cerebro, ¿curarían su ceguera? ¿No lo harían? ¿Saldría de allí con vida? Las dudas asaltaban las mentes de los dos.

—¿Estás seguro de esto?

—No he estado más seguro de nada antes en mi vida. ¿Tienes miedo?

—¿Cómo no puedes tenerlo tú? Te van a abrir la cabeza.

—Eres médica, y nada menos que de la mente, ¿cómo preguntas eso?

—Soy psicóloga. Yo ato los hilos sueltos en las mentes de los demás, no abro cráneos y manipulo zonas del cerebro con un bisturí.

—Pensaba que tendrías más fe en tus colegas.

—Me asustan las consecuencias.

—¿Que muera o que regrese con la vista restaurada o casi?

—No preguntes eso otra vez, por favor.

—Abrázame y deséame suerte, solo necesito eso. Quiero saber que estarás aquí deseándome lo mejor.

Lo abrazó con todas sus fuerzas, oliendo su perfume en el pecho y acariciando de paso sus cabellos, como solía hacer él con ella.

—Suerte, mucha suerte, estaré rezando por ti.

—No eres religiosa.

—Nunca es tarde para convertirse.

—No dejas nunca de sorprenderme. Ojalá regrese con la vista restaurada, o parte de ella, y dejar de ser una carga para ti.

—No eres una carga, en absoluto, y me he enamorado de ti tal como eres.

—Es la primera vez que me dices eso, que estás enamorada.

—Me parece el momento más oportuno.

—Me halaga a la vez que me asusta, porque pienso que me lo dices como si pensases que no tendrás otra oportunidad de hacerlo.

—Eres un mal bicho, igual que yo. Saldrás con vida de esto, ya lo verás.

—¿Estás llorando?

—Un poco.

—Solo te he visto llorar antes por el recuerdo de tu madre, también cuando Nacho…

—Apartemos esos momentos tristes de la memoria.

—De acuerdo, entonces solo tendré en mis pensamientos el olor a azahar.

—¿Azahar?

—Es el aroma del perfume que llevabas cuando te conocí, cuando dijiste en el despacho del comisario que todo te parecía una broma, trabajar como policía junto a un ciego. Solo percibí entonces ese aroma, además de tu voz de flauta rota.

—Capullo…

—Prefiero cuando me llamas petardo.

Ella no pudo decir nada, solo lloró entre los brazos de Hugo hasta que tuvo que despedirse de él porque entraba en el preparatorio previo al quirófano.

Se quedó en la sala de espera rezando, rezando como solo había hecho una vez antes, cuando vio que a su madre se le escapaba la vida tras luchar durante años contra su enfermedad, una lucha y unos rezos que no sirvieron de nada, pues la mano que acunaba entre las suyas se volvió flácida, luego se fue tornando fría, rígida y blanquecina, como su rostro, hasta comprender que sus gritos, rezos y súplicas ya no eran oídos por ella. Entonces se prometió no rezar nunca más, asumió que no serviría de nada. Hasta este nuevo momento de su vida.

Y se quedó a la espera, esta vez sin una mano que acunar y sin su familia a su alrededor para arroparla tras una tragedia nueva que pudiera suceder.

Epílogo

Sábado a las seis y diez de la mañana, o la madrugada, según para quienes se despertasen a esas horas o para quienes regresaran a casa tras una noche de fiesta. Este último era el caso de la chica rubia que había decidido no tomar el autobús ni llamar a un taxi. Caminaba deprisa, tanto como sus zapatos de tacón y la estrecha minifalda se lo permitían. Parecía asustada, pues miraba a su espalda cada pocos segundos mientras avanzaba hacia su destino.

Un sonido tras ella, un eco de pasos, ¿imaginaciones suyas o una amenaza? Comenzó a inquietarse, a caminar más deprisa, aun arriesgándose a tropezar, y mirar más veces hacia atrás. El eco estaba ahí y sabía que no era producido por el sonido de sus zapatos de tacón. La calle estaba muy oscura, los árboles tapaban con sus ramas las farolas. Giró hacia la derecha, aunque no era la ruta que debía tomar, pero quería asegurarse de estar en una calle más iluminada, transcurrida o que desapareciese esa amenaza que crecía en su mente.

El eco seguía a su espalda, la luz no era más intensa que en la anterior calle y seguía estando sola. Apretó aún más el paso, tanto como los zapatos le permitían.

Ya estaba en mitad de la calle cuando lo sintió a su espalda, la presencia se hizo corpórea y la abrazó con fuerza por detrás para llevarla a un lado de la acera, justo entre dos coches.

—¿Qué haces?

—Estate quieta.

—¿Quién eres? No me hagas daño.

—No lo haré si te portas bien. No grites o te pegaré.

Su voz estaba calmada, a pesar del hedor a alcohol de su aliento.

—No me violes.

—No te violaré, solo haremos el amor, te divertirás, relájate y disfruta.

—No, eres tú el que debe relajarse.

El tipo la miró, no había miedo en sus ojos, eso era algo nuevo para él.

Tampoco era tan débil a la hora de forcejear, ni mucho menos. La chica era flaca y pequeña, pero transmitía una fuerza nunca antes sentida.

—No hagas una tontería.

—¿Yo? ¿Por qué debería hacerla? —preguntó ella—. Ya la has hecho tú, y será la última.

Habría esperado que ella tratase de sujetarle sus manos, pero sucedió algo imprevisto para él. La chica le atenazó con una mano la garganta y con la otra le apretó los testículos con tanta fuerza que sintió ganas de gritar, pero la voz no aparecía por mucho que él lo intentaba.

—Joder… joder… ¿qué haces? —Solo pudo emitir ese susurro.

—Estate quieto y no te dolerá más.

La chica forzó el cuerpo de él para que quedase debajo del de ella lentamente.

—No me hagas daño.

—¿Daño? ¿Como el que querías hacerme a mí hace unos segundos? ¿Como el que le has provocado a las chicas anteriores?

—Yo no he… ¡Ay!

—Si me mientes de nuevo, te haré más daño aún, más del que imaginas, hijo de puta.

—No he hecho nada.

—Tú lo has querido.

El tipo gritó como para despertar a todos lo vecinos de varias calles alrededor, pero a ella no le importó. Esperó paciente hasta que él volviese a un estado parecido a la cordura.

—¿Por qué haces esto, puta?

—Por lo mismo que me has llamado puta, porque es necesario hacer esto contra miserables como tú. No volverás a perseguir para violar a una chica nunca más, te lo garantizo.

La chica sacó de su bolsillo una jeringuilla y se la clavó en el centro del pecho.

—No es el lugar más indicado, pero servirá, es un castrador químico para delincuentes sexuales como tú, ya no sentirás el deseo nunca más de hacer esto, tampoco de hacer el amor con la chica de la que estés enamorado, te jodes por eso.

—Zorra…

Entonces apareció otra chica y se puso a darle fuertes patadas en los testículos, llevaba cinco cuando su compañera y amiga la detuvo.

—Ya está bien, se ha quedado inconsciente.

—No es suficiente para mí.

—Podrías matarlo si sigues, África, y hay gente asomada a las ventanas de los pisos, no queremos que nos identifiquen. Acabaríamos como delincuentes a juzgar por esto, ya te lo he dicho antes.

—Está bien, vámonos.

Las dos chicas se marcharon a toda prisa en el coche que una de ella tenía aparcado en doble fila, salieron haciendo rascar las ruedas del Audi RS5 gris en dirección al centro de la ciudad, a sabiendas de que tendrían que responder a muchas preguntas luego.

—¿Crees que el comisario nos tapará por lo ocurrido si es que se entera?

—No lo dudo, pero eso solo sucederá si le dices el motivo de que hayamos hecho esto. Tienes que ser sincera y liberarte ante él como lo has hecho conmigo y con Hugo antes.

—No sé si seré capaz.

—Si no lo haces, iremos a la cárcel las dos por esto.

—Está bien, lo haré por ti, ya que no me gustaría sufrir una condena por esta venganza.

—Sé que te importaría muy poco por ti, pero piensa en el futuro, te necesito para los casos difíciles que seguimos.

—¿Tan importante soy en ellos?

—Por supuesto. Trabaja en esa autoestima tuya, yo ya lo hago con la mía.

—Hablaré con el comisario si es que alguien nos ha grabado y nos denuncian. Y, por cierto, ¿por qué estás así de rara, tan distante?

—¿Distante?

—No has dicho nada tras la operación de Moretti. Me has dicho que está en casa, descansando, solo eso.

—Ha sido una operación cerebral, ha salido con vida.

—Eso intuyo, pero dime algo más.

—No hay mucho más que decir.

—Pensaba que éramos amigas, que me lo contarías todo.

—No ha recuperado la vista, nada, sigue como siempre. Está en casa, lamentándose del fracaso y asumiendo que seguirá ciego. ¿Es eso lo que querías saber?

—Joder, no.

—¿No te alegras de haber atrapado a tu violador y haberlo dejado en este estado?

—Me habría gustado más saber que Hugo había recuperado la vista.

«¿Por qué yo no lo hago igual? ¿Por qué yo considero que resolver el problema de África es lo mejor de estos días? Hugo está vivo, seguirá a mi lado de igual forma que antes. ¿Por qué no me lamento, como hace África, de que no haya mejorado su situación?».

No olvides hacer una reseña y/o valoración en Amazon y en las redes sociales sobre lo que te ha parecido este libro.

Gracias.

Libros publicados por el autor que también podrían gustarte.

SAGA AMURAO: (Novela negra)

Que 12 entregas no te frenen, ya que cada una cuenta con un argumento completamente diferente y, además, va cambiando de protagonista, de escenario, de tiempo narrativo, de estructura en el ritmo y mucho más, como si cada una estuviese escrita por un autor diferente.

Acompaña a los inspectores de la brigada de homicidios de Huelva en los casos más escabrosos que pudieras imaginar.

SAGA ALFIL: (Novela negra)

Intriga, suspense, asesinatos en serie, persecuciones, sexo…

Si lees Alfil por primera vez, usa este orden: Negro-Blanco-Azul-Rojo.

Si la lees por segunda vez: Blanco-Azul-Negro-Rojo.

Si la quieres leer junto con Amurao, lee Amurao hasta las 6ª entrega, luego Alfil y continúa con la saga Amurao.

No se trata de descubrir al asesino. En estas novelas intentarás descubrir los motivos de sus acciones, a la vez que te sumerges en las aventuras, persecuciones y suspense de averiguar si sale victorioso o es atrapado.

SAGA INVERSIA: (Distopía)

En el año 2022 Rusia lanzó bombas experimentales contra sus enemigos en la Tercera Guerra Mundial, estas bombas no destruían edificios y personas, sino que inverían la gravedad planetaria, y todo lo que no estuviese sujeto al suelo «caía» hacia el cielo. Un visionario creó una ciudad en la red de alcantarillado de Detroit y refugió a cinco mil niños de seis años y a doscientos adultos encargados de su educación, formación y protección. Han pasado doce años y el lugar, diseñado para ponerles a salvo, no parece tan seguro cuando sufren la muerte de dos adultos destacados.

BLOODY MARY 1 y 2: 35 Relatos de horror y violencia.

¿Duermes bien por las noches? Eso es porque no hay fantasmas en tu mente, o que no les has permitido entrar aún.

Imagina la tortura de una hermana que llora por quien no pudo salvar de las tinieblas, pero le queda la venganza. Imagina el deseo de un asesino a sueldo que ansía dejar de matar pero no puede cuando se le plantea el caso más interesante y beneficioso de su vida. Imagina la libido de un violador y asesino que disfruta, en primera persona, de castigar a los niños que captura en su garaje. Y así hasta once relatos escalofriantes.

Un día te levantas y te encuentras en medio de una historia de esas que solo ocurren en las películas o en los sucesos de los informativos. Uno de esos relatos enfermizos del maestro Stephen King. Todo puede suceder, todos somos vulnerables de protagonizar el suceso más espeluznante de la década, solo nos falta ese último empujón… En el primer libro tendréis once relatos medios de unas 9000 palabras cada uno, escritos y recopilados en la primera entrega de relatos sangrientos del autor. Todos con una temática completamente original. Sumérgete en la densa atmósfera y el ritmo acelerado que te provocarán todas estas historias. (también disponibleBLOODY MARY 2 con 24 relatos aún más originales)

ANATOMÍA DE UN SUICIDIO: Relato largo (75 páginas) Autoayuda con clave de humor ácido y satírico.

Conoceréis con todo lujo de detalles lo que acontece durante y después de un suicidio. Basado en un hecho real, os mostrará la poca importancia que tiene vuestro mundo y lo que os rodea, en comparación con el maravilloso don de la vida que poseéis. Un relato de autoayuda narrado en tono ácido y satírico sobre la importancia de vivir y de quererse a uno mismo.

No podrás evitar reír con las declaraciones de los testigos de la muerte de la protagonista, como lo son la sangre que sale de sus venas, el piso en el que vive, los gusanos que dan buena cuenta de su cadáver o la hoja de afeitar que sirvió para tal fin. Regálalo a quien te importe o a quien desees demostrar que es valioso para ti.